



EL HEREDERO INCORRECTO

UNA NOVELA DE AMOR Y DRAMA

ELOLPZ

El heredero incorrecto

Elo Lpz

Título: El heredero Incorrecto

© 2024, Elo Lpz

©De los textos: Elo Lpz

Ilustración de portada: Elo Lpz

Edición emitida por: Elo Lpz

Todos los derechos reservados

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

El sonido de unas voces murmurando y unos cuerpos moviéndose llegaron hasta los sentidos de Jonathan Abernathy, por un momento justo antes de notar que tenía los ojos pegados, con sus oídos en mejor estado comprendió que una de las voces murmurantes era la de su madre, y se quedó muy, muy quieto.

"Si no se producen daños permanentes, entonces tendremos algo por lo que estar agradecidos, tal vez esto incluso le haga entrar en razón".

"A juzgar por sus heridas, lo que haya pasado difícilmente podría ser culpa suya", dijo una voz más profunda y masculina, desconocida para Jonathan.

"Creo que, cuando se trata de Jonathan, siempre es culpa suya".

Se produjo un breve e incómodo silencio, como ocurría a menudo después de que la señora Abernathy hubiera hablado.

"Echarle la culpa a alguien no le ayudará a recuperarse", dijo el extraño tentativamente.

"Y eso no será un impedimento, pero vamos doctor, su carro está esperándolo, yo lo acompañaré a la salida".

Las voces se fueron apagando y Jonathan se relajó, se pasó una mano dolorosamente por encima de las mantas hasta la cara y se la frotó, le dolió, pero logró despegarse un ojo y se encontró mirando el techo de su antiguo dormitorio en la casa de sus padres, la constelación de manchas de tinta todavía marcaba el techo de la época en que se había ocupado en detención punitiva jugando a los dardos con su pluma. Se había ganado otro castigo de su madre por eso, se apoyó en los codos temblorosos y miró alrededor de la habitación con los ojos entrecerrados. Los sencillos muebles de roble y las tapicerías de lino blanco que le gustaban a su madre estaban exactamente como los había dejado cinco años atrás. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

Un dolor intenso le recorrió la nuca y el recuerdo volvió a él: los hombres que se acercaban a él por el puente de Brown, impidiéndole el paso. ¿Cuántos eran? ¿Cuatro? ¿Cinco? Demasiados para que pudiera resistirse cuando lo arrastraron hasta las piedras húmedas y frías. Demasiados para que pudiera hacer otra cosa que intentar arrastrarse mientras lo golpeaban con garrotes y látigos hasta que no pudo moverse, luego se fueron y lo dejaron gritando y golpeado en el suelo y se desmayó.

Hasta que alguien lo encontró preguntándose si seguía vivo

Por otra parte, a juzgar por el tono de su madre, la muerte podría haber sido preferible.

Deslizó los pies con cautela hasta el suelo y probó su peso sobre ellos, tuvo que hacer dos intentos antes de poder ponerse de pie, pero evidentemente no tenía ninguna extremidad rota. Pensó que tal vez sí tenía las costillas rotas y el dolor punzante en la nariz no presagiaba nada bueno.

Cojeó hasta el tocador y se miró en el espejo, incluso con un ojo cerrado y la visión borrosa, se veía horrorosamente fatal, sus rasgos finos y regulares estaban abultados y deformes, tenía una tirita sobre la nariz, que era al menos el doble del tamaño que recordaba, alrededor de su ojo

derecho estaba todo morado y su ojo cerrado por la hinchazón, su ojo izquierdo también estaba hinchado y rojo, supurando ligeramente de un corte que le abría la ceja y le bajaba hasta la mejilla, mostró los dientes y los contó ansiosamente, todos estaban allí, muy blancos y prolijos, una pequeña misericordia.

Por encima de esa desafortunada visión, su cabello rubio estaba enmarañado con barro, sangre y sudor, Jonathan abrió el cajón superior del armario, encontró un cepillo viejo y se puso a trabajar con cuidado, con un solo ojo y las extremidades rígidas por el dolor, era difícil avanzar, estaba tratando de alcanzar el cabello de la nuca cuando oyó unos pasos bruscos en el pasillo y su madre abrió la puerta, como siempre, sin llamar. Se detuvo en la puerta y lo miró boquiabierto. Jonathan la ignoró.

“¿Qué crees que estás haciendo?”. preguntó la señora Abernathy.

"Cepillándome el cabello, madre."

"¡Vuelve a la cama ahora mismo!"

“¡Pero mi cabello!”. Jonathan se dio unas palmaditas en el mechón de la frente, era un cabello bastante bonito, grueso, brillante y muy rubio, a las mujeres les encantaba, se alegró de que los hombres no hubieran pensado en arrancárselo cuando lo atacaron.

"¡A la cama, Jonathan!"

Jonathan miró a su madre con recelo, mientras la mantuviera a distancia, podía seguir sintiendo cariño por ella, pero deseaba que ella aprendiera a no darle órdenes en ese tono, como si estuviera hablando con un perro malcriado o un caballo relinchante en lugar de con un hombre adulto de veintisiete años con una inteligencia propia.

Sin embargo, sus miembros temblaban y su fragilidad podría darle una excusa para escapar de un enfrentamiento con su madre, cojeó de regreso a la cama y se desplomó sobre el colchón, tapándose la cara con las sábanas para no poder mirar a su madre a los ojos.

La señora Abernathy no hizo caso. "¿Sabes quién te hizo esto?", gritó. "Tu padre va a demandarte".

"No tengo por costumbre mantener relaciones con bandidos."

"No te robaron nada, por lo tanto, no eran simples asaltantes".

“Tal vez no eran expertos en su profesión”.

“No seas tonto, Jonathan” su voz se curvó con un desprecio familiar.

“Claramente era algo personal, y no puedo imaginar que haya pocos hombres que te guarden rencor.

Jonathan podía nombrar al menos a tres sin detenerse a pensar, una posibilidad más oscura era que no se tratara de ningún hombre, Liseth había jurado vengarse de él cuando él había terminado su relación, llevaba al menos una semana enamorado de ella, no quería creer que ella fuera capaz de contratar matones para que lo golpearan.

“No sé quién fue, y si lo supiera, sabes que no te lo diría”. Sacó la cabeza de encima de las sábanas y abrió el ojo sano.

“Quienquiera que haya sido, creo que debe estar satisfecho y no lo volverá a hacer”.

Los ojos de la señora Abernathy se entrecerraron hasta convertirse en dos rendijas que parecía una serpiente.

"Esto no ha terminado, Jonathan, no estamos satisfechos".

"Nunca lo estas". Murmuró Jonathan. "Ahora déjame dormir".

Jonathan estuvo en casa de sus padres durante una semana antes de pensar en regresar a su casa de Londres, en el transcurso de esa semana, su rostro recuperó casi por completo su forma y color normales, aunque pensó que su nariz siempre se quedaría desviada hacia la izquierda, sus padres no habían mencionado la paliza que le habían dado ni una sola vez, sospechaba que su madre le estaba dando un trato frío, que era mucho más preferible que sus críticas directas, y en cuanto a su padre, Jonathan supuso que la ausencia de sus habituales comentarios mordaces significaba una simpatía silenciosa.

Durante la cena, anunció que tenía intención de regresar a Londres en su carroza a la mañana siguiente, su padre, delgado y de aspecto erudito, antaño alto pero ahora encorvado por la edad, levantó la vista tras inspeccionar el contenido de su cuenco de sopa.

"No puedes."

"No pedí permiso", dijo Jonathan.

"No te lo estoy negando, es una declaración de que no será posible". El señor Abernathy pasó la cuchara por la sopa, la encontró satisfactoria y tomó un pequeño sorbo.

"No podrías llevarte el carro porque ya lo vendieron.

Jonathan miró fijamente a su padre. "¡Es mi carro!"

"No más."

"Entonces caminaré, joder."

"¡Jonathan! ¡cuidadito con tu lenguaje!"

"Lo siento, madre". Exhaló Jonathan lentamente. "No tienes derecho a vender mis cosas y lo sabes".

El señor Abernathy con su postura encorvada se levantó. "Parece que has olvidado, Jonathan, que son mis ingresos los que te garantizan tu asignación y tu independencia, si estás contento con disfrutar de los privilegios de ser el único hijo y heredero, también debes cumplir con tus responsabilidades".

No era una conferencia extraña. Jonathan bebió un trago de vino y reprimió el impulso de suspirar, conocía muy bien la profundidad del sentimiento que se escondía tras el seco discurso de su padre, tres hijos y una hija habían nacido antes que él, y todos habían muerto en la infancia. Jonathan, que nació el último, nació de manera inesperada cuando la señora Abernathy creía que ya había pasado la edad de tener hijos, y llevaba sobre sus hombros el peso de todas las esperanzas y las penas pasadas.

Si lo hubieran apaleado en la calle, sus padres habrían sufrido más de lo esperado, habrían vuelto a despertar sus viejas inquietudes, que en los últimos años se habían apaciguado gracias a la buena salud de Jonathan, dejó la copa de vino y esperó a que su padre terminara su sermón.

"...has pasado la edad en la que andar por la ciudad jugando, bebiendo y coqueteando puede

considerarse un simple capricho, de hecho, parece que has adoptado el coqueteo como ocupación, y el impuesto natural por tales ingresos se refleja en los moretones que tienes en la cara".

"No soy tan libertino". Protestó Jonathan.

"No me doy más gustos que cualquier otra persona de mi edad, y mucho menos que muchos otros, y no creo que vender mi carro sea muy justo."

"Nada en este mundo es justo", dijo Abernathy.

"Sin duda, no es justo que durante los últimos cuatro años hayas disfrutado de una independencia en la ciudad a mi costa y no hayas hecho nada para ganártela".

"Usted es muy generoso conmigo y le estoy muy agradecido, Padre."

" Fui generoso."

Jonathan esperó, pero su padre no dijo nada más, y en lugar de eso empezó a buscar en la sopa trocitos de pollo para tragar, su digestión le había preocupado desde que Jonathan tenía memoria, con cautela, Jonathan miró a su madre, ella, robusta y saludable a pesar de su avanzada edad, ya había terminado su sopa y estaba esperando pacientemente a que el señor Abernathy estuviera listo para cortar el pollo. Jonathan sacó una papa hervida del plato que tenía frente a él y se la comió con el tenedor, su madre entrecerró los ojos.

"Tu padre y yo hemos estado hablando últimamente", dijo. "Ahora vemos que hemos sido demasiado generosos contigo, hemos impuesto muy pocas restricciones".

Jonathan, recordando la disciplina rigurosa que le había impuesto su madre durante su infancia, no creía que eso fuera del todo correcto, su severidad sólo lo había hecho más propenso a la rebelión, si ella le prohibía montar a pelo los caballos de tiro del granjero Maxwell, seguro que intentaría montar a pelo el caballo de caza de su padre, si le prohibían ir a la cervecería del pueblo, seguro que probaría el brandy de la bodega de su padre, había habido constantes discusiones, que con demasiada frecuencia acababan en peleas ruidosas y salvajes, sólo después de marcharse a la universidad y convencer a su padre para que le permitiera utilizar la casa de Londres, las relaciones entre él y su madre se suavizaron, al parecer, la ausencia hacía que el corazón se encariñara más.

"¿Adónde va esta conversación?". preguntó Jonathan. "Has vendido mi carro. ¿Qué más has hecho?"

"Hemos decidido no darte dinero". El señor Abernathy dejó la cuchara en la sopa a medio terminar y la apartó, ante esa señal, la criada dio un paso adelante y quitó los platos de sopa de la mesa, el ruido de los platos y las cucharas le dio tiempo a Jonathan para recomponerse.

"¿Lo harán?" dijo con ligereza, como si no importara en absoluto.

"Lo haremos, lo que recibiste a mediados del verano será lo último".

Ya estábamos a mediados de septiembre. Jonathan estaba llegando a las últimas cien libras que le quedaban para pagar el trimestre, sonrió a pesar del dolor al recordar las deudas que aun debía pagar, como su abrigo nuevo... Tendría que cancelar el pedido y provocar la ira de su sastre, la visita a Brighton que había planeado para el invierno... No podía llevarse a cabo, el salario de sus sirvientes en la fiesta de San Miguel que debía pagar... Eso se llevaría la mayor parte de lo que le

quedaba.

"¿Voy a tener que estar castigado para siempre?", preguntó mientras su padre hacía el primer corte en el ganso asado y luego le entregaba el cuchillo de trinchar al lacayo para que lo remplazara.

"Cuando estemos convencidos de tu compromiso con tu propio futuro, reconsideraremos el asunto", dijo la señora Abernathy.

"El ala, por favor Yeferzon, mi hijo se quedará con el ala".

El lacayo, que estaba cortando el pecho del ave, volvió el cuchillo hacia el ala. Jonathan reprimió su irritación y con ella su apetito.

"¿Qué implicaría semejante compromiso?" preguntó cuando volvió a tener el plato frente a él, lo llenó de patatas.

"¿Buen comportamiento durante tres meses?"

"Unos términos tan vagos como ése no formarían un contrato adecuado, además, sin duda volverías a la normalidad una vez que transcurrieran los tres meses, no, necesitas un incentivo más permanente." El señor Abernathy picoteó una tajada de pechuga de ganso.

"Y sólo hay un incentivo de absoluta permanencia para un hombre: una buena esposa. Cuando os caséis, naturalmente os ayudaremos a que vosotros y vuestra esposa disfrutéis de una perfecta comodidad en Londres. Pero, hasta ese día, viviréis en casa y no recibiréis nada.

Eso hizo que el apetito de Jonathan desapareciera por completo, le gustaban las mujeres, tal vez más de lo que debería, pero la idea del matrimonio le helaba la sangre, había visto a su mejor amigo, Angel Lopez, sufrir durante cinco años bajo el yugo de una esposa cruel e infiel, había visto a su propio padre sufrir el temperamento frío y duro de su madre, y todas sus amantes habían sido perfectamente complacientes con la infidelidad a sus maridos. No. El matrimonio era un yugo que Jonathan no estaba dispuesto a soportar, ocultó sus sentimientos con una sonrisa.

"En tales circunstancias, podría sentirme tentado a escaparme con la criada". Miró a Kylie, la fiel criada que había estado con la familia desde que Jonathan era un niño. "¿Qué te parece, querida Kylie? ¿Lo intentamos?"

Kylie lo miró fijamente como si deseara poder golpearlo con la cuchara de servir.

"¡No seas estúpido, Jonathan!". Dijo la señora Abernathy con severidad. "Cualquier mujer podría creer en tus palabras caprichosas."

"Y si alguna mujer puede rescatarme de la penuria o al menos de la amenaza de tener que usar trajes de hace tres años tal vez se lo permita".

"Cualquier mujer no lo haría", dijo el señor Abernathy. "Es con Rosmery Miller con quien debes casarte".

La fría sorpresa frenó el creciente ardor del temperamento de Jonathan, se quedó mirando a su padre, el señor Abernathy disfrutaba tranquilamente su pechuga de ganso, no era una de sus bromas extrañas y secas que nadie entendía excepto él, la sonrisa casi imperceptible en sus ojos había desaparecido. No. Hablaba en serio, había sido la declaración de un hecho evidente.

Jonathan se frotó las sienes. "¿Quién es Rosmery Miller?"

Capítulo 2

Rosmery Miller se encontraba en ese momento de pie sobre la alfombra turca del estudio de su padre y se preguntaba si estaría en problemas, el señor Miller nunca llamaba a ninguna de sus hijas a su estudio a menos que estuvieran en problemas, y Rosmery, la más prudente de las cinco hermanas, no había tenido motivos para que la llamaran allí en seis años, había olvidado lo severo y deprimente que era el estudio, ningún cuadro adornaba las paredes revestidas de caoba, salvo el severo retrato de su abuela y su abuelo mirándola ceñudo desde encima de la chimenea, una única estantería de libros siempre permanecía cerrada con llave, el único adorno de la habitación era un cráneo humano enterrado bajo una cúpula de cristal en el escritorio de su padre, de niñas, Rosmery y sus hermanas se contaban entre sí en voz baja historias sobre a quién había pertenecido el cráneo: un enemigo de su padre, un asaltante al que había matado, algún sirviente al que le desagradara, de adulta, Rosmery todavía no sabía por qué su padre tenía expuesto un objeto tan extraño.

En su escritorio, su padre firmó la carta que había estado escribiendo y la dejó secar, levantó la vista y la examinó con ojos que nunca sonreían, Rosmery notó con indiferencia que las arrugas debajo de ellos eran más profundas de lo habitual.

"Tienes veinticinco años", dijo el señor Miller.

"Sí, señor."

"Ya casi estás en edad de no casarte."

"No me estoy haciendo más joven."

"No me gustaría que envejecieras sin estar casada", dijo Miller. "La soltería es una situación desdichada, y serías una carga para tus hermanas, o una carga para sus maridos".

"No deseo ser una carga para nadie."

"Sé que no lo deseas". Los finos labios del señor Miller se apretaron en lo que podría haber sido una sonrisa.

"Eres una joven trabajadora".

Eso fue inesperado, el señor Miller casi nunca elogiaba a sus hijas, el aleteo de orgullo que sintió Rosmery fue inmediatamente seguido por una disminución de las sospechas, ella no estaba en problemas, entonces, ¿por qué su padre la había llamado allí?

El señor Miller miró distraídamente el cráneo, como si mantuviera una conversación silenciosa con él.

"La semana pasada recibí la visita de un viejo amigo mío". Dijo. "El señor Abernathy, ¿lo recuerda?"

"Sí, señor". anciano, cadavérico, intimidante, como la mayoría de los amigos de su padre, recuerdo muy bien al señor Abernathy.

"Es un gran filósofo", continuó Miller. "Tiene muchas ideas interesantes sobre la ciencia y la

religión. Sin embargo, la semana pasada planteó una hipótesis convincente sobre un tema más cercano".

¿Era posible que su padre la hubiera traído a su estudio simplemente para conversar informalmente?

"Él cree que tu naturaleza serena y bien pulcra y la naturaleza enérgica de su hijo formarían dos partes complementarias".

"No, no creo que sea posible, por supuesto que no."

"Pareces ofendida" dijo el señor Miller, enarcando una ceja con expresión interrogativa.

"Quiero saber tu opinión. ¿Te causa disgusto?"

"¿Mi opinión?" Rosmery negó con la cabeza.

"Me temo que no merece la pena".

"Pero te pido que lo consideres" Dijo Miller con firmeza en su voz.

"El caso es que no habría amor, no podría surgir amor solo porque su padre sugiere ¿Matrimonio?"

"Sí."

"¿Con Jonathan Abernathy?"

"En efecto."

Rosmery intentó aparentar que realmente lo estaba considerando, contó hasta cincuenta antes de responder. "No creo que Jonathan Abernathy y yo seamos compatibles, padre".

El señor Miller asintió. "Eso fue lo primero que pensé también, es un joven muy alegre y despreocupado, no tenéis mucho en común, pero no me detuve en mi primer pensamiento, Rosmery, y tú tampoco deberías hacerlo, hay ventajas materiales y sociales en un matrimonio así. Jonathan Abernathy será un hombre rico algún día, su familia goza de muy buena posición en la comunidad, la gente respeta el apellido Abernathy.

"Padre, cuando vi por primera vez a Jonathan fue después del incidente ocurrido hace unas semanas en el baile de Lady Mcallister.

"Fue una desgracia", dijo Miller. "La mujer en cuestión debió de estar histérica".

"Me imagino que tendría que estarlo para intentar asesinar a su marido en medio del baile" dijo Rosmery. "Pero en medio de la histeria, es probable que haya dicho la verdad. Jonathan Abernathy es el único hombre al que ha amado, y desde entonces, no puedo oír el nombre de Jonathan Abernathy sin oír también susurrados los nombres de otras mujeres que podrían haberlo amado, no ayuda el hecho de que haya sido testigo en ese terrible caso de divorcio del verano pasado, ni el hecho de que sea guapo, y además muy coqueto con todas, supongo que por eso su padre quiere que se case, para arreglar su reputación.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del señor Miller, aunque no llegó a sus ojos. "No es un juicio inexacto. ¿Qué hay de malo en ello?"

"Parece una transacción más bien mercantil".

"Si es así, se trata de una situación en la que se gana más de lo que se pierde. Jonathan Abernathy es el único heredero de una importante fortuna, mientras tanto, tiene el privilegio de disponer de unos ingresos generosos y de una casa en Londres, no depende, como muchos otros jóvenes, de la dote de su esposa para obtener sus ingresos, no es un cazador de fortunas".

El familiar y frío ardor del resentimiento se encendió en el vientre de Rosmery, pero todas las palabras que tenía que decir ya las había dicho años atrás, por lo que permaneció en silencio.

De todos modos, su padre debió comprender su silencio. "Me sentiría muy triste, Rosmery, si dentro de dos o tres años miraras atrás y te arrepintieras de no haber considerado la idea, una mujer de veinticinco años no está en condiciones de ser demasiado exigente, me he estado preguntando: ¿es probable que encuentres, a tu edad y en tus circunstancias, un mejor prospecto que Jonathan Abernathy?"

Un rostro y el nombre que le correspondía aparecieron ante los ojos de Rosmery. Aunque fuera un cazador de fortunas, Bryan Ferrarini nunca había manchado su reputación permitiendo que mujeres casadas se enamoraran de él, pero ya era seis años demasiado tarde para considerarlo un candidato.

"Lo he pensado y no me gusta la idea". Dijo. "Preferiría no casarme nunca".

El pliegue bajo el ojo derecho del señor Miller se contrajo, levantó la cúpula de cristal del cráneo y la limpió cuidadosamente con un pequeño pincel que tenía en su escritorio para ese propósito. Rosmery sabía muy bien que no la habían despedido y que la discusión no había terminado, esto era simplemente un interregno, el señor Miller siempre se aseguraba de no dejar que una discusión terminara hasta que él la hubiera ganado.

Miró con nostalgia las dos sillas de respaldo duro que su padre reservaba para las visitas, su padre debería haberla invitado a sentarse, tal vez si se quedaba de pie él recordaría sus propios malos modales, tal vez sólo le daría un calambre en el cuello por mirarla.

Terminó de limpiar el polvo del cráneo y volvió a colocar la cúpula de cristal.

"Tengo entendido que hay mujeres que son más felices sin marido", dijo Miller, como si estuviera describiendo una especie peculiar de insecto.

"Pero en esos casos la mayoría son mujeres que carecen de ambición, y solo se conforman con criar hijos".

"Pero yo no soy ellas padre..."

"Por supuesto, no te obligaría a aceptar ningún acuerdo que te parezca intolerable", dijo Miller,

"pero no estoy seguro de que haya reflexionado lo suficiente sobre el asunto. ¿Qué tan bien conoce a Jonathan Abernathy?"

"Lo conozco de primera mano". Era uno de esos hombres que a Rosmery le parecían muy típicos de la alta sociedad, siempre iba demasiado arreglado, hablaba demasiado rápido y reía demasiado fuerte, y siempre estaba muy ocupado haciendo cosas sin importancia.

"No me agrada la idea de un matrimonio arreglado con un hombre como él"...

"No está del todo arreglado". dijo el señor Miller.

"¿No crees que sería lo más conveniente y fácil? Tus propios y débiles esfuerzos en el área no

han dado frutos, creo que, después de lo que pasó, eres demasiado tímida para encontrar un marido por tu cuenta, tal vez Jonathan te guste más de lo que crees.

"No soy tímida, simplemente no estoy dispuesta a aceptar casarme con un hombre sin hablarlo con él".

El señor Miller sonrió levemente. "Entonces, es bueno que haya invitado a los Abernathy a cenar mañana, ¿no? Tendrás la oportunidad de hablar con Jonathan tanto como quieras".

Y ahora ya estaba despedida, Rosmery abrió la boca para seguir discutiendo, pero se dio cuenta de que sería inútil, se dio la vuelta y salió de la habitación.

A la mañana siguiente, antes del desayuno, la madre de Rosmery fue a su habitación y le confesó que conocía el plan del señor Miller y que no estaba del todo segura de él. La señora Miller nunca estaba del todo segura de nada, pero Rosmery ya había tomado una decisión: no se casaría con Jonathan Abernathy. La idea era ridícula. Una vez decidida, pudo afrontar la inminente cena con total serenidad. Se vistió sin más cuidado que de costumbre y, cuando su pelo se negó a rizarse, simplemente le ordenó a la criada que se lo recogiera hacia atrás y le atara una cinta. Cuando llegaron los Abernathy, Rosmery pensó para sí que incluso eso había sido demasiado esfuerzo. El señor Abernathy era bastante agradable, con una sonrisa amable que se le notaba en los ojos, y la señora Abernathy tenía modales serios y formales, pero Jonathan entró detrás de ellos con las manos en los bolsillos y una mueca de resentimiento en la boca. Saludó a su padre con una reverencia empapada, le dio a su madre lo que equivalía a un gesto con la mano más que a un apretón de manos, y luego examinó a Rosmery y a sus dos hermanas solteras con hoscos ojos azules que claramente estaban haciendo un recuento mental de sus figuras y rostros.

"¿Quién es Rosmery?" Dijo.

Dafne se rió entre dientes. "¿Por qué desea saberlo, señor Jonathan?"

"Tal vez sea ella" dijo Amanda, empujando a Dafne con el codo.

Jonathan giró sobre sus talones y en tres largas zancadas llegó a la puerta principal.

"¡Jonathan!" gritó la señora Abernathy con brusquedad. "¡Jonathan, vuelve aquí!"

Con un suspiro audible, Jonathan se giró.

"Ella", dijo el señor Abernathy, tomando el codo de Rosmery y llevándola hacia adelante, "Ella es la señorita Rosmery Miller".

Jonathan le hizo un gesto con la cabeza, en lo que parecía un saludo. Rosmery le hizo una reverencia en respuesta. Después, él la miró con el ceño fruncido. Ella tuvo la impresión de que él esperaba que se sonrojara o apartara la mirada, así que no hizo ninguna de las dos cosas, simplemente lo miró a los ojos y pensó que no parecía probable que él hubiera tenido amantes con la mitad de mujeres de las que se rumoreaba.

"¿Vamos al salón?" dijo el señor Miller, pasando por delante de Rosmery y evitando lo que amenazaba con convertirse en un intercambio de miradas entre ella y Jonathan. "¿Quizá le apetezca un jerez, señora Abernathy?"

Se dirigieron al salón, donde Jonathan se dejó caer en una silla sin esperar a que las damas se sentaran primero. El señor Miller desaprobaba que sus hijas bebieran antes de la cena, por lo que Rosmery no tuvo oportunidad de aprovechar el jerez que él le había pedido a la señora

Abernathy. Habría sido agradable. Jonathan no dejaba de lanzarle miradas de desagrado, y Amanda lo observaba y le daba codazos a Dafne para que también lo hiciera. El señor Abernathy y el señor Miller llevaban la conversación entre ellos sin tener en cuenta a los demás que estaban en la habitación. Se había descubierto una capilla en la excavación del castillo de Hastings, lo que para el señor Miller era un asunto de gran interés y emoción.

"Se han desenterrado varios ataúdes", exclamó. "¿Te imaginas a la gente que vivía allí, Abernathy? Reyes, princesas, caballeros, enterrados durante siglos para salir a la luz ahora, y casi por accidente".

"Perturbados en su descanso", dijo el señor Abernathy.

"No dormían", dijo Miller. "Estaban muertos. ¡Cuántas historias podrían contar! ¡Cuánta historia hay enterrada bajo nuestros pies!"

Jonathan miró la alfombra del salón. "Probablemente sea un basurero" dijo con tristeza. "Tengo entendido que suele serlo".

Dafne estalló en risas, pero cuando el señor Miller le lanzó una mirada penetrante, se tapó la boca con las manos para reprimirlas.

"Jonathan" dijo la señora Abernathy con una voz que podría haber clavado un clavo en una piedra. "Sé educado".

El señor Miller ignoró por completo a Jonathan y se volvió hacia el señor Abernathy. "Esto hace que uno se pregunte qué historia nos espera cuando estemos muertos. Cuando no haya nadie que recuerde nuestros nombres, ¿qué legado anónimo dejaremos?"

"No es eso lo que pienso", dijo Abernathy. "Preferiría *no* pensar en eso. El momento puede estar más cerca de lo que me gustaría imaginar".

Rosmery pensó que era una broma, pero contuvo la sonrisa que se le subió a los labios cuando nadie se rió.

La señora Miller dijo tímidamente: "Ahora bien, señor Abernathy, estoy segura de que no es así".

"Es una gran tontería", dijo Miller. "Abernathy nunca tuvo ningún sentido romántico".

"No creo que sea muy romántico pensar en estar muerto." Dijo Jonathan. "Gusanos y larvas y..."

"Jonathan." Dijo la señora Abernathy. "ahora te quedarás callado."

Todos se quedaron en silencio, excepto Dafne, que luchaba por controlar otro ataque de risa. Al cabo de un momento, el señor Miller reanudó la conversación y el señor Abernathy se unió a él. Hasta que el lacayo vino a llamarlos para la cena, los dos hombres mantuvieron la conversación solos. En el comedor, la conversación se apagó una vez más. El señor Abernathy tomó su sopa a sorbos minuciosos y concentrados. Jonathan se limitó a pasar la cuchara con letargo por el borde de su cuenco. La señora Abernathy comía con precisión y pulcritud, con movimientos tan regulares que uno podría haberlos usado como metrónomo. Ella terminó su sopa primero y miró alrededor de la mesa.

"Habla con la señorita Miller, Jonathan." ordenó la señora Abernathy. "¿Por qué no hablas?"

"Estoy callado" Jonathan le lanzó una mirada herida a su madre. "Como me dijiste que hiciera."

"Y ahora puedes hablar."

Jonathan miró a Rosmery con el ceño fruncido desde el otro lado de la mesa. Parecía no saber qué decir. Rosmery se preguntó de nuevo si sería cierto que había sido el amante de tantas mujeres. Tenía el atractivo para ello, pero no parecía tener mucho más. Aun así, debía hablar con él, aunque sólo fuera para que su padre creyera que había hecho un esfuerzo.

“¿Te interesa la historia como a tu padre?” se aventuró a decir.

"No", dijo Jonathan.

¿Quizás la ciencia sea más de tu gusto?

"No precisamente."

“Entonces, ¿te gustan las artes? ¿La poesía, quizás?”

“No” inclinó la cabeza hacia atrás y la miró por encima del hombro. “Supongo que sí, señorita Miller.”

“No.” Dijo Rosmery. “No le veo el sentido a la poesía.”

“Entonces ¿por qué lo preguntas?”

"Me preguntaba cuáles son tus intereses académicos".

"No tengo ninguna", dijo Jonathan.

Probablemente no era muy inteligente, pensó Rosmery. Sonrió cortésmente y miró hacia otro lado con la excusa de estar reordenando la servilleta. A su lado, Dafne dejó caer la cuchara en el cuenco de sopa.

“La cocinera nos ha arruinado la diversión esta noche” anunció. “Hay litros de sopa de tomate y casi nadie aquí puede tragarla. Debemos disculparnos. ¡Oh!” Dafne se sonrojó. “Es decir, supongo que es mi madre la que debe disculparse.”

"La sopa estaba perfectamente bien", dijo la señora Abernathy. "No tenía nada de malo".

“Dafne” dijo el señor Miller con el tono duro y frío que solía utilizar con sus dos hijas más pequeñas. “¿Cuántas veces te he dicho que no uses el lenguaje de los que están por debajo de ti? Y aunque no te guste la sopa, debes comértela.”

"Se comió la sopa", dijo Jonathan. "No sé exactamente cómo, pero su plato está vacío".

Amanda se rió. "Dafne nunca tiene problemas para terminar una comida, señor Jonathan. ¿No se da cuenta?"

Las mejillas regordetas de Dafne se sonrojaron e hizo un movimiento debajo de la mesa que fue, a juzgar por el grito reprimido de Amanda, un pellizco en el muslo.

“Envidio el apetito saludable de la señorita Dafne” dijo Jonathan con un profundo suspiro.

“Estoy de un humor de perros, señorita Amanda, y no me atrevo a comer. Temo consumirme.”

Rosmery recorrió con la mirada la piel clara y resplandeciente de Jonathan, su mandíbula firme y su espesa mata de pelo rubio como el sol. No parecía que se estuviera consumiendo. Y la sopa no estaba muy buena esa noche. La señora Miller tenía problemas para manejar a sus sirvientes y la cocinera a menudo se aprovechaba de ella.

"Jonathan es un joven sano y próspero", dijo Abernathy, "a quien le gusta sentir lástima de sí

mismo".

Jonathan parecía dolido. Dafne rió de nuevo. El señor Miller la miró y ella miró dócilmente su regazo.

La interrupción se produjo cuando los sirvientes retiraron los cuencos de sopa y el señor Miller se levantó para cortar el cordero.

"Sé que no tendrás nada, Abernathy" dijo, "porque tu digestión es como es, pero tu hijo sin duda disfrutará de esto."

"No encuentro placer en nada", dijo Jonathan.

"Entonces no tiene mucho sentido darle carne", dijo Abernathy. "Jonathan puede limitar su sufrimiento a las judías y las zanahorias hervidas".

Una expresión de horror absoluto se dibujó en el rostro de Jonathan. "Un poco... un poco de trucha... no me vendría mal".

"Pero de nada sirve si no lo disfrutas".

Rosmery pensó que el estrechamiento de las comisuras de los ojos del señor Abernathy era una sonrisa, pero no estaba segura.

"Quizá al señor Jonathan le gustaría probar las croquetas" propuso la señora Miller. "Me temo que la sopa no estaba muy buena, pero nuestra cocinera nunca ha estropeado una croqueta." Miró ansiosamente a la señora Abernathy. "Me cuesta mucho preparar las cenas. ¿No le resulta difícil?"

"No" dijo la señora Abernathy. "No lo sé."

Había algo en la manera de hablar de la señora Abernathy que parecía dejar la conversación fría y muerta a su paso. Al cabo de un rato, el señor Miller volvió a hablar de la excavación en Hastings, y la conversación pasó a Egipto, Grecia y otros lugares en los que ninguna de las mujeres había estado nunca. Como los dos hombres estaban en extremos opuestos de la mesa, a las mujeres les resultaba difícil hablar entre ellas. La señora Miller intentó en alguna ocasión entablar conversación con la señora Abernathy, pero, al parecer, no tenían nada en común. La señora Abernathy era todo lo que la madre de Rosmery no era: fría, aguda, competente y decidida. Fue un alivio cuando, mientras las mujeres se retiraban al salón, ella fue al baño y las dejó solas unos minutos.

"¡Jonathan!" imitó Amanda. "¡Jonathan, no te encorves! ¡Jonathan, habla con la señorita Miller! ¡Jonathan, come el brócoli!"

Ahora no había ningún señor Miller que pudiera contener a Dafne, que estalló en una carcajada desenfadada y llena de energía. "¡No puedes ser un hombre y soportar que te hablen así! ¡Pero qué grosero es! ¿Por qué demonios los invitó papá?"

"Eres mucho más grosero que él" dijo Rosmery. "Ambos harían bien en cuidar sus modales con nuestros invitados."

"Sólo lo dices porque te preguntó quién eras" dijo Amanda. "No fue una forma de animarte, Rosmery. Fue todo lo contrario. Cuando un hombre ve a una mujer y le pregunta su nombre, significa que está interesado en ella. Cuando un hombre pregunta a qué mujer corresponde un

nombre, significa que ha oído algo terriblemente embarazoso sobre ti, como aquella vez que se te cayó la liga en la iglesia y el vicario la levantó y preguntó si alguna de las damas había perdido una cinta para el pelo.”

"Te digo que seas educada porque estás siendo mucho más grosera que Jonathan".

Amanda se encogió de hombros. "No veo ningún propósito en cultivar la buena opinión de los amigos de papá, o de papá."

"Amanda" dijo la señora Miller. No deberías decir esas cosas. Ni de tu padre ni de un invitado en nuestra casa.

Amanda, a quien el señor Miller podía gritarle durante una hora y salir de su estudio todavía sonriendo, se sonrojó ante esta suave reprimenda. "Pero no me gusta el señor Jonathan, madre", dijo. "Es muy ofensivo".

La señora Miller miró a Rosmery con el ceño fruncido por la preocupación. "Tal vez mejore con el tiempo.

"Al conocer a Amanda, nadie mejora", dijo Rosmery, y como la señora Abernathy regresó en ese momento e impidió que siguieran hablando del tema, tuvo el raro triunfo de tener la última palabra.

Capítulo 3

La cena había confirmado la opinión de Rosmery de que Jonathan ni siquiera merecía ser considerado, pero el señor Miller no se conformó tan fácilmente, poco después de que la señora Miller hubiera presionado a sus hijas para que sacaran sus bordados y la señora Abernathy los hubiera elogiado levemente, una doncella vino a llamar a Rosmery al comedor con la excusa de que su padre quería que le leyera algo y necesitaba sus ojos jóvenes. Cuando entró, no había ni libros ni periódicos a la vista, solo vasos de coñac vacíos.

“Ah, aquí estas Rosmery” dijo el señor Miller, como si lo hubiera pillado por sorpresa. “¿Por qué no llevas al señor Jonathan a ver el jardín? Dos ancianos deben ser una compañía aburrida para un joven tan inteligente.”

Rosmery miró a Jonathan, que estaba recostado en su silla, había una mueca particular y petulante en su boca, no muy diferente de la mirada ceñuda que mostraba su sobrina de cinco años justo antes de hacer un berrinche, una dosis de aire húmedo de la noche podría hacerle bien.

“Por supuesto” dijo ella. “¿Señor Jonathan?”

Jonathan se puso de pie. “Está bien, está bien”.

Bajaron por el pasillo y entraron en el jardín trasero, donde los setos de boj crujían con una brisa astillada. Rosmery se estremeció, pero tuvo la satisfacción de ver a Jonathan temblar también. Dieron una vuelta por el sendero en silencio, salvo por el crujido de la grava bajo sus pies. A juzgar por el ceño fruncido de su rostro, Jonathan estaba pensando, y Rosmery no quería molestarlo. Sospechaba que le resultaba difícil pensar.

Finalmente, sus pensamientos llegaron a una conclusión y la expresó: “Esto no es muy romántico”.

“¿Qué quieres decir?”

“Como primer encuentro para una pareja que se va a casar.”

¿Se casarían? Parecía muy seguro de ello. “No es la primera vez que nos vemos. Nos hemos visto varias veces. La tempestad, el año pasado en el Theatre Royale. Compartíamos palco. Lo recuerdo bien”.

“¿Con Maricarmen España y Lady Howell?”

“No, señor. Fueron los Giardino y los Salamanca.”

Jonathan se aclaró la garganta. “¿Estuviste allí?”

“Sí, estuve ahí” y no había dejado de notar la tierna atención que Jonathan le había prestado a la señora Salamanca. “Luego ha habido bailes, fiestas y picnics en los que nuestros caminos se han cruzado, parece que tenemos muchos amigos en común. No recuerdo cuándo nos conocimos, señor Abernathy, pero debe haber sido hace algunos años.”

“Realmente no puedo recordarte en absoluto.”

Dieron otra vuelta por el camino. Cuando llegaron de nuevo a las escaleras que conducían a la

casa, Jonathan se detuvo y la miró. "¿No tienes frío con este viento?"

"Voy a calentarme."

"Podemos mantener con la misma facilidad un silencio incómodo en espacios interiores".

"Mis hermanas escucharán a escondidas. Dafne se reirá. No será un silencio absoluto".

Jonathan se estremeció. "Entonces, nos quedamos afuera".

"Si realmente estás preocupado, podrías ofrecerme tu abrigo".

"Si te lo doy, tendré frío." Jonathan comenzó a caminar de nuevo por el sendero. "Vamos, te calentarás más rápido si nos movemos."

Rosmery lo miró con incredulidad, no recordaba haber conocido jamás a un hombre tan egoísta, salvo quizás a su padre.

Ella trotó detrás de Jonathan para alcanzarlo. "No importa si piensas que esto no es romántico", dijo. "Podría decirte ahora que..."

"No puedo creer que mi padre me haya puesto en una situación como esta" interrumpió Jonathan, volviéndose hacia ella. "¿Por qué demonios iba a pensar que yo querría casarme *contigo*?"

Había estado a punto de decirle que no tenía intención de casarse con él, pero se cruzó de brazos y no dijo nada. Que hiciera su rabieta, se la merecía.

"No somos el uno para el otro" se quejó Jonathan. "Estás tan..." Movié una mano en su dirección... "vestida con sencillez."

"Sospecho que tu padre piensa que mi vestimenta sencilla podría mejorar tu pintoresca reputación" dijo Rosmery secamente.

"Y el tuyo, supongo, piensa que voy a salvarte de la soltería".

"Olvidas la influencia que tu riqueza tiene sobre él, si quisiera salvarme de la soltería, bastaría con cualquiera".

"Siempre he tenido miedo de las cazadoras de fortuna" Jonathan pateó un trozo de grava, que voló hacia los setos. "Mujeres insensibles que se casan por una gran renta o una gran casa, y que condenan toda otra felicidad en pos de la comodidad material."

"No soy yo la cazadora de fortunas, señor Abernathy, mi padre lo es".

"¿Qué otra razón podrías tener para casarte conmigo?" Jonathan abrió mucho los ojos. "No estás enamorada de mí, ¿verdad? Todas esas veces que nuestros caminos se han cruzado... ¿puede que hayan surgido sentimientos ocultos...?" Se alisó el mechón que le caía artísticamente sobre la frente. "No sería la primera vez."

Rosmery se preguntó si él tenía idea de lo ridículo que era, seguramente eso debería haber impedido que cualquier mujer sensata se enamorara de él, pero la compañía que frecuentaba, sin duda, era cualquier cosa menos sensata. "No tengo sentimientos ocultos", dijo. "Pero debería casarme si puedo, una mujer soltera es una carga para su familia".

"Y una mujer casada sólo es una carga para su marido."

"Idealmente."

"No tienes que casarte conmigo."

"No hay nadie más que se haya ofrecido, y aunque lo hubiera, igual podría preferirte a ti."

Parecía herido. "¿Podrías?"

"Siempre y cuando tu rival no sea un poco más alto", dijo Rosmery. "Creo que la mayoría de los hombres lo son".

Jonathan enderezó su postura. "Eres una persona muy fría, señorita Miller".

No era la primera vez que acusaban a Rosmery de eso, pero las emociones eran muy difíciles, muy engorrosas, y cuando las demostrabas, muchas veces eran claramente indeseables.

"Probablemente por eso le gustas a mi padre" continuó Jonathan. "Te halagó, él te llamó: sabia, prudente, sensata. Cree que podrás domar mis modales salvajes y mejorar mi comportamiento."

Rosmery no sabía que el señor Abernathy la conocía lo suficiente como para tener una opinión de ella, y mucho menos una opinión positiva. Por supuesto, ella era educada con él, le decía hola y cómo estaba cuando él venía a visitar a su padre, pero eso no era exactamente un indicador de nada más que buenos modales. Se preguntó de dónde había sacado esa opinión.

"Mientras tanto, él siempre ha estado dispuesto a creer lo peor de mí", dijo Jonathan. "Ahora que todos los demás también lo creen, él simplemente piensa que tiene razón".

"¿Y todo el mundo está equivocado?"

Jonathan le lanzó una mirada de disgusto. "He tenido mis... intrigas a lo largo de los años. Lady Asher era una buena amiga hace tres años. No hay ninguna mentira en eso".

"Sólo un eufemismo."

"Si es así como quieres llamarlo" Jonathan se dejó caer en el borde de un cantero elevado, éramos amigos, nadie habría sabido que éramos algo más si ella no hubiera... perdido la cabeza y se lo hubiera dicho al mundo, y ahora todo el mundo lo sabe, y eso les hace pensar que todas las mujeres medianamente bonitas que he conocido han sido mis amantes."

Rosmery lo miró con escepticismo, recordando cuántas veces había encontrado motivos para tocar la mano de la señora Salamanca o susurrarle al oído durante La tempestad.

Puso los ojos en blanco. "Bueno, no fueron *todas* las mujeres medianamente bonitas, señorita Miller. Fueron sólo un puñado discreto de ellas, y no eran mis amantes, una amante es una transacción financiera, yo nunca he hecho eso. Mis... aventuras amorosas fueron exactamente eso, me enamoré, tengo la mala costumbre de enamorarme y luego volver a enamorarme.

"Una vez que estemos casados no será tan fácil salir de esta relación".

"Asumes que me enamoraré de ti desde el principio". Resopló. "No lo haré".

Rosmery había estado pensando que era hora de decirle a Jonathan que no deseaba casarse con él, al igual que él con ella, pero ese bufido desdeñoso exigía un castigo mayor, se sentó en la pared junto a él, a pesar del frío del ladrillo que se filtraba a través de su vestido. "No es probable que yo me enamore de ti tampoco. Así que al menos tendremos eso en común."

"Oh, eso es un bálsamo para el alma" dijo Jonathan, encorvado sobre las rodillas y apoyando la

barbilla en las manos. “¿Qué pueden hacer dos personas que nunca se amarán y tendrán que estar casadas por el resto de sus vidas?”

"Estoy segura de que nos llevaremos bastante bien", dijo. "Soy muy agradable. Nunca causo problemas".

"Te aseguro que yo causo suficientes problemas para los dos."

"Y, después de todo, casarnos mejoraría nuestra situación, tú recuperarías tu reputación, yo tendría un futuro".

"Uno negro."

"Un tono de gris más claro que la alternativa, permanecer solterona hasta el fin de mis días no me resulta atractivo".

"Pasar el resto de tus días conmigo tampoco te resultará atractivo, no tienes idea de lo mala compañía que puedo ser".

"Incluso la mala compañía es mejor que estar solo, además, supongo que tendremos bebés, esa será una buena compañía".

"¿Bebés? ¡Lo harías! No puedo creer que no te horrorice toda la idea".

"No me horrorizas", dijo Rosmery. "Y tú eres la idea central".

Jonathan dejó caer la cabeza entre las manos y gimió. "Me doy por vencido", dijo. "Casémonos. Casémonos y que el amor no tenga nada que ver".

Rosmery sonrió para sí misma, era un joven vanidoso, egoísta y grosero, y le divertía haberlo rebajado un poco. Ahora, lo rechazaría y volvería con su padre, que era un anciano vanidoso, egoísta y grosero, y... Su sonrisa se desvaneció.

"No hay ninguna razón por la que no debas casarte conmigo, ¿verdad?" preguntó. ¿No has entregado tu corazón a ninguna otra mujer?

"Sólo una docena, pero fue más bien un préstamo y ya lo recuperé".

"¿No le has hecho ninguna promesa a nadie? ¿No tienes ninguna obligación moral?"

"Ninguna que me impida casarme contigo."

"Ya veo". Rosmery se estremeció, esta vez no de frío. "¿Te importa si nos quedamos aquí afuera un rato más? Quiero pensar".

"Estuviste mucho tiempo en el jardín con Jonathan", dijo Miller más tarde esa noche mientras cerraba la puerta después de que los Abernathys se fueran.

"Teníamos mucho de qué hablar", dijo Rosmery.

"Entonces ya lo has decidido."

"Lo he hecho" hizo caso omiso del escalofrío de duda que la invadió; ser la esposa de Jonathan no podía ser peor que ser la hija del señor Miller. "Me casaré con Jonathan Abernathy."

Las arrugas bajo los ojos del señor Miller se hicieron más profundas mientras sonreía. "Sabía que dirías que sí, eres una chica tan sensata que no podrías hacer otra cosa, es una elección muy buena y práctica".

“No siempre hago lo que piensas, Padre.”

“Nunca podrías sorprenderme, Rosmery, te conozco demasiado bien, ahora toma mi bendición” le besó la mejilla. “Y ve a contarles a tus hermanas las buenas noticias.”

Rosmery subió las escaleras y se dirigió al dormitorio que Amanda y Dafne compartían. Ambas llevaban ya sus camisones, preparándose para irse a la cama. Dafne estaba ayudando a Amanda a enrollar papeles rizadores en su cabello. Amanda miró a Rosmery a través del espejo cuando entró.

"Querida Rosmery, sonríe de vez en cuando, me pondrás de mal humor".

“No podría ser de ninguna manera” dijo Rosmery. “Ahora vengan aquí. Tengo algo importante que decirles a ambos.”

“¿Ah, sí? ¿Qué pasa?” Dafne abandonó el pelo de Amanda y se sentó en la cama. Amanda hizo un puchero y se quedó en el tocador con el peine y los papeles para rizar.

“Es por eso que invitaron al señor Abernathy y a su familia a cenar esta noche”. Rosmery respiró hondo. “Jonathan y yo vamos a casarnos”.

El silencio de sorpresa que Rosmery esperaba que siguiera a esa declaración duró sólo un momento antes de que Amanda lo rompiera con una carcajada. “¡Dios mío, Rosmery, qué buen chiste!”

“Pero... Rosmery no bromea” dijo Dafne, confundida.

"No es una broma", dijo Rosmery. "Estoy en una edad en la que debería estar casada, y al señor Abernathy le vendría bien una esposa. Esto es una solución para ambos".

Amanda hipó y se quedó en silencio. Dafne miró fijamente a Rosmery.

“No me extraña que quisiera saber quién eras” dijo Dafne. “¡Me alegro de que no sea yo!”

“Supongo que debería desearte felicidad” dijo Alicia, “pero no creo que vaya a perder el tiempo, seguro que no lo serás.”

"Lo he pensado y he decidido que seré muy feliz en nuevas circunstancias".

"¡Decidido! ¡Como si eso tuviera algo que ver con la felicidad!"

"Al menos es guapo", dijo Dafne, rascándose una mancha en la barbilla. "¡Pero, Dios mío, ¡es muy maleducado!"

"¡Y tiene una terrible reputación!"

"Ni sus modales ni su reputación son peores que los de la mayoría de los hombres", dijo Rosmery.

—Escuché que era el amante de la duquesa de Longford —dijo Amanda.

"Es muy poco probable que eso sea cierto".

Amanda se encogió de hombros. "De todos modos, es un coqueto terrible. Lo vi con la señora Williams en el baile de la asamblea la pasada Navidad. Fue vergonzoso el modo en que se comportaron. El señor Williams se puso muy colorado al verlos".

"El señor Williams se pone colorado al inclinarse para alisarse las medias", señaló Dafne. "Y el

señor Jonathan no coqueteó con nosotras esta noche".

—Oh, es uno de esos hombres que sólo se interesan por las mujeres casadas —dijo Amanda sacudiendo la cabeza y soltando un grito cuando se perdieron varios papeles para rizos—. ¡Qué fastidio!

Se puso de rodillas para recuperarlos. Dafne se inclinó hacia delante para hablarle a Rosmery en un susurro.

—¿Crees que realmente serás feliz con él? Harriet y Ellen parecen bastante felices, aunque el señor Clinton es tan pomposo y el señor Montague tan viejo, pero tú... bueno, el señor Jonathan no es pomposo ni viejo, pero es muy grosero. Creo que sería molesto vivir con él.

Amanda había oído los susurros y estaba escuchando. "Está molesto sólo porque se va a casar con Rosmery", dijo. "Es bastante comprensible, en realidad".

"Amanda" espetó Rosmery. Ahora tendrás que callarte.

—No lo haré. Debo hablar. —Amanda recogió los últimos papeles que le quedaban y los arrojó sobre el tocador—. Debo advertirte, porque estás a punto de cometer un terrible error. El señor Abernathy es peor que un simple seductor. —Sus ojos brillaron con regocijo malicioso—. Debes haber oído lo que le pasó a Catherine Martinez... todo el mundo ha estado murmurando al respecto...

"Lo que le pasó a la señorita Martinez fue desafortunado" dijo Rosmery con severidad. "Y, a menos que quieras contribuir a su desgracia, no escuches esos rumores ni los repitas."

"¡No, escucha! La señorita Giardino me dijo que su madre conoce a Lady Martinez y que Lady Martinez dijo que si alguna vez había un hombre al que pudiera asesinar, ese sería ese sinvergüenza de Jonathan Abernathy. ¿Y qué crees que significa eso? ¿Qué más podría significar?" La alegría en los ojos de Amanda se oscureció. "Nunca podrías ser feliz casada con un hombre así."

"Jonathan no es ese tipo de hombre" dijo Rosmery. "Y nunca más volverás a hablar de ese tipo de chismes."

No podía ser verdad. Ciertamente no podía serlo. Jonathan había confesado haber tenido amantes, pero también le había dicho que no tenía ninguna obligación que le impidiera casarse con Rosmery, y que un bebé no nacido era definitivamente una obligación.

Un silencio incómodo cayó sobre la habitación.

"¿Qué pasa con el señor Ferrarini?" preguntó Dafne tímidamente.

"¿Y qué pasa con él?" preguntó Rosmery.

"Bueno, tú estabas muy enamorada de él y él muy enamorado de ti".

En el interior de Rosmery se formó una pizca de duda, pero negó con la cabeza. "Eso fue hace años. El señor Ferrarini ya no tiene importancia para mí."

Dafne frunció el ceño. "Espero que Jonathan sienta lo mismo cuando se entere".

"No veo por qué no debería tenerlo" dijo Amanda. "Si Jonathan tiene una docena de señoras Smith y señoras Brown, Rosmery tiene derecho a tener al menos un Bryan Ferrarini."

"Jonathan no tiene nada que escuchar", dijo Rosmery. "Mi conducta siempre ha sido impecable".
"Sí" dijo Alicia con un suspiro, "¡y nunca pudiste entender que ese era el problema!"

Capítulo 4

Una semana después de la cena en casa de los Miller, Jonathan fue a Londres con su padre y el señor Miller para firmar un contrato de compromiso. Era la primera vez que Jonathan iba a Londres desde la noche en que lo habían agredido. A medida que su carruaje aminoraba el paso por las calles abarrotadas de la ciudad, el descontento que había ensombrecido a Jonathan desde su compromiso se oscureció hasta convertirse en resentimiento. *Allí* era donde pertenecía, entre las multitudes, la excitación y los acontecimientos, no en la solemnidad y la respetabilidad de Richmond. Y la señorita Miller ciertamente no pertenecía allí; no, ella era del estilo de Richmond, tan podada y ordenada como los setos de boj entre los que le había dicho: «Jonathan, ¿puedo llamarte Jonathan? Creo que deberíamos casarnos».

No tenía poder para negarse. Su padre se había encargado de ello. Incluso mientras firmaba el contrato en la sucia oficina del abogado en Chancery Lane, Jonathan pensó que bien podría haber sido la mano y la firma de su padre. Enfadado, ofendido y apenado por sí mismo, en cuanto salieron al sucio aire de Londres, Jonathan echó a correr calle abajo sin saber siquiera adónde iba, excepto que no era de regreso a Richmond ni a casa de la señorita Miller.

"¿Qué estás haciendo, Jonathan?", llamó el señor Abernathy.

Jonathan se dio la vuelta. "Voy a ir a mi club. ¿Me das un chelín para una bebida?"

No esperaba que su padre dijera que sí, por lo que no se decepcionó cuando el señor Abernathy se limitó a fruncir el ceño y cojear hasta el carruaje. Sin embargo, el señor Miller se rió y le arrojó un objeto brillante a Jonathan, quien lo atrapó con una mano. No era un chelín, sino una corona.

Jonathan se quedó mirándolo con sorpresa. No había sospechado que el señor Miller fuera generoso, ni tampoco deseaba que alguien así fuera generoso. El señor Miller era tan enemigo suyo como su padre y la señorita Miller. Jonathan había pedido dinero porque sabía que eso provocaría el enojo de su padre, y la única recompensa que había deseado era verle fruncir el ceño. Sin embargo, antes de que pudiera protestar, el señor Miller siguió al señor Abernathy hasta el carruaje y el mozo de cuadra hizo trotar a los caballos. A Jonathan no le quedaba otra opción que quedarse con el dinero.

En lugar de ir a su club, se dirigió a pie a su casa de la calle Percy, que había dejado al cuidado de su ama de llaves y cocinera y de su marido, tras haber tenido que despedir a la criada que hacía de todo cuando su padre le había recortado la asignación. Su ama de llaves, la señora Perez, le presionó para que le diera detalles sobre su futuro y se sintió aliviada al saber que Jonathan iba a regresar a su casa en invierno con toda su asignación y una esposa.

"Supongo que su esposa querrá cambiar las cosas, señor", dijo. ¿Traer nuevas doncellas? ¿Recibir invitados?"

"No estoy muy seguro. Supongo que sí, no quería pensar en ello, por lo menos, señora Perez, le prometo que su trabajo es sacrosanto, nadie puede asar un cuello de ternera como usted, preferiría no casarme antes que perderla."

"Continúe" dijo la señora Perez sonriendo. "A su esposa no le agradaría oírle decir eso."

“Ojalá tuviera el buen sentido de que se le avisara” respondió Jonathan. “Pero haremos que la señorita Miller vea cuál es su lugar.”

"Creo que la mujer que podría hacer que te cases con ella es del tipo que nunca podría ser puesta en su lugar".

“Ah, pero no es la mujer la que me hace, es mi padre.”

La duda se dibujó en el rostro de la señora Perez. "Espero que no hayas estado haciendo nada indebido".

"*Siempre* estoy haciendo cosas indebidas", dijo Jonathan. "Sin embargo, por una vez, soy completamente inocente de todo delito, soy yo el perjudicado".

La señora Perez reprimió un leve ruido en el fondo de su garganta.

“No, de verdad, no te aburriré con los detalles, pero soy víctima de una persecución y mi padre cree que Rosmery Miller será mi protectora.”

La señora Perez pensó en ello con atención. "Eso suena peor que inapropiado".

Jonathan suspiró. "Lo es, lo es, pero no como tú crees. Lo entenderás cuando la conozcas".

“Hmm” la señora Perez parecía escéptica. “Bueno, le deseo felicidad, señor Abernathy, y estoy segura de que es una jovencita agradable, a pesar de todas sus quejas, ahora, tengo cartas para usted.”

En su mayoría eran facturas que Jonathan guardaba con tristeza en el bolsillo, pero la última era de Lopez, su mejor amigo, que, tras un divorcio desastroso, había huido a Francia con su nueva esposa para esconderse del escándalo. Lopez era otra de las razones por las que Jonathan temía casarse. La primera señora Lopez había sido una mujer cruel y avara que lo había odiado y le había hecho sufrir todos los días de su matrimonio con ella. Pero la carta que Jonathan estaba leyendo ahora no hablaba más que de felicidad: un clima agradable en Francia, una esposa más encantadora y ninguna intención de regresar a Inglaterra durante un año o más. En cualquier otro momento, Jonathan se habría alegrado de oírla. Ahora, sólo deseaba que Lopez estuviera aquí para poder pedirle consejo.

Jonathan se guardó la carta en el bolsillo y volvió a salir a las húmedas calles de Londres, preguntándose qué hacer a continuación, su confidente habitual, cuando Lopez no estaba, era una tal señora Lander, que había sido su amante una o dos veces. Podría ir a visitarla (ella tendría más compasión por sus quejas que la señora Perez), pero algo en el hecho de haber firmado su contrato de compromiso lo inquietaba. Sin ganas, se dirigió a su club.

Era un edificio destartado y sin pretensiones en Piccadilly, poco más que una posada elegante. Allí, Jonathan y otros jóvenes de su calaña se reunían para pasar las horas de ocio de sus días. A veces jugaban a las cartas o al billar, pero sólo por sumas mínimas y poco habituales. A esas horas de la mañana, la mayoría de los amigos de Jonathan todavía estaban en casa durmiendo las secuelas de la noche anterior. Deambuló por los salones del club en busca de un amigo, pero no encontró a ninguno. Todos eran desconocidos para él... o enemigos. Sintiendo más pena de sí mismo que nunca, Jonathan se sentó con una cerveza en una mesa solitaria en el rincón más oscuro del comedor para reflexionar sobre su miseria.

No estuvo solo mucho tiempo. Unos momentos después de sentarse, uno de los hombres a los

que consideraba enemigos, Herbert Mateo, entró sigilosamente desde la sala de billar y cruzó la habitación directamente hacia Jonathan, como un gato callejero cruza un callejón hacia la puerta trasera de la carnicería.

¿No me invitarás a una copa? dijo Mateo con ligereza, insinuándose en una silla.

Supones que tienes razón dijo Jonathan ¿Te has quedado sin dinero otra vez?

"A diferencia de ti, no todos tenemos padres ricos que nos paguen nuestros gastos en el mundo".

Entonces somos más parecidos de lo que crees. Mi padre me ha dejado fuera.

Mateo alzó las cejas negras hasta que su ceja estrecha casi desapareció en la línea del cabello. ¿Pero en serio? Una sonrisa se dibujó en su rostro Eso es un cuento. Adelante, cuéntamelo.

Por lo general, Jonathan nunca tenía nada que decirle a Mateo que no pudiera decirse en dos palabras breves y elocuentes. Vaciló, pero luego, la necesidad de compañía comprensiva lo venció y dijo: "Mi padre quiere que me case. Me ha quitado mi asignación hasta que lo haga".

Entonces hay una solución sencilla Mateo se mordió el labio Por cierto, Abernathy, ¿sabes que tengo una hermana? Me dicen que no es fea, aunque yo mismo no lo veo.

Lo sé dijo Jonathan pero ya es demasiado tarde. Ya estoy comprometido. Porque un hombre debe tener abrigos nuevos y otras comodidades similares.

Un hombre debe hacerlo Mateo se tiró de la manga deshilachada de la camisa y suspiró ¿Quién es la afortunada?

Rosmery Miller Jonathan miró con el ceño fruncido su vaso Mi padre la eligió para mí.

¿Miller? La conozco de una manera que estoy seguro de que no podrás creer.

"Si no lo voy a creer, entonces será mejor que ahorres aliento y no lo cuentes".

Mateo era tan inflexible como el aceite y se limitó a encogerse de hombros Haz lo que quieras dijo, y recorrió con la mano una mancha de una taza antigua que había quedado sobre la mesa ¿Cuántos años tiene la señorita Miller? ¿Se acerca a los treinta?

"Veinticinco", dijo Jonathan. "No tengo nada en contra de su edad".

Entonces es su aspecto lo que te desagrada. Tampoco es lo que yo llamaría atractivo. Nunca me gustaron las mujeres morenas.

"He oído decir que te gustarán de cualquier forma que te acepten".

"Si no puedo tomar champán, no rechazaré el vino".

Jonathan hizo una mueca ante la analogía y se dio la vuelta. Mateo ignoró la insinuación y permaneció en su silla mientras Jonathan bebía un sorbo de cerveza y reflexionaba con tristeza sobre sus circunstancias. Finalmente, sus pensamientos llegaron a una conclusión que exigía ser expresada.

"Ella es tan *aburrida*. No puedo imaginarme a nadie que quiera casarse con ella".

Mateo soltó una risita larga y baja. "Te falta imaginación. Conozco a un hombre que estuvo comprometido con ella".

Jonathan se volvió hacia Mateo. "Estás bromeando".

-Como te dije, no creerías cuánto la conozco.

Jonathan entrecerró los ojos. No le extrañaría que Mateo inventara rumores falsos solo para causar problemas. Por otro lado, Mateo era un chismoso prodigioso con una extraña habilidad para saber cosas sobre las personas que preferirían que no supieran. Podría creerte si me dieras pruebas.

No tengo ninguno, pero el asunto nunca fue un secreto. El hombre en cuestión es Bryan Ferrarini, vicario en... oh, Somerset, creo. Estuve con él en Oxford hasta que me enviaron allí. Mateo se encogió de hombros. La iglesia no me hubiera convenido.

Apuesto a que no dijo Jonathan. Háblame de Ferrarini. ¿De verdad estaba comprometido con Rosmery?

Por supuesto. Fue justo después de que se ordenara. No podía ganarse la vida y por eso aceptó un curato, que resultó estar en la parroquia de la señorita Miller en Richmond. Ella y él se sintieron atraídos el uno por el otro. Se comprometieron. Iba a ser un amor verdadero. Pero luego no funcionó.

"¿Cuándo fue esto?"

"Hace algún tiempo. Cinco o seis años, diría yo."

En definitiva, Jonathan pensó que debía ser verdad. No parecía tan sórdido como para ser una mentira, y la señorita Miller era exactamente el tipo de mujer de la que los curas se enamoraban. "Me pregunto qué salió mal".

"Su padre no lo aprobó, por lo que la señorita Miller se echó atrás".

Eso no te detendría si realmente estuvieras enamorado dijo Jonathan pensativo. A menos que fueras muy, muy frío.

"¿Estaba realmente enamorada? Sé que el viejo Ferrarini lo estaba. Ya sabes lo mal que se ponen esos hombres cobardes cuando finalmente encuentran a una mujer que les dedica su tiempo. Enamorados y bajo el agua. Él estaba en la miseria cuando ella se echó atrás".

Es trágico dijo Jonathan sin importarle. Nunca había estado en la miseria por ninguna mujer. Me gustaría saber si estaba enamorada. En general, creo que no pudo haberlo estado. Tiene ese aire.

"¿Qué aire?"

"Es tan segura de sí misma, tan despreocupada, tan indiferente a lo que yo piense".

Mateo alzó una ceja larga y oscura. Qué curioso.

No me estarás diciendo que siempre son así, ¿verdad? Jonathan intentó parecer que sentía pena por Mateo. Dios mío. No lo sabía.

Mateo se aclaró la garganta. No siempre, Abernathy. No siempre.

Ante esas palabras, Jonathan recordó que odiaba a Mateo y por qué. Se tragó el resto de su cerveza y se dispuso a levantarse de la mesa.

Dudo que estuviera enamorada dijo Mateo despreocupadamente. Ferrarini dijo...

Lentamente, Jonathan se sentó de nuevo. "¿Qué dijo?"

—No mucho. Sólo que, cuando lloraba en mis brazos por la mujer que lo despreciaba, mencionó que ella era muy... correcta con sus sentimientos. No expresaba más pasión de la que sería educada. ¿Sabes?

"Me lo puedo imaginar."

"Y luego estaba toda la historia con su tía".

"¿Qué historia?"

"La historia más común. Él tenía expectativas puestas en una tía anciana que estaba muy enferma. Y la tía murió, y las expectativas no se cumplieron. Todo quedó en manos de un primo. Eso fue una semana antes de que Rosmery lo enviara. Pero podría ser solo una coincidencia. Ciertamente, la única razón que le dio a Ferrarini fue que su padre le dijo que no".

Y ahora se va a casar conmigo porque su padre dijo que sí dijo Jonathan con tristeza Ferrarini está en mejor situación por ello.

Creo que debe ser así dijo Mateo Se casó con otra mujer poco después de Rosmery; estaba muy ansioso por enamorarse. Su padre le consiguió la vida en... ¿Somerset? Quizá en Surrey. No lo recuerdo. No he visto al viejo Ferrarini en años y nunca habría pensado en él si no hubieras mencionado a la señorita Miller.

Es raro que una boda no salga bien reflexionó Jonathan Había una mujer, ¿no?, que se fue de Londres a toda prisa hace un mes. El bebé no era de su futuro marido. Maldito escándalo Frunció el ceño ¿Cómo se llamaba? ¿Beale?

Ah, ella dijo Mateo con indiferencia Conozco la historia, aunque no recuerdo el nombre. Y luego está la hija del duque de Dayton, que se empecinó en la puerta de la iglesia y se negó a caminar hacia el altar porque su novio llevaba un sombrero rosa y a ella no le gustaba. Si esa es la mitad de la historia, me comeré la mía.

Jonathan sintió esperanzas Sí, no todos los compromisos se cumplen. Y si la señorita Miller ya ha roto un compromiso antes, es capaz de romper un segundo. Puede que no acabe casado con ella después de todo.

"No creo que la señorita Miller se dé por vencida tan fácilmente ahora", dijo Mateo. "A su edad, tendría que tener una fuerte motivación para hacerlo".

Quizá pueda dárselo dijo Jonathan, sonriendo para sí mismo, mientras comenzaba a formarse un plan No puedo rechazarla, o mi padre nunca me devolverá mi mesada, pero si ella se niega a casarse conmigo, bueno... tendrá que admitir que cumplí mi parte del trato.

¿Y cómo vas a obligarla a hacer eso? Hará falta algo más que sombreros rosas. Los ojos de Mateo brillaron con una repentina alegría ¡Lo sé! Coquetear con otras mujeres delante de ella.

Jonathan le lanzó a Mateo una mirada asesina. "No."

"Seguro que funcionará."

No es decente. No voy a hacer nada indecente. Simplemente voy a volverme absolutamente insoportable Sonrió No durará ni una semana.

Capítulo 5

El cortejo de Jonathan a Rosmery comenzó a las once y media de la mañana del miércoles en el salón de los Miller. La señora Miller estaba escribiendo cartas junto a la ventana, a la distancia justa para poder fingir que no oía nada íntimo, y Amanda y Dafne estaban sentadas juntas en el sofá, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar que tenían toda la intención de escuchar a escondidas. Rosmery no sabía lo que su madre o sus hermanas creían que podían oír. En esa etapa del cortejo, ella y Jonathan no podían tener nada de qué hablar excepto de los temas más generales. Ella esperaba que intercambiaran opiniones sobre el clima, los juegos o los paseos que preferían y, con suerte, descubrirían alguna compatibilidad en sus preferencias.

Sin embargo, todo empezó en silencio. Jonathan se desplomó y se dejó caer en la silla frente a Rosmery sin decir una palabra. Ella esperó a que le dijera buenos días o que reconociera la presencia de alguien en la habitación. No lo hizo.

Es un día precioso dijo Rosmery finalmente.

Jonathan tiró de un hilo suelto de su chaleco.

¿Ah, sí? Se sacudió ¿Eso iba dirigido a mí?

"Sí."

"Pensé que quizás estarías hablando con tus hermanas."

Amanda le susurró algo a Dafne, quien soltó una risita.

No, estaba hablando contigo dijo Rosmery.

Jonathan balanceó la pierna distraídamente sobre el brazo de su silla. —No es muy romántico, hablando del clima, así que no pensé que lo harías.

"Pero no estamos..."

No soporto que las mujeres inglesas hablen siempre del tiempo continuó, como si ella no hubiera dicho nada. Teniendo en cuenta lo que suele pasar, es mejor que nos quedemos callados. Pero supongo que hay tantas cosas que las mujeres no pueden mencionar y tan poco de lo que saben realmente que deben contentarse con el tiempo. Miró hacia fuera. No llenemos el aire de tanta banalidad; traerá lluvia.

Muy bien dijo Rosmery. No lo haremos.

Y, molesta por su rudeza, no dijo nada. Lo observaba con las manos entrelazadas sobre el regazo, esperando que él le propusiera un tema de conversación más interesante. Él no podía mantener su mirada. Tenía que apartar la mirada una y otra vez, frunciendo el ceño, como si estuviera confundido.

Tres minutos, pensó Rosmery. Tres minutos y dirá algo, sin duda banal.

A los dos minutos y cincuenta segundos, la señora Miller habló con una voz que vibraba de ansiedad por agradar: "Voy a llamar para tomar el té. ¿Alguien quiere té?"

Rosmery suspiró. "Está bien, si es que lo eres".

Un whisky sería mejor murmuró Jonathan en voz baja, pero afortunadamente la señora Miller no lo escuchó, o podría haberle tomado la palabra.

Cuando llegó el té, todos se sentaron en la mesa que había junto a la ventana. Jonathan se sentó en una silla, luego se levantó y se sentó en otra, luego se levantó y se sentó de nuevo en la primera, que Rosmery había estado a punto de reclamar para sí misma. Antes de que alguien pudiera ofrecerle un plato, tomó una rebanada de pastel de naranja de la bandeja y se la metió en la boca.

"Azúcar y leche", dijo mientras el azúcar en polvo se le acumulaba en los labios.

La señora Miller era demasiado tímida para hacer otra cosa que servirle el té y ponerle un terrón de azúcar y un poco de leche. Amanda entrecerró los ojos.

El señor Jonathan es muy goloso observó Como una niña pequeña. Ten cuidado, Rosmery, engordará antes de que te des cuenta. Ya se está poniendo regordete. Se le está doblando la barbilla.

Jonathan se acarició la barbilla con ansiedad. "No lo es".

Quizá sea sólo la iluminación dijo Amanda dulcemente He notado que esta luz brillante de la mañana no favorece a las personas anémicas.

A veces hay demasiada luz aquí por las mañanas la señora Miller le lanzó una mirada de advertencia a Amanda He pensado en poner cortinas en las ventanas, tal vez un poco de encaje. Pero a mí me gusta una luz agradable y brillante para escribir. No estoy segura...

"Es una cantidad de luz muy buena", dijo Rosmery, anticipándose al soliloquio vacilante de su madre.

De todos modos, Jonathan no había estado escuchando. Se levantó y fue a la chimenea para mirarse en el espejo que colgaba sobre ella. "No creo que parezca anémico".

Tienes muy buen aspecto dijo Rosmery. Ella también lo creía. Era *muy* pálido para ser un hombre, pero su palidez armonizaba con la blancura de su pelo, que estaba bien adornada por un saludable matiz rosado en sus mejillas.

La sorprendió observándolo y se alisó el pelo. "Bueno, de todos modos", dijo, volviendo a la mesa y tomando dos rebanadas más de pastel a la vez. "Se supone que las mujeres deben vestirse elegantes y ser bonitas, pero los hombres pueden hacer lo que quieran. Especialmente una vez que están casados. Estoy seguro de que ganaré tres kilos para el día de nuestra boda".

Entonces come más pastel dijo Amanda Y, Rosmery, no te atrevas a comer ese sándwich. Debes mantenerte delgada. Tú eres la dama.

Rosmery volvió a poner el sándwich en el plato No creo que pueda engordar tres kilos antes de nuestra boda, señor Abernathy.

Podría intentarlo. Jonathan tomó el sándwich que ella había abandonado y le dio un mordisco ¡Qué asco! ¡Anchoas!

Dafne rió entre dientes: "¿No te gustan?"

A quien le gustan las anchoas, demuestra una falta evidente de gusto y de respeto por sí mismo dijo Jonathan con firmeza Deja un olor desagradable a pescado en el aliento. No debes comer

anchoas, Rosmery, nunca. No podría soportar a una esposa que comiera anchoas.

Está bien dijo Rosmery, tomando otro sándwich Es un precio pequeño a pagar. No creo que a nadie le gusten las anchoas.

Jonathan entrecerró los ojos al ver su sándwich.

"Esto es pepino", añadió.

"A mí tampoco me gusta demasiado el pepino", dijo Jonathan. "Es una sustancia viscosa y desagradable".

Rosmery no pensó que eso merecía una respuesta y por eso no le dio ninguna.

¿Qué otras opiniones tienes sobre la comida? preguntó Amanda, lanzando una mirada pícara a Dafne Pareces todo un... gourmet, señor Abernathy.

Jonathan tomó un sorbo de té y frunció el ceño. "No voy a hablar del asunto de las fresas. Es una historia muy larga. Pero diré que mi esposa debe saber cómo planificar una cena para mis amigos. Los alimentos adecuados deben estar en los platos adecuados y los inadecuados deben mantenerse fuera de la mesa por completo".

Nunca he sabido organizar una cena se lamentó la señora Miller Me gustaría poder enseñarte, Rosmery, pero me temo que... quizá un libro de administración de la casa como regalo de bodas.

Es una idea preciosa dijo Rosmery, con la esperanza de evitar que su madre siguiera hablando Gracias.

Yo me encargaré de los vinos dijo Jonathan No se permiten tonterías sobre la abstinencia cuáquera en mi casa. Espero que seas un buen bebedor.

Dios mío dijo Dafne Rosmery empieza a tambalearse después de media copa de vino.

Jonathan miró a Rosmery con reproche Tendrá que esforzarse más, señorita Miller. Puede estudiar de mí.

"No tengo ningún deseo de aprender de nadie sobre la embriaguez", dijo Rosmery. "No es de buena educación que una dama se exceda. Además, lo encuentro muy desagradable".

Veo que lo dices Jonathan se inclinó hacia la mesa para coger la tetera y empezó a servirse otra taza de té Ay, Dios. Se derramó.

De hecho, él mismo lo había derramado, y muy torpemente, pero no hizo ningún movimiento para limpiarlo, solo sorbió su taza de té y la volvió a dejar en el charco que había formado.

La señora Miller, que veía cada problema doméstico como una emergencia, se puso de pie y se puso a limpiarlo con el delantal. Dafne prestó su pañuelo a la causa antes de seguir a Amanda fuera de la habitación para buscar servilletas. Jonathan se reclinó en su silla y observó a la señora Miller mientras limpiaba. Rosmery sintió una pizca de fastidio por los "oh, cielos" y "qué mojado está" de su madre.

Lo siento mucho dijo la señora Miller, levantando la taza de té de Jonathan para limpiarla ¡Dios mío, cuánto té! ¡Dios mío! ¡La alfombra, se está manchando la alfombra!

Cayó de rodillas y presionó el pañuelo empapado de Dafne contra la alfombra a los pies de Jonathan. Jonathan no hizo ningún movimiento para apartarse de su camino. Miró a Rosmery a

los ojos.

-¿No deberías estar ayudando a tu madre? -dijo.

Rosmery reprimió su expresión de enfado y se arrodilló, pero la señora Miller negó con la cabeza. Habla con el señor Abernathy. Esto sólo llevará un momento.

Rosmery se enderezó, pero Jonathan negó con la cabeza y señaló el suelo. "Insisto en que ayudes a tu madre. Es una muestra de buena educación para una dama".

Con un suspiro, Rosmery se metió debajo de la mesa. A diferencia de Dafne, que siempre estaba llorosa en otoño, el único pañuelo que llevaba encima era un delicado pañuelo de encaje que no servía para nada más que secar lágrimas imaginarias. No intentó estropearlo empapándolo con té.

Me hubiera gustado saber lo de las anchoas susurró la señora Miller. No debería haberlas pedido.

No tiene por qué comérselos si no le gustan dijo Rosmery. Aunque, ya que estamos en el tema, mamá, no tienes por qué pedir sándwiches de anchoas sólo porque a la cocinera le gusta el pescadero.

¡Oh! La señora Miller parecía sorprendida. ¿Es eso? Dijo que consigue un precio muy bueno.

"Dudo que haya algo así como un buen precio para las anchoas", dijo Rosmery. "Al menos podrías animarla a que compre merlán".

"No estoy seguro de que me guste la idea de un sándwich de merlán".

"¿Te gustan las anchoas?"

No especialmente dijo la señora Miller, frunciendo el ceño, Pero no volveré a pedirlos cuando esté aquí el señor Abernathy.

Fue inútil. La señora Miller siempre estaría a merced de sus criados. Afortunadamente, en ese momento, Dafne y Amanda regresaron con servilletas para limpiar el té derramado, así que Rosmery salió de debajo de la mesa y se puso de pie. Se quedó mirando el plato de galletas. No quedaba nada más que migajas. Jonathan se reclinó en su silla con azúcar en polvo en la parte delantera de su chaleco.

Sería de muy mala educación mencionar su apetito. Muy mala, en verdad. Rosmery recorrió con la mirada la hilera de botones de su chaleco y decidió que no corrían peligro de estallar. El señor Abernathy debía ser uno de esos hombres afortunados que podían comer mucho y, sin embargo, no se notaba en su figura.

Dafne terminó de secar el té y se quedó mirando el plato.

- ¿A dónde fueron todas las galletas? - preguntó.

Jonathan se aclaró la garganta. "Los sándwiches no eran gran cosa y tenía hambre".

Dafne abrió mucho la boca. "Pero tú... ¡no han pasado ni cinco minutos! ¡Y ya se han ido todos!"

No te hará ningún daño dijo Amanda. No, me temo que todo el daño se lo ha llevado el señor Jonathan. Mira, su barbilla está creciendo mientras hablamos.

Jonathan se encogió de hombros. "Me estoy preparando para el matrimonio. Como un oso que se prepara para el invierno, sólo que en mi caso no habrá primavera de nuevo".

Pobre Rosmery dijo Alicia.

"Es lo mejor", dijo Jonathan. "Si soy demasiado guapo, podríamos terminar teniendo una docena de hijos, y eso sería muy duro para ella".

Dafne soltó una risita nerviosa y la señora Miller se puso colorada. Incluso Amanda pareció desconcertada.

Creo que podemos hablar de esto después de casarnos dijo Rosmery ¿Está seguro de que no probará otro sándwich, señor Abernathy?

Jonathan negó con la cabeza Deberíamos hablar de ello antes, pero quizá ni siquiera entiendas de qué estoy hablando. Entiendo que yo seré el más instruido en lo que se refiere a los actos del matrimonio y puedo desempeñar mi papel de maestro, pero me niego a desempeñar el papel de niñera Miró directamente a la señora Miller, que estaba ocupada mirando a cualquier lado menos a Jonathan No habrás criado a tu hija bajo la idea errónea de que los bebés se encuentran debajo de las coles, ¿verdad?

No dijo la señora Miller con un hilo de voz No lo he hecho.

"¿Ni que los traiga la cigüeña?"

"Oh, no."

-Entonces ¿ella sabe la verdad?

"Oh sí."

Jonathan se cruzó de brazos y se reclinó en su silla Sólo en teoría, ¿por supuesto?

La señora Miller hipó. Ni siquiera Dafne se atrevió a reírse. Rosmery pensó que era hora de cambiar de tema de conversación. Su mirada se fijó en el chaleco de Jonathan, que era de un rosa muy chillón y estaba decorado con una profusión de adornos escarlata.

"Tiene un chaleco muy interesante, señor Abernathy", dijo "El color es muy vivo".

Ah dijo Jonathan Sólo en teoría Ya veo Tamborilear con los dedos sobre la mesa Ha sido un coqueteo muy torpe, señorita Miller. Tendrá que esforzarse más.

"No estaba coqueteando."

Ah, ya veo Jonathan la miró con el ceño fruncido ¿Sabes? Tu diente delantero derecho es más grande que el izquierdo.

Nadie tenía una respuesta para eso, excepto quizás Amanda, pero el giro que había tomado la conversación la había dejado en un silencio poco común y todavía no se había recuperado. El reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea marcaba con fuerza. Jonathan lo miró.

Son justo las doce del mediodía dijo Eso significa que se nos acabó el tiempo por hoy. Mi madre me dijo que no me quedara más tiempo del debido. Pero volveré mañana, señorita Miller. En mi ausencia, puede practicar el añorar mi presencia. Creo que sería un buen comienzo.

"Adiós", dijo Rosmery.

"Y adiós", añadió Amanda intencionadamente.

Jonathan se levantó de la silla y salió de la habitación sin molestarse en despedirse de Dafne o de

la señora Miller. Cuando la puerta se cerró detrás de él, Rosmery tomó un sándwich de anchoas. —¿Estás segura de esto, querida Rosmery? —preguntó la señora Miller—. Es un hombre muy, muy extraño.

"No tengo dudas."

"Es increíblemente vanidoso", dijo Dafne. "Y ese chaleco era horrible".

"Lo primero que haré como esposa será organizar un accidente. Estoy deseando encargarme de la lavandería".

La señora Miller enarcó las cejas por encima de su taza de té. "La novedad se vuelve cansina".

—No veo lo que tú ves en él. —Dafne cortó otro trozo de tarta—. Dice las cosas más incómodas. No puedo dejar de mirarte los dientes ahora. No estoy segura de que no se equivoque al respecto.

Rosmery se pasó la punta de la lengua por los dientes delanteros. Le pareció que eran del mismo tamaño.

"Ella ve en él una liberación de su soltería", dijo Amanda. "De la sartén al fuego. No hay nada redimible en el señor Abernathy".

Rosmery sintió la necesidad de defenderse. Buscó un cumplido para Jonathan y solo se le ocurrió uno. "Su apariencia es agradable".

"Sí" dijo Alicia. "Es casi tan guapo como él cree. Si pudiera convertirse en parte del mobiliario y no hablar ni moverse, creo que sería bastante tolerable vivir con él."

"Al menos tiene la ventaja de ser un paisaje agradable".

"¡Oh! "Amanda se tapó la boca con la mano mientras reía". Eso fue muy ingenioso, querida Rosmery. Prueba eso con el señor Abernathy. Puede que le guste."

Con Amanda no había forma de ganar. Rosmery terminó su sándwich y salió de la habitación.

* * *

Al final de la calle Miller, Jonathan se detuvo para sacar medio pastel aplastado y dos puñados de galletas de los bolsillos de su abrigo, donde las había guardado. Las esparció con cuidado entre los arbustos, asegurándose de que estuvieran demasiado bien escondidas para que nadie las descubriera. Los pájaros y los ratones se desharían de ellas durante la noche. Para ser la primera vez que se encontraban, pensó, las cosas habían ido bastante bien. Hubo varias ocasiones en las que debió de haber ofendido de verdad a Rosmery. Tampoco había impresionado a su madre ni a sus hermanas. Unos cuantos encuentros más como éste, y no habría duda de que ella decidiría que no podía casarse con él, y él sería libre.

Satisfecho consigo mismo, Jonathan regresó a casa.

Capítulo 6

La señora Abernathy y el señor Miller habían trazado juntos un plan para el cortejo. Durante los tres primeros días, Jonathan visitaba a Rosmery todas las mañanas a las once y media en punto y se marchaba a las doce. El cuarto día, domingo, Rosmery lo acompañó a casa desde la iglesia, a tres metros por delante de sus hermanas, que no paraban de reírse. El miércoles siguiente, la señora Abernathy consideró apropiado que los Miller cenaran en su casa y que Rosmery y Jonathan pasaran horas interminables después jugando al cribbage. El cribbage, explicó Jonathan a Rosmery, era exactamente un juego adecuado para el cortejo porque sólo dos personas podían jugarlo a la vez. Pero como Jonathan demostró ser incapaz de contar sus puntos con precisión, se convirtió más bien en una especie de juego contra sí misma con dos comentaristas poco serviciales sobre sus decisiones (porque Amanda, por supuesto, insistía en mirar).

El jueves por la mañana empezó a llover durante la visita de Jonathan, y se quedó en casa de los Miller porque no quería mojar sus botas nuevas. Esto significó que pasó dos horas y media entreteniendo a Rosmery con una historia detallada del encargo y la compra de las botas. La historia aún no había terminado cuando comenzaron las horas de visita habituales de la señora Miller y llegaron las primeras personas. Eran la señora Giardino y su hija Eliza, viejas amigas de la familia. Cuando entraron, Jonathan tuvo la educación de sacar sus botas del sofá y ponerse de pie.

“¡Es el joven señor Abernathy!” dijo la señora Giardino, enarcando sus bonitas cejas oscuras. “No, no hace falta que nos presente, señora Miller; ya lo conocemos.”

“Por supuesto” dijo la señora Miller. “¿Y cómo está el señor Giardino?”

“Está bien, aunque la gota le está molestando de nuevo. ¿Cómo está el señor Miller?”

“Muy bien, como siempre. Nunca parece que le pase nada.”

Siguió una breve conversación sobre la salud de varios amigos y parientes. Rosmery se sentó con Eliza y Jonathan en un sofá a cierta distancia de su madre y la señora Giardino. Los ojos oscuros e inteligentes de Eliza recorrieron a Jonathan como hormigas que pululan por un hormiguero. Incluso Jonathan parecía incómodo. Se movió en su asiento y frotó el tacón de una bota nueva sobre la punta de la otra.

“¿Esas botas son nuevas, señor Abernathy?” preguntó Eliza.

“Sí, lo son. ¿Cómo lo supiste?”

“Tus pies son demasiado anchos para ellos. El cuero está tenso, pero aún no está estirado. No creo que tu zapatero haya hecho un buen trabajo”.

La expresión educada y vacía en el rostro de Jonathan se iluminó con comprensión. “¡La Tempestad!”, dijo.

“En efecto” dijo Eliza. “Fue allí donde nos vimos por última vez. Qué amable de tu parte recordarlo.”

“Eres muy difícil de olvidar.”

“Sabe que no debería coquetear conmigo, señor Abernathy, no ahora que está comprometido con Rosmery.”

“Él no está coqueteando contigo” dijo Rosmery.

Jonathan se inclinó hacia delante en su silla con admiración. "No lo soy. ¿Cómo supiste que estamos comprometidos?"

Eliza hizo un rizo en espiral alrededor de su dedo índice y se mostró muy superior. "Solo hay que ser observador".

“Sí, sí, sí. Pero ¿qué observaste?” Jonathan se volvió un momento hacia Rosmery. “Tu amiga me fascina.”

"Debes quitarle esa costumbre de coquetear", dijo Eliza.

“No está coqueteando” dijo Rosmery . “¿Cómo lo supiste? Todavía no hemos hablado del tema.”

Eliza se encogió de hombros. “Era obvio. La reputación del señor Abernathy es muy negra en estos momentos. Cuando se supo de él, me dije a mí misma: «Ahora, el señor Abernathy se casará o se irá a algún lugar aburrido y fuera de la vista como Tunbridge Wells hasta que todo el mundo se haya olvidado de él». Como no está en Tunbridge Wells, sino en tu salón, debe estar casándose. Y como es *tu* salón, sólo puede ser contigo con quien se case. El chaleco y los zapatos nuevos confirman mis sospechas. Sólo un hombre que esté cortejando se atrevería a llevar un chaleco así. Ah, se me olvidaba. Mis felicitaciones por tu compromiso.”

“Gracias” dijo Jonathan. “Aunque puede que me case con Dafne o con Amanda, ¿sabes?”

Eliza miró a su alrededor. "Dafne y Amanda no están aquí. Supongo que Amanda se enojó por la actitud amorosa de Jonathan y salió corriendo enojada, y Dafne la siguió".

"No sé cómo lo hace", dijo Jonathan. "Es una persona muy inteligente".

“No está coqueteando” dijo Rosmery antes de que Eliza pudiera decirlo una vez más. Estaba empezando a ver que necesitaba una distracción. Podía soportar a una persona ridícula, pero no a dos, no al mismo tiempo. “Creo que tenemos tiempo para una partida de ajedrez, Eliza.”

“Eso no servirá” objetó Eliza. “Dejaría fuera al señor Abernathy. Además, no es divertido jugar con alguien que siempre pierde.” Sonrió. “Pero conozco un acertijo nuevo. Uno muy fácil que creo que podrías entender.”

A Eliza le fascinaban los acertijos. Rosmery se resignó a sufrir educadamente durante diez minutos. "Continúa, entonces".

Eliza se sentó erguida. "Mi primer plato está dotado del poder de dar sabor y sabor; mi segundo plato está relacionado con la harina; mi plato principal es un nido".

“Bueno, obviamente tiene algo que ver con la comida” dijo Rosmery.

-¡Sí, sí, sigue adelante!

“Pan de lima” dijo Jonathan. “Es obvio.”

Eliza se encogió de hombros. "El pan de lima no existe".

"Entonces pan de jengibre."

"Son tres sílabas. El conjunto solo puede tener dos sílabas. Además, ¿cómo es que el pan de jengibre es un nido para el jengibre?"

"El jengibre está en el pan."

"Y nunca he oído hablar del condimento de jengibre".

"Estoy seguro de que he probado la salsa de naranja y jengibre".

"Eso no es lo mismo... la respuesta era Saltbox, señor Abernathy. Saltbox".

"Eso sí que es una tontería. La sal no es más un condimento que el jengibre. ¿Y qué tiene que ver la caja con la harina?"

"Es una caja para guardar harina de pan".

"¿Por qué no una caja para horquillas, botones o dentaduras postizas?"

"¡Porque no riman con poder!"

"Creo que es un acertijo muy malo. Conozco otros mucho más ingeniosos".

"Oh, ¿y tú?" La luz de la batalla apareció en los ojos inteligentes de Eliza. "¿Continúas entonces?"

Jonathan frunció el ceño y pensó por un momento: "¿Qué es algo que tiene dos manos y una cara, y que... no camina..."

"Un reloj" dijo Eliza con desdén. "Todo el mundo lo conoce. Y lo has dicho mal. Es."

"¿En qué mes las mujeres hablan menos?" preguntó Jonathan.

Eliza vaciló. "¿Cómo dices?"

¿En qué mes las mujeres hablan menos?

"No rima."

"No tiene por qué."

Se hizo el silencio mientras Eliza intentaba resolver el problema. Rosmery se dio cuenta de que los acertijos habían sido una mala idea. Se preguntó si no sería demasiado tarde para insistir con el ajedrez.

Con voz fría y distante, Eliza dijo: "Febrero".

Jonathan aplaudió: "Muy bien hecho".

"No me gusta ese acertijo."

-Tengo otra que te gustará más. ¿Por qué un paraguas se parece a una mujer?

"Creo que tampoco me va a gustar este". Eliza se sorbió los dientes.

"¿Por qué no me lo dice, señor Abernathy?"

"Porque su mejor utilidad es ser manipulada".

Rosmery tardó un momento en comprender, y cuando lo hizo, una aversión férrea se apoderó de ella.

Eliza siguió frunciendo el ceño. "No entiendo".

"Ya ves..." Jonathan se detuvo, su expresión se ensombreció por una repentina desazón. Rosmery comprendió muy bien la expresión: no podía explicarle semejante broma a una mujer joven y soltera, y menos a una tan obviamente ingenua como Eliza.

"Pero explícamelo, Jonathan" dijo Rosmery con dulzura. "Yo tampoco lo entiendo. ¿Qué significa?"

Las mejillas de Jonathan se pusieron rosadas. "Ya ves... manipulando a una mujer..."

"No estoy segura de lo que quieres decir con "manejar", dijo Rosmery. "¿Manejar? ¿Dar órdenes?"

"Ah... sí."

"¿Ordenas tus paraguas?"

"Nosotros nos encargamos de ellos."

"¿Cómo exactamente?"

"Nosotros... los doblamos hacia adentro y hacia afuera."

"¿Y a las mujeres las tratas de la misma manera?"

Las puntas de las orejas de Jonathan ahora estaban rojas. "Bu-bueno... no exactamente".

"El acertijo no tiene ningún sentido" dijo Rosmery. "Me imagino que es el tipo de cosas que ustedes, caballeros, dicen en sus clubes mientras beben demasiadas tazas de cerveza. En ese estado de ánimo, todo parece inteligente".

"Tal vez". Jonathan se frotó las orejas y se levantó para mirar por la ventana. "Sabes, creo que ya está lo suficientemente seco como para volver caminando".

De hecho, seguía lloviendo, pero Rosmery no iba a detenerlo si quería irse. Se puso de pie mientras él se despedía y luego se dirigió con Eliza a la mesa junto a la ventana, donde podrían hablar con más privacidad de sus madres. Eliza parecía descontenta.

"No me gustaron esos acertijos", dijo. "Eran muy groseros".

"Sí, Jonathan a veces lo es" dijo Rosmery.

"Me imagino que no es muy inteligente."

A Rosmery se le había ocurrido esa sospecha con bastante frecuencia durante la última semana, pero ahora sacudió la cabeza. "No debes juzgar a todo el mundo según tus propios criterios".

"Quiero decir, eso ni siquiera era un acertijo, ¿sabes?"

"No fue muy buena."

"No, no era una adivinanza en absoluto. Era un acertijo. Un acertijo que rima y tiene versos".

"Eso le diré."

"Y ni siquiera tenía sentido... tocar a un mu... ah". Las pálidas mejillas de Eliza se pusieron coloradas. "Oh".

“En efecto”

dijo Rosmery secamente.

La sangre desapareció lentamente del rostro de Eliza hasta que recuperó su tono pálido habitual. "Parece que el señor Abernathy se ha ganado su reputación".

"No quiero fomentar chismes sobre él. Voy a casarme con él".

"Fue simplemente una observación. Un hombre capaz de hacer ese tipo de bromas podría fácilmente hacer las otras cosas que se rumorea que hace el señor Abernathy".

Rosmery reprimió una sonrisa. "Todos los hombres pueden hacer ese tipo de bromas. Sólo los hombres como el señor Abernathy son lo bastante tontos como para hacerlo en compañía de mujeres. Pero creo que es un hábito que puedo quitarle".

“Hm” Eliza entrecerró los ojos. “No estás enamorada de él. Es un matrimonio de conveniencia, de cabo a rabo.”

Había algo en la forma en que lo dijo que ofendió a Rosmery. "¿Hay algo malo en estar motivada por preocupaciones prácticas?"

“No, en absoluto. De hecho, creo que te ha ido muy bien. Él es hijo único y creo que su padre es muy rico. Algún día tú serás rica”.

"No me casaré con él por su dinero".

“No estoy segura de que sea la única. Después de todo, está su aspecto. A mí no me afectan tanto como a otras mujeres, pero creo que la mayoría lo encontraría atractivo. Quizá a ti también te parezca bien”.

"No es insoportable mirarlo", dijo Rosmery.

Eliza se rió. "Ya ves. Tienes un aspecto que te agrada y un marido rico. Las cargas del matrimonio no pueden ser demasiado pesadas para ti".

"Lo haces sonar como si fuera un completo mercenario".

“No, no. Estoy impresionada. Pocas mujeres pueden ser tan lúcidas como tú en lo que se refiere a la cuestión del matrimonio. Muchas se dejan llevar por el corazón, y el corazón puede llevarnos a equivocaciones. Es mucho mejor no dejar que se involucren”.

Rosmery reconoció que Eliza era una experta en muchas cosas, como la historia de Grecia, el uso de un telescopio o la conjugación de verbos franceses. Pero cuando se trataba de relaciones personales y amor, Rosmery sospechaba que Eliza era algo menos que una aficionada. Que Eliza le dijera que estaba haciendo lo correcto la hizo preguntarse si realmente lo era.

"Hay otras razones", dijo. "No tengo ningún deseo de acabar solterona y ser una carga para mis hermanas o mi madre. Y creo que Jonathan y yo nos llevamos bastante bien".

“Por supuesto que sí. No hay nadie en el mundo con quien no te lleves bastante bien, Rosmery. Tienes una naturaleza tan paciente, tan flemática. Ni siquiera un hombre como el señor Abernathy podría alterarla. Debo decir que, mientras que la mayoría de las mujeres están destinadas a la infelicidad en el matrimonio, creo que tú, al menos, serás feliz. Pides tan poco”.

No fue un gran elogio ni para Jonathan ni para Rosmery, pero la mirada sincera y aprobatoria en

el rostro de Eliza mostró que lo decía en serio.

Rosmery sonrió débilmente. "Gracias."

Capítulo 7

A medida que los días se fueron convirtiendo en semanas, Jonathan se dio cuenta de que había subestimado a la señorita Miller. Había notado muy a menudo una mirada particular y desdenosa en sus ojos, pero hasta donde podía ver, incluso sus mejores esfuerzos no habían hecho más que irritarla. Ella siempre se mostraba fría y serena, sin importar cuán grosero o vergonzoso fuera él. Empezó a ver que necesitaría un cambio de táctica. Los malos modales no la disuadirían. Haría falta algo más profundo.

Fue su madre quien le dio la idea y la oportunidad. Una mañana, durante el desayuno, justo cuando Jonathan estaba a punto de tomar su primer sorbo de café, la señora Abernathy le gritó: "¿Ya besaste a Rosmery?".

Jonathan derramó café sobre su plato. "¿Le pido disculpas!"

"Fue una pregunta sencilla, Jonathan".

«Gramaticalmente puede que lo fuera, pero moralmente no lo es».

"No entiendo por qué. Hace tres semanas que estás comprometido. No habría nada inmoral en un beso".

"No sabía que la moralidad era simplemente una cuestión de tiempo. Si tengo que conocer a una mujer un minuto para bailar, dos días para caminar y tres semanas para besarla, supongo que después de haberla conocido durante cuatro meses puedo tomarme todo tipo de libertades sin tener en cuenta en absoluto las nociones de cariño o matrimonio".

"¿No seas frívolo, Jonathan! Y responde a la pregunta. Tu actitud evasiva es sospechosa".

Jonathan sintió que se le calentaban las mejillas, una sensación muy nueva y desagradable para él. Se dedicó a secar el café derramado con una servilleta.

"¿Jonathan?" preguntó la señora Abernathy con frialdad.

"No" dijo Jonathan. No lo he hecho.

El señor Abernathy rió entre dientes: "El chico se ha vuelto tímido, Margaret. Mira, se está sonrojando".

"¿No me sonrojo!"

"No tiene por qué ser tímido" dijo la señora Abernathy. "Está comprometido con la muchacha. Además, como ha tenido una docena o más de aventuras indecentes, no puede decir que sea ingenuo. Debe asumir el papel de maestro y ayudarla a prepararse para lo que vendrá después".

Jonathan respiró entre dientes. "Madre, ésta no es una buena conversación".

"Al contrario", dijo el señor Abernathy, "me parece una gran noticia. Mira hacia arriba, muchacho. Mira hacia arriba. ¡Ja! ¡Tienes las mejillas rojas!"

Jonathan se bebió el café de un trago. "Tengo fiebre. No me encuentro bien. No puedo ver a la señorita Miller hoy. Podría contagiarle un resfriado y podría morir".

"Sería una tragedia" dijo el señor Abernathy alegremente, "pero creo que te haría bien estar

enfermo delante de ella. Tal vez eso la anime a ser más tierna contigo”.

“No se llevan tan bien como deberían” dijo la señora Abernathy. “La chica debe ser tímida. Debes esforzarte más para atraerla, Jonathan. Sé que sabes cómo hacerlo”.

Jonathan rompió en pedazos su panecillo. “No hay duda de que no me siento atraído por ti, ¿verdad?”

"En el pasado has demostrado que eres capaz de sentirte atraído por las mujeres", dijo la señora Abernathy. "No veo por qué Rosmery debería ser diferente".

Jonathan no tenía forma de explicarle a su madre exactamente *por qué* la señorita Miller era tan diferente. Se quedó callado, concentrado en romper en pedazos su panecillo.

“De todos modos” dijo su madre, “te esforzarás más con Rosmery. No sería justo que ella fuera completamente sorprendida en su noche de bodas”.

"¡Madre!"

“Sólo estoy siendo práctico al respecto, Jonathan. Su madre ciertamente no la preparó como debería”.

“Nunca he visto a la señora Miller preocuparse más que por la comodidad de sus hijas. Creo que podemos confiar en sus preparativos”. “Jonathan se frotó las mejillas, tratando de disipar algo del ardor que aún persistía en ellas”. “¡Y no diré ni escucharé nada más sobre este tema!”.

Por desgracia, la señora Abernathy no se dejó desanimar tan fácilmente. Esa misma tarde llamó a la señorita Miller a su casa con la excusa de que quería enseñarle a jugar al piquet. Jonathan mantuvo una conversación flácida con la señorita Miller mientras ella se tambaleaba en dos partidas y perdía casi todas las bazas. Al comienzo de la tercera, la señora Abernathy se levantó de repente y dijo: "Disculpen, las dos, de repente me acordé de un asunto que debo atender".

Al salir cerró la puerta detrás de ella, lo cual, pensó Jonathan, era completamente innecesario.

La sala quedó en silencio. La señorita Miller no parecía sentir la necesidad de llenarla. Estaba sentada a la mesa de juego, pasando un dedo de un lado a otro distraídamente por el borde donde el tapete se unía a la moldura de madera. Jonathan podría haber pensado en cualquier cantidad de temas de conversación, si hubiera querido, pero no lo hizo.

"¿Va a volver tu madre?" preguntó la señorita Miller después de un rato.

"Me imagino que no", dijo Jonathan. "Creo que ha decidido que para que nuestro noviazgo avance hacia la intimidad necesitamos una cierta cantidad de privacidad".

La señorita Miller le lanzó una mirada inquieta. Jonathan lo entendió muy bien. Fue hasta la puerta y la abrió de par en par. El pasillo estaba vacío, lo que le dio el alivio de saber que su madre no era tan tonta como para quedarse y escuchar a escondidas para asegurarse de que estaba besando a la señorita Miller. Dejó la puerta abierta y regresó a la mesa de juego.

“En caso de que sientas la necesidad de huir de mis apasionados avances” dijo, arrastrando su silla otros dos pies lejos de ella y volviendo a sentarse.

“Pero tú no...” Parecía dubitativa. “Eso no es un adelanto”.

“Eso es muy observador de tu parte” Jonathan cruzó las piernas e inclinó la silla hacia atrás. “No estamos casados y nunca me atrevería a ser inapropiado con una mujer soltera”.

La señorita Miller dejó escapar un pequeño suspiro de alivio. "Gracias."

A Jonathan le molestaba que ella le diera las gracias. La situación le incomodaba tanto como a ella, pero no quería admitirlo. Y, desde luego, no quería que ella se sintiera agradecida. De la gratitud al afecto sólo había un pequeño paso, y ella se engañaba a sí misma creyendo que sentía algún afecto por él; él estaba completamente perdido.

"Quiero decir que puedo ser inapropiado" dijo lentamente, mientras se le ocurría otra idea. "Has oído algunos rumores".

"Presto poca atención a los rumores."

"Entonces supongo que debería informarte. No es apropiado que te cases con nosotros sin saber quién soy en realidad".

"Te conozco bastante bien."

"No puedes. En el curso de nuestra relación, que se remonta, dices, a varios años, pero que yo recuerde, sólo tres semanas, no hemos pasado juntos más de un día entero. Las profundidades de mi carácter, por muy perspicaz que seas, no se pueden sondear en tan sólo veinticuatro horas".

Las comisuras de los labios de la señorita Miller se curvaron ligeramente, de forma molesta, como si no lo creyera. "Tal vez no. Pero no necesito saber todo sobre ti, Jonathan, antes de nuestro matrimonio. Ni siquiera, supongo, después".

—Hay algunas cosas que debes saber. Me aprovecharía de ti si te dejara en la ignorancia. Verás, señorita Miller, he tenido amantes.

Su media sonrisa se desvaneció. "Estoy al tanto de los rumores que rodean a Lady Mowbray y de su reputación en general".

"¿Los rumores a los que prestas poca atención?"

Ella se chupó el labio inferior.

Jonathan enderezó su silla y se inclinó para poder hablar en voz baja. "Cinco".

"¿Indulto?"

"El número de mis amantes, amantes verdaderos, no meros coqueteos."

Sus ojos se abrieron de par en par y luego suspiró casi imperceptiblemente, lo que podría haber sido solo alivio. ¿Había pensado que la cifra era mayor?

"Y mis coqueteos son innumerables", añadió.

"Ahora lo sé entonces."

Jonathan examinó sus dedos, que estaban entrelazados sin apretarlos y que no temblaban sobre su regazo, sus labios, ligeramente apretados, pero no con fuerza, y sus mejillas, de la habitual palidez exangüe. Ella no se sorprendió, no se sintió herida, aparentemente no se vio afectada en absoluto por su confesión.

Miró hacia la puerta. Por lo que podía ver del pasillo, todavía estaba vacío. Tampoco había oído pasos. Su madre probablemente había ido a su sala de estar para planear más acciones malvadas. Bueno, que el mordedor fuera mordido. Aprovecharía la privacidad forzada para decir cosas que no se atrevería a decir en presencia de otros.

“Mi historia de libertinaje comenzó cuando tenía veinte años” dijo. “ Con la encantadora señora... pero no debo besarla y contarla. Llamémosla señora P. Pobre mujer”. Casada con el peor de los viejos aburridos, el tipo de hombre que pensaba que no valía la pena hablar con las mujeres. Pero hablé con ella, la escuché, y ella... “Jonathan se rió suavemente para sí mismo al recordar un viejo chiste—. Tenía un maravilloso sentido del humor. Podía hacerme reír durante horas y horas. Sentí tanta pena por ella, por estar casada con un hombre así”.

“¿No sentiste pena por el hombre por haberse casado con una mujer así?”

"Mi querida señorita Miller, ella valía su peso en oro y él no tuvo la inteligencia para darse cuenta. No siento pena por él en absoluto. Si un hombre es tan estúpido como para no reconocer a una buena mujer cuando la conoce, se merece todo lo que le pase".

Los ojos de la señorita Miller se abrieron de par en par por la sorpresa. "¿La amabas?"

“Sí. Espero que no te moleste que no sea la primera mujer a la que he amado. Ni siquiera, supongo, la décima”.

Esperaba que eso le molestara, pero ella negó con la cabeza. Aunque, pensó cínicamente, no era como si su corazón estuviera involucrado. Solo su bolso.

“Los hombres tienen una naturaleza determinada” dijo ella, distante. “O eso he oído”.

Jonathan resopló. “No has oído ni una palabra. La señora P.... me educó. Supongo que yo tendré que educarte a ti también. Después de que nos separamos (me rompió el corazón al enviarme lejos), descubrí que no podía volver a ser lo que había sido. Los flirteos podían sustentar mi alma, pero no mi cuerpo. En un estado de inanición, fui rescatado por la señora F”.

"No necesito saber los detalles de sus amoríos, señor Abernathy".

"Estos no son los detalles. Esto es simplemente el índice. La señora F fue mi segundo capítulo. Ella tenía mí misma edad, pero estaba casada con un hombre lo suficientemente mayor como para ser su padre. Una idea terrible... Me refiero a los matrimonios de mayo y diciembre".

"Mi hermana Ellen se casó con un hombre quince años mayor que ella".

“En el mejor de los casos, entre mayo y septiembre, aunque tampoco es lo ideal. Supongo que tu padre lo organizó todo por dinero, como hizo contigo”.

“Supones que estás muy equivocado. Perdió tres mil libras en el trato”.

Si alguien más lo hubiera dicho, Jonathan habría pensado que se trataba de una broma. Pero si lo hubiera dicho la señorita Miller, con su tono monótono y serio, no habría hecho más que confundirlo. Quizá se estaba enfadando y lo decía en tono de broma.

“De todos modos”. dijo Jonathan después de un minuto, era natural que la señora F buscara afecto y comprensión fuera de su matrimonio, si no podía conseguirlos dentro de él. Y yo estaba... bueno, yo estaba allí. Y ella era muy bonita.

Esperó un rato para ver si la señorita Miller hacía algún comentario al respecto, pero ella no dijo nada, concentrada, al parecer, en examinar los trucos que había perdido en el piquet.

"La señora F y yo nos separamos después de unos meses", dijo Jonathan. "Pensé que sería prudente dejarlo antes de que nuestros afectos se comprometieran demasiado".

"Habría sido más prudente no haber empezado."

Jonathan se encogió de hombros. “No todos hemos sido bendecidos con su sabiduría, señorita Miller. Ahora, el capítulo tres nos lleva a... la señora O, sería. Yo tenía veintitrés años en ese entonces, y creía que sabía mucho más sobre el mundo de lo que en realidad sabía. En mi ignorancia, la señora O se aprovechó de mí”.

"¿Se aprovechó de ti?"

“En efecto. Me atrajo, me sedujo y me cautivó sin ningún otro motivo que el de herir a su marido”. “Incluso cuatro años después, eso todavía le dolía en el orgullo. Ahora, también, con el beneficio de la retrospectiva, le remordía la conciencia. Jonathan debería haberlo sabido mejor”. Y lo lastimó.

Los dedos de la señorita Miller se quedaron congelados sobre las cartas. "No quiero oír más de esto, Jonathan".

“No, no. Éste es un recuento completo de mis pecados. Debes saber con quién te vas a casar”.

"Sé lo suficiente. No necesito saber estas... historias desagradables".

"¿Ni siquiera la verdad sobre Lady Mowbray? ¿No sientes curiosidad por los rumores?"

La señorita Miller meneó la cabeza.

“Tengo curiosidad. No puedo imaginar qué la llevó a proclamar nuestra locura frente a cientos de personas en un baile. Hace tres años estábamos locamente enamorados. Hace tres años. Apenas la he vuelto a ver desde entonces, y sólo por accidente. Sin embargo, de repente...” Jonathan se tragó la ira; cualesquiera que fueran las consecuencias, Lucy no lo había hecho con el propósito de herirlo. “Me gustaría saber por qué lo hizo. Eso es todo”.

La señorita Miller se quedó muy callada durante un rato. Jonathan pensó que estaba reflexionando con cierto disgusto sobre su historia y permaneció callada para dejarla hablar.

"¿Locamente enamorado?" dijo finalmente.

“Dudas de mí” dijo Jonathan con tono de reproche. “¿Crees que el hecho de haber amado a muchas mujeres me hace incapaz de amar? Yo creo que es todo lo contrario. Es el corazón que nunca ha amado el que es incapaz de amar. Por eso” dijo con un profundo suspiro “temo que nunca me amarás”.

“No es tu tipo de amor, no” dijo la señorita Miller. “No tengo ese tipo de amor, pero estoy segura de que, con el tiempo, me acostumbraré a ti”.

"Es muy posible", dijo Jonathan. "Pero acostumbrarse no hace que uno ame. De hecho, creo que es todo lo contrario. Conozco a muchas parejas que se dan cuenta de que se han acostumbrado demasiado el uno al otro y buscan novedades fuera de su matrimonio".

La señorita Miller frunció el labio superior. "Puedo asegurarle que yo no soy así".

“Tú crees que no lo soy, pero yo sigo siendo una novedad para ti. No, creo que la mayoría de la gente sería mucho más feliz si nadie se casara, o si todos nos casáramos con quien quisiéramos, cuando quisiéramos y rompiéramos el vínculo cuando empezara a irritarnos”.

"No sería más feliz. Me gusta mucho el matrimonio tal como es".

Jonathan se rió. "Pero tú no sabes nada de eso".

"Conozco a tantas personas casadas como tú."

"Pero no tantos lechos nupciales".

La señorita Miller se sonrojó y se levantó bruscamente. Dio tres pasos hacia la puerta y se detuvo. Jonathan la observó atentamente, preguntándose si la había destrozado, pero en lugar de salir de la habitación, se dio la vuelta y se acercó a la ventana para mirar el jardín, con una palma apoyada contra el cristal, temblando ligeramente.

"Eso debe ser verdad" dijo. "Creo que siempre debe ser así cuando una solterona se casa. Pero tu experiencia no te califica para juzgar los méritos del matrimonio, como mi inexperiencia no me califica a mí. Sólo has visto el lado oscuro del matrimonio. Eso te ha predisposto contra el asunto en su conjunto".

"No del todo. Una vez sí que me planteé casarme, como era debido" dijo Jonathan. "No contigo, quiero decir. El año pasado me enamoré de una jovencita, una chica, en realidad, en su primera temporada en Londres. Fue un flirteo muy suave, ni siquiera un beso en la mejilla, y aun así estaba más enamorado de ella que nunca en mi vida".

"¿Por qué decidió no hacerlo?" preguntó la señorita Miller, todavía dándole la espalda.

"Un día me di cuenta de que tenía una risa muy afectada. Y después de eso... nunca más podría sentir lo mismo por ella. Ahora imagina si hubiera descubierto eso después de casarme con ella. Imagina lo que descubriré sobre ti o lo que descubrirás tú sobre mí después de que estemos casados".

"En nuestro caso, Jonathan, no nos hacemos ilusiones para empezar".

"Nunca se sabe que es una ilusión hasta que se rompe, señorita Miller". Jonathan se dio cuenta de que ella se estaba recuperando de su sorpresa anterior y se sintió molesta. "La señora N, de quien estuve enamorado durante una semana, tenía la ilusión de que el hecho de que yo estuviera enamorado de ella significaba que estaba listo para huir con ella. Yo sólo quería acostarme con ella. Cuando destrocé su ilusión, se lo tomó muy mal. No se acostó conmigo y yo no hui con ella, aunque confieso que sí lo hice. Una mujer que blande las pistolas de duelo de su marido tiene ese efecto sobre mí".

La señorita Miller permaneció junto a la ventana, en silencio.

"Eso", añadió Jonathan, "fue tres semanas antes de que me comprometiera contigo".

"Qué asco dijo en voz baja". ¿No tienes vergüenza?

"Ninguna".

Jonathan la observó atentamente. Era la primera vez que ella le expresaba un disgusto tan abierto; estaba a punto de empujarla más allá de su límite de tolerancia. "Dudo que yo también aprenda a sentir vergüenza después de nuestro matrimonio, querida. Mi problema es que me aburro de las mujeres, y tú no eres la más, digamos, vivaz, para empezar. Creo que en unos meses..."

"¡Basta! No quiero oírlo. Nada de esto. No necesito oírlo. Haz lo que sea que hagan los hombres como tú, ¡pero no me lo cuentes! No quiero saberlo". Se volvió hacia él por fin, con el rostro pálido y suplicante. "Serás el hombre que eres. No intentaré cambiarte. Cuando estemos casados, sin duda continuarás con tus desventuras. Sólo te lo ruego, señor Abernathy, no me cuentes nada

de ellas. Prefiero seguir siendo ignorante.”

Jonathan la miró fijamente. Era evidente que ella le repugnaba, pero aun así estaba resignada a casarse con él. ¿No tenía orgullo? ¿No tenía sentido de autoconservación?

"Pero tu ignorancia..."

"¡No! ¡Basta!"

Jonathan se mordió la lengua para reprimir la disculpa que automáticamente le subió a los labios. Las manos de la señorita Miller se aferraban a su garganta, temblando. Dos manchas de color habían aparecido en sus mejillas, dándole una repentina e inesperada animación a su rostro. Jonathan se preguntó si sus ojos alguna vez brillaban tanto de risa. Si hubiera sido cualquier otra mujer, habría estado tentado de averiguarlo.

Se oyó un ruido en la puerta y Jonathan se giró para ver a su padre allí de pie, con el ceño fruncido. "Oí voces que se alzaban", dijo. "¿Estás bien, Rosmery? ¿Te hizo daño?"

"No". El rubor de la señorita Miller se hizo más intenso. "Lo siento, señor. Estábamos hablando".

"No tienes por qué disculparte. Sin duda, la culpa es de Jonathan". El señor Abernathy miró a Jonathan con las cejas levantadas. "¿Jonathan?"

Jonathan se mordió el labio. Si su padre llegaba a sospechar siquiera un ápice de su plan, no importaría si lo conseguía o no; nunca recuperaría su salario. "Le pido disculpas, señorita Miller". Se le fue la lengua.

"Tu disculpa es aceptada", dijo con rigidez.

"Tal vez sea hora de que Rosmery se vaya a casa a pasar el día" dijo el señor Abernathy. "Llamaré al carruaje; está empezando a llover".

Se fue de nuevo. Jonathan miró a la señorita Miller a los ojos, preguntándose si la había llevado al límite. Ella estaba emocionada, sin duda, tenía las mejillas blancas y su pie se frotaba de un lado a otro sobre la alfombra como si estuviera tratando de no huir. Incluso podría haber lágrimas en sus ojos. Las había. Estaba parpadeando para contenerlas, tratando de tragárselas.

Jonathan sintió entonces, contra su voluntad, una sensación pesada e incierta en el estómago. Culpa.

"Señorita Miller... Rosmery..." Se palpó los bolsillos en busca de un pañuelo. No era mi intención escandalizarla...

"Lo hiciste" su voz tembló. "Querías hacerlo y lo lograste".

Encontró el pañuelo y se lo tendió. "Muy bien. Lo hice. Pero debes saber que no soy... el tipo de hombre con el que no mereces casarte. Te mereces algo mucho mejor, Rosmery.

Ella ignoró su pañuelo y se secó los brazos con la manga. "Entonces tendrás que aprender a ser mejor, Jonathan. Porque eres el único hombre que tengo".

Capítulo 8

Rosmery regresó a casa aquella tarde en un estado de nerviosismo. Había sabido muy bien lo que se decía de Jonathan: un coqueto, un seductor, un amante de las mujeres casadas, pero en su inocencia no había comprendido del todo el alcance de la palabra amante. Había algo muy feo en el mundo que Jonathan había descrito, un mundo en el que los votos matrimoniales se rompían con tanta facilidad, y algo también aterrador. No deseaba que su propio matrimonio formara parte de ese mundo. Aunque nunca llegara a amar a Jonathan, cualquier traición la lastimaría, la humillaría.

Su ansiedad no se vio ayudada por el humor del señor Miller durante la cena de esa noche. Normalmente, cuando no había invitados a la mesa, participaba poco en la conversación, salvo para censurar a Dafne o a Amanda cuando era necesario. Esa noche, sin embargo, estaba de buen humor (la cocinera había preparado, por una vez, una cena excelente, aunque todos los platos principales estuvieran basados en pescado) y, después de hacer observaciones humorísticas sobre el cabello de Dafne y el vestido de Amanda, felicitó a Rosmery por su apariencia y comenzó a regodearse por la inminente boda.

“¡Tres semanas de noviazgo!” dijo. La pareja ya debe estar casi enamorada. En mi época, un noviazgo duraba sólo lo que se tardaba en leer las amonestaciones.

La idea de que se leyeran las amonestaciones sobresaltó a Rosmery. “No pensé que Jonathan y yo nos casáramos tan rápido”.

Amanda levantó la vista de su plato de ostras gratinadas. “La semana pasada te quejabas de que era demasiado largo”.

El señor Miller los ignoró a ambos. “Pero Rosmery siempre ha sido una criatura de pasiones que evolucionan lentamente”. Soltó una carcajada. “Te pareces a tu madre”.

Una extraña sensación de ira se desató en Rosmery ante la comparación. Ella no era como su madre.

—Me atrevo a decir que una chica como tú, Rosmery, necesita que le digan que está enamorada para poder estar enamorada. Yo le dije lo mismo a tu madre, ¿sabes? Una semana antes de nuestra boda le dije que me amaba y así fue. Le diré al joven Abernathy que te diga lo mismo a ti.

Por un momento, Rosmery casi pudo oír a Jonathan diciéndole esas palabras al oído, con esa actitud suya de satisfacción y de ternura. Sus manos se cerraron involuntariamente sobre los cubiertos y una concha de ostra salió despedida de su plato y rodó hasta el centro de la mesa.

Dafne se rió. Incluso el señor Miller, en su estado de ánimo alegre, esbozó una leve sonrisa.

“Tal vez no le diga que te lo diga entonces.”

“Por favor, señor Miller” dijo la señora Miller, “no la moleste”.

“No estoy bromeando, Nell. Sólo es un poco de diversión”. La sonrisa del señor Miller se ensanchó. “Me alegro por Rosmery. Esto va a ser muy bueno para ella. Jonathan es justo el tipo de joven que ella necesita. De buena familia, de sólida independencia y sin legiones de hermanas

solteras que le pesen en el bolsillo. Todo lo que falta es que ella se dé cuenta y se enamore”.

"¿Es a Jonathan a quien necesita?", preguntó Amanda, "¿o a su familia y su dinero?"

"No puede resultar nada bueno casarse con un hombre sin medios ni familia", dijo Miller. "Y Rosmery realmente ha superado a Ellen y Harriet en este asunto. El señor Clinton tiene medios suficientes, pero no tiene una familia digna de mención. El señor Montague tiene familia suficiente -quizás incluso demasiada, con todas sus tías y hermanas- pero su fortuna está terriblemente lastrada por esa difícil situación. Pero el joven Abernathy proviene exactamente del tipo de familia adecuado, y su fortuna, cuando la hereda, no está vinculada a nada".

"Espero que no lo administre mal", dijo ansiosamente la señora Miller. "Esos jóvenes..."

"Sin duda estaré presente para asesorarlo", afirmó Miller.

"No estoy segura de que a Jonathan le guste eso", dijo Rosmery.

El señor Miller enarcó las cejas. "Escuchará un buen consejo por el bien de su esposa".

Rosmery no estaba segura de que Jonathan hiciera algo por ella. También sospechaba que no le gustaría que su padre le diera consejos. Había notado la tensión en su mandíbula cada vez que su madre le daba órdenes. A veces, incluso simpatizaba con eso.

"¿Y de qué hablaron hoy?" preguntó Miller. "¿Cómo fue su noviazgo?"

Rosmery bajó la mirada para ocultar la mancha caliente que se le había acumulado en las mejillas. "Jugué al piquet con su madre".

"¿Pero Jonathan estaba allí?"

"Él era."

"Entonces debes haber hablado con él".

"Sí. Un poco."

"Estás un poco tímido", observó el señor Miller. "Debo interpretar que eso significa que las cosas están progresando muy bien".

"¿De qué hablaron?" preguntó Amanda. "¿Fueron sus botas nuevas otra vez?" ¡Dios sabe cómo un hombre puede pasar tanto tiempo pensando en su ropa y sin lograr tan buenos resultados!

"Tuvimos una conversación privada, Amanda. No quiero repetirla".

"La negación o tal vez el temblor en su voz" fue demasiado. Amanda apoyó los codos sobre la mesa y miró a Rosmery con desconfianza.

"Pero ¿el tema de una conversación así no podría ser información privada?"

"Amanda" dijo la señora Miller, "están cortejándose. Bien podría ser".

"No" dijo Amanda. "Con Rosmery no. Ella no sabe coquetear. ¿Qué pasó hoy? ¿Qué problemas te causó ahora?"

"Jonathan no me causó ningún problema", dijo Rosmery. "Absolutamente ninguno. Hablamos de asuntos triviales".

"¿Cuáles son privadas?" Amanda alzó las cejas. Rosmery, Rosmery, debes tener cuidado con tus

contradicciones.

“Supongo que era educado” dijo la señora Miller. “A veces, me temo, es un poco... torpe”.

“Tonterías” dijo el señor Miller. “Eres demasiado delicada, Nell, demasiado amable en tus expectativas. No entiendes a un hombre joven ni lo que se puede esperar de un cortejo”.

Eso fue suficiente para callar a la señora Miller, pero no a Amanda.

“No creo que mamá sea demasiado amable” dijo Amanda. “Creo que Jonathan Abernathy es menos amable de lo que debería ser. En serio, Rosmery, ¿qué fue lo que hizo hoy? ¿Dejar las botas en el sofá? ¿Masticar con la boca abierta? ¿Jugar a las muñecas con las piezas de ajedrez?”

“Nada” dijo Rosmery. No hizo nada.

El señor Miller había decidido que la conversación había terminado. “Ya has hablado bastante por esta noche, Amanda”, dijo. “No se puede esperar que una mujer joven domine una conversación en la mesa. Y si vamos a hablar de modales, tienes los codos apoyados en la mesa y estás encorvada”.

Amanda puso los ojos en blanco, pero permaneció en silencio durante el resto de la comida. Sin su charla, ni Dafne ni la señora Miller se atrevieron a hablar mucho, y Rosmery no tenía ánimo para ello. La mesa se sumió en su habitual silencio moribundo.

Cuando no había invitados a los que entretener, el señor Miller nunca se reunía con su esposa e hijas en el salón después de la cena, sino que pasaba las tardes solo en su estudio. Después de la cena, Rosmery pasaba varios minutos esperando fuera de la puerta del estudio antes de tener el coraje de llamar. Cuando entró, el señor Miller estaba bebiendo oporto y leyendo un periódico en su escritorio. La miró por encima del borde del periódico.

“¿Qué pasa, Rosmery?”

La impaciencia que Rosmery creyó detectar en su tono le dio una oleada de determinación desafiante. “Se trata de Jonathan”.

“Ah, joven amo Abernathy”. Su padre se inclinó lo suficiente para dejar el periódico sobre el escritorio. “¿Qué pasa?”

“Dije en la cena que hoy no había pasado nada, pero no fui del todo sincera. Es muy grosero, padre. Su manera de ser. Su comportamiento. Su...”

“Es un joven vivaz. Incluso yo también lo fui en otro tiempo, ¿sabes?” El señor Miller le guiñó un ojo. “Supongo que intentó besarte y no te gustó. Pero sí accediste a casarte con él, Rosmery. No te sorprenderá”.

Sólo la ira le permitió a Rosmery hablar a pesar de la vergüenza que sentía. “No ha intentado besarme” dijo con frialdad. “No me ofendería si eso fuera lo que hubiera hecho. No, señor. Esta mañana me contó sobre otras mujeres a las que ha besado. Dijo que debía tener un relato completo de sus pecados, señor. Fue un relato largo”.

El señor Miller pasó los dedos por las páginas del periódico como si quisiera retomarlos y terminar la conversación. “Ahora lo tienes”.

“Ahora lo hago.”

“Creo que podrías apreciar la honestidad del joven. Podría haberte mentado, Rosmery”.

"Pero la forma en que lo dijo..."

"Es una conversación difícil. No hay forma de que lo haya dicho de manera que te resulte agradable a los oídos".

"No era necesario que lo dijera, padre".

"Veámoslo desde una perspectiva más positiva. El joven está haciendo un esfuerzo, Rosmery, para ser sincero contigo".

"No era ése su objetivo. Creo que me estaba tomando el pelo, y era un tipo de broma que me desagrada mucho. Era perversa".

El señor Miller entrecerró los ojos pensativamente y luego sacudió la cabeza. "Sólo está tirando del freno. Necesita que lo guíen un poco, eso es todo. Es joven. Es de esperar".

"Soy más joven que él..."

"Pero mucho más sabio". El señor Miller levantó un dedo. "De todos mis hijos, tú eres más sensata. Siempre lo has sido. ¿Lo sabes?"

Rosmery estaba decidida a no dejarse distraer por los halagos. "Padre, ¿qué tan bien conoces realmente a Jonathan?"

"Conozco a su padre y eso me basta."

"Pero no se parece en nada a su padre."

"No, no, no. No se puede negar la herencia. Así como tú eres como tu madre, Jonathan es como su padre. Cuando era más joven, Abernathy era todo un deportista, ¿sabes? No había seto que no se atreviera a saltar sobre su cazador. Y te puedo asegurar que...". El señor Miller se rió entre dientes era muy aficionado a las bromas. Les gastaba todo tipo de bromas a sus amigos. Una vez se disfrazó de anciana y... Pero esa historia no es apta para tus oídos, querida. La sonrisa permaneció en el rostro del señor Miller—. Sí, sí —dijo, cogiendo de nuevo el periódico. En realidad, son dos gotas de agua.

"Padre, temo que te hayas equivocado con respecto a Jonathan. Cuanto más lo conozco, más me convenzo de que es un hombre completamente indecente".

El señor Miller bajó lentamente el periódico. "Deja de preocuparte, Rosmery. Te preocupas demasiado. Te aseguro que Jonathan se comportará con absoluta decencia contigo como su esposa".

Rosmery abrió la boca para discutir.

"Te lo aseguro", repitió el señor Miller con énfasis. "Ahora sé una buena chica y déjame leer mi periódico".

Fue inútil. Debería haber sabido que no debía intentarlo. Rosmery reprimió la protesta que se le escapó de los labios y se dirigió al salón. Cuando abrió la puerta, su madre y sus hermanas se quedaron en un silencio tan repentino que supo que habían estado hablando de ella.

"Entonces, ¿qué pasa?" dijo Rosmery con brusquedad.

"¿P-por qué nada?" tartamudeó Dafne. ¿Qué sería?

"Obviamente estabas hablando de mí antes de que entrara. ¿Qué estabas diciendo?"

La señora Miller nunca pudo mantener un engaño. Se puso colorada. "Nos estábamos preguntando, querida, ¿no te sientes un poco triste?"

"No podemos ser felices todo el tiempo", dijo Rosmery. "Yo soy suficientemente feliz".

"Cualquiera que utilice una palabra como «feliz» no lo es" dijo Amanda. "¿De qué estabas hablando con papá?"

"Asuntos privados."

"Fue Jonathan" dijo Amanda. "Apuesto a que le dijiste, o te acercaste lo más que pudiste, que no soportabas ver a ese hombre odioso. Y él lo ignoró, por supuesto, te pisoteó, te dio una palmadita en la cabeza y dijo que no era nada de qué preocuparse. Bueno, estoy preocupada. Todos estamos preocupados. Siempre has sido un malhumorado, pero últimamente... bueno, últimamente has estado peor".

El hecho de que Amanda pudiera diagnosticar con tanta precisión lo que había sucedido en el estudio de su padre no hizo más que enfadar a Rosmery. "Es una suerte que mi amargura no te afecte durante mucho más tiempo".

"No me importa que me lo impongas aún más"

dijo Amanda con generosidad

"No tienes por qué casarte con él".

"Estamos comprometidos."

"Todos los días se rompen compromisos. Tú ya rompiste uno antes."

Por un momento, Rosmery estuvo casi tentada, pero Amanda volvió a hablar demasiado pronto:

"Lo que quiero decir es que, en realidad, lo que todas hemos estado diciendo

no mi madre, sino Dafne y yo es que no deberías casarte con él.

"Sí", añadió Dafne. "Es evidente que se trata de un desastre inminente".

Dijo Cassandra

dijo Rosmery secamente.

La delgada línea apareció entre las cejas de la señora Miller.

"Es que pareces muy infeliz, querida. Lo cual no quiere decir que debamos dejar todo atrás y olvidarlo, pero es mucho más fácil saber qué hacer con estas cosas cuando hablas de ellas con la gente".

Intentó sonreír

"Puedes hablar de Jonathan conmigo, ¿sabes?"

"No hay nada de qué hablar".

Rosmery cogió su cesta de costura y se acercó al fuego, donde había más luz

"No voy a ser una de esas mujeres, como Harriet, que nunca habla de su marido, salvo para quejarse de él".

“En ese caso”

dijo Alicia

“ no puedo imaginar que alguna vez tengas una sola palabra que decir sobre Jonathan”.

Capítulo 9

Jonathan no era un gran deportista, pero apreciaba mucho su figura y, en su afán por mantenerla, tenía la costumbre de cabalgar por el parque todas las tardes. A la tarde siguiente, oyó que un jinete se acercaba a él en el sendero y, al darse la vuelta, se sorprendió al descubrir que era el señor Miller, sentado muy correctamente pero rígido en la silla.

“Buen día”

gritó el señor Miller por encima del galope de los cascos de los caballos.

"Buen día", dijo Jonathan, esperando que el señor Miller pasara junto a él.

"Eres un joven decente", le dijo el señor Miller.

El caballo castrado de Jonathan se alejó del caballo del señor Miller, y a Jonathan se le impidió responder.

“Lo sé

gritó el señor Miller

“porque tu padre ha hablado a menudo de tus mejores cualidades”.

Jonathan se dio cuenta de que el señor Miller no lo había abordado simplemente para saludarlo, sino para tener una conversación. Consideró la posibilidad de galopar, pero decidió que sería inútil y redujo la velocidad de su caballo hasta el paso. El señor Miller lo siguió a su lado.

“No te acerques”

Dijo Jonathan irritado

“Tu yegua tiene una mirada mordaz y mi cabal castrado es tímido”.

El señor Miller, muy amable, apartó un poco más su caballo, pero no se quedó atrás.

“Cuando tu padre me habló por primera vez de tu matrimonio con Rosmery”

dijo

“quiso destacar tus mejores cualidades. Tienes un carácter amable. Eres leal a tus amigos. Leal también a tu familia. Él sabe que tu madre te pone de los nervios, pero tú nunca has levantado la voz contra ella. Y me contó que, cuando él estaba muy enfermo, cuando tú tenías ocho años, te pasabas días a su lado haciéndole compañía, aunque él estaba inconsciente la mayor parte del tiempo”.

“Se avecina un gran, pero , ¿no es así?”

dijo Jonathan, incómodo por el repentino recuerdo de recuerdos lejanos e infelices.

"No estoy contento con la forma en que tratas a Rosmery".

"Es posible que mi padre no me conozca tan bien como él cree", dijo Jonathan. "No estoy convencido de que tenga un carácter afable. En cuanto a lo que hice cuando tenía ocho años, bueno, eso fue hace veinte años".

“Los hombres no cambian”

dijo Miller

“Lo que uno es de niño, lo será de hombre. Además, su padre no dudó en mencionar que usted también es infantil, que tiene accesos de energía destructiva, que es hedonista y, lo peor de todo, que se cree erróneamente dueño de lo que usted llama ingenio y que los hombres más sabios llaman impertinencia”.

Esa era una acusación mucho más cómoda. Jonathan podía imaginar perfectamente a su padre diciendo eso.

“No espero que le des a Rosmery un ídolo falso para que lo adore”

dijo Miller

“No me gustaría que ella adore a un ídolo falso, para empezar; ya lo ha hecho antes. Tiene un cierto matiz romántico en su naturaleza que la hace susceptible a eso. Pero es una joven inocente, Abernathy, completamente ignorante de la realidad del mundo de los hombres. Hay que protegerla de eso”.

Su voz se volvió fría

“No hay que arrojarla contra él en uno de tus ataques de destrucción o impertinencia”.

Rosmery le contó a su padre lo que le había dicho el día anterior. Tal vez Jonathan no debería sorprenderse, pero si el señor Miller hablaba con su padre al respecto, el plan de Jonathan se arruinaría. El señor Abernathy nunca le devolvería la asignación a Jonathan si sospechaba que Jonathan estaba tratando de utilizar a Rosmery para escabullirse del acuerdo.

"No quise herir sus sentimientos", dijo Jonathan. "Pensé que ella debería entender el tipo de hombre que soy. Es mejor que lo descubra antes de casarnos que después".

"Lo que sea que descubra, que lo descubra con delicadeza", dijo Miller. "Tiene una sensibilidad delicada, Abernathy, y no permitiré que la violen".

Jonathan inclinó la cabeza en señal de reconocimiento. "Tendré más cuidado, señor".

Cabalaron un trecho en silencio, saliendo del sendero arbolado para caballos hacia un campo abierto. El día era frío pero soleado, y Jonathan lo habría encontrado muy agradable si no fuera por su compañero, que parecía no tener intención de abandonarlo.

"Hasta ahora", dijo Miller al cabo de un rato, "he estado pensando que las preocupaciones de mi esposa sobre el matrimonio no tenían fundamento. Ella habla de sus malos modales, de cierta grosería. He entendido que hay cierta renuencia por su parte a dejarse refrenar".

A Jonathan no se le había ocurrido que la señora Miller pudiera estar informándole al señor Miller sobre su noviazgo. No es que hubiera abandonado nunca sus obligaciones ni dejado a Jonathan y Rosmery sin acompañante, como había hecho su madre. Se limitaba a sentarse a cierta distancia de ellos, trabajando en inútiles retazos de bordado o de alfombras y, de vez en cuando, interponía sugerencias vacilantes e inciertas sobre la hora del té o sobre el tiempo, sobre todo en relación con si Rosmery necesitaba que le trajeran un chal o si Jonathan necesitaba que le ajustaran una pantalla para protegerse de una corriente de aire. Por la rapidez de las respuestas de Rosmery a esas preguntas, Jonathan había deducido que Rosmery estaba irritada, tal vez

incluso avergonzada, por la solicitud de su madre. Era otro punto en contra de Rosmery, ya que Jonathan encontraba entrañable la tímida y sincera consideración de la señora Miller por la comodidad de los demás. Pero debería haberle advertido de que la señora Miller no se quedaría de brazos cruzados mientras él se burlaba de Rosmery y la despedían del compromiso. Debería haber adivinado que la señora Miller se dirigiría a su marido. Y si el señor Miller hablara de ello con su padre, todo estaría perdido.

"Fue mi elección ponerle las riendas", dijo Jonathan.

"Pero conozco las condiciones que te impuso tu padre. No debió ser una elección fácil, no para un joven de ciudad acostumbrado a su independencia".

Eso sonó peligrosamente a compasión. Jonathan miró al señor Miller con desconfianza, pero no había rastro de sarcasmo en su expresión ni en su tono.

"No fue fácil"

convino Jonathan con brusquedad

" Para ser sincero, ¡no me gustó!"

—Entonces la incivilidad, la descortesía que describe mi esposa surge, creo, no de algún defecto personal en su carácter, sino de un cierto, prolongado, digamos... mal humor.

Fue una excusa tan buena como cualquier otra. Jonathan asintió. Para su sorpresa, el señor Miller se rió, una risa grave y ronca que surgió de la garganta.

"Tu padre dijo que eras infantil", explicó. "Eso es muy propio de un niño".

Jonathan se movió inquieto en su silla y su caballo aprovechó la oportunidad para agarrar una brizna de hierba del borde del camino. "Intentaré hacerlo mejor", dijo.

"Sé que lo harás".

La risa desapareció de la voz del señor Miller

"En el futuro, guardarás para ti tu mal humor. Y, por supuesto, joven señor Abernathy, no hablarás con Rosmery de asuntos que debes saber que la perturbarán. Cuando se trata de mujeres, es mejor dejarlas en una feliz ignorancia".

Jonathan se quedó mirando la nuca de su caballo.

"¿Señor Abernathy?"

"Sí, señor. Lo haré, señor."

"Bien."

Jonathan pensó que la conversación había terminado, pero el señor Miller siguió su ritmo en silencio hasta que llegaron al final del prado y entraron de nuevo en un sendero boscoso. Hacía fresco, casi frío, a la sombra, y Jonathan tembló y deseó poder galopar con su caballo.

"Deberías venir a cenar esta noche"

dijo el señor Miller

"Mi hermano y su familia están de visita, así que seremos toda una fiesta. Estoy seguro de que a los primos de Rosmery les gustaría conocer a su prometido".

No parecía una velada muy animada, pero al menos con tanta gente, Jonathan no necesitaba estar demasiado tiempo con Rosmery. "Está bien, lo haré".

"Buen día entonces."

"Buen día."

El señor Miller espoleó a su caballo para que corriera al trote y se alejó. Jonathan esperó hasta que estuvo fuera de la vista, luego hizo girar a su caballo y lo animó a galopar de regreso al campo por el que habían pasado.

Jonathan descubrió esa noche que la fiesta no era tan grande como esperaba. La señora Miller había llevado a Dafne y Amanda a una partida de cartas, dejando a Rosmery en casa para que hiciera de anfitriona de su tío y dos primos varones. La cena fue aburrida: Bernard Miller, un abogado, dominó la conversación con historias jocosas sobre las miserias de sus clientes. Sus dos hijos, ambos más jóvenes que Jonathan, eran enclenques y de voz suave, e interrumpían constantemente a su padre para discutir sobre los detalles legales de las historias que contaba. El señor Miller parecía capaz de seguir el ritmo de las historias, pero Jonathan descubrió que la mayoría de ellas se le escapaban, a pesar de que había estudiado Derecho en Cambridge. Rosmery, pensó, no sería capaz de entender nada de eso. De hecho, permaneció en silencio durante toda la cena, salvo para ofrecer ocasionalmente a los hombres probar uno de los diversos platos.

Después de la comida, Rosmery salió de la habitación y el señor Miller sirvió el oporto. Mientras pasaban los vasos, el tío Bernard hizo una pausa en sus relatos y miró a Jonathan.

"Entonces"

ladró

"tú eres el chico con el que se va a casar la pequeña Gracie".

"Soy el hombre con el que está comprometida"

corrigió Jonathan.

El tío Bernard se rió.

"No quiero ser condescendiente. No puedes tener más de treinta años".

Una mirada especulativa apareció en sus ojos

"Archie me dice que es un buen partido para Rosmery".

"Me alegra saber que el señor Miller aprecia mis virtudes", dijo Jonathan.

"Ah, lo que quiere decir es que es un buen dinero. Es muy difícil casarlos a todos cuando se tienen cinco hijas y ningún hijo, pero Archie siempre ha tenido una mente muy astuta". El tío Bernard le dio un codazo a su hijo mayor. "Pensé que Harry sería un buen partido para uno de ellos, pero Archie no cree en los matrimonios entre primos".

Jonathan miró cortésmente a los hijos de Bernard, que no tenían barbilla y estaban cubiertos de fustán. Era difícil querer infligirles esos castigos incluso a Rosmery, y Dafne ciertamente no los merecía, pero pensó que sería bastante divertido dejar que Amanda los castigara en nombre del cortejo. "Qué vergüenza".

“La legalidad de los matrimonios entre primos podría ponerse en tela de juicio algún día”
dijo el hijo mayor

” Sería prudente...”

“¡Bah!”

dijo el tío Bernard

“Ahora, joven Jonathan, ¿dónde vivirás después de casarte?”

"En Londres."

¡No, bajo el yugo de tu esposa!

El tío Bernard se rió de su propia broma. Sus hijos se sumaron a la misma. Jonathan tomó un largo trago de su oporto. En el otro extremo de la mesa, el señor Miller bebió el suyo con una sonrisa.

El tío Bernard resopló y se puso serio.

“No, no, todo irá bien. Gracie es una buena chica. Tranquila. Hace lo que le dicen. No como mi esposa”.

Le guiñó un ojo a Jonathan

“Te lo digo, muchacho, nunca te cases con una galesa. Son testarudos como burros, todos ellos”.

"Rosmery no es galesa", dijo el hijo menor.

El tío Bernard lo ignoró. "Y espero que seas bueno con Rosmery, muchacho".

"Yo también lo espero, por supuesto."

"Después de todo, ¿cuál es el castigo por la bigamia?"

"Creo que es prisión."

-¡No, dos esposas! ¡Ja!

Jonathan miró la botella de oporto que tenía el señor Miller delante mientras los hijos de Bernard estallaban en carcajadas otra vez. No sabía cómo el señor Miller podía soportar las bromas, pero el señor Miller incluso sonreía.

El tío Bernard se secó una lágrima del rabillo del ojo.

“¿Y por qué una mujer toma el apellido de su marido?”

"Me da miedo imaginarlo."

"¡Porque todo lo que era de él ahora es de ella!"

Jonathan hundió el resto de su oporto mientras el tío Bernard y sus hijos seguían riéndose. Cuando sus risas se calmaron, Jonathan se puso de pie.

"Si me disculpan, les pido permiso", dijo. "Esta noche me duele un poco la cabeza".

"Un dolor de cabeza es la peor enfermedad de esposas", dijo el tío Bernard.

“Puedes irte, Jonathan”

dijo el señor Miller

“Rosmery estará en el salón”.

Los dos primos jóvenes se levantaron para seguirla, pero el señor Miller les hizo un gesto para que se bajaran.

“No, no. Se puede confiar en que Jonathan se comporte bien con Rosmery”.

Le lanzó a Jonathan una mirada significativa

“Y me encantaría escuchar tu opinión sobre el legado de St. John, Harry. Es un testamento muy interesante, sin duda”.

En el salón, Jonathan encontró a Rosmery sentada al piano tocando un canto fúnebre con una sola mano. Ella levantó la vista cuando él entró, frunciendo el ceño con preocupación.

"¿Mi padre me necesita?"

“No. Vengo a buscar refugio”.

“Oh”

parecía aliviada

“ Sí, el tío Bernard puede ser... dominante”.

"Y tu padre también."

Ella se encogió de hombros y retomó su melodía. Era el mismo conjunto de una docena de notas tocadas una y otra vez, poco más que una escala. Por un rato, Jonathan la ignoró por completo, pateando los talones en la rejilla del fuego y reflexionando malhumorado sobre los chistes del tío Bernard. Luego la melodía comenzó a afectarlo. Se acercó al piano.

"¿No juegas?"

"Un poco. No muy bien."

“Yo tampoco”.

Se apoyó en el piano y observó cómo sus dedos se movían delicadamente por las teclas

“Toca una canción”.

"Soy."

"Con dos manos."

"No puedo."

"¿No puedes?"

“No, en absoluto. Puedo tocar la izquierda o la derecha, pero si intento tocarlas juntas, termino confundida. He intentado arreglarlo. A veces puedo mantener la izquierda donde debería durante un compás o dos, pero al final...

Se encogió de hombros”

“No tengo talento musical. Me temo que Dafne tiene todo el talento de la familia”.

"Y nunca sospeché que ella tuviera talento alguno."

Rosmery sonrió dubitativamente. "No seas cruel. Ella es mi hermana".

Había algo en esa duda que le dio a Jonathan un repentino destello de esperanza. Rosmery nunca había parecido recelar de él antes. Lo que había dicho ayer la *había* afectado. No era imposible disuadir a Rosmery de casarse con él. No podía repetir las burlas del día anterior, no después de la advertencia del señor Miller, ni podía aumentar su rudeza bajo la atenta mirada de la señora Miller, pero al menos ahora tenía una ventaja sobre Rosmery, una ventaja. Su lado libertino la había sorprendido. Muy bien, él le mostraría más de eso. No hoy, no con su padre abajo, sino en la primera oportunidad. Ella ya sabía de su mujeriego, así que él le mostraría otros pecados libertinos a continuación: beber y jugar, para empezar.

Por ahora, sin embargo, un poco de música sería una excelente distracción para una velada que de otro modo sería dolorosa. Disfrutaba bastante haciendo ruido al piano, pero no había nadie en la casa de sus padres porque la señora Abernathy no tenía la habilidad.

Él se sentó en el piano junto a ella. "Yo tocaré la parte de la mano izquierda. Tú tocas la derecha. Tal vez podamos resolverlo juntos".

Capítulo 10

Durante una semana, la presencia constante de la señora Miller le impidió a Jonathan mostrar su lado libertino a Rosmery. Su resistencia se limitaba a conductas menos groseras: conversaciones aburridas, chalecos llamativos y malos modales en la mesa. Esperó el momento oportuno y se dijo a sí mismo que, en cuanto tuviera la oportunidad de portarse realmente mal, la aprovecharía. La oportunidad se presentó: la señora Partridge, una vieja amiga de la señora Abernathy, iba a presentar un musical, con una cantante de ópera profesional contratada en Londres. La señora Abernathy había sido invitada, pero no tenía oído para la música. Parecía mucho mejor que Jonathan fuera en su lugar y se llevara a Dafne y Rosmery con él. Así, Rosmery y Jonathan tendrían la oportunidad de asistir juntos a un evento por fin y de que el mundo supiera que estaban cortejándose, y Dafne era una buena acompañante en una reunión tan formal en la casa de una amiga tan vieja.

Jonathan hizo sus planes con bastante antelación. Durante treinta minutos antes de partir hacia casa de los Miller, se dedicó a beberse sin parar la mitad de una botella de coñac. El trayecto hasta casa de los Miller en el carruaje de su padre fue peligroso, pero llegó a su casa sin accidentes y, hablando muy poco mientras esperaba con el señor Miller en el vestíbulo a que bajaran las chicas, consiguió disimular su embriaguez. Rosmery miró a Jonathan con dureza y suspicacia mientras él la ayudaba a subir al carruaje con paso vacilante, pero no dijo nada. En el trayecto hasta la casa de la señora Partridge, Jonathan consiguió beber unos cuantos tragos más de coñac y, cuando llegaron, el mundo se balanceaba agradablemente ante sus ojos. Mientras subían las escaleras que conducían a la casa, Jonathan tropezó un poco y se agarró del brazo de Rosmery.

"¿Has estado bebiendo, Jonathan?" preguntó Rosmery.

"Vine preparado"

respondió Jonathan, mareado

"Un antídoto contra el aburrimiento".

"No deberías"...

Rosmery se interrumpió y se encogió de hombros

"La fila de recepción llega hasta la mitad de las escaleras. Ten cuidado".

Jonathan no había previsto el efecto del brandy en la escalera de caracol de la señora Partridge. Mantuvo un brazo apretado sobre el de Rosmery mientras subían lentamente las escaleras. Al final de la fila, Jonathan se reencontró con la señora Partridge, presentó a Rosmery y a Dafne y luego las llevó al salón. Había un piano instalado en un extremo de la habitación y la hija mayor de la señora Partridge estaba sentada frente a él, tocando un canto fúnebre y cantando con una voz nasal y monótona.

"Y ahora entiendes"

dijo Jonathan mareado

"por qué estoy borracho esta noche".

Rosmery lo sorprendió riéndose: "Deberías habernos avisado".

Dafne frunció el ceño. "Sabía que algo andaba mal cuando la señora Abernathy no quiso acompañarnos".

"Si empeora, me empezará a doler la cabeza y Jonathan podrá llevarnos a casa".

Eso no sería nada bueno. Esta podría ser la única oportunidad que Jonathan tenía en semanas de estar solo con Rosmery. "Debemos esperar", dijo Jonathan. "Dafne parece hambrienta y se servirán refrescos a las diez".

Dafne parecía dolida. "Es una gran insinuación por parte de un hombre que puede comerse una tarta entera en cinco minutos, señor Abernathy".

"Fue tu inferencia"

Jonathan hizo señas a un lacayo con una bandeja de champán y tomó una copa para cada dama y otra para él

"Toma, esto hará que la música sea mejor".

Mientras le entregaba el champán a Rosmery, ella se puso rígida. Él siguió su mirada. Un joven taciturno, vestido todo de negro, se encontraba apartado de la multitud, con la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados, como si estuviera escuchando profundamente la música. Jonathan frunció el ceño. No parecía el tipo de hombre digno de captar la atención de Rosmery.

Dafne también estaba mirando. Se quedó boquiabierta. "¿Es ese el señor Ferrarini?", dijo.

Ferrarini. El hombre del que Mateo había dicho que Rosmery estaba enamorada. Jonathan la observaba atentamente.

"Así parece", dijo Rosmery. "A él... a él siempre le gustó la música".

Parecía que intentaba, sin conseguirlo, reprimir una fuerte emoción. El pulso le temblaba en la pálida garganta como una mariposa enterrada bajo la piel. De pronto, Jonathan se dio cuenta de que sus sentidos se agudizaban hacia ella, de la rapidez de su respiración, de los latidos de su corazón, del temblor de sus labios. Se sacudió para disiparlo; había bebido demasiado.

"He oído hablar de ese Ferrarini"

dijo, pensando lenta y cuidadosamente a través de la neblina de brandy

"¿Es cierto que una vez estuviste comprometida con él?"

Rosmery se bebió el champán y no respondió. Jonathan miró a Dafne enarcando una ceja. Eso le dio una buena excusa para apartar la mirada del temblor de los labios de Rosmery.

"¿Es cierto?" presionó Jonathan cuando Dafne no respondió.

"Se comprometieron"

dijo Dafne de mala gana

"Pero mi padre no lo aprobó".

Entonces, eso fue la confirmación de por qué Rosmery había roto el compromiso: el señor Miller había dicho que no. La claridad, y con ella una punzada de ira, llegó a Jonathan: Rosmery se resistía tanto ahora porque eso era lo que quería su padre. Qué patética era, pensó Jonathan, al

permitir que los deseos de su padre en este asunto pesaran más que sus propios sentimientos. Era su vida la que debía vivir, su corazón el que debía perder. ¿Cómo podía sacrificarlo tan fácilmente?

Se dio cuenta de que la estaba mirando de nuevo, siguiendo la forma del rizo que caía sobre su mejilla, siguiendo la curva de su mejilla misma. Era *bonita*, más bonita todavía por el brillo que la emoción había dado a sus ojos y mejillas. Se merecía algo más que verse obligada a contraer un matrimonio mercantil con un hombre que nunca la apreciaría.

Ella se sonrojó bajo su mirada. "Es cierto. Estuvimos comprometidos sólo por una semana".

Jonathan recuperó el sentido ante la rigidez cautelosa de su tono. Se puso una mano sobre el corazón.

"¡Y tu padre quiere que me case contigo y no diga nada al respecto! ¡Cielos! Pero, Rosmery, mírate. Apenas puedes apartar los ojos de ese hombre. No puedes seguir enamorada de él, ¿verdad? ¡Se me romperá el corazón!"

"Supongo que cuando se le pase el efecto del oporto, la ginebra o lo que sea que hayas bebido esta noche, tu corazón se sentirá completamente curado de nuevo. Aunque tal vez no así tu cabeza".

Jonathan bebió un sorbo de champán con dignidad.

"Era coña. Nunca bebo ginebra. De todos modos, como tu futuro marido, no puedo estar contento con la forma en que miras a un hombre como Ferrarini. Hay avaricia en tus ojos, querida".

"No hables tan alto"

"dijo Rosmery, lanzando una mirada rápida a una pareja que estaba parada cerca de ellos"

. "Fue hace mucho tiempo. Ya no importa."

"Pero sí que lo hace. Pensé que me iba a casar con una inocente. En cambio, descubro que tus ojos son capaces de sentir hambre... por otra persona. Eso me pone en desventaja. ¿Y si me atrapan el corazón? Seguramente se romperá."

Jonathan se secó una lágrima imaginaria

"Ya se está deshilachando".

Dafne rió con incertidumbre.

"No es así, señor Abernathy. No podría pensar algo así de Rosmery".

"Soy capaz de pensar cualquier cosa de cualquier mujer, cuando se trata de amor"

—dijo Jonathan

"Cuando hayas estado en el mundo tanto tiempo como yo, joven Dafne, lo entenderás. Las mejores intenciones, los mejores principios, pueden verse fácilmente socavados por la más fugaz impresión de amor, por muy vivida que sea."

"Quizá las mujeres que has conocido antes te hayan convencido de eso"

dijo Rosmery

“pero puede que no hayan tenido los mejores principios ni las mejores intenciones. Además, desde luego no estoy enamorada del señor Ferrarini”.

Inclinó la barbilla y lo miró a los ojos

“No estoy enamorada de nadie”.

“¿Ni siquiera yo?”

Jonathan se puso la mano sobre el corazón con fingido horror

“Se rompe, se rompe. Pero no has olvidado al señor Ferrarini. Puedo ver por la mirada en tus ojos que, sin importar cuánto tiempo haya pasado, aún sientes fuertes emociones por él”.

Rosmery se dio la vuelta y dijo: "Estás diciendo tonterías. Estás borracho. Voy a sentarme y esperar a que empiece la ópera".

“Pero no, no lo harás”.

Jonathan le tomó la mano

“Quédate. El señor Ferrarini va a venir. Te ha visto. Y debo saber si sus recuerdos son tan fuertes como los tuyos”.

Con su mano en la de él, sintió que su pulso se aceleraba.

—“Oh, no”

dijo Rosmery. “No, no, no”.

Era demasiado tarde para que ella huyera. Ferrarini se abrió paso entre la multitud con los ojos fijos en ellos. Hizo una reverencia a Rosmery y a Dafne. "Buenas noches, señorita Miller, señorita Dafne".

“Buenas noches”

dijo Rosmery con voz débil

“Señor Ferrarini. Ha pasado mucho tiempo”.

—De repente, su pulso se calmó bajo el toque de Jonathan y se enderezó

“¿Cómo está?”

Dios mío, pensó Jonathan con disgusto, era como una mártir medieval que, aunque la estuvieran asando, podía desearle lo mejor a sus torturadores. Tan correcta, tan educada, tan contenida. Sería impresionante si no fuera tan fría.

"Soporto", dijo Ferrarini. "Soporto".

Después de eso hubo un largo silencio. Dafne y Rosmery intercambiaron miradas. Ferrarini parecía expectante.

“¿Qué es lo que soportas?”

preguntó Jonathan amablemente.

Ferrarini se dio unas palmaditas en la banda de terciopelo negro que llevaba en el brazo izquierdo. "Mi pobre y querida esposa murió el verano pasado. Siento su ausencia todos los

días".

Dafne y Rosmery intercambiaron miradas una vez más. Rosmery parecía casi culpable. "Mi más sentido pésame", dijo.

"Gracias"

dijo Ferrarini

"Como dije, lo soporto".

Después de que todos observaran la pausa dramática correcta, continuó

"Tú y tu hermana se ven bien. ¿Y tu padre? ¿Y tu madre?"

"Mis padres están muy bien", dijo Rosmery.

"Al señor Miller nunca le pasa nada"

dijo Jonathan

"Aunque la joven Amanda está resfriada esta noche. Olvidaste preguntar por Amanda. A menudo se hace con Amanda. A menudo preferiría no saberlo".

Dafne soltó una risita. Ferrarini miró a Jonathan sin diversión. Su mirada se desvió hacia la mano que Jonathan sostenía entre las suyas y luego hacia Rosmery con una pregunta educada en sus ojos. Rosmery lo miró a los ojos y no dijo nada.

"Nunca he conocido a tu amigo"

dijo Ferrarini

"¿Nos lo presentas?"

"Mis disculpas. ¿No las tienes? Soy Jonathan Abernathy".

No fue una presentación muy educada por parte de Rosmery, pero Ferrarini lo compensó haciendo una profunda reverencia.

"¿Cómo estás?" preguntó enderezándose.

"Estoy muy emocionado, gracias"

dijo Jonathan sonriendo

"Rosmery y yo estamos comprometidos".

En los ojos oscuros de Ferrarini se reflejó una oscura emoción.

"Entonces debo felicitarla, señorita Miller".

"Gracias", dijo Rosmery.

"Me ha hablado mucho de ti"

añadió Jonathan

"Jura que no tengo motivos para estar celoso, pero lo estoy, ya sabes. Un hombre debe estarlo en una posición como ésta".

"Los celos son una emoción no cristiana"

dijo Hauteur, poniendo rígida la columna vertebral de Ferrarini.

“Pero no de un modo antinatural. Me temo que su corazón nunca será enteramente mío, señor Ferrarini. Me ha robado una parte. Pero un hombre que se casa con una mujer que no está en la flor de la juventud no debe esperar un corazón virgen”.

La mano de Rosmery, que todavía estaba en la de Jonathan, se apretó de repente. Luego apartó la suya. Jonathan la observó con atención en busca de cualquier signo externo de desconcierto; estaba enfadada, sin duda, no podía estar de otra manera después de semejante insinuación, pero ¿lo demostraría?

Ella sólo bajó la mirada de modo que todo lo que él pudo ver de sus ojos fueron sus largas pestañas, oscuras contra sus mejillas. "El señor Abernathy está realmente loco esta noche".

“Disculpe”

dijo Ferrarini

“Veo a un amigo mío”.

Salió de la conversación con pulcritud y cortesía y cruzó la habitación. Cualquier hombre de verdaderos sentimientos, pensó Jonathan cínicamente, tendría al menos algunas palabras duras que decir, si no un puñetazo que lanzar. Tal vez esa era la razón por la que él y Rosmery se habían enamorado: eran igualmente insensibles.

Detrás de ellos, la señorita Partridge dejó de maullar y cedió el asiento del piano al músico contratado.

"Debemos tomar nuestros asientos", dijo Rosmery, como si nada fuera de lo normal hubiera sucedido.

Mientras se sentaban, Jonathan se inclinó para hablarle a Rosmery al oído: "Ahora se me ocurre que quizá no seas virgen de cuerpo. Debes saber, querida, que eso no me predispondría contra ti. Después de todo, yo tampoco lo soy".

Tuvo el raro placer de verla volverse de un escarlata brillante y se rió para sí mismo cuando comenzó la música.

Una hora después hubo una pausa en la música para permitir que la cantante de ópera descansara sus pulmones. Jonathan había intentado molestar a Rosmery durante toda la música susurrándole y bebiendo a escondidas tragos de brandy de la petaca que llevaba en la chaqueta, pero dudaba de que hubiera tenido mucho éxito. De hecho, por la expresión fija que Rosmery le había dado a la cantante de ópera y las respuestas monótonas que le había dado, sospechaba

“a través de la espesa niebla de la ebriedad”

“que estaba dándole vueltas al asunto de Ferrarini”.

De hecho, Ferrarini había despertado la curiosidad de Jonathan. Con mucha frecuencia se encontraba mirando al otro lado de la habitación, donde Ferrarini estaba sentado absorto en la actuación de la cantante de ópera. Quería saber si Rosmery estaba pensando en él. ¿Qué estaba pensando de él? ¿Y qué estaba pensando Ferrarini de Rosmery?

Cuando la cantante de ópera abandonó el escenario, la señora Partridge gritó que habría galletas y vino en la sala contigua. Entre el movimiento general de personas y sillas, Jonathan vio a

Ferrarini salir del salón por la puerta del pasillo, en lugar de por la puerta del salón donde estaban los refrigerios.

"Voy a tomar un poco el aire", dijo Jonathan. "Disculpen, señoritas".

Dejó a las dos muchachas allí, sabiendo perfectamente que Dafne había abierto la boca para pedir champán. Bueno, ella misma podía conseguirlo. Jonathan caminó apresuradamente hacia la puerta por la que Ferrarini había salido y la cruzó. Se encontró en un pasillo sin luz. Una brisa traía consigo el olor a tabaco y Jonathan la siguió. Llegó a una puerta abierta y, al cruzarla, se encontró en una pequeña terraza en la azotea con vistas a un camino de servicio que discurría entre la casa de la señora Partridge y la de su vecina. Allí, Ferrarini se apoyó en la barandilla fumando un puro. Cuando vio a Jonathan, frunció el ceño y el puro se tambaleó precariamente entre sus dientes.

"Pareces triste"

dijo Jonathan

"¿Estás de luto por Rosmery?"

"Vine aquí buscando soledad", dijo Ferrarini.

"Sotilude... ¿Soledad por el luto por Rosmery?"

Jonathan sacó su botella de brandy y bebió un trago profundo

"¿La amabas?"

Una leve y desagradable rigidez se apoderó del rostro de Ferrarini.

"Creo que debería irse, señor Abernathy".

"Simplemente tengo curiosidad por saber quién fue el hombre que se ganó el corazón de mi amada antes que el mío".

Jonathan frunció el ceño al ver la botella de brandy

"Antes que yo, quiero decir".

"Por favor, váyase", repitió el señor Ferrarini.

En cambio, Jonathan se apoyó contra la barandilla. "Pero quiero..."

Se interrumpió cuando alguien más salió a la terraza. La cantante de ópera. Sus ojos se dirigieron primero a Ferrarini, luego a Jonathan con sorpresa, y luego de nuevo a Ferrarini. Con un destello de intuición ebria, Jonathan se dio cuenta de que había interrumpido una cita.

Bueno

dijo

"supongo que no necesitas ese sutil... silot... para llorar a Rosmery. Qué bueno saber que no tengo rival".

"Lo siento", dijo la cantante. "No sabía que la terraza estaría ocupada. Sólo buscaba un poco de aire fresco".

"Tiene un aspecto bastante rancio, si me preguntas", dijo Jonathan.

El cantante pareció ofendido. "No le entiendo, señor. No se preocupe, descansaré unos minutos en la sala de estar de abajo".

Fijó su mirada significativa en Ferrarini al oír estas últimas palabras y volvió a entrar en la casa. Ferrarini dio una última y profunda calada a su cigarro y lo aplastó contra la pared de la terraza. Jonathan tosió.

—“Si vas a por ella inmediatamente, sabré que es una agresividad”

dijo

“Ya lo sé, por supuesto, pero lo haces obvio”.

Ferrarini parecía molesto. "No voy a ir a una cita. Me voy porque tú estás aquí".

“¿Tanto te duele verme a mí?” “¿El hombre con el que se va a casar Rosmery?” “¿Tal vez la cantante de ópera sea sólo tu consuelo?”

"Esas acusaciones infundadas podrían causar mucho daño a muchas personas buenas, señor Abernathy. Soy un hombre religioso".

“Hasta los clérigos son capaces de quitársela”

dijo Jonathan, bebiendo más brandy

“¿Vas a intentar recuperar a Rosmery?”

Por supuesto, una solución al problema sería que Rosmery se enamorara de Ferrarini y se fuera a casar con él. Pero, por alguna razón, a Jonathan no le gustaba la idea. Por alguna razón, a Jonathan no le gustaba Ferrarini. Era pomposo, rígido, moralista. Un mentiroso.

"No está en la clase de Rosmery en absoluto", dijo Jonathan.

"¿Disculpe?"

“¿Ah, ¿sí?” “¿He hablado en voz alta?” “No estás en la clase de Rosmery”.

Jonathan frunció el ceño, intentando ordenar sus pensamientos

“¿Vas a intentar recuperarla?”

"Ella está comprometida contigo", dijo Ferrarini. "Para bien o para mal".

“Por tu tono, lo juzgas peor. Tal vez tengas razón. Podrías intentar recuperarla. Pero si lo haces...”

Jonathan intentó beber más brandy y descubrió, para su fastidio, que no había más para beber

“Eres bienvenido si puedes conseguirla. Pero no te dejaré que la consigas. No es que tenga que esforzarme demasiado. Ella me dijo que le gustan altas, pero creo que se olvidó de mencionar que son guapas. Y me imagino que encontrará al cantante de ópera como un impedimento”.

Ferrarini se irguió hasta alcanzar toda su altura, unos diez centímetros más que Jonathan.

“No tengo nada que decirle, señor. Me voy”.

“¡Pero no has respondido a mi pregunta!”

Jonathan lo agarró del brazo cuando Ferrarini intentaba irse

“¿Aún amas a Rosmery?” “¿La amaste alguna vez?” “¿Seré yo el primero?” ¿Nunca será amada?

Ferrarini lo apartó de su asiento. "Señor, usted es un borracho molesto".

Jonathan se tambaleó al ser sacudido y se agarró a la barandilla de la terraza para sostenerse. "Un poco molesto, pero no un borracho".

“Borracho”

repitió Ferrarini.

"Responde mi pregunta."

“La corrección que has ignorado al preguntar me impide responder”

dijo Ferrarini con altivez, dirigiéndose a la puerta.

Jonathan se apartó de la barandilla y agarró a Ferrarini por la manga de su abrigo. “No, respóndeme, hombre”. “¿La amaste alguna vez?”

Ferrarini se dio la vuelta y empujó a Jonathan. Jonathan se tambaleó hacia atrás y se agarró de la barandilla de nuevo. Por un momento, pensó que iba a ser una pelea y no podía entender muy bien por qué, pero pensó que, si le daba a Ferrarini solo una vez en la nariz, compensaría todo lo demás. Entonces Ferrarini bajó las manos y sacudió la cabeza con tristeza.

“¿Trajiste a las chicas hasta aquí?”

preguntó Ferrarini con voz suave y llena de reproche.

"¿Qué?"

"¿Trajiste a las chicas aquí?"

"Hice."

"¿Los vas a llevar a casa?"

"Soy."

“Pero está borracho, señor. Ni siquiera puede mantenerse erguido. No diría nada si sólo arriesgara su propia seguridad, pero también arriesga la seguridad de las señoritas Miller”.

“¿Qué pasaría si hubiera un accidente de carruaje?”

Jonathan parpadeó. Esto no era una pelea y estaba más confundido ahora que lo que había estado un momento antes, cuando pensó que lo sería.

Ferrarini volvió a sacudir la cabeza.

“Debes despejarte. Te sugiero que te quedes aquí afuera, al aire frío, y reflexiones sobre tus acciones esta noche”. “¿Cómo te sentirías si tus excesos provocaran el dolor de la señorita Miller?” “¿Cómo se sentiría la señorita Miller si pudiera escuchar lo que has dicho esta noche?”

Jonathan pensó que era una lástima que Rosmery no lo hubiera visto, pero Ferrarini no se equivocaba al decir que estaba demasiado borracho para conducir el carruaje. No se había dado cuenta de lo borracho que estaba sentado en el salón. Ahora que estaba de pie, más o menos, el alcohol le estaba haciendo efecto. Tenía el estómago un poco tembloroso y la cabeza le daba vueltas. Se puso en cuclillas en la terraza y miró el cielo. Las estrellas giraban vertiginosamente

ante sus ojos. Sí, debería despejarse antes de llevar a las chicas a casa. Era demasiado peligroso conducir las cuando no podía ver con claridad. Era estúpido por su parte no haber pensado en eso de antemano. No quería causarles ningún daño real. De todos modos, a Rosmery no parecía molestarle su borrachera...

En algún lugar a lo lejos, una puerta se cerró y los pasos se alejaron.

...Ferrarini no era lo suficientemente bueno para Rosmery. Eso estaba claro. Rosmery nunca debió haberse enamorado de un hipócrita tan pomposo. Una extraña sensación de inquietud se apoderó de Jonathan. No era asunto suyo quién era lo suficientemente bueno para Rosmery o no. No iba a casarse con ella. No podía.

Pero sería una lástima que terminara con un hombre como Ferrarini.

Poco a poco, las estrellas dejaron de girar. Jonathan escuchó que la música comenzaba a sonar nuevamente desde el interior. Hora de entrar. Otra hora de compañía de Rosmery y luego a la cama. Se tambaleó hasta la puerta y la probó. El pomo se sacudió en su mano, pero no se movió. La probó en el otro sentido. Aun así, la puerta no se movió. Solo para asegurarse, Jonathan la probó de nuevo en ambos sentidos. La puerta estaba bien cerrada.

Ferrarini lo había dejado afuera.

Capítulo 11

Rosmery observó a Jonathan salir del salón, rápidamente, con un propósito. Fue un alivio que se hubiera ido. Si se hubiera quedado un minuto más, ella podría haber tenido la tentación de abofetearlo.

“¿De qué estuvo susurrando todo este tiempo?”

preguntó Dafne.

“Nada”

dijo Rosmery

“Ven, busquemos algo para comer”.

Se puso de pie y, al hacerlo, el movimiento de la cantante de ópera (difícil de pasar por alto con su vestido azul pavo real) le llamó la atención. La cantante de ópera salía por la misma puerta por la que había salido Jonathan. Se movió tan rápido como él, con el mismo sentido de propósito. Rosmery se alarmó.

- “¿Gracia?” - dijo Dafne.

“No tengo hambre

dijo Rosmery

Vete tú. Yo me quedaré aquí.

Rosmery permaneció sentada, mirando hacia la puerta. Después de unos veinte minutos, la cantante de ópera regresó, con su vestido azul pavo real un tanto arrugado. Rosmery se dio la vuelta y fijó la mirada en su regazo. Estaba sacando conclusiones precipitadas. Debía ser así. Jonathan llegaría pronto. Había dicho que necesitaba aire. Había estado borracho. Podría haber sido cierto.

Dafne se sentó, dejando el asiento entre ellos vacío. "Jonathan aún no ha vuelto".

“Cállate, Dafne”

dijo Rosmery

“La música va a empezar de nuevo”.

El asiento que había entre ellos, donde había estado Jonathan, permaneció vacío durante mucho tiempo. Rosmery esperaba que Jonathan volviera en cualquier momento, pero no lo hizo. No dejaba de mirar fijamente la puerta de servicio de color marrón apagado, pensando en lo que le diría cuando regresara, temiendo no atreverse a decir nada. Nunca lo supo, porque Jonathan no regresó.

La música terminó sin que Rosmery hubiera oído ni una sola sílaba. La gente empezó a dispersarse, dividiéndose en pequeños grupos para conversar. Poco a poco, la multitud se fue reduciendo a medida que los invitados se despedían de la señora Partridge y se marchaban. Aun así, Rosmery no podía ver a Jonathan. Dafne rondaba a su lado, balbuceando cada poco minuto: "¿Dónde está el señor Abernathy? ¿No deberíamos irnos pronto?".

Cuando la habitación quedó vacía, salvo por un puñado de huéspedes que aún se quedaban allí, Rosmery se dio cuenta de que los habían abandonado. La humillación que eso le provocó lágrimas en los ojos.

“¿Señorita Miller?”

La señora Partridge se acercó apresurada

“¡Pero todavía está aquí! ¿Tan aficionada estaba a la música?”

En esa pregunta había una clara insinuación de «¿Cuándo te vas de mi casa?». Rosmery miró el reloj. Eran las doce y media.

"Era una música maravillosa", dijo Dafne. "Pero nosotros, eh..."

"Parece que el señor Abernathy ha tenido que atender una emergencia", dijo Rosmery.

—¡En serio! ¡Y te dejó aquí! ¡Eso no puede ser! ¿Cómo vas a volver a casa?

La señora Partridge tuvo la gentileza de parecer avergonzada. Era una situación muy incómoda, quedarse abandonada en la casa de un anfitrión al que habías conocido esa misma noche... o, supuso Rosmery, tener invitados abandonados. Si la señora Partridge hubiera dicho: «¡Qué incómodo! ¡Qué embarazoso!», Rosmery se habría sentido mucho mejor, pero la señora Partridge estaba intentando aparentar que no era embarazoso en absoluto, y eso sólo empeoró las cosas.

"¿Qué emer—"

Rosmery pisó el pie de Dafne. "Parece que tendremos que caminar. Pero no es lejos".

—No, no puedo dejar que lo hagas. Voy a mandar a buscar mi coche, pero no puedo. Ya lo he enviado a buscar a los Bell, que viven a kilómetros de distancia. ¿Qué haremos? —La señora Partridge miró a su alrededor, impotente, como si esperara que Jonathan volviera—. ¡Oh, Dios! ¿Qué demonios vamos a hacer?

"Creo que será mejor que caminemos."

—¡No podemos caminar! —dijo Dafne, frotándose el tobillo—. Está oscuro y hace frío. ¡Llevo pantuflas!

Rosmery no veía qué más podían hacer. Apenas podían esperar en casa de la señora Partridge hasta que regresara el carruaje. Y no estaba muy lejos de casa, no más de una o dos millas. Bien valía la pena pagar por unas zapatillas estropeadas para evitar la vergüenza de tener que complacer a una nueva conocida.

Una voz suave interrumpió la conversación: "¿Pasa algo, señorita Miller?"

Rosmery se dio la vuelta, sorprendida, y vio a Ferrarini rondando detrás de ella. Se había quedado allí después de que los demás invitados se marcharan para hablar con seriedad con la señorita Partridge junto al piano. Ahora, con un par de guantes de montar en una mano, parecía que por fin estaba a punto de marcharse.

"No hay nada"

"El señor Abernathy se ha ido de urgencia y no podemos volver a casa", dijo Dafne.

Ferrarini pareció sorprendido. "¿Qué problema".

“Ya han enviado mi carruaje a las campanas”

dijo la señora Partridge

“¿Qué vamos a hacer?”

“No creo que pueda ayudarla, señora”

Ferrarini parecía muy vacilante e inseguro

“Sólo tengo un carruaje. Puede que sea un poco estrecho, pero puedo acompañar a las señoritas a casa”.

La señora Partridge parecía aliviada. "Bueno, no estoy segura de que sea lo correcto... un extraño..."

“No es un extraño para nosotros”

dijo Dafne

“Lo conocemos muy bien. Ay, por favor, señor Ferrarini. No puedo caminar”.

“Oh, no, Dafne”.

Rosmery sintió que le ardían las mejillas

“Quizá... quizá esperemos a que vuelva el carruaje”.

La señora Partridge negó con la cabeza.

Los Bell viven en Cheapside. Sus padres se preocuparán si no llegan pronto a casa, muchachas. Y se puede confiar en el señor Ferrarini. Es un clérigo.

La confianza no era el problema. Rosmery simplemente no quería estar cerca de él. Abusar de la hospitalidad de la señora Partridge era vergonzoso. Tener que pedirle un favor a Ferrarini era mortificante.

“Rosmery, estoy cansada”.

Dafne le tiró del brazo

“Vámonos a casa, por favor”.

Ferrarini miró a Rosmery con expresión dubitativa.

“¿Señorita Miller?”

Rosmery respiró profundamente. Dafne tenía una constitución delicada. Los caminos eran peligrosos por la noche. No podían quedarse en casa de la señora Partridge toda la noche. Sería muy egoísta priorizar su orgullo por encima de las consideraciones prácticas. Asintió levemente. "Creo que es lo mejor".

“Muy bien, mi carruaje debería estar en la puerta, si ya estás lista para partir”.

Lo estaban. Se despidieron de la señora Partridge y unos minutos después Ferrarini ayudó a Rosmery a subir a su carruaje. Se sentó entre ella y Dafne. Estaban mucho más cerca que antes, mucho más cerca de lo que se les había permitido estar. Seis años atrás, Rosmery podría haber recibido con agrado el calor de su muslo contra el suyo. Ahora, solo podía sentirse sumamente incómoda. Siguió tratando de alejarse de Ferrarini, apretándose contra el borde del asiento,

conteniendo la respiración en el esfuerzo por hacerse más pequeña.

"Fue muy desafortunado que el señor Abernathy tuviera que dejarlo por una emergencia", dijo Ferrarini. "Espero que no haya pasado nada".

"Poco."

"¿Adónde se fue?"

preguntó Dafne inocentemente

"No me dijiste que era... Ah".

Se quedó en silencio de repente

"Estoy segura de que tiene una buena razón".

Ferrarini apartó la vista de la carretera un momento para mirar a Rosmery. Rosmery apartó la mirada de él y la miró fijamente, hacia las casas que pasaban, con un dolor agudo en el corazón. ¡Si hubiera sido cualquier otra persona en lugar de Ferrarini quien los llevara a casa! ¿Y adónde demonios se había ido Jonathan?

"No quiero entrometerme", dijo Ferrarini en voz baja, "pero no hubo ninguna emergencia, ¿verdad?"

"No te entrometas entonces", dijo Rosmery.

Condujeron un corto trecho en silencio, la brisa refrescaba las mejillas de Rosmery y el aire frío de la noche ayudaba a calmar el nudo en su garganta.

"¿Hace mucho que conoces al señor Abernathy?", preguntó Ferrarini después de un rato.

"Sí."

"Pero no muy bien", dijo Dafne. "Solo lo conocemos bien en las últimas semanas".

"Conozco a Jonathan desde hace algunos años", dijo Rosmery. "Dafne no lo conoce desde hace tanto tiempo".

"Ya veo"

Ferrarini parecía dolido

"¿Y estás comprometida con él?"

"Como te dijo antes."

"Es un poco difícil de creer."

Las palabras fueron dichas con suavidad, pero, aun así, duelen.

"Al principio todos nos sorprendimos", dijo Dafne, "pero Rosmery está muy segura de ello".

Ferrarini permaneció en silencio durante un largo rato y dejó que sus caballos aminoraran la marcha. Rosmery hubiera deseado que los apurara.

"Como vicario"

dijo finalmente

“he tenido que casar a muchas parejas. Y hombres del tipo del señor Abernathy... No es que quiera causarle ninguna preocupación, señorita Miller, pero los hombres del tipo del señor Abernathy no suelen ser buenos maridos”.

“No sabes nada de él”

dijo Rosmery.

“Mi profesión me ha proporcionado una cierta visión del mundo, señorita Miller. Al pastorear mi rebaño, he aprendido a detectar a los lobos de nuestra especie. Si usted fuera mi hermana, diría lo mismo”.

“No soy tu hermana. Y si lo fuera, tu consejo sería tan indeseado como imprudente. No sabes nada de Jonathan Abernathy”.

Al instante, Ferrarini se disculpó.

“Mis disculpas, señorita Miller. Mis disculpas. No pretendo ofenderla. Sólo me atrevo a hablar con la esperanza de ayudarla a evitar lo que considero que debe ser un error. Si es su avanzada edad lo que la impulsa a casarse con un hombre en contra de su inclinación, entonces sólo puedo instarla a que confíe en sus inclinaciones naturales, ya que rara vez nos llevan por mal camino en este sentido. Pero si es su...”

“Tosió”

Atracción, entonces sólo puedo instarla a que piense en Eva y la manzana. No escuche a la serpiente, señorita Miller.

“Para alguien que no tiene intención de ofender”

dijo Rosmery con acritud

“estás haciendo demasiado”.

Ferrarini sacudió la cabeza.

“Ah, he dicho demasiado. Hubiera sido mejor que me hubiera callado. Sólo puedo asegurarle, señorita Miller, que hablé con las mejores intenciones. Mi lengua no fue movida por celos ni por rencor, sino sólo por la preocupación por alguien que una vez me permitió llamarla querida para mí”.

Había un dejo de dolor en su tono. ¿Aún sentía algo por ella? ¿Lo había sentido alguna vez?

No valía la pena pensar en ello. Afortunadamente, a pesar del lento paso de los caballos, se estaban acercando a la casa de los Miller. El alivio de Rosmery se desvaneció cuando vio la figura de pie en la puerta principal con una lámpara en la mano: su padre. No podía saltar del carruaje a tiempo; no, la idea era ridícula. Haría que su padre sospechara más. No había nada que hacer excepto esperar mientras el carruaje se detenía lentamente frente a la puerta principal.

“Llegas tarde”

dijo el señor Miller, acercándose, y luego se detuvo cuando la luz de su lámpara cayó sobre Ferrarini

“¿Qué es esto?” “¿Dónde está el joven Abernathy?”

Dafne saltó del carruaje.

“Padre, teníamos”...

“Rosmery, ¿dónde está Abernathy?” “¿Por qué ese otro hombre te ha traído a casa?”

Rosmery no podía hablar. Bajó del carruaje sin tocar el brazo que Ferrarini le ofrecía. Le ardían las mejillas y el corazón le latía con fuerza, con una dolorosa mezcla de furia y humillación.

“Padre”

intentó Dafne de nuevo.

“Entra, Dafne. Es con tu hermana con quien hablaré”.

Dafne le lanzó a Rosmery una mirada compasiva y desapareció en el interior de la casa. Rosmery miró a su padre a los ojos.

"Dime exactamente qué está pasando, Rosmery."

“Señor, si me lo permite”...

comenzó Ferrarini.

¡No te lo permitiré, Rosmery!

“El señor Abernathy tuvo que irse a casa de repente. Creo que hubo una emergencia”

tartamudeó Rosmery.

No tuvo tiempo de pensar en Dafne y en mí. El señor Ferrarini nos llevó a casa en coche.

"¿Por qué la señora Partridge no envió su carruaje? ¿Por qué los dejaron a ustedes dos al cuidado de este hombre?"

"El carruaje de la señora Partridge ya estaba ocupado enviando a casa las campanas".

“¿Y no había nadie más?”

“No, señor. Nadie más podría llevarnos a casa”.

El señor Miller exhaló una bocanada de aire por la nariz, como un toro disgustado. Muy bien, señor, puede marcharse.

Rosmery pensó que alguien debería agradecerle a Ferrarini por haberlos llevado a casa, pero no pudo hacerlo y su padre tampoco lo haría. Ferrarini estaba esperando, como si esperara que alguien dijera algo más.

“Puede marcharse, señor”

“repitió el señor Miller”

“Rosmery, entremos”.

La tomó del codo y la arrastró casi por el sendero del jardín.

“Nunca debiste haber estado cerca de él”.

susurró su padre cuando ya no podían oír el carruaje que se alejaba

“¿Tú en su carruaje? ¿En qué estaba pensando Abernathy? ¿Por qué te dejó?”

"No lo sé, señor. Él... él tuvo que irse."

“Voy a hablar con él, muchacho tonto2.

El señor Miller se detuvo en el escalón de entrada, frente a la puerta abierta

“¿Todavía tienes esperanzas de que te haya amado?”

Rosmery se echó hacia atrás.

“Yo... yo”...

“Nunca lo hizo”.

Los ojos del señor Miller brillaron bajo la luz de la lámpara

“Te casarás con Jonathan Abernathy. Con nadie más. No con ningún tonto cura”...

"Ahora es vicario."

“¡No me interrumpas! ¡No quiero que pongas en peligro tu compromiso con Jonathan por un hombre como Ferrarini! Debes olvidarte de Ferrarini. Por completo”.

"No debes pensar que por lo de esta noche..."

"¿Lo olvidarás?"

"Si tienes razón no hay nada que recordar."

"Responde la pregunta, Rosmery."

"¡No hay nada que recordar!"

El señor Miller la miró fijamente a los ojos, como si intentara discernir la verdad en ellos.

“Muy bien. Ahora vete a la cama. Es tarde”.

Rosmery entró y subió las escaleras. En la oscuridad del pasillo, se dio cuenta de que la humedad cálida en sus mejillas eran lágrimas.

Capítulo 12

La terraza estaba demasiado lejos del salón para que Jonathan pudiera hacerse oír gritando o llamando a la puerta. Después de unos minutos de experimentación, decidió que no podía bajar al pasillo de servicio que había debajo ni colarse por una ventana. No le quedaba más remedio que esperar.

Fue una larga, muy larga espera. Unas dos, quizá tres horas después, cuando Jonathan tenía frío y estaba cansado y lo suficientemente sobrio como para sentir mucha pena por sí mismo, una sirvienta entró en el callejón de abajo y él logró persuadirla para que despertara a la señora Partridge, quien lo rescató. Cuando se enteró de que Ferrarini había llevado a Dafne y Rosmery a casa, supo que había perdido una batalla y, al saberlo, se dio cuenta de que estaba en guerra. Tomó los caballos soñolientos y el carruaje de su padre hasta su casa y se metió en la cama, helado y temblando. De alguna manera no podía dormir.

Las acciones de Ferrarini significaban que tenía otra forma posible de librarse de Rosmery. Ferrarini, al parecer, todavía estaba interesado en Rosmery. Si alentaba su rivalidad, tal vez la reanudarían y Rosmery rechazaría a Jonathan. De todos modos, a Jonathan no le gustaba la idea. Incluso si estaba borracho cuando lo conoció, estaba seguro de que su impresión de que Ferrarini era un idiota pomposo era acertada. Además, Ferrarini había quedado con la cantante de ópera en un balcón, lo cual era una bajeza. Una cosa era que un hombre tuviera una amante (si es que la cantante de ópera merecía siquiera ese título), pero otra muy distinta era conocerla durante un evento bajo el techo de una amiga. Y si ella no era su amante, sino una mera oportunidad, bueno, eso era peor.

"No estoy celoso", se dijo Jonathan. "No me gusta Rosmery, así que no tengo nada de qué estar celoso. Pero ese hombre simplemente no es el adecuado para ella".

Se quedó dormido con ese pensamiento consolador y pocas horas después su madre lo despertó. La miró confusamente a través de la niebla del sueño. El amanecer apenas había iluminado la habitación. "¿Qué hora es? ¿Pasa algo?"

"Pensé que tal vez lo supieras"

dijo la señora Abernathy

"El señor Millert envió su carruaje. Quiere que tú y tu padre lo atiendan de inmediato".

Su labio superior se curvó con disgusto

"Todavía no es el desayuno".

Era solo el señor Miller. Entonces no había ocurrido nada grave, después de todo, aunque sin duda Jonathan tendría que dar algunas explicaciones sobre la noche anterior.

"Eso es de muy mala educación por su parte"

dijo Jonathan con dulzura

"Supongo que será mejor que me vista".

Esperó a que su madre saliera de la habitación, pero en lugar de eso, ella lo miró con sospecha.

Jonathan esperó.

“¿Y bien?”

preguntó la señora Abernathy, perdiendo la paciencia la primera, como siempre que jugaban a ese juego.

“Y bien, ¿qué?”

preguntó Jonathan.

"¿Qué carajo es todo esto?"

Jonathan fijó cuidadosamente su mirada más anodina en su rostro. "No puedo imaginarlo".

La señora Abernathy entrecerró los ojos, pero no dijo nada y salió de la habitación. Jonathan suspiró aliviado; no podía postergar para siempre las consecuencias de la noche anterior, pero una vena cobarde y estúpida en su interior le susurraba que era mucho mejor postergarlas tanto como pudiera.

Se vistió y bajó al salón donde lo esperaba su padre, vestido con una capa y llevando su bastón. Cuando subieron al carruaje, el señor Abernathy dijo secamente: "¿Sabes de qué se trata esto, muchacho?" y Jonathan mintió mansamente: "No, señor, no lo sé".

No pudieron mantener a su padre en la ignorancia por mucho tiempo. Cuando llegaron a la casa de los Millert, el mayordomo los llevó directamente al estudio del señor Millert. Jonathan apenas tuvo tiempo de observar con sorpresa una calavera que ocupaba un lugar de honor sobre el escritorio antes de que el señor Millert le espetara a su padre: "¿Qué demonios has dejado que haga tu hijo?"

Jonathan no había esperado que empezara así. No había pensado que el señor Miller se enfadara tanto; de hecho, no tenía ni idea de que el señor Miller tuviera mal carácter.

El señor Abernathy miró a Jonathan con atención. "¿Qué ha hecho, Millert? ¿Qué ha hecho?"

“Anoche dejó a Rosmery y a Dafne solas en el musical de la señora Partridge. Se fue a casa, o quién sabe a dónde, sin ellas. Bryan Ferrarini trajo a las niñas a casa en su carruaje a la una de la mañana. ¡Bajo ningún concepto confiaría a ninguna de mis hijas a un idiota como Ferrarini! Y anoche las tuvo completamente a solas con él durante un cuarto de hora. Bueno, Abernathy. ¿Por qué lo hizo?”

El señor Abernathy se volvió hacia Jonathan. "¿Es cierto? ¿Anoche abandonaste la velada y dejaste a las chicas solas?"

“No”

dijo Jonathan

“Es todo un poco”...

se quedó en silencio. Revelar que había seguido a Ferrarini, interrumpido una cita y luego él lo había dejado afuera del balcón sin duda confirmaría la opinión del señor Miller de que Ferrarini era un cobarde, pero también demostraría que Jonathan era un estúpido terrible. Y, además, incluso si tenía todas las razones para odiar a Ferrarini, simplemente no se debía exponer los amoríos de otro hombre, y mucho menos manchar la reputación de las mujeres con las que los había tenido.

"¿Jonathan?" preguntó el señor Abernathy.

"La verdad es que todo esto es bastante vergonzoso", dijo Jonathan. "Salí a tomar un poco de aire durante el intermedio y, de alguna manera, la puerta se cerró detrás de mí y no pude volver a entrar en la casa. Estuve encerrado fuera la mitad de la noche. No era mi intención poner a las mujeres en esa situación".

El señor Miller entrecerró los ojos.

"Nunca sospeché que fueras estúpido, muchacho".

"Quizás haya bebido demasiado", dijo Jonathan.

"¿Bebiste demasiado?"

El señor Abernathy se volvió hacia Jonathan

"¡Eso lo explicaría todo! ¿Cómo te atreves, jovencito, a emborracharte con dos jovencitas a tu cuidado?"

Demasiado tarde, Jonathan se dio cuenta de que había descubierto parte de su artimaña a su padre. Trató de recuperarse rápidamente. "Yo... no fue mi intención. Había champán en el musical y.... bueno, tomé un brandy antes. De alguna manera, me afectó".

"¡Borracho!"

repitió el señor Abernathy con desdén

"Por Dios, eres mi único hijo, mi único hijo vivo, y hay momentos, Jonathan, en que me avergüenzo de decirlo. Y podría estar muy orgulloso... Quiero estar orgulloso de ti".

Mencionar los fantasmas de sus hermanos del pasado siempre hacía que Jonathan se sintiera más resentido que culpable. Apretó la mandíbula. —Las dos niñas llegaron a casa sanas y salvas, ¿no es así, señor?

El señor Millert se encogió de hombros. "Creo que se ha causado mucho daño".

"¿Qué?"

La alarma intensificó el malestar en el estómago de Jonathan

"Pero nada podía pasarles en la casa de la señora Partridge. Y Ferrarini estaba allí para llevárselos a casa"...

"Exactamente el daño"

dijo el señor Miller

"Puede que no lo sepas, joven Abernathy, pero Rosmery y ese cura estuvieron comprometidos, hace mucho tiempo. Fue una tontería, una pequeña historia de amor, llevada a cabo por la tonta niña que era en ese momento. Sin embargo, existe el peligro de que ella vuelva a imaginarse enamorada de él, sobre todo si no la tratas como una mujer espera ser tratada: complaciendo sus caprichos, respetando su temperamento, protegiéndola de los peligros del mundo".

"Si Rosmery se enamorara de Ferrarini, le desearía felicidad", dijo Jonathan. "Es mucho mejor que se case conmigo sin amarme".

En los ojos oscuros del señor Miller se iluminó una emoción primitiva: "Sería lo peor que le

podría pasar".

“¿Por qué? ¿Qué tiene de cobarde Ferrarini?”

Jonathan estaba dispuesto a aceptar que Ferrarini era un cobarde, después de lo de anoche, pero deseaba saber por qué el señor Miller también pensaba lo mismo

” No tengo motivos para que me caiga bien ese hombre, pero me gustaría saber por qué te resulta tan odioso”.

“Tiene un carácter deficiente”

dijo Miller con recato

“Pero eso es un detalle. Es tu responsabilidad, como futuro esposo, asegurarte de que ella desarrolle un afecto adecuado por ti antes de casarte. Eso significa permanecer a su lado cuando estén juntos en público. Significa no darles a hombres como Ferrarini la oportunidad de acosarla”.

Jonathan se dio cuenta de que su curiosidad no iba a ser satisfecha. "Bueno, no veo ningún problema en que Ferrarini los llevara a casa anoche. Ambos llegaron sanos y salvos, así que el asunto, hasta donde puedo ver, está zanjado".

“No ha terminado”

dijo Miller

Ahora veo que es necesario que Rosmery abandone Richmond, lejos de Ferrarini y de todo lo que pueda recordarle a él. Se va a la casa de su hermana en Gloucestershire para pasar la semana. Irás con ella. El señor Montague va a organizar una partida de caza. Te unirás a ella.

“¿Gloucestershire? Señor, yo no cazo”.

"Ya aprenderás. Además, en la soledad del campo, Rosmery no tendrá distracciones para enamorarse de ti. Tú harás tu parte y harás que suceda".

Jonathan estaba demasiado desconcertado para responder.

El señor Abernathy frunció el ceño.

“¿Cuándo se te ocurrió esta idea, Miller?”

"Anoche, cuando Rosmery llegó a casa con esa comadreja".

"Dejar a Jonathan solo con Rosmery durante tanto tiempo podría ser peligroso".

"No está sola. Ellen no permitirá que nada malo suceda. Y el señor Montague siempre ha sido un caballero muy razonable y serio. Rosmery estará muy segura en su compañía".

"No es eso lo que quiero decir", dijo Abernathy. "Después de lo de anoche, no estoy seguro de que Rosmery deba estar en una posición en la que tenga que depender de Jonathan. Ha demostrado ser poco fiable".

“Rosmery tendrá a su hermana”

repitió el señor Miller

No le pasará nada malo. Y te digo que no debe estar cerca de ese hombre. Si está en Londres, es

muy posible que intente volver a encontrarla. Por lo que sé, anoche no fue una coincidencia.
El señor Abernathy parecía dubitativo, pero asintió.

“Muy bien, entonces. Y te disculparás con Rosmery y su hermana por tus acciones de anoche, Jonathan”.

"Rosmery está esperando en el salón", dijo Miller. "Yo mismo le transmitiré mis disculpas a Dafne".

Jonathan pensó que no era una disculpa muy buena, pero se encogió de hombros y bajó a la sala de estar. Rosmery estaba sentada junto al fuego, pálida e irritada. Tal vez el encuentro con Ferrarini le había causado ese efecto. Jonathan pateó la alfombra.

"Escuché que Ferrarini te llevó a casa", dijo.

“Sí”

Rosmery le dedicó una mirada fugaz

“¿Mi padre te ha hablado de Gloucestershire?”

“Sí, pero no me gusta la idea”.

Jonathan no podía entender la frialdad de su tono

“¿Llegaste a casa sana y salva? ¿Ferrarini no hizo nada?”

Una fina línea apareció entre las cejas de Rosmery. "Un hombre como el señor Ferrarini no hace *cosas*".

Jonathan podría haberle dicho lo contrario, pero calumniar a Ferrarini solo lo haría parecer celoso y, además, solo heriría innecesariamente los sentimientos de Rosmery escuchar eso sobre un hombre del que alguna vez había estado enamorada.

"Me alegro de que estés en casa sano y salvo. Lamento mucho lo de anoche. Cometí un error estúpido y...."

“No importa, señor Abernathy”

dijo Rosmery con frialdad

“Estoy ocupada. Debo preparar el equipaje para Gloucestershire. Supongo que usted también debe hacerlo”.

Ella pasó junto a él de camino a la puerta. Jonathan le tomó la mano, sorprendido. "¿Rosmery?"

Ella lo apartó de un tirón. "No me hables. No lo hagas".

Y luego se fue. Jonathan sacudió la cabeza, desconcertado. Después de todos sus esfuerzos durante las últimas semanas, apenas había conseguido que ella le mirara con el ceño fruncido. Pero anoche, por algo que ni siquiera era culpa suya (no del todo, en todo caso), estaba enfadada. Tal vez consiguiera lo que deseaba, pero no quería agradecerse a Ferrarini.

Capítulo 13

Fue un día entero de viaje hasta Ashdown Hall, la finca agrícola antigua y descuidada donde vivía la hermana mayor de Rosmery, Ellen, con su marido, el señor Montague, y sus cuatro hijos. Mientras Jonathan iba detrás del carruaje, Rosmery se ahorra todo pensamiento, salvo el de su compañía, salvo en los intervalos en que hostigaban a los caballos o se detenían a comer en una posada. Y en esos intervalos, se las arreglaba para evitar hablar con él, salvo con monosílabos para responder a sus preguntas sobre el cansancio o el hambre.

Cuando llegaron, ya estaba anocheciendo. Antes de que el novio pudiera tocar a la puerta, esta se abrió y un niño corpulento salió corriendo gritando: "¡Mamá! ¡Ya están aquí!".

Rosmery reconoció al niño como su sobrino Benjamin, unos quince centímetros más alto que la última vez que lo había visto. La miró a través de la tenue luz.

"¿Te vas a casar?"

le preguntó. Antes de que ella pudiera responder, desvió la mirada hacia Jonathan, que acababa de bajar del caballo

"¿Te vas a casar con ella?"

"Y buenas noches para ti también", dijo Jonathan.

Ben le sacó la lengua: "¿Te vas a casar con ella?"

"Eres increíblemente grosero"

dijo Jonathan con admiración

"¿Son solo las vicisitudes del día o siempre eres así?"

"Es de mala educación no responder a mi pregunta".

"Así es. Somos la olla y la tetera".

"Y bien? ¿Te vas a casar con ella?"

"Estoy muy bien de salud, gracias", dijo Jonathan. "¿Y tú qué tal?"

Ben frunció el ceño y giró sobre sus talones para correr de regreso al interior mientras Ellen y el Sr. Montague salían, ya vestidos de noche.

"Eres terriblemente espontánea"

dijo Ellen, abalanzándose sobre Rosmery y besándola en la mejilla

"¡Esta mañana sólo recibimos el expreso de papá y éste debe ser el señor Abernathy!"

Jonathan le estrechó la mano cortésmente. "Lo es".

"Ésta es mi hermana, Ellen Montague", dijo Rosmery, antes de presentarle su mejilla al Sr. Montague para un beso rasposo y penetrante.

"Es maravilloso verte, joven Rosmery"

dijo

“Preséntame al joven”.

Con cierta rigidez, Rosmery presentó a Jonathan al señor Montague. Inmediatamente, el señor Montague inició una interrogación a viva voz sobre la ascendencia del caballo de Jonathan, cuyas riendas Jonathan todavía sostenía.

“No retengas al pobre muchacho”

dijo Ellen, poniendo la mano sobre el brazo de Rosmery y guiándola hacia adentro

“Cenaremos en media hora y él necesita vestirse”.

Se volvió hacia Rosmery

“Necesitas vestirme. Ven. Te llevaré a tu habitación”.

En el dormitorio, Ellen envió a la criada de Rosmery a ocuparse de los baúles y se puso a ayudar a Rosmery a vestirse. Era casi como en los viejos tiempos, antes de que se casara, cuando ella y Rosmery eran las mejores amigas.

“Debes contarme todo sobre tu compromiso”

dijo Ellen mientras ayudaba a Rosmery a quitarse la capa de viaje

“Tienes mucha suerte”.

En ese momento, Rosmery no se sentía afortunada en absoluto. Se encogió de hombros. "No es un matrimonio por amor".

“Los matrimonios por amor suelen ser muy problemáticos”

Ellen empezó a desabrochar los botones de la parte trasera del vestido de Rosmery

“Lo que quiero decir, querida, es que es un joven apuesto con una fortuna nada desdeñable y que, en tu etapa de la vida, podrías encontrarte en una situación mucho peor”.

“Si”

dijo Rosmery

“A mi edad, podría seguir soltera. Debo consolarme con eso”.

Suenas amargada

Ellen parecía perpleja

“Pensé que tú, de entre todas nosotras, Rosmery, no serías demasiado orgullosa como para no estar agradecida por tu situación”.

“No estoy orgullosa. Es por Jonathan por quien me cuesta estar agradecida, no por mi situación. Él... Ellen la interrumpió al ponerse el vestido sobre los hombros. Se produjo una breve lucha: el vestido había sido confeccionado para Amanda, que era más delgada que Rosmery, pero lo había rechazado porque le parecía demasiado desaliñado. Rosmery emergió de los pliegues del vestido muy de repente y sin aliento”.

Ellen arrojó el vestido sobre la cama y comenzó a hurgar en un baúl abierto lleno de vestidos.

"¿Qué quieres ponerte? Este blanco es muy bonito. ¿Qué te ha hecho?"

“No, el blanco no. Amanda dijo que me hace ver”...

"Alicia no distingue entre chintz y gasa".

“No, el blanco no, de todos modos”.

Rosmery miró con duda el vestido color crema de Ellen, con demasiados volantes, ajustado en la cintura y poco generoso en el busto. En otro tiempo, Ellen había sido la más bonita y la mejor vestida de las hermanas, pero diez años de vida en el campo y cuatro hijos la habían dejado anticuada y con sobrepeso—. Amanda está muy de moda estos días.

“¿Lo es?”

Ellen sacó un vestido índigo, muy nuevo, que Rosmery aún no se había puesto y deseaba mucho ponerse

—. “¡Demasiado oscuro! Parecerás que estás de luto. ¿Qué te ha hecho Abernathy, querida?”

“Él”.

Una repentina advertencia se apoderó de Rosmery. La Ellen que había podido asesorarla sobre moda había quedado en algún lugar del pasado, ocho o diez años atrás. ¿Quién sabe en qué otra forma había cambiado? Confiárselo todo tal vez no fuera prudente

“Bebió demasiado anoche y me avergonzó”.

“El señor Montague me ha puesto en apuros de la misma manera, pero en otros aspectos es un muy buen marido”.

Ellen sacó otro vestido pálido y anticuado

“¿Qué te parece este? ¿No?”

Volvió a buscar

“Cuando no tenemos compañía en casa, el señor Montague siempre pasa las tardes conmigo y con los niños en el salón. Siempre que va a la ciudad, se asegura de traerme algún pequeño regalo. Y aunque los alquileres nunca le dan lo que él desearía, es muy cuidadoso con la administración de su dinero. No, tengo mucho que agradecerle al señor Montague, aunque a veces beba demasiado, hable demasiado alto o ronque en la iglesia. Sin duda, descubrirás también las virtudes de Abernathy”.

“No estoy segura de que tenga ninguno, ni de que considere los hábitos del señor Montague como grandes virtudes. Ese vestido rojo, por favor. Me lo pondré yo”.

“Cuando lles diez años casada, agradecerás mucho menos”.

Ellen cogió el vestido rojo

¡Dios mío, qué color más atrevido! El señor Montague me ha satisfecho en todos los sentidos como marido. Me ha proporcionado un hogar y a mis tres queridos hijos, y a Benjamin.

Rosmery no pudo responder debido al esfuerzo que le suponía ponerse el vestido rojo, que era una gasa muy delicada con ribetes de hilo dorado y exigía mucho cuidado. Cuando Ellen estaba trabajando en los lazos de la espalda, dijo: “¿Y qué hay del romanticismo?”

“Nunca esperé mucho de eso, para empezar. Para eso, querida hermana, tenemos poesía”.

Ellen ladeó la cabeza y examinó el vestido

“Sabes, sobre tu camión, es casi rosa, lo cual no es tan estridente, aunque sigue siendo bastante atrevido. Supongo que estos colores oscuros se están poniendo de moda. Pero es un efecto muy bonito. Tu cabello sólo necesita un pequeño arreglo. Siéntate”.

Se puso a cepillar y peinar

“De hecho, nunca te vi como una romántica. Seguramente no dejarás que esas nociones tan débiles te impidan hacer una buena pareja. Me imagino que, incluso si tuvieras dieciocho años, te decepcionarías en el aspecto romántico. La mayoría de las mujeres lo hacen”.

"No voy a dejar que eso me impida hacerlo", dijo Rosmery. "Pero estoy empezando a pensar que soy mucho más romántica de lo que creía".

"Deberías leer poesía", dijo Ellen. "De hecho, deberías pedirle a Abernathy que te lea poesía".

La idea de que Jonathan leyera poesía hizo que Rosmery se echara a reír. Luego, para su sorpresa, recordó que Ferrarini le había leído poesía cuando estaban cortejando, citando un delgado libro de los poemas más religiosos de Cowper. ¿Realmente lo había disfrutado, se preguntó Rosmery, o solo había disfrutado la idea de que un hombre le leyera poesía? Le había parecido el tipo de cosas que se supone que deben hacer las personas cuando están cortejando.

“Bueno, no tienes que hacerlo”

dijo Ellen, enfadada.

“No, no es eso. Es que Jonathan no sabía leer poesía. No es de ese tipo”.

“Entonces será mejor que dejes de esperar un romance con él —dijo Ellen con decisión”

“Y, en realidad, con las ventajas prácticas del matrimonio, de todos modos, no necesitarás un romance”.

"¿De verdad hay tantas ventajas? Tendré que irme de Richmond y vivir en Londres. Mi marido seguirá avergonzándose con sus modales y su comportamiento. No nos amamos. Quizá nunca lo hagamos".

"No son cuestiones prácticas", dijo Ellen. "Tendrá una fortuna independiente. Es joven y saludable. Nuestra familia aprueba el matrimonio".

“Estoy empezando a preguntarme si lo apruebo”

dijo Rosmery, con lágrimas en los ojos

“Anoche... fue muy humillante”.

Dafne le dio una palmadita en el hombro.

“Se te pasará. Además, siempre has sido una criatura bastante ansiosa, Rosmery, tiendes a preocuparte por las cosas. Supongo que lo has heredado de tu madre. No estoy segura de que alguna vez hayas sido realmente feliz, verdaderamente feliz. Es poco probable que Abernathy cambie eso, pero te hará rica. Es mucho mejor ser rica y estar inquieta que pobre y estar inquieta”.

Rosmery apretó la mandíbula. "No estoy nerviosa. No soy como mamá".

“Tonterías, por supuesto”

dijo Ellen

“Tú, Dafne y Harriet os parecís mucho a mamá, ¿sabes? Yo me parezco a papá. Y Amanda, bueno, es una oveja negra en potencia, si es que alguna vez hubo alguna”.

"Y he sido feliz. Fui muy feliz cuando... cuando me comprometí con Ferrarini."

“No es una opción práctica”

dijo Ellen, sacudiendo la cabeza

“No hay dinero para eso”.

"Ahora es rico."

“Ahora que se casó con una mujer rica”

Ellen se quedó pensativa

“Ya no estás enamorada de él, ¿verdad?”

“No”

dijo Rosmery rotundamente

“En absoluto”.

Después de lo que había dicho en el carruaje la noche anterior, no sentía por él nada más que rabia y una extraña y confusa vergüenza

“Pero, en comparación”...

“No tiene sentido comparar a los hombres”

dijo Ellen con decisión

” Debes aprender a estar contenta con el que tienes, en lugar de soñar con uno que no tienes”.

Dio una última palmadita al suave cabello de Rosmery

“Y el señor Abernathy será un hombre muy tonto si no está contento contigo”.

Cuando Rosmery y Ellen bajaron las escaleras, descubrió que la fiesta era mucho más pequeña de lo que había esperado. Unos cinco hombres extraños, todos de la edad del señor Montague o mayores, estaban sentados en el salón esperándolas. No había mujeres; Ellen explicó que iba a ser una partida de caza propiamente dicha y que Rosmery sólo estaba allí para hacerle compañía mientras el señor Montague estaba ocupado con sus invitados. Jonathan llegaba tarde, todavía, supuso Rosmery, tratando de meterse en uno de sus llamativos chalecos. Se hicieron las presentaciones y Rosmery recibió una copa de jerez en la mano. Bebió lentamente, sintiéndose muy fuera de lugar en una habitación llena de tantos hombres de mediana edad y su hermana Ellen parecía muy de mediana edad en medio de ellos. Y ella sólo es cinco años mayor que yo, pensó Rosmery desesperanzada. Cuando tenga treinta, ¿seré igual?

Uno de los hombres, un hombre corpulento y con grandes patillas, de unos cuarenta y cinco años, llamado Blythe, pareció compadecerse de Rosmery. Se acercó a ella y le dijo: "Parece un poco perdida, señorita Miller".

“¿Lo hago?”

Rosmery bebió un sorbo de jerez.

"Habría invitado a mi hija a venir conmigo si hubiera sabido que iba a haber compañía femenina", continuó el señor Blythe. "Tiene más o menos tu edad".

"Tengo veinticinco años", dijo Rosmery.

"No lo pareces".

Una luz un poco más vivaz apareció en los ojos del señor Blythe

"Mi hija es un poco más joven que tú. Tiene diecinueve años. Es mi única hija. Yo soy viudo".

"Lamento mucho su pérdida"

dijo Rosmery, intentando captar la mirada de Ellen. Sin embargo, Ellen estaba demasiado ocupada hablando con uno de los amigos del señor Montague

"Qué triste".

"Fue hace quince años. Estoy completamente recuperado, te lo aseguro".

Hubo una larga pausa, como si el señor Blythe esperara que Rosmery hablara. Cuando no lo hizo, continuó esperanzado

"Por supuesto, mi hija está en una edad delicada, en la que necesita la mano guía de una mujer mayor, no mucho mayor, por supuesto. Y siempre lamento que mi propiedad, Avenden Manor, no vaya a pasar a manos de un hijo, sino de un débil sobrino mío".

"¿Entonces la propiedad está vinculada a otra persona?"

preguntó Rosmery

"Es una lástima que las propiedades no puedan pasar a manos de las hijas. Yo sólo tengo hermanas, pero tenemos suerte de que no haya vinculación a otra persona sobre la propiedad de nuestro padre; por otra parte, no es más que una casa adosada y no hay que pagar rentas".

Ella esperaba que el señor Blythe se sintiera decepcionado por la insinuación de que su fortuna era pequeña, pero el señor Blythe se limitó a toser. "No es una herencia, no. La pobre Catherine no tendría la capacidad para administrar Avenden Manor. Y mi sobrino tampoco, por cierto. No, no, he estado pensando que, por el bien de Catherine, sería mucho mejor volver a casarme para poder tener un hijo".

Se estaba volviendo más odioso y más obvio a cada minuto, pero Ellen, que ahora estaba hablando con su ama de llaves junto a la puerta de servicio, no se dio cuenta. Rosmery suspiró.

"Creo que ya casi es hora de cenar"

dijo el señor Blythe, extendiendo el brazo" "¿Puedo llevarte adentro?"

Se oyó una tos educada detrás de ellos. Rosmery se giró, esperando ver a Jonathan con su chaleco más llamativo y ajustado, pero en su lugar vio a otro de los invitados del señor Montague. Se esforzó por recordar el nombre: ¿Devan? ¿Demont? ¿Demery? Y era más joven de lo que había pensado al principio, tal vez de unos treinta y pocos años, pero parecía mayor por el cansancio de su expresión.

“Creo que debería saber, señor Blythe, que la señorita Miller está comprometida dijo Demery en voz baja y tranquila2.

Y luego, sin decir nada más, se alejó nuevamente.

Un rubor apagado inundó el rostro del señor Blythe detrás de sus patillas. "¿De verdad?"

"Sí."

"Deberías haber dicho algo."

“¿Por qué?”

Rosmery vio a Jonathan entrar por fin en la habitación, vestido con ese horrible chaleco rosa que tanto odiaba. El señor Montague lo llamó y comenzó a presentarlo a sus amigos

“¿Por qué tendría que haber dicho algo, señor Blythe?”

"Es un poco engañoso, ¿no? Estar comprometido y no decir nada al respecto".

Jonathan se estaba alejando de las presentaciones con un ojo puesto en Rosmery.

"No intenté engañar. No tuve oportunidad."

"Acepte el consejo amistoso de un hombre mayor y más sabio: sería mejor que fuera más abierta acerca de sus circunstancias. Hablar tan fácilmente con un hombre mientras está comprometida en secreto con otro podría ser visto como algo... bueno, como algo rápido, señorita Miller".

Jonathan llegó para escuchar lo último de esto. Ignoró por completo al señor Blythe y se volvió hacia Rosmery.

"Lo siento por llegar tarde. ¿Es...?"

“La única persona rápida aquí es usted, señor Blythe”

interrumpió Rosmery

“Su mente salta tan rápidamente a conclusiones tan extrañas que me temo que no puedo seguirle en absoluto”.

Un rubor apagado cubrió la piel detrás de las patillas del señor Blythe. Se dio la vuelta con rigidez y se alejó. Jonathan miró a Rosmery con curiosidad.

"Eso no fue ni la mitad de la reprimenda que se merecía, y sin embargo fue el doble de la reprimenda que esperaba de ti", dijo.

“No necesito que me rescates de ese viejo tonto”

espetó.

“No”

le quitó con cuidado la copa de clarete de las manos“Me alegro mucho de que no sea así”.

“Y no estoy borracha”.

Rosmery tomó el vaso

“Sólo estoy enojada”.

“¿Conmigo?”

Había una sonrisa burlona y exasperante en el rostro de Jonathan

“¿Qué he hecho para disgustarte, querida?”

Rosmery levantó la barbilla.

El musical.

La sonrisa se desvaneció. “Fue un error desafortunado. Lo siento. No pensé que te ofenderías tanto por eso”.

Rosmery se burló. “¿No creíste que me iba a ofender? ¿Qué pensaste? ¿Qué no me daría cuenta?”

“¿Te disté cuenta de que no volví? En realidad, esperaba que lo hicieras”.

“¿Esperabas que lo hiciera?”

Jonathan frunció el ceño.

“Sí, porque... Rosmery, no estoy seguro de que no estemos hablando de cosas contradictorias.

¿Podemos...?”

Ellen tocó la campana. "La cena", dijo. "La cena por fin".

Como era la única invitada femenina, Rosmery fue la primera en entrar al comedor. Jonathan le ofreció el brazo y ella no pudo rechazarlo. Se sentaron en la cabecera de la mesa, dejando a Rosmery entre el señor Montague y Jonathan. Después de unas cuantas preguntas desinteresadas sobre sus padres, el señor Montague volvió a centrarse en el resto de la mesa y en su tema favorito: la caza, los caballos y los perros. Esto dejó a Rosmery sin más compañía que Jonathan, ya que el hombre que estaba frente a ella era el señor Blythe y no la miraba a los ojos. Rosmery picoteaba su comida en silencio. A intervalos, Jonathan intentaba hablar con ella, pero ella rechazaba sus esfuerzos con tanta frialdad que se dio por vencido al segundo intento. Eso le dio a Rosmery la oportunidad de darse cuenta de que la estaban observando a ella y a Jonathan. El señor Demery, al otro extremo de la mesa, mantenía la mirada fija en ellos, con algo frío y punzante en su expresión. Sólo cuando Ellen le habló

“amable y demasiado amistosa”

se dio la vuelta, y sólo para responderle con educada reserva. Rosmery se preguntó si Demery la conocía de algún lado. Él sabía que estaba comprometida, pero ella no recordaba haberlo conocido antes en su vida.

Cuando las mujeres se levantaron para dejar a los hombres en su puerto, Demery también se levantó.

“Voy a dar un paseo”

anunció

Disculpe. Y se fue sin decir nada más.

“Pobre muchacho”

murmuró el señor Montague

“Todavía lo siento”.

Luego se hizo un silencio compasivo. Rosmery se preguntó qué le habría pasado a Demery.

"¿Rosmery?" dijo Ellen junto a la puerta.

“Sí, voy”.

Hizo ademán de irse, pero Jonathan le tomó la mano y la hizo retroceder.

“Ven a mi habitación después de cenar”

le susurró al oído

“Por favor. Quiero hablar”.

Rosmery lo fulminó con la mirada y se dio la vuelta.

"¿Pelea de amantes?", comentó Ellen cuando estaban en el pasillo.

"No exactamente."

"Parece que le gustas."

“No lo es”

Rosmery intentó desviar la conversación de Jonathan

“Ese Demery es un hombre muy, muy extraño”.

“¡Oh!”

Ellen abrió la puerta del salón

“Sí... Me da pena. Es una tragedia”.

“¿En serio?”

Se sentaron en el sofá y Rosmery se acurrucó junto a Ellen

”Cuéntamelo”.

“Quizás lo hayas oído: estaba comprometido, pero el compromiso se rompió el día de su boda cuando se descubrió que su prometida estaba embarazada”.

Ellen bajó la voz, aunque no había nadie que pudiera oírla

“No fue suyo, ¿sabes? Fue un escándalo terrible. Le rompió el corazón”.

“Oh”

“una punzada de sorpresa y compasión se apoderó de Rosmery”

“He oído hablar del hombre con el que Catherine Martinez estaba destinada a casarse. No sabía su nombre”.

“Ahora sí lo sabes”

Ellen negó con la cabeza

“Él estaba muy enamorado de ella, mujer tonta. Ella no sabía lo que estaba perdiendo cuando se hacía la tonta por alguien más”.

Capítulo 14

En cuanto fue educado, Jonathan se disculpó para dejar al resto de los hombres en la mesa y fue al salón para ver si podía tener un momento para hablar con Rosmery. Su objetivo durante muchas semanas había sido hacerla enojar de verdad con él, y finalmente lo había logrado, pero su victoria se vio empañada por la confusión que sentía sobre cómo lo había logrado. Quería saber por qué estaba tan enojada con él ahora, cuando antes había hecho cosas mucho peores sin ningún efecto. Algo debía haber sucedido en el musical de lo que él no estaba al tanto. Jonathan no podía imaginar qué, pero estaba bastante seguro de saber quién. Rosmery, sin embargo, no estaba en el salón. Ellen estaba sentada sola allí leyendo una novela. En respuesta a la pregunta de Jonathan, dijo que Rosmery se había ido a la cama con dolor de cabeza. Luego dio una palmadita en el asiento a su lado.

"Siéntate y cuéntame algo de ti", dijo. "Rosmery no ha sido muy comunicativa".

Jonathan no pudo negarse. Se sentó de mala gana

"¿Qué quieres saber? Te lo puedo asegurar, no soy cazador. Tu marido se sentirá decepcionado".

"Estoy seguro de que sólo estás siendo humilde".

"Me encantaría serlo, pero te aseguro que mi puntería no tiene parangón con la de nadie, excepto la de los borrachos ciegos".

Ellen se rió de una manera que le recordó a Dafne. "¡Qué gracioso!"

Con un suspiro interior, Jonathan se dio cuenta de que Ellen era estúpida. La semana que tenía por delante se le antojaba de repente muy sombría: cazar y estar en compañía de cazadores como el señor Montague, o tener una reunión en casa con una mujer tonta y risueña y otra silenciosa y enfadada.

Ellen hizo girar la borla de un cojín alrededor de su gordo dedo índice.

"Dígame, señor Abernathy, ¿usted y Rosmery están teniendo una pequeña pelea?"

"En manera de habla."

"Qué horro"r

Ellen parecía sorprendida

"Me dijo que anoche bebiste demasiado y la avergonzaste. Pobre Gracie. Lo que más odia es que la avergüencen, ¿sabes? Siempre fue una criatura tan orgullosa. Como un gato".

"Nunca me gustaron mucho los gatos. Son unas cositas desagradables y lloronas".

Ellen miró a Jonathan con enojo y luego sonrió. "Pero a ti te gusta Rosmery. No puedes decir que no te gusta Rosmery. Te vas a casar con ella".

Jonathan se aclaró la garganta.

"Um, sí. Pero, ya sabe, señora Montague, no estoy seguro de que a Rosmery le caiga bien".

"No me imagino por qué"

murmuró Ellen

“Pareces un joven muy agradable . No, estoy segura de que sólo la has hecho sentir avergonzada. Debes compensarla. Estoy segura de que no se lo diré si cortas algunas flores del jardín para ella, aunque ahora mismo no tenemos muchas”.

Se mordió el labio

El señor Montague me dio una col una vez, pero no creo que le sirva a Rosmery.

"Dudo que toda la granja pudiera hacerlo", dijo Jonathan.

“No, no. Les tienen miedo a las vacas”.

Ellen negó con la cabeza

“¿Quizás podrías comprarle una cinta nueva para el sombrero?”

“Tampoco estoy segura de que una cinta de sombrero pueda lograrlo. Para ser sincera, señora Montague, sospecho que su hermana se casará conmigo a pesar de que yo le desagrado mucho”.

Ellen parpadeó.

“No es posible que le desagrades. Es una persona muy agradable, señor Abernathy. Nunca causa problemas ni pierde los estribos. Siempre es tolerante y dulce”.

Jonathan recordó la forma en que Rosmery había tratado al señor Blythe esa misma noche. Había estado a punto de perder los estribos. "... ¿Lo está?"

“Sí, claro. Desde que era niña, ¿sabes?, ha sido así”.

"Siempre he pensado que ella es menos tolerante que... un poco fría."

“No, no. En absoluto. No puedes confundir su paciencia con frialdad. Simplemente es lenta para expresar sus sentimientos. ¿Preferirías una virago?”

"Tienen sus atractivos."

“Sólo en pequeñas dosis. Mientras que una mujer como Rosmery es tan... permanentemente inofensiva”.

Ellen sonrió

“Y se veía muy bien con ese vestido esta noche. ¿Te diste cuenta?”

Jonathan se había dado cuenta, y se había dado cuenta de que no era el único hombre que se había dado cuenta. "No presto mucha atención a la vestimenta de las mujeres", dijo. "Sólo a la mía".

Ellen miró su chaleco con sorpresa. "Oh".

Jonathan se movió inquieto en su asiento. También él estaba empezando a odiar el chaleco rosa, pero mientras los ojos de Rosmery se entrecerrarán con desagrado al verlo, él seguiría usándolo en su presencia.

"Si no te importa", dijo, "creo que ya estoy listo para irme a la cama. Estoy muy cansado después de todo el viaje de hoy".

“Por supuesto, por supuesto”.

Ellen le hizo un gesto para que se fuera y volvió a coger su novela

“Pero déjeme decirle, señor Abernathy, que estoy muy contenta por usted y Rosmery. Creo que son una pareja maravillosa”.

Jonathan emitió un gruñido indeterminado, que supuso que ella tomaría como agradecimiento, y se levantó y se fue. No se atrevió a ir a la habitación de Rosmery, por si acaso ella realmente tenía dolor de cabeza, pero fue a la suya y esperó que ella viniera a recibirlo como le había pedido. El dolor de cabeza podía haber sido solo una excusa.

En su habitación, se quitó la chaqueta, sin la cual el chaleco parecía menos vil, y se sirvió un generoso trago de la botella de coñac que había escondido en su baúl por si acaso. Sentía que lo necesitaba, después del día que había tenido.

Mientras debatía sobre las ventajas de tomar un segundo trago, oyó que llamaban a la puerta. Creyendo que era Rosmery, abrió. No era Rosmery. En cambio, un hombre alto y moreno lo miró con el ceño fruncido e irrumpió en la habitación. Jonathan lo reconoció como uno de los otros invitados y recordó tardíamente su nombre: Demery.

“Después del día que he tenido”

dijo Jonathan

“supongo que debería haber esperado algo así. ¿Qué pasa?”

“Te reto a un duelo”

dijo Demery

“Al amanecer, mañana, en el bosque que hay detrás de la casa”.

Jonathan parpadeó. "Le pido disculpas".

Amanecer. Mañana. En el bosque. Primera sangre.

Los ojos oscuros de Demery brillaron

“Y, por último, señor”.

“Ya veo”.

Jonathan consideró la información con atención

“No, gracias”.

"¿Qué?"

“No me bato a duelo”.

Jonathan se giró al oír un ruido en la puerta. Esta vez, era Rosmery , que estaba asomándose por la puerta, todavía con el precioso vestido rojo y con aspecto de tener un dolor de cabeza de verdad.

"No vas a batirte a duelo", dijo.

“No lo somos”

respondió Jonathan

“Un duelo es una actividad que requiere de dos tontos, y en esta sala sólo hay uno”.

El pálido rostro de Demery se sonrojó.

“Sedujo a mi prometida, señor, la dejó embarazada y la abandonó. Ese crimen exige una recompensa”.

Jonathan miró a Demery y le preguntó: "¿Qué hice?"

Por un instante, Jonathan incluso se sintió culpable, Demery hablaba tan en serio. Pero, sin duda, era absurdo. Nunca antes había conocido a Demery en su vida. Sin embargo, Demery lo estaba fulminando con la mirada. Pura furia. Y detrás de él, Rosmery miraba ansiosamente a Jonathan como si ella también lo creyera. El remordimiento y la esperanza luchaban juntos dentro de Jonathan. La esperanza triunfó.

“¿De verdad lo hice?”

dijo Jonathan

“Dios mío. He sido malo. Pero no, señor, no me batiré a duelo con usted. El desaire debe quedar sin venganza”.

El primer puñetazo le dio en la barbilla, como esperaba. El segundo fue más rápido y le dio en el cuello, dejándolo sin aliento. Jonathan jadeó en busca de aire y dejó que Demery lo atacara, levantando los brazos sólo para defenderse de los golpes. Ya había sufrido ese tipo de ira antes. Lo entendía. A veces un hombre necesita desahogarse. Y, además, pensaba que se lo merecía. No por Demery, sino como compensación general por las malas acciones de muchos años.

“¡Por favor, detente!”

Rosmery tiró del frac de Demery

“¡Por favor!”

“¡Rosmery, sal de aquí!”

gruñó Jonathan.

En cambio, ella intentó interponerse entre ellos. Uno de los golpes de Demery la alcanzó en las costillas y se tambaleó. Jonathan la atrajo hacia sus brazos y se giró para acunarla contra la pared detrás de él.

“¡Oye!”

dijo

“¡No la toques!”

Pero Demery ya se había echado hacia atrás, con el pecho agitado.

“Váyase, señorita Miller”

dijo

“Por favor”.

“¡No!”

dijo Jonathan

“¡La golpeaste, estúpido! Vete” .

Demery tembló en el sitio donde se encontraba, como si estuviera intentando contener la fuerza de su ira.

“Hablaré de esto contigo, Abernathy. No tienes derecho a casarte con nadie después de lo que le hiciste a Catherine. Te haré pagar por ello”.

“No”.

dijo Rosmery

“Por favor...

Parecía estar al borde de las lágrimas. Jonathan no podía distinguir si se debía a las emociones o al dolor.

"Continuaremos con esta conversación en otro momento", dijo Jonathan. "Cuando Rosmery no esté presente".

Demery no hizo ningún movimiento.

"Sal de aquí", dijo Jonathan. "Vete".

Jonathan no sabía qué haría si Demery no se iba. Demery era mucho más alto que él, demasiado grande para echarlo y, tarde o temprano, su pelea llamaría la atención desde abajo. Pero Demery solo se quedó mirándolo con el ceño fruncido por un momento antes de darse la vuelta abruptamente y salir de la habitación. Jonathan dejó escapar un largo suspiro. Le dolían el pecho y el vientre por el golpe que Demery le había dado y no quería nada más que hundirse en el suelo y descansar allí, pero pensó que eso solo preocuparía a Rosmery, que temblaba en sus brazos.

“¿Estás bien, Rosmery?”

“murmuró, apartándose para darle espacio a Rosmery para respirar”

“¿Estás herida?”

“Estoy bien”.

Las lágrimas brillaron en sus ojos. Respiró profundamente, temblorosa

“¿Y tú?”

“Bien”.

Se apartó de ella, pero mantuvo una mano en la pared para sostenerse. La visión le daba vueltas

“Sólo un poco de ejercicio”.

“Estás tambaleándote”.

Rosmery deslizó la mano alrededor de su brazo para ayudarlo a guiarse

“¿Por qué no le dijiste que no eras el padre? ¿Por qué no te defendiste?”

“¿Cómo sabes que no lo soy?”

replicó Jonathan, mareado

“En el más profundo y negro... pecado”...

El suelo tembló bajo sus pies y se aferró a Rosmery para sostenerse

“Entiendes lo que quiero decir, ¿no?”

“No, no lo sé”

dijo Rosmery

“Pero, en serio, Jonathan, no puedes ser el padre. Me hablaste de tus amantes. La señora X. La señora Y. Nunca una *señorita* B para Catherine Martinez”.

Jonathan se rió y luego hizo una mueca. "Qué chica tan lista. ¿Se llama así? ¿Catherine Martinez? Ahora recuerdo los chismes. No sé por qué Demery piensa que soy el padre del bebé. Ni siquiera he conocido a la pobre chica".

"Deberías haberle dicho eso."

Las paredes se estaban volviendo más lentas en su movimiento. Jonathan ya no necesitaba agarrarse a Rosmery para mantenerse erguido, pero la calidez y la redondez de sus hombros eran agradables bajo sus manos. Deslizó su agarre hacia abajo, sobre el pompón de seda de su vestido, la suave longitud de sus brazos, sobre los pliegues de gasa de sus faldas y la curva de sus caderas debajo de ellos. Había más curvas de las que había imaginado; no es que las hubiera imaginado, pero si lo hubiera hecho, no habría imaginado esto. Qué curioso. Le hizo preguntarse qué más...

“Deberías haberle dicho eso”

repitió Rosmery, dispersando la cadena de pensamientos de Jonathan.

Jonathan se sacudió, pero no soltó su cintura. "Necesitaba desahogar su ira. Mejor yo que esa desafortunada mujer".

"Los hombres son tontos."

“Los hombres son animales simples”

convino Jonathan. La miró a los ojos, brillantes por las lágrimas

No llores, Rosmery.

"No estoy llorando."

Pero lo estaba, aunque no dejaba que las lágrimas cayeran por sus mejillas. Y había algo extrañamente entrañable en ello. Y las manos de él todavía estaban en su cintura y todavía disfrutaba de estar allí.

Jonathan se inclinó y rozó sus labios con los de ella, el preludio de un beso. Los músculos de su cintura se tensaron de repente bajo sus manos y él se apartó. Ella tenía los ojos muy abiertos y sorprendidos. La soltó y dio un paso atrás.

"Lo siento. Yo... lo siento."

“No tienes por qué disculparte”

dijo Rosmery con recato

“Estamos comprometidos. Puedes besarme, si quieres”.

-“Pero tú no quieres que lo haga”.

Ni siquiera sabía por qué había intentado besarla ahora. Supuso que la tentación de tenerla entre sus brazos. O que Demery lo había golpeado demasiadas veces y lo había dejado sin sentido. O que eran viejos hábitos que eran muy difíciles de eliminar. O las tres cosas a la vez.

“Si quieres besarme, no protestaré”

dijo Rosmery

“Tienes ese derecho”.

“Rosmery”...

Jonathan se apartó de ella y, con cuidado, dio dos pasos y se dejó caer sobre la cama. Se sentía avergonzado, peor aún, culpable. Sus relaciones con mujeres hasta el momento, aunque ilícitas, siempre habían sido recibidas con el máximo entusiasmo. Nunca antes había visto a una mujer asustada ante su contacto. El hecho de que Rosmery le hubiera dado permiso para besarla de todos modos sólo lo hizo sentir peor.

Ella lo miraba ansiosamente, como si temiera que él aceptara su oferta.

"Querida Rosmery, ¿podrías ir a buscarme un buen trozo de fiambre de la cocina para compensar el ojo morado que me está saliendo?"

El alivio inundó su rostro. "Yo... bueno, una cataplasma fría sería mejor. Es mejor no dejar que la gente sepa lo que pasó".

“Gracias”

Jonathan le dedicó una pequeña sonrisa

“Tienes razón”.

Ella salió de la habitación. Jonathan se puso de pie y se examinó en el espejo. Iba a tener un ojo morado, y uno bastante bonito, además. Se miró a sí mismo con el ceño fruncido.

“¿Por qué intentaste besarla, idiota?”

dijo

“¿Por qué? Eso no está en tus planes. Es todo lo contrario de lo que se supone que debes hacer”.

Su reflejo lo miró con picardía y risa.

"Y sí", añadió Jonathan. "Sé que hasta ahora es lo único que parece funcionar, pero no lo volveré a hacer".

Capítulo 15

Cuando Rosmery bajó a desayunar a la mañana siguiente, descubrió con alivio que Demery no estaba en la mesa. Jonathan ya estaba comiendo inocentemente huevos fritos. A pesar de la cataplasma que le había aplicado la noche anterior, su ojo izquierdo estaba morado e hinchado.

—¡Mira lo que le pasó al señor Abernathy!

—le dijo Ellen a Rosmery

—. ¡Es horrible!

—Dios mío

—dijo Rosmery, intentando parecer sorprendida

—. ¿Qué pasó? ¿Cómo lo hiciste, Jonathan?

Jonathan estaba ocupado con un bocado de huevo y hacía gestos mudos con la cabeza.

"¡Se te debe acelerar el corazón al verlo! ¡No me gustaría que el señor Montague luciera así! ¡Como si hubiera estado en una pelea!"

Jonathan logró tragar el bocado.

—Señora Montague

—dijo con tono de reproche

—, usted sabe que no toleraría semejante brutalidad. De todas las cosas, la violencia es un auténtico anatema para mí.

"No puedo dudar de ti", dijo Ellen. "Debo poner una vela extra en tu habitación esta noche para que no vuelvas a chocar contra el poste de la cama".

Así fue como lo había contado. No era muy creíble, pensó Rosmery.

"Aunque hoy voy a invitar a mis amigas a tomar el té", continuó Ellen, "y tengo miedo de que la cara del señor Abernathy las asuste a todas".

"Ahora, querida", dijo el señor Montague mientras comía un gran bocado de chuleta de cerdo, "el señor Abernathy estará cazando con nosotros todo el día. Las damas no lo verán".

"Sí"

dijo Jonathan de mala gana

"Y me atrevo a decir que estaremos todos ensangrentados y embarrados cuando regresemos, y tampoco estaremos en condiciones de recibirla, señora Montague".

La caza parecía contradecir el carácter pulcro y un tanto exagerado de Jonathan. Rosmery no podía imaginarlo sacando una perdiz moribunda de la boca ensangrentada de un terrier o espoleando a un caballo por los senderos fangosos del bosque en busca de un zorro. Eso le atraía bastante; siempre había sentido cierta simpatía por el zorro.

"Es una lástima que Demery haya tenido que marcharse de esa manera", añadió Montague pensativo. "Es un tirador muy bueno... Perdona, señora Montague, es un tirador muy bueno. Esos militares siempre lo son".

"¿Se ha ido?", preguntó Rosmery rápidamente.

"El señor Demery nos dejó de repente esta mañana"

dijo Ellen

Dijo que, después de todo, no tenía ganas de cazar. Es un hombre muy extraño, señor Montague, un amigo suyo muy extraño. No me gustan los invitados que hacen cambios tan bruscos en sus planes.

"Vamos, vamos, querida"

la tranquilizó el señor Montague

"No tienes por qué preocuparte. Estoy seguro de que ninguno de nuestros otros invitados nos abandonará".

Ellen hizo un puchero. "Pero incluso uno es suficiente para sacarme de quicio. Estoy muy agobiada".

El señor Montague dejó de mordisquear una chuleta de cerdo el tiempo justo para darle una palmadita a Ellen en la mano. "No te preocupes, querida. Tenemos compañía suficiente para organizar una muy buena fiesta".

Ellen parecía querer preocuparse. Se mordió el labio inferior. "Y con la cara del señor Abernathy, ¡todo está conspirando para molestarme hoy!"

"Vamos, vamos"

dijo el señor Montague, volviendo a centrar su atención en las chuletas de cerdo

"Todo irá bien, ya verás".

Los pucheros y las quejas de Ellen se prolongaron durante todo el desayuno, intercalados con las palabras de consuelo desinteresadas del señor Montague. Sin embargo, en cuanto los hombres se marcharon a cazar, el comportamiento infantil de Ellen se disolvió y recuperó su habitual compostura y naturalidad.

"No creo que el señor Abernathy se haya chocado contra una puerta", dijo mientras comenzaba a recoger los restos del desayuno. "Alguien debe haberlo golpeado. Apuesto por el señor Demery".

Rosmery no esperaba que la verdad se descubriera tan rápidamente.

"Oh, no"

"negó con la cabeza"

No, eso no fue lo que pasó.

"Entonces sabes cómo consiguió ese ojo morado."

Rosmery abrió y cerró la boca.

"Es evidente que alguien lo golpeó"

Ellen entrecerró los ojos

“Y el señor Demery se fue muy bruscamente esta mañana”.

“No fue el señor Demery”

Rosmery se sonrojó ante la magnitud de la mentira que estaba a punto de decir

“Fui yo”.

Ellen arqueó las cejas y arrugó su amplia frente. "Tú".

"Sí."

"¿Pero por qué?"

“Porque”...

Rosmery buscó una razón

“Intentó besarme.

“Oh”

Ellen parecía decepcionada

“Estás comprometida con él, Rosmery.

“Me tomó por sorpresa. Yo”...

Rosmery se mordió el labio

“No me agradó demasiado”.

"¿Qué quieres decir?"

Rosmery dudó; había algo extrañamente atractivo en la vulnerabilidad de Jonathan mientras la abrazaba, balanceándose, y algo placentero también en que la abrazaran. Sin embargo, cuando estaba a punto de besarla, de repente se le ocurrió el amargo pensamiento de que debía haber besado a docenas de mujeres, que podría haber besado a la cantante de ópera, que un beso probablemente no significaba nada para él, y la mujer a la que estaba besando aún menos.

"No fue... no sentí que ponía el corazón en ello".

"Así es a veces", suspiró Ellen. "Las mujeres tienen que soportar mucho en ese aspecto".

"...¿Lo hacemos?"

—Sí, claro. Supongo que, como ya estás comprometida, será mejor que te sea sincera. No todo es malo, ya sabes, en ocasiones la crianza es una especie de diversión, pero la mayoría de las veces es bastante aburrido, en realidad. Y probablemente mucho más sucio de lo que te gustaría. Sé que no esperaba que fuera tan húmedo.

Rosmery parpadeó ante esta nueva información.

“Pero parece que al señor Montague le gusta”

dijo Ellen

“Y la recompensa vale la pena”.

Hizo una pausa

“Usted y el señor Abernathy serán unos niños muy guapos”.

"No puedo imaginarme a Jonathan como padre. Alguien tan infantil no podría hacerlo".

"Los hombres no tienen por qué involucrarse demasiado", dijo Ellen. "Al menos no cuando son jóvenes. Unas palmaditas en la cabeza, unos centavos en la mano y algún regalo raro y realmente bonito, y un niño idolatrará a su padre, sin importar lo poco que haga".

"Ninguno de nosotros ha idolatrado jamás al Padre."

“Sí, bueno, él nunca hizo ni siquiera eso. Pero el señor Montague sí. Mientras que yo paso la mayor parte de mis horas con mis hijos y, en consecuencia, ya sabes, ellos nunca me idolatran”.

Sonrió, una expresión que Rosmery estaba segura de que nunca se mostraba en presencia de Montague

“Aunque creo que lo prefiero así. Cuando idolatras a alguien, no estás del todo al mismo nivel, ¿no?”

"Tal vez."

“De todos modos”

dijo Ellen

no tienes nada que temer de los besos de Jonathan, aunque quizá sea un poco decepcionante descubrir que hay menos esperanzas de las que creías. No importa. Te acostumbrarás con el tiempo.

El resto del día lo pasaron con Ellen en la sala de juegos, enseñando a la hija mayor, Sophia, y jugando con las dos más pequeñas, que todavía eran poco más que bebés. Ben tenía un tutor privado, lo que significaba que se ahorraban sus malos modales enérgicos por la mañana. Por la tarde, Ellen invitó a unos amigos a tomar té y galletas, todos unos años mayores que Rosmery, y la conversación giró de forma bastante tediosa en torno a sus maridos, algunos de los cuales hoy estaban cazando con el señor Montague. Todos tenían quejas, algunas expresadas entre risas, otras con notas amargas o suspiros cansados. Rosmery quería saber si también se aburrían con las relaciones sexuales de sus maridos. Si pensaban que a ella también le aburría la de Jonathan. Existía la mínima posibilidad, se dijo, de que Ellen se equivocara en todo. Después de todo, la única referencia de Ellen era el señor Montague.

Los hombres regresaron por la tarde, después de que los amigos de Ellen se hubieran ido, entrando al salón con sus botas y dejando un montón de perdices sangrando en el suelo. Rosmery, al salir al salón, vio que Jonathan no estaba entre ellos.

“Uno de los perros pisó una trampa”

respondió el señor Montague a su pregunta

“Abernathy se lo llevó al pueblo para que lo llevara el veterinario. Es un largo camino. Dudo que vuelva hasta después de la cena”.

“Ese pensamiento distrajo al señor Montague de cualquier otra consideración sobre Jonathan o el perro. Se volvió hacia Ellen”

“¿Cuánto falta para la cena, señora Montague?”

“En cuanto os hayáis lavado y sacado a los pájaros del salón”

dijo Ellen

“¡qué lástima lo del señor Abernathy! Haré que le reserven un plato”.

Fue una cena bastante miserable para Rosmery, con los hombres hablando en voz alta sobre cuántos pájaros habían cazado y lo bien que los habían cazado, cómo los habían cazado sus perros y cuál era el mejor perro. Ni siquiera Ellen la acompañó. Se dedicó a adularlos, admirando sus fanfarronadas y emitiendo los sonidos de asombro adecuados ante sus proezas. Rosmery sabía muy bien que a Ellen no le interesaba la caza, salvo en la medida en que significara algo para la comida, y le molestaba verla fingir que le interesaba. Por mucho que el señor Montague se mostrara complaciente con los pucheros y la infantilidad de Ellen, Ellen se mostraba complaciente con los fanfarrones y el regodeo del señor Montague. A Rosmery se le ocurrió que el agradable y amable acuerdo que siempre había admirado entre ellos era quizás poco más que buenos modales entre dos personas que tenían muy poco en común y a las que no les importaba no tenerlo.

Pero quizá, se dijo a sí misma, estaba siendo otra vez demasiado romántica. Tanto Ellen como el señor Montague parecían muy satisfechos con su matrimonio.

Jonathan no había vuelto después de la cena. Rosmery se quedó en el salón hasta muy tarde esa noche, cada vez más preocupada por él y deseando atreverse a sugerir que el señor Montague enviara a alguien al veterinario para preguntar por él. Estaba subiendo las escaleras hacia la cama cuando sonó el llamador de la puerta y Jonathan apareció en el pasillo, inusualmente despeinado, embarrado y todavía con el rifle al hombro. Vio a Rosmery y se dirigió hacia ella, pero el señor Montague salió primero del comedor y lo interceptó.

“¿Cómo está el perro?”

-dijo.

“Lo cosieron y durmieron en el establo

respondió Jonathan.

"Rollins dijo cuándo volvería a estar en forma?"

"No, no estaba seguro."

"Es una lástima. Aunque no era un gran perro, desde luego. Su madre prometía mucho, pero..."

Eso marcó el comienzo de una de las largas transiciones de Montague hacia los linajes de sus perros. Rosmery, satisfecha de que Jonathan estuviera bien, se dio la vuelta y continuó hacia su habitación. Detrás de ella, oyó a Jonathan dar una excusa apresurada, luego subió corriendo las escaleras detrás de ella y la encontró en el rellano. Olía a pólvora y tierra mojada, y su pelaje estaba arrugado y su rostro manchado de suciedad. Parecía cansado y molesto, y en ese momento Rosmery de repente e inexplicablemente lo agradó más que nunca.

"Quiero hablar contigo", dijo.

"¿Qué es?"

“Se trata de lo que pasó anoche”.

Miró por encima de la barandilla de la escalera hacia el pasillo de abajo, donde Montague sostenía el arma de Jonathan y los miraba con impaciencia. Jonathan llevó a Rosmery un poco más allá del pasillo y caminó con ella hacia su habitación, hablándole en voz baja

“Podrías haber resultado herida, Rosmery. Tal vez fue mi culpa por provocar a Demery mientras estabas allí, pero no deberías haber intentado interponerte entre nosotros”.

"No podía quedarme mirando cómo te golpeaba", dijo. "No estabas haciendo nada para detenerlo".

"Ahora"

¡"No"!

Levantó la barbilla

Si tienes derecho a decirme que no puedo intentar evitar que te lastimes, entonces no tienes derecho a decirme que no me lastime.

"Esa lógica..."

"No voy a permitir que mi lógica sea cuestionada por un hombre que piensa que es mejor que otro hombre le dé una paliza antes que decirle la simple verdad".

Jonathan pareció desconcertado. Luego soltó una risita culpable.

“Rosmery, querida, puede que yo también haya cometido un error, pero, por favor, no te arriesgues por mí”.

La noche anterior también la había llamado "querida Rosmery". Y en ambas ocasiones había sonado como si lo dijera en serio. Pero Rosmery pensó que probablemente había llamado "querida" a muchas mujeres. "Si eso es todo, me voy a la cama".

“No es todo”.

Jonathan la siguió hasta la puerta de su dormitorio

“Hay algo más de lo que tenemos que hablar, Rosmery. Dos cosas, en realidad”.

Bajó la voz, aunque no había nadie cerca que pudiera oírlos

“Lamento haber intentado besarte así. No lo volveré a hacer”.

Rosmery se apoyó contra la puerta.

“Estamos comprometidos, Jonathan”.

Pero me di cuenta de que no querías que te besara.

“Puedes besarme si quieres”

dijo Rosmery mientras jugueteaba con el picaporte de la puerta que tenía detrás de la espalda. Había una forma de averiguar si Ellen tenía razón sobre hacer el amor. Y eso podría evitar que Jonathan persiguiera a cantantes de ópera—. Si quieres, puedes entrar.

“¿Pasas?”

Jonathan frunció el ceño

¡"Por... Rosmery"!

Él parecía escandalizado, lo que confundió a Rosmery. "No me importa si empezamos ahora o después de casarnos", explicó. "Si quieres besarme o hacer algo más, puedes hacerlo. No te lo impediré".

Una luz fría y dura apareció en los ojos de Jonathan. "No me detendrás".

"No, como ya he dicho, a mí realmente no me importa".

Jonathan alzó una ceja. "Mi querida Rosmery, qué invitación, apenas puedo contener mis deseos. Te voy a arrebatar aquí mismo, en el pasillo".

Él no se movió. Rosmery abrió la puerta de par en par y entró en su habitación. "Muy bien entonces".

"Rosmery"

Jonathan se detuvo justo antes de cruzar el umbral de la habitación

Rosmery, estaba siendo muy sarcástico hace un momento.

"Eso pensé, pero como dije, si quieres besarme o más, no te detendré".

"No creo que lo entiendas"

su voz sonaba como el hielo

"Tu oferta de ahora es lo menos tentador que una mujer me ha dicho jamás. Cuando... no, si hacemos el amor, no habrá indiferencia al respecto".

Entró en su habitación y se acercó, sin apartar la mirada de sus ojos, hasta que estuvo a punto de tocarla. El olor a pólvora, tierra y hojas de pino la invadió. Sintió un impulso instintivo de retroceder, pero el fuego en sus ojos la paralizó.

"Si *hacemos* el amor, haré que me lo supliques"

susurró

"Te tocaré, te provocaré, te atormentaré hasta que desees tenerme dentro de ti. Y luego te tocaré, te provocaré, te atormentaré aún más hasta que me supliques misericordia".

Dejó caer sus labios sobre su oído, su aliento cálido contra su mejilla

"Y cuando finalmente te dé lo que me ruegas, gritarás en éxtasis hasta que no te quede aliento para gritar y solo puedas gemir de alegría sin palabras".

Su voz era apenas más fuerte que un latido del corazón

"Y después, yacerás sin sentido en mis brazos, temblando de deseo saciado y deseo que crece de nuevo".

Rosmery, que seguía paralizada, no podía hablar. Sentía una sensación de calor, vértigo y de ingravidez en todo el cuerpo.

Jonathan se apartó para mirarla a los ojos.

"Si te besara ahora, te gustaría, ¿no?"

Un escalofrío de deseo inesperado recorrió la espalda de Rosmery. Inclino la cara hacia Jonathan.

Tomó su barbilla con su mano y le pasó el pulgar suavemente por los labios. "Pero no voy a besarte, Rosmery".

Una protesta sin palabras escapó de sus labios sin que nadie se lo pidiera. Jonathan sonrió y se alejó.

"Buenas noches, Rosmery", dijo. "Que duermas bien".

Él le cerró la puerta y ella se tambaleó hasta la cama y se sentó. ¿Cómo podría dormir después de eso?

Capítulo 16

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Rosmery tuvo dificultades para mirar a Jonathan a los ojos. Las palabras que le había susurrado la noche anterior le habían provocado sueños extraños e inquietos, sueños que apenas se atrevía a recordar sin ruborizarse. Esa mañana, Rosmery se dio cuenta de que percibía con mucha intensidad su presencia física, algo que no había hecho antes. Los movimientos de sus muñecas y manos sobre los cubiertos eran, notó, increíblemente hábiles, suaves, deliberados. El chaleco que llevaba, hoy de un marrón bastante corriente, se doblaba con mucha pulcritud alrededor de su estrecha cintura. Y algo en sus hombros, dentro de su abrigo bien ajustado, le hacía querer frotar la cara contra ellos y hundirla en el hueco de su cuello.

A pesar de todo eso, su conclusión principal fue que ahora podía entender por qué la cantante de ópera había perseguido a Jonathan.

Fue un alivio cuando Jonathan se fue con los otros hombres a cazar, dejándola a ella y a Ellen solas en la mesa del desayuno. Sin embargo, lo primero que dijo Ellen fue: "Entonces, ¿te reconciliaste con el señor Abernathy?"

"¿Qué te hace pensar eso?"

"Has estado haciéndole ojitos toda la mañana."

"¡Yo no he!"

"Sí, lo has hecho".

Ellen empezó a hojear las cartas

"Facturas, facturas, esto es de Harriet... Si vuelves a sacar el vestido rojo, te estará haciendo ojitos. Tengo la sensación de que le afecta".

El corazón de Rosmery se aceleró. "Estás diciendo tonterías. Además, no puedo usar el mismo vestido dos veces en una semana. Usaré ese blanco".

"¿En serio?"

Ellen frunció el ceño

"¿Cómo dice Amanda que te ves así?"

"Una columna de mármol"

dijo Rosmery con rigidez.

"Tengo una idea que se supone que es el punto".

¿Había hecho alguna vez un hombre el amor con una columna? No parecía probable. Si Jonathan hubiera llevado ese día el chaleco rosa en lugar del sencillo, estaba segura de que no le habría afectado tanto si él hubiera llevado el rosa.

Tal vez lo lleve yo"

dijo

“Puede que Amanda lo haya dicho como un cumplido”.

“Es poco probable”

se rió Ellen mientras abría una carta con un sucio cuchillo de mantequilla

“Sabes que eso es bueno de estar casada, Rosmery, no tendrás que aguantar a Amanda. Ni a mamá. Me sentí tan aliviada cuando pude montar mi propia casa y asegurarme de que la comida estuviera bien hecha todas las noches, en lugar de solo cuando a la cocinera le apetecía”.

Eso hizo que Rosmery se sintiera culpable, pues en secreto había estado esperando la misma situación y expresó en voz alta que el sentimiento le parecía desagradecido. "¿Hay algo bueno en la carta?", preguntó.

“Una invitación”

dijo Ellen

“La señora Sharp, la esposa del vicario, si la recuerdas, quiere que Benjamin venga a cenar mañana. Está organizando una pequeña cena para algunos niños del vecindario, con música después para que puedan practicar su baile”.

"Eso suena muy bien", dijo Rosmery. "Y estoy segura de que será muy bueno que Ben aprenda un poco sobre baile".

“Me inclino a estar de acuerdo contigo, excepto que la señora Sharp insiste en que no envíe a Ben solo. Supongo que recuerda lo que pasó la última vez”.

"¿Qué pasó la última vez?"

"Encerró al vicario en el cobertizo de los cerdos y al cerdo en el estudio del vicario".

"¿Pero por qué?"

“Cuando tu hijo cumpla nueve años”

dijo Ellen

“dejarás de hacer esa pregunta”.

“Tiró la carta a un lado y cogió otra”

“Tendré que negarme. No puedo llevarme a Ben porque tengo que supervisar el desplumado de todas esas aves de caza para poder conseguir las plumas para las almohadas... a menos que quieras llevártelo tú”.

Rosmery abrió la boca para negarse.

"Es eso o aves de caza", añadió Ellen.

"Me encantaría", dijo Rosmery.

Ellen sonrió ampliamente. "Qué maravilloso. Tendrás que llevar algo especial, por supuesto, un bonito vestido de noche, para que parezca que se trata de una auténtica cena formal".

Rosmery tenía la vaga sospecha de que Ellen estaba llevando a cabo uno de sus planes. Ellen era así. Era muy inteligente, aunque se horrorizaría si alguien se lo sugiriera.

Al día siguiente, Rosmery tuvo claro el plan. Primero, inexplicablemente, el chaleco rosa de

Jonathan apareció esa mañana con una gran quemadura en forma de hierro en la parte delantera. Acusó a Ellen de interferir en el asunto durante el desayuno, mientras volvía a llevar el chaleco marrón apagado que le quedaba tan bien en la cintura. Ellen admitió dócilmente que había planchado el chaleco, pues había visto que estaba aplastado cuando supervisaba la limpieza del dormitorio del señor Abernathy, pero que había ocurrido un accidente de distracción y ella lo había quemado. Se disculpó tan profusamente y con una amenaza tan atrevida de lágrimas que Jonathan inmediatamente se echó atrás y le aseguró que no importaba, que tenía sus dudas sobre el color y que, de todos modos, era muy posible que se deshiciera de él. Rosmery ocultó una sonrisa y se dijo a sí misma que le daría las gracias a Ellen más tarde.

Después del desayuno, ocurrió un segundo accidente. El señor Montague, mientras preparaba sus armas, descubrió que una de ellas tenía una deficiencia (Rosmery no entendía ni una palabra de su explicación y estaba segura de que Jonathan tampoco) y que, como eso dejaba al grupo con una escopeta menos, se quedaría en casa y dejaría que sus invitados dispararan solos. Jonathan protestó inmediatamente y dijo que debía quedarse en casa en lugar del señor Montague: él mismo era tan mal tirador que enviarlo con una escopeta y dejar al señor Montague atrás era como perder dos. Además, estaba cansado de cazar, porque siempre disparaba a las cosas y no les daba.

Al principio, Rosmery no sospechó de la mano de Ellen en este asunto, pero cuando estaban entrando después de despedir a los otros hombres, Ellen dijo alegremente: "Y ahora supongo, Sr. Abernathy, que esto significa que puede asistir a una pequeña cena con Rosmery esta tarde".

Cuando le explicaron el asunto, Jonathan pareció impresionado con la historia del cerdo y el vicario y ansioso por asistir. Cuanto más intentaba Rosmery protestar que lo aburriría, más insistía en asistir. Un chico enérgico como Ben necesitaba un hombre enérgico como Jonathan que lo vigilara, dijo. Un chico ambicioso como Ben nunca se dormiría en los laureles con respecto al cerdo en el estudio, sino que seguro que se le ocurriría una broma más atrevida y mejor. Jonathan estaría allí para detenerlo y la cena se salvaría. Finalmente, Rosmery cedió.

La cuarta y última parte del plan de Ellen no se reveló hasta esa tarde, cuando estaba ayudando a Rosmery a vestirse para la cena. El vestido blanco hacía que Rosmery pareciera una columna de mármol, muy fría, alta y estrecha. Ellen lo miró con recelo y dijo que no estaba segura de estar en desacuerdo con Amanda, por una vez.

"No importa"

dijo Rosmery

"Es sólo una fiesta infantil".

"Pero Jonathan estará allí. Dale una segunda oportunidad al vestido rojo. No importa si ya lo ha visto antes si le gusta".

"Me conformo con el blanco. No me visto elegantemente por Jonathan".

"Muy bien, déjame ajustar los cordones, están un poco flojos".

Ellen tiró de los cordones de la parte trasera del vestido. Rosmery jadeó cuando el vestido le presionó las costillas. De repente, se oyó un chasquido y Rosmery sintió que todo se le aflojaba alrededor del cuello.

"Lo siento mucho", murmuró Ellen. "Se me cayó en la mano".

Rosmery se dio la vuelta y le arrebató la corbata rota.

“¡Deja de interferir! No me voy a vestir elegante para Jonathan”.

"¿Por qué no?"

Porque...

Rosmery resopló

“Él... Ellen, tiene una cantante de ópera”.

“Oh”

“Ellen pareció sorprendida”

“Bueno, en ese caso, querida Rosmery, *desde* luego no te pondrás de blanco”.

El hecho de que Ellen se lo tomara con tanta suavidad hizo que Rosmery se sintiera muy mal. Se dejó caer en una silla y lloró amargamente durante unos cinco minutos mientras Ellen la rodeaba con sus brazos y la consolaba. Cuando terminó de llorar, se sintió mucho mejor. De alguna manera, sentía que podía tratar a Ellen como la confidente que siempre había sido: Ellen no había cambiado, en realidad no. Todavía tenía esa misma astucia, esa inteligencia reservada y esa misma actitud práctica que la disimulaba. E incluso el día de su boda, nunca había parecido muy enamorada del señor Montague, pero estaba feliz con la vida que habían construido juntos.

“Él me advirtió cómo era cuando nos comprometimos”

dijo Rosmery con cansancio

“pero no pensé... no pensé que me sentiría tan... humillada cuando lo viera... no pensé que lo vería. Pensé que él... tendría el sentido común de mantenerlo oculto.

Ellen le apretó el hombro. "Rosmery querida, perdóname por preguntar, pero ¿qué viste exactamente?"

Rosmery se secó los ojos con la manga del vestido blanco. "Estábamos en un musical, Dafne, Jonathan y yo. Fue en el intermedio. Él salió del salón y un momento después lo siguió la cantante de ópera. Media hora después, la cantante de ópera regresó sola y su vestido estaba todo... arrugado. Jonathan nunca regresó".

"¿Nunca regresó?"

“No. Nos abandonó a Dafne y a mí por la noche en la casa de una mujer que acabábamos de conocer. Sin avisarnos”.

Ellen frunció el ceño.

“Eso es muy malo de su parte, en verdad. Pero no estoy segura de que tengas razón con respecto a la cantante de ópera. No sabes que fue él quien le arrugó el vestido”.

Rosmery negó con la cabeza. "Era... su forma de mirar. Se movía con determinación".

"Es posible que haya ido a lo necesario."

“Pero entonces, ¿por qué lo siguió? ¿Y por qué él no regresó?”

"¿Te ha explicado por qué?"

Rosmery se sonrojó.

“¿Le has preguntado, querida?”

"¿Cómo puedo? O me dirá la verdad y lo odiaré por ello, o mentirá y lo odiaré por ello".

Ellen miró fijamente a Rosmery y no dijo ni una palabra. Las mejillas de Rosmery se calentaron.

“Sin duda es un imbécil, creo que todos lo son, pero eso no es motivo para que te comportes como una mujer imbécil”.

Ellen le dio un codazo a Rosmery en las costillas

“Debes enfrentarte a él y escuchar lo que tiene que decir, y si ha hecho lo que crees... pues entonces rompe el compromiso de inmediato. Pero si no ha hecho lo que crees, entonces has cometido un terrible error”.

"Pero... la forma en que él se movía... la forma en que ella se movía... algo extraño estaba pasando."

“Pero quizá no sea lo que tú crees. Puede que no le debas a Jonathan tu confianza, pero al menos te debes a ti misma preguntarle, Rosmery, y saberlo”.

Ellen le pasó un brazo por los hombros a Rosmery

“Y creo que es poco probable. Es una cosa absurdamente malvada que un hombre haga, y Jonathan es absurdo, querida, pero no es un villano”.

Rosmery apoyó la cabeza en el hombro de Ellen.

“¿Estás segura de que no lo es?”

“Llevó a ese perro herido al veterinario, ¿no? Y te habría rescatado de Blythe si lo hubieras dejado”.

¡Blythe!

Rosmery se incorporó

“¿Viste cómo me estaba abordando?”

“Sí, lo hice. También vi cómo Demery le puso un palo en la rueda. El hombre no es tan malo, aunque es un poco raro. Vi cómo reprendías a Blythe con mucha pulcritud y cómo Jonathan llegó demasiado tarde para rescatarte, lo que desbarató mi plan de que él hiciera el papel de héroe. Pero no importa, habrá otras oportunidades, una vez que lo hayamos castigado adecuadamente por abandonarte en el musical”.

"Podrías haberme rescatado", dijo Rosmery. "Fue muy incómodo".

“No necesitabas que te rescataran. No entonces. Ahora sí”

Ellen puso su pañuelo en las manos de Rosmery

“Sécate los ojos. Te vestirás de rojo, yo te peinaré y Jonathan te mirará y olvidará que todas las demás mujeres han existido”.

"No quiero que lo haga."

“Tonterías”.

“Ellen giró a Rosmery para que se mirara al espejo

“Es un tipo idiota, estoy de acuerdo, pero son una pareja muy buena y, además, estoy empezando a pensar que hay una posibilidad real de que los dos se enamoren, una vez que los hayamos vestido adecuadamente”.

Rosmery todavía tenía dudas.

"Además", añadió Ellen, "si realmente tiene una cantante de ópera, es una razón más para que se vista elegante. Tienes que hacer que se arrepienta ".

Capítulo 17

Ellen tenía razón en lo del vestido. Cuando Rosmery bajó al salón más tarde esa tarde, sintió cierta satisfacción en la expresión distraída y apreciativa en el rostro de Jonathan cuando la vio. Le agradó ignorar el brazo que le ofrecía y, en cambio, tomar el de Ben.

“Es una práctica para cuando sea mayor”

le dijo Ben a Jonathan

No necesitas practicar. Ya eres viejo.

“Qué observadora”

dijo Jonathan

“Te ves encantadora, Rosmery”.

“Lo sé”

dijo Rosmery

“¿Nos vamos?”

Jonathan pareció sorprendido, pero les abrió la puerta sin decir palabra. En el carruaje, Ben se sentó como un baluarte entre ellos.

"Soy tu acompañante", dijo. "Un hombre y una mujer no deberían estar solos en un carruaje, ¿sabes?"

"Muy eficaz", dijo Jonathan. "Si no estuvieras aquí, le estaría haciendo todo tipo de cosas indescriptibles a Rosmery".

Rosmery pensó que era una broma, pero su corazón dio un vuelco de todos modos. Jonathan había cambiado de nuevo su chaleco y ahora llevaba uno de color crema bordado con delicadas hojas de helecho color oliva y dorado. Combinaba muy bien con el abrigo verde bosque que se ajustaba tan bien a su pecho acampanado y a su cintura estrecha. Por una vez, parecía tan a la moda como afirmaba con tanta frecuencia.

¿"Qué son esas cosas indecibles?"

preguntó Ben con curiosidad

“Nadie me lo quiere decir”.

"Cuando seas viejo lo descubrirás", dijo Jonathan.

Ben lo fulminó con la mirada. "Eso no es justo".

"Poco hay en la vida."

"Suenas igual que mi madre."

Jonathan pareció ofendido. Rosmery ocultó una sonrisa; debía, como había sugerido Ellen, mostrarse fría con Jonathan.

“Hay muchas cosas que a los niños no se les permite saber”

dijo Jonathan

“Por eso tú beberás horchata y nosotros”

sacó una conocida petaca plateada del bolsillo de su abrigo

“ tomaremos lo mejor”.

"¡No trajiste eso!" dijo Rosmery.

"Como te dije, es mi antídoto contra el aburrimiento".

"¿Qué es?" preguntó Ben. "¿Puedo probar un poco?"

—Absolutamente no.

Jonathan se lo guardó en el bolsillo

“Cuando seas viejo, podrás beber coñac. Antes, no”.

Ben frunció el ceño. "Sabía que la tía Rosmery se casaría con alguien aburrido".

“Ben”

dijo Rosmery, con ese tono de advertencia que nunca le servía de nada.

“Tía Rosmery”

imitó Ben

“Tío Jonathan”.

“¿Ah, ¿sí? Ya soy tu tío, ¿no?”

Jonathan le pellizcó las costillas a Ben

“Eso me da ciertas libertades, ¿te das cuenta?”

Ben chilló. "¡Pelearé contigo! ¡Ganaré!"

"Haremos una pulseada", prometió Jonathan. "Pero no seré indulgente contigo. Y si eres bueno, te daré una oportunidad de boxear mañana".

“¿Así fue como te pusiste el ojo morado?”

preguntó Ben

“¿Boxeando?”

"Es."

"Entonces no puedes ser de mucha utilidad."

"Creo que puedo enfrentarme a ti. No eres muy alto".

"¡Mido cincuenta y seis pulgadas!"

"Y tengo sesenta y ocho."

“Lo cual”

añadió Rosmery, pensando que esta conversación iba demasiado bien para Jonathan

“es unos 15 centímetros más bajo de lo que puedes esperar ser cuando seas adulto, Ben”.

Sonrió a Jonathan

“Su padre mide un metro noventa y tres”.

“Un gigante”

dijo Jonathan despreocupadamente

“¿Debería llevar tacones, Rosmery? ¿Te agradaría?”

Le sonrió

“¿O no tengo esperanzas de agradarte a menos que me parezca al señor Montague?”

La idea de que Jonathan adoptara las patillas canosas y la barriga creciente del señor Montague hizo estremecer a Rosmery.

"Creo", le susurró Jonathan a Ben, "que ella está realmente muy contenta conmigo tal como soy".

“No eres tan malo”

dijo Ben con altivez.

Rosmery se dio cuenta de que, en apenas unos minutos, Jonathan había convertido a su rebelde y truculento sobrino en un admirador. Si no hubiera estado furiosa con Jonathan, tal vez lo hubiera admirado por ello. Pero, en realidad, sólo sentía un poco de resentimiento y celos hacia él y mantuvo un silencio sereno durante el resto del viaje.

Cuando llegaron, Ben saltó del carruaje y corrió hacia la casa. Mientras Jonathan ayudaba a Rosmery a bajar del carruaje, ella le dijo: "¿Cómo demonios haces eso? Durante tres años, no he podido lograr que Ben escuche ni una sola palabra de lo que digo, pero en el espacio de diez minutos lo convertiste en un aliado".

"No te preocupes", dijo Jonathan. "Él tampoco va a escuchar ni una sola palabra de lo que yo diga. Simplemente me va a querer un poco más cuando me desobedezca".

“¿Cómo lo hiciste?”

repitió

“Ben es imposible”.

"Es simplemente improbable. Yo era imposible cuando tenía su edad. Por eso sé cómo hacerlo".

“Aún eres imposible”

dijo Rosmery, entrando rápidamente en la vicaría.

Jonathan corrió tras ella. "¿He hecho algo malo?"

Rosmery lo ignoró, pues había visto a su anfitriona a través de la puerta abierta del comedor. "Buenas tardes, señora Sharp".

La señora Sharp, una mujer alta y delgada que siempre parecía eternamente cansada, salió al pasillo para estrecharle la mano a Rosmery.

“Buenas tardes, señorita Miller. Tiene muy buen aspecto”.

Su mirada cansada se dirigió a Jonathan

“Supongo que su futuro marido, el señor Abernathy, ¿no?”

“Así es”

dijo Jonathan, apretándole la mano.

"Bien hecho", dijo la señora Sharp. "¿Pero ¿dónde está Ben? Oigo gritos".

"Lo encontraré", dijo Jonathan y caminó por el pasillo hacia los gritos.

“Me está empezando a doler la cabeza”

le dijo la señora Sharp a Rosmery, frotándose las sienes

Y los niños ya han llegado. No me gusta ser una molestia, pero ¿te importaría cuidarlos mientras comen, para que yo pueda acostarme un rato? Las criadas tienen todo listo para la cena. Solo tendrías que acomodarlos en el salón para que beban horchata y entablar una pequeña conversación, luego los bajarás y la comida los mantendrá ocupados.

Fue una molestia que le pidieran que fuera la anfitriona en una casa que no era la suya, pero la señora Sharp estaba pálida. Rosmery sonrió cortésmente.

"Por supuesto. Estoy segura de que no será ningún problema".

“Eres un encanto”

dijo la señora Sharp, apretando el brazo de Rosmery

“Estaré en mi sala de estar si me necesitas”.

Rosmery siguió el sonido de golpes y chillidos hasta la parte trasera de la casa, donde encontró un aula. Los golpes y chillidos tenían una explicación: Jonathan, Ben y otro chico luchaban en el suelo, mientras un tercer chico observaba piadosamente y tres chicas chillaban a intervalos detrás de manos enguantadas de blanco. Una pila de abrigos sobre la mesa de la escuela mostraba que Jonathan tenía al menos el sentido común de no arruinar los mejores trajes de los chicos. Sin embargo, justo cuando Rosmery entró, un botón salió volando de la pila de cuerpos que se retorció.

“¡Jonathan!”

dijo Rosmery

“¡De verdad!”

Jonathan se sentó y desprendió al chico que estaba sentado sobre él y le golpeaba el pecho. "Oh, no. Nos atrapó".

"No me uniría a ellos", dijo el piadoso muchacho. "Pelear no es agradable".

Ben, que sujetaba los brazos de Jonathan a sus costados, resopló. "Cállate, Fred".

La cosa ya estaba yendo mal. "Levántense todos y pónganse los abrigos", dijo Rosmery. "Vamos a subir y tomar unas copas ricas".

“Jornada”

dijo Ben con desdén.

Jonathan se soltó de Ben y se puso de pie.

“Vamos. Después de las bebidas, comeremos”.

Tenía el pelo alborotado y la abertura de su chaleco indicaba que era él quien había perdido el botón. Rosmery se inclinó y lo recogió.

"Llevaré a los niños a tomar algo", dijo. "Puedes encontrar una sirvienta que te lo vuelva a coser y te haga lucir más o menos decente".

Jonathan jadeó horrorizado y agarró el botón. "¡Es el segundo del día!"

“Es sólo un botón, Jonathan”.

Rosmery miró la bocanada de la camisa blanca que se le escapaba del chaleco

“No estás dando un buen ejemplo a los niños. Ve a arreglarte, por favor. La señora Sharp tiene dolor de cabeza, así que voy a supervisar a los niños hasta después de la cena. No quiero tener que supervisarte a ti también”.

Jonathan salió del aula con el chaleco abierto. Rosmery miró a los seis niños. Ellos la miraron a ella.

"Les dije que no pelearan", dijo Fred.

“Nadie está en problemas”

dijo Rosmery

“Pero pónganse los abrigos, muchachos, y subiremos”.

“¿Y qué pasa con el abrigo del tío Jonathan?”

preguntó Ben

“Lo dejó atrás. ¿Debería llevárselo arriba?”

"Supongo que sí."

Los chicos se pusieron los abrigos y Rosmery los guió escaleras arriba hasta el salón, donde habían dispuesto una bandeja con copas de vino y una jarra de horchata para que los niños pudieran beber. Afortunadamente, Ben parecía haber decidido portarse bien hoy. Insistió en que Rosmery se sentara mientras él llevaba la bandeja de bebidas del aparador a la mesa e incluso ayudó a Kylie, la hija de la señora Sharp, a servir las bebidas y le entregó una a Rosmery. Luego, con decidida cortesía, elogió el sabor de la horchata (Rosmery pensó que era bastante peculiar y desagradable), lo agradable del clima (había comenzado a llover) y lo bonitos que eran los vestidos de las niñas (Rosmery se dio cuenta de que él causaría aún más problemas cuando creciera). Pasó una media hora. Con la lluvia afuera, el fuego adentro y los niños comportándose tan bien, Rosmery comenzó a sentirse cómoda y contenta. Incluso la horchata tenía un sabor menos peculiar cuanto más bebía. Es cierto que los niños se estaban volviendo algo bulliciosos y ruidosos, particularmente con sus risas, pero al menos todos se llevaban bien.

Jonathan apareció en la puerta, con el chaleco remendado. Miró alrededor de la habitación, vio su abrigo colgado del respaldo de una silla y fue a ponérselo. Cuando terminó, se acercó y se apoyó en el respaldo del sillón de Rosmery. Ella fijó su mirada fija en los niños. Las niñas se

reían de alguna broma secreta, mientras que Fred y el otro chico intentaban alardear mutuamente de sus destrezas deportivas. Rosmery estaba bastante segura de que Fred mentía descaradamente, pero pensó que sería mejor no interferir. Ben había caído en un silencio contemplativo y ella no quería provocarlo.

“Se llevan bien, ¿no?”

observó Jonathan.

Rosmery mantuvo la mirada fija en los niños y bebió un segundo sorbo de horchata. Era curioso cómo el sabor parecía ir creciendo en uno y qué agradable calor producía en el estómago. Después de todo, era una bebida muy reconfortante.

"¿Gracia?"

Rosmery lo ignoró. Tenía que mostrarle su lugar, sí, eso era lo que tenía que hacer.

"¿He hecho algo malo? Fue solo una pequeña lucha. Solo estaba tratando de agradarles".

Rosmery tomó otro sorbo lento de su horchata. Las chicas estallaron en carcajadas. Fred afirmó que podía caminar con las manos. Ben soltó un único hipo y pareció sorprendido.

Jonathan se inclinó sobre el respaldo de su silla para hablarle al oído: "Me estás dando un trato frío".

"No sé de qué estás hablando."

Jonathan chasqueó la lengua.

“Por Dios”...

se interrumpió

“Ven conmigo”.

Él puso su mano en la de ella y la levantó hasta el pasillo. Ella no se resistió. Podría haberlo hecho, pero el calor que la había invadido con la horchata parecía concentrarse particularmente en su mano, donde él la sostenía. Estaba enojada con Jonathan por eso, y enojada con su mano también.

“Vamos a hablar”

dijo Jonathan, soltando su mano. Eso le devolvió el sentido a Rosmery.

"Tenemos que vigilar a los niños."

"No pueden hacer nada en cinco minutos".

"Te lo aseguro, Ben puede".

“Entonces déjalo”

los ojos de Jonathan brillaron con irritación

“No me importa una buena pelea, pero no voy a jugar a adivinar”. “¿Qué he hecho para ofenderte?”

Rosmery tomó un largo trago de horchata y sintió que se le subían las mejillas. Ellen le había dicho que se lo preguntara. Iba a preguntárselo.

"¿Gracia?"

"Fue el musical", soltó. "Lo que hiciste en el musical".

"Te dije que lo sentía. Lo decía en serio. Nunca fue mi intención dejarte a ti y a Dafne solas".

Arqueó la nariz con desagrado

"Ciertamente, nunca quise ponerte en una posición en la que no tuvieras a nadie en quien confiar excepto Ferrarini".

"Fue vergonzoso", dijo Rosmery, "pero no fue humillante".

"¿Qué fue lo que te hizo sentir tan humillado? Cuéntamelo."

"¡La cantante de ópera!"

Por fin salió, pero Jonathan sólo parecía confundido.

"¿La cantante de ópera?"

dijo

"¿Y qué pasa con ella?"

"La vi seguirte desde la habitación."

Jonathan la miró sin comprender.

"¿Qué?" "La viste... ¡Oh, Rosmery! ¡No"!

Se pasó una mano por el pelo

"Me viste salir de la habitación. La viste salir detrás de mí. Por supuesto, ella habría"...

Sacudió la cabeza

"No me estaba siguiendo, y si lo hubiera hecho, yo no"...

"De hecho, parecía herido, lo que confundió a Rosmery"

"Yo no haría eso, Rosmery. *No* soy un santo, pero no lo hice".

A Rosmery se le llenaron los ojos de lágrimas.

"¿Por qué no volviste entonces?"

"Me quedé encerrado en un balcón mientras intentaba despejarme para poder llevarte a ti y a Dafne a casa sanos y salvos. Seguía esperando que pensaras en buscarme. Ahora entiendo por qué no lo hiciste".

Las paredes daban vueltas. Rosmery retorció la mano a través de la corbata de Jonathan para no perder el equilibrio.

"Quiero creerte".

"Entonces, ¿por qué intentas estrangularme?"

"No, sólo estoy un poco inestable".

"Bebió otro sorbo de horchata y el mareo intenso la invadió aún más"

“Esta horchata es un poco fuerte”.

Jonathan, con el ceño fruncido, tomó el vaso de Rosmery y bebió un sorbo. Una expresión de horror se dibujó en su rostro. Se dio unas palmaditas en los bolsillos.

“Maldita sea”

murmuró

“La pequeña rata lo robó”.

“¿Robar qué?”

preguntó Rosmery, mareada.

"Mi brandy."

* * *

El primer instinto de Jonathan fue reír, pero lo superó. Si el brandy había bastado para emborrachar a Rosmery, sin duda emborracharía a los niños. Y era culpa suya. Nunca debió haberlo traído consigo ni mostrárselo a un alborotador precoz como Ben. Empujó a Rosmery hacia una silla.

“Sé amable”

Dijo

“siéntate aquí y no hables con nadie. Me temo que estás borracha”.

Estoy completamente sobria”

dijo Rosmery

“Es sólo horchata”.

“Con una botella entera de brandy”

Jonathan le puso el vaso en las manos

“Bébelo si quieres, pero siéntate aquí y quédate en silencio”.

La dejó y se dirigió al salón. En su breve ausencia, el caos se había apoderado de todo. Una niña daba volteretas en el sofá, riendo como loca, mientras otra la animaba. La tercera estaba boca abajo en el suelo, luciendo ligeramente perpleja. Fred y el otro chico se lanzaban puñetazos tambaleantes. Ben estaba con la cara verde en su silla, mirando fijamente un vaso de horchata casi vacío, como si estuviera tratando de convencerse a sí mismo de terminarlo. Jonathan se lo arrebató de las manos.

“¡Oye!”

gritó Ben, intentando ponerse de pie, pero al alcanzarlos no pudo evitar tambalearse

“ ¡Oye!”

Saltó al suelo, donde sus mejillas verdes se pusieron blancas de repente. Jonathan le metió el cubo del carbón debajo de la cara a tiempo.

“Mejor fuera que dentro”

murmuró Jonathan

“Supongo que vertiste todo el frasco en la horchata, ¿no?”

Ben jadeó.

“Muy inteligente, Ben”.

“Jonathan frotó la espalda del niño”

“Vamos, déjalo salir. Te sentirás mejor cuando lo hayas hecho”.

Dejó a Ben en el suelo con el cubo del carbón y recorrió la habitación, recogiendo rápidamente las tazas de horchata y echándolas de nuevo en la jarra. No quedaba mucho. Salió de la habitación, llevándose la jarra con él. En el pasillo, detuvo a una criada que pasaba, le informó que los niños estaban enfermos y necesitarían cubos, luego bajó las escaleras para buscar a la señora Sharp. Estaba tumbada en un sofá en la sala de estar con los ojos cerrados.

“No”

dijo ella cuando él entró

“¿No puedo tener un dolor de cabeza en paz?”

"Lo siento", dijo Jonathan. "He cometido un terrible error. Creo que deberías llamar al médico".

Abrió los ojos. "¿Alguien se ha roto un hueso? Me pareció oír una pelea".

“Peor aún. Ben echó brandy en la horchata. Los niños están todos borrachos”.

Ella se sentó y soltó una maldición muy poco propia de una dama.

"Lo siento", añadió Jonathan. "Es culpa mía".

"¿Por qué demonios no se dio cuenta la señorita Miller? Esta es la última vez que invito a Ben a algo. Ese chico es un problema".

“Claro que sí. Mira, puedes quedarte con tu dolor de cabeza y yo”...

“No, no”.

La señora Sharp se levantó y se frotó las sienes

“No puedo tener dolor de cabeza. Ahora no”.

“Lo siento”

Jonathan le dio el brazo

“Te ayudaré a subir. Al menos Ben se lleva la peor parte. Los demás parecen bastante alegres en comparación”.

“Eso es un rayo de esperanza”

se quejó la señora Sharp. Empezaron a subir las escaleras

“Será mejor que lleves a Ben a casa, si puede viajar. ¿Crees que es necesario el médico?”

“Tal vez sea mejor ir al boticario. Probablemente tenga un tónico desagradable para aliviarlo todo”.

“Yo también lo tengo. Un poco de tártaro, o tiza y magnesia. Les diré a los niños que todo es culpa de Ben”.

"Es mío, en realidad", dijo Jonathan. "Era mi brandy. Lo siento mucho".

La señora Sharp le dirigió una mirada indiferente. Jonathan suspiró; últimamente parecía que se pasaba la vida disculpándose, y eso nunca parecía hacerle ningún bien.

Llegaron al primer piso y Jonathan guió a la señora Sharp apresuradamente, pasando junto a Rosmery, hacia el salón. Una criada luchaba por mantener separados a los chicos que se peleaban, mientras que otra estaba limpiando los restos de Ben, que había logrado evitar el cubo del carbón. La chica que hacía volteretas había dejado de hacerlas y parecía que también necesitaba un cubo para el carbón. La chica perpleja seguía luciendo perpleja.

“Tartar”

dijo la señora Sharp con decisión

“ Lucy, ve a buscar mi botiquín. El señor Abernathy cuidará de Ben”.

Tomó un jarrón vacío de la repisa de la chimenea y se acercó a la niña que estaba dando volteretas

“Mira, Kylie, vas a vomitar”.

Kylie estaba. Jonathan se arrodilló junto a Ben y le dio unas palmaditas en la cara con un pañuelo.

"¿Te sientes mejor?"

Los ojos de Ben brillaron con lágrimas.

"¿Necesitas agua?"

Ben negó con la cabeza.

"¿Hay más novedades?"

Ben asintió. Jonathan preparó el cubo del carbón justo a tiempo.

"No creo que Ben necesite sarro", dijo Jonathan. "Creo que ya está saliendo".

“De todos modos, le daré un poco”

dijo la señora Sharp con tristeza

“Se lo merece”.

La criada regresó con la caja de medicinas y les dieron tártaro a todos los niños, con resultados predecibles y desordenados. Los niños de la señora Sharp fueron llevados a sus camas, los niños de los vecinos fueron llevados a la cama de la señora Sharp y Ben fue llevado al carruaje con el cubo del carbón a su lado. Para alivio de Jonathan, la señora Sharp nunca miró demasiado de cerca de Rosmery, quien aceptó estos acontecimientos con pasiva confusión y solo protestó cuando el traqueteo del carruaje hizo que Ben volviera a correr. Afortunadamente, después de eso, Ben parecía estar limpio y cayó en un estupor. Cuando llegaron a casa, Jonathan tuvo que llevarlo adentro. Ellen, que salió a recibirlos, se puso furiosa al escuchar la historia, como era previsible. Tomó a Ben en brazos y lo arrastró por las escaleras.

Jonathan se volvió hacia Rosmery, que estaba ruborizada y temblorosa. "Deberías irte a la cama".

"No estoy nada cansada", dijo ella entre lágrimas.

Entonces ella se puso triste y borracha. Debería haberlo esperado. Le tomó la mano con suavidad. "Vamos. Te sentirás mucho mejor después de un descanso".

Subió las escaleras a trompicones detrás de él, muy contenta, al parecer, de ir adonde él la llevara de la mano. Cuando llegaron a su habitación, se sentó en la cama y apoyó la cabeza entre las manos.

"Me duele el estómago."

"¿Quieres que te traiga algo? ¿Té? ¿Agua con gas?"

"No"

se pasó las manos por el pelo

"Jonathan, ¿hablaste en serio? ¿Te dejaron afuera?"

"Sí. Estuve mucho tiempo golpeando la puerta pero nadie me escuchó".

"¿Cómo fue que te quedaste afuera?"

Jonathan pensó en decirle a Rosmery que había seguido a Ferrarini, pero decidió que era demasiado arriesgado. Ella relacionaría a Ferrarini con la cantante de ópera si lo hacía. "No estoy seguro. Estaba borracho".

"¿Y no estabas con la cantante de ópera?"

"No, Rosmery. Jamás".

Jonathan se sentó a su lado y le dio unas palmaditas en la rodilla

"Piensa de qué me estás acusando: de escaparme en medio de un concierto para acostarme con una cantante de ópera en algún rincón oscuro de la casa de mi anfitriona. Puede que sea un mal hombre, pero no soy grotesco, y eso es un comportamiento grotesco".

Ella lo miró con ojos muy abiertos y dolidos. "Pero un día... tú... dijiste que me... traicionarías".

Había algo en esos ojos abiertos y dolidos que hizo que Jonathan quisiera besarla mejor. Apartó la mirada. "¿Dije eso?"

"Cuando me hablaste de tus amantes."

Lo había dicho, ¿no? Y quizá lo había dicho en serio, pero Rosmery había parecido tan simple y sin vida aquel día, como una estatua. Ahora, sin duda, no parecía una estatua, con sus labios temblorosos y sus mejillas sonrojadas. Podía imaginarse haciéndole el amor... si tan solo ella luciera como ella quería que él lo luciera. Si no fuera una virgen soltera.

Si ella fuera su novia virgen.

Con mucho, mucho cuidado, Jonathan se apartó de ella y colocó quince centímetros de colcha entre sus muslos. Lentamente, se levantó y dio un paso largo para alejarse de la cama. Allí se quedó, esperando a que su corazón se calmara, mirando a Rosmery y diciéndose a sí mismo que ella no iba a ser su esposa.

"No tengo ningún deseo de traicionar a mi esposa", dijo. "No deseo que una esposa me traicione. Pero por lo que sé del matrimonio, es un sistema que genera traición. Por eso dije lo que dije ese día. Pero, Rosmery... *no* te he traicionado".

En sus ojos apareció un alivio manifiesto: "Lo siento".

"Está bien. Ya hemos aclarado las cosas".

"Además, Jonathan también se sintió aliviado. Rosmery le creía. De alguna manera, eso importaba. No podía casarse con ella. No lo haría. Pero no quería que ella lo rechazara por una infidelidad que no había cometido"

"Será mejor que descanses, Rosmery. Deja que se te pase el efecto del brandy".

Sus labios temblaron. "No creo que me guste el brandy".

"Es una amiga caprichosa".

Le revolvió el pelo

"Te veré en la cena".

Se dejó caer en la cama y se dio la vuelta para quedar de costado. Jonathan salió de la habitación y fue a buscar a Ellen. Ella estaba en la habitación de Ben, observando al niño dormir. Cuando lo vio, juntó los labios con fuerza.

"Lo siento", dijo. "Yo tenía el brandy y no me di cuenta de que me lo había robado".

"No puedo creerlo"

dijo Ellen furiosa

"¿Qué demonios estaba haciendo Rosmery?"

"Me temo que ella también bebió horchata envenenada. La convencí de que se acostara".

"Ella nunca pudo contener el vino"

dijo Ellen

"Pero deberías haber tenido más cuidado! Ben... Bueno, supongo que es exactamente el tipo de chico que eras tú de pequeña".

"Él es"...

Jonathan se detuvo en un pensamiento. La habitual insensatez de Ellen estaba sospechosamente ausente en su enojo

"De hecho, deberías tener más cuidado con tu planchado. Destruiste deliberadamente mi chaleco, ¿no?"

"Fue una monstruosidad."

En la voz de Ellen había un tono frío y furioso de desafío. Una respuesta enojada surgió de los labios de Jonathan, pero luego se dio cuenta de lo gracioso de la situación y se rió. Eso hizo que Ellen también sonriera a regañadientes.

"Te perdonaré", dijo. "Cuando Ben se recupere".

“Te perdonaré ahora”

dijo Jonathan

“Y lo siento muchísimo, de verdad. Subestimé a Ben”.

La sonrisa todavía se dibujaba en los labios de Ellen, pero no acababa de aparecer, como la expresión que a veces tenía Rosmery. "Sabes, creo que serás mi cuñado favorito".

Eso tuvo un efecto desmoralizador en Jonathan. Apartó la mirada. "Bueno, tal vez".

Capítulo 18

Después del incidente de la horchata, Jonathan se dio cuenta de que se había extraviado en su intento de librarse de Rosmery. Se sentía cada vez más atraído por ella y, peor aún, sospechaba que ella se sentía cada vez más atraída por él. Si ella empezaba a albergar sentimientos por él, nunca rompería el compromiso. Además, una cosa era librarse de una Rosmery a la que no le importaba en absoluto. Otra muy distinta sería romperle el corazón.

Para protegerlos a ambos, buscó refugio en los buenos modales y la distancia durante el resto de su visita a casa de Ellen. Pasó la mayor parte de su tiempo con el señor Montague, fingiendo interés en los caballos y los perros de Montague. Parecía tener su efecto: la actitud de Rosmery hacia él se enfrió y se retiró a la compañía de Ellen. Cuando Jonathan regresó a la casa de sus padres una semana después, lo primero que le dijo a su padre fue que no creía que Rosmery estuviera enamorada de él todavía.

“¿Te ha perdonado por haberla dejado en el baile?”

preguntó el señor Abernathy.

“No sé si alguna vez guardó rencor. Sus sentimientos son muy tibios, padre. El amor y el odio podrían estar fuera de su alcance”.

"Las aguas tranquilas son profundas", advirtió Abernathy.

“Después de la boda, siempre hay tiempo para que ella desarrolle sentimientos” dijo la señora Abernathy

“No debería esperar por eso. Las amonestaciones deben leerse pronto. Deberías casarte antes de Navidad”.

Jonathan vaciló.

“¿Antes de... Navidad? Eso es antes de lo que esperaba”.

"Ya lleváis comprometidos más de un mes. Dos o tres meses es más que suficiente, sobre todo cuando todo lo demás está en tan buen estado de cosas".

"No estoy preparado para ello."

"Es bastante normal que un hombre se sienta así antes de su boda", dijo Abernathy con una de sus casi sonrisas.

“Jonathan debe vencer su cobardía”

dijo la señora Abernathy

“Rosmery tiene más motivos para estar nerviosa que él, pero ella nunca diría algo así”.

La sonrisa del señor Abernathy se desvaneció de sus ojos. "Hablaré con el señor Miller sobre la lectura de las amonestaciones", dijo. "Tal vez tenga razón; tal vez sea el momento".

El corazón de Jonathan se agitó de forma desagradable. El señor Miller sin duda aceptaría que se leyera las amonestaciones, y sería sumamente escandaloso romper el compromiso después de que se hubieran leído. Tenía *que* conseguir que Rosmery lo rechazara antes de eso.

El sábado por la noche, Jonathan todavía no había logrado escapar de su compromiso y a la mañana siguiente se iban a leer las amonestaciones en la iglesia por primera vez. No se encontraba en un estado de desesperación. La desesperación había llegado y se había ido, dejando tras de sí una especie de desesperación autocompasiva y malhumorada. Rosmery, por supuesto, no se sintió ofendida ni comprensiva por su mal humor, lo que sólo empeoró las cosas.

Esa noche, iban a asistir a un baile en el salón de actos local con los Giardino. A las ocho, Jonathan fue a casa de Rosmery y esperó con ella en el salón a que llegaran los Giardino. El señor Miller también los esperó, de tan mal humor, al parecer, como Jonathan. Se quejó de que los bailes de otoño eran asuntos estúpidos y caprichosos y criticó a Rosmery por la forma en que se había peinado y vestido.

"Una mujer soltera debería vestirse de blanco para asistir a un baile", dijo. "¿En qué diablos estabas pensando al vestirte de índigo?"

"Fue una decisión de mi madre. Vio algo parecido en un grabado de moda".

"Entonces, ¿en qué demonios estaba pensando?"

se burló el señor Miller

"Esa mujer no tiene más que lana en el cráneo".

"Probablemente estaba pensando"

dijo Jonathan irritablemente

"que Rosmery luce excesivamente bonita en índigo".

Eso hizo que tanto el señor Miller como Rosmery se ruborizaran, aunque por razones muy diferentes. Jonathan se maldijo a sí mismo por haberlo dicho e hizo todo lo posible por convertir el cumplido a Rosmery en uno para su madre.

"Siempre he pensado que la señora Miller muestra una creatividad y un encanto poco comunes en su elección de moda", dijo. "En un mar de blanco, rosa y crema, Rosmery se destacará como un zafiro engastado entre diamantes. Le transmitiré mis felicitaciones a la señora Miller, señor, por la forma en que vistió a Rosmery esta noche".

El señor Miller se sumió en un ataque de irritación silenciosa y nerviosa durante unos minutos. Por fin dijo con mal humor:

"Esta noche tengo un poco de indigestión, Abernathy. Eso me pone de mal humor".

"¿Es esto un problema de mal genio?"

preguntó Jonathan

"Pensé que era un simple alboroto general. Fue un error mío".

Rosmery miró a uno y a otro, con los labios apretados. Jonathan, acostumbrado ya a sus expresiones sutiles, vio que estaba disgustada con ambos. Pero tal vez se sentía avergonzada por las críticas de su padre.

Permanecieron en silencio durante varios minutos. Por fin sonó el timbre y el lacayo vino a decir que el carruaje de los Giardino los estaba esperando. Mientras Jonathan acompañaba a Rosmery

hasta el carruaje, esperaba que ella se disculpara por el mal humor de su padre, pero ella no dijo nada. La presencia del señor y la señora Giardino y sus dos hijas, Eliza y Bridget, impidió que continuaran las conversaciones. Cuando llegaron a los salones de actos, llegaron justo a tiempo para que Jonathan bailara con Rosmery. Su mente seguía pensando en la conversación anterior. Rosmery era en todos los sentidos una hija obediente y obediente, a pesar del trato poco amable del señor Miller hacia ella, pero no era insensible a sus objeciones, pensó Jonathan; se había sentido avergonzada o incómoda por lo que su padre había dicho antes. Si él podía abrir una brecha entre ella y su padre, darle una razón para rebelarse contra él, entonces tal vez eso sería motivo suficiente para que ella rompiera el compromiso... esa noche.

Para tal fin, continuó su discusión en voz baja en los momentos tranquilos del baile, mientras ellos se quedaban atrás y esperaban su turno para moverse.

"Tu padre estaba de mal humor esta noche", empezó.

"Algunos hombres son propensos a ello", dijo Rosmery. "La mayoría de las mujeres se lo perdonan".

Jonathan ignoró el insulto velado. "Podría perdonarle el mal carácter a cualquier hombre", dijo. "Me resulta más difícil perdonar lo que dijo tu padre sobre su esposa".

"Mamá a menudo pone impaciente a papá."

"No".

Tu padre a menudo pierde la paciencia con tu madre.

El movimiento del baile los separó por unos instantes y le permitió a Jonathan componer cuidadosamente sus siguientes oraciones.

"Ahora me doy cuenta de que esta noche fue la primera vez que oí a tu padre decir una palabra sobre la señora Miller. Y fue una palabra sumamente descortés".

"Normalmente no es cruel."

"Creo que sabe muy bien cuándo ha cruzado una línea y es muy rápido para volver a cruzarla. Una o dos veces estuve a punto de perder los estribos con él cuando, con una palabra rápida y una sonrisa, ha torcido las cosas hasta que ya no sé ni lo que siento".

"Él entiende a la gente."

"Él sabe cómo manejarlos"

Jonathan miró a Rosmery a los ojos

"Él te maneja a ti".

El baile los separó de nuevo y, al otro lado de la pista, Jonathan pudo ver el rostro de Rosmery arrugado por el descontento. Cuando se encontraron de nuevo, tuvieron que tomarse de la mano mientras se contoneaban por la fila de bailarines, y ella agarró la de él como si fuera una rata muerta.

"Admiras demasiado a tu padre", dijo Jonathan. "Le permites que te maneje. Le permitiste que te maneje desde que te comprometiste con Ferrarini".

Su mano apretó la de él hasta hacerle daño. "No sabes de lo que hablas".

“Sé lo suficiente. Deberías haber oído lo que dijo sobre tu compromiso con Ferrarini. Lo llamó una tonta aventura amorosa, llevada a cabo por una niñita tonta. Nunca consideró que te había roto el corazón. No sabe que las mujeres tienen corazones que romper”.

"¡Basta!"

“¡No puedo!”

La música los puso cara a cara mientras formaban un círculo con otra pareja

“Una vez sacrificaste tu propia felicidad por la buena opinión de tu padre. Ahora lo haces dos veces, al casarte conmigo. Lo amas demasiado, Rosmery”.

La otra pareja se miró sorprendida y divertida. Las mejillas de Rosmery se pusieron coloradas. Se separaron de la otra pareja y regresaron a la fila, tomados de la mano. Incluso a través de sus guantes, las uñas de Rosmery se clavaron en el dorso de su mano.

“¡No sabes nada!”

susurró Rosmery

“¿Amarle? ¡Jamás!”

El ardor y el veneno de su tono sorprendieron a Jonathan. Su rostro pálido y rígido estaba encendido por la furia.

“Entonces, ¿por qué haces lo que te dice?”

preguntó

“¿Por qué abandonas a Ferrarini? ¿Por qué te casas conmigo?”

Ella apartó la mano de él de golpe cuando llegaron a su lugar en la fila nuevamente. La furia de su expresión se estaba enfriando rápidamente. "Tus celos me divierten, Jonathan".

Durante unos momentos, no tuvieron otra opción que permanecer uno frente al otro en sus respectivos lugares. Rosmery lo miró con los ojos brillantes, la barbilla alta y las mejillas blancas y rosadas. Luego se encontraron en el centro de la pista para tomarse de la mano con las otras parejas mientras el baile llegaba a su fin.

“¿Por qué no te casaste con Ferrarini? -preguntó Jonathan en voz baja”.

"No te lo voy a decir."

"Fue por culpa de tu padre."

" No te lo voy a decir."

"No puedes odiarlo. No lo puedo creer."

Ella lo miró fijamente y no dijo ni una palabra.

Los bailes se hicieron más lentos y la música terminó. Jonathan le hizo una reverencia a Rosmery, quien se dio la vuelta sin hacer ninguna reverencia. Jonathan dio un paso detrás de ella.

"Estamos comprometidos para el set. El próximo baile comienza pronto".

"Estoy cansado. No quiero bailar."

"Déjame traerte limonada."

"No tengo sed."

Ella se apartó de él y se abrió paso entre la multitud. Jonathan la soltó y se fue al otro lado del salón, lo más lejos de Rosmery que pudo. Había algo en la forma en que ella había dicho que nunca había amado a su padre que lo había puesto nervioso. Había sido muy conmovedor. Si había estado ocultando eso en el fondo, ¿qué más había estado ocultando? Si eso era lo que sentía por su padre, ¿qué sentía por él?

Jonathan salió al patio. Estaba húmedo y frío, lo que le proporcionaba la soledad que necesitaba para estar verdaderamente enfadado con su padre y con el de Rosmery. Caminaba de un lado a otro, pateando el suelo y maldiciéndolos a ambos por haber organizado ese horrible asunto. No sólo era cruel, era estúpido. Seguramente su padre no podía creer que era lo mejor encadenarlo a una mujer a la que nunca podría amar. Seguramente el señor Miller no podía ser tan insensible como para obligar a Rosmery a aceptar ese arreglo a pesar de que era tan obvio que no le importaba nada Jonathan. Y seguramente Rosmery tenía más integridad que la suficiente para aceptar casarse con él a pesar de todo, pero no lo había hecho. Ni lo haría. Y cuanto más había intentado librarse de ella, más cruel había sido, más daño le había hecho. Y nada de eso había funcionado.

Jonathan se apoyó contra una fría pared de ladrillos y pensó en las cosas. Nunca debió haber aceptado casarse con Rosmery en primer lugar, sin importar lo que dijera su padre. Su artimaña para lograr que ella rompiera el compromiso solo había empeorado las cosas. La había lastimado, y sin motivo. No. No era demasiado tarde. Él rompería el compromiso él mismo y al diablo con las consecuencias. Ambos estarían mejor por ello.

Se quedó afuera hasta que se sintió lo suficientemente valiente para hacerlo. Se llevaría a Rosmery a un lugar privado y le diría que no podía casarse con ella. Luego volvería a casa caminando y la dejaría con los Giardino. Habría sido mejor hacerlo en casa, pero la farsa ya se había prolongado demasiado. Además, si alguien podía controlar sus emociones en público, esa era Rosmery.

Regresó al salón de baile y buscó a Rosmery con la mirada. La multitud habría hecho que fuera difícil localizarla, pero vio el brillo de su vestido índigo entre la multitud de blancos, cerca de la puerta de entrada, hablando con un lacayo.

Incluso a treinta metros de distancia, la extraña quietud de su postura le dio a Jonathan la convicción de que algo andaba mal. Cruzó la habitación, sin prestar atención a los bailarines que caminaban entre ellos, y se acercó a ella. Ella se volvió hacia él.

"Me voy", dijo. "Tengo que irme".

"¿Adónde tienes que ir?"

preguntó Jonathan

"¿A casa?"

Sí. Mi madre me ha enviado un mensaje.

"Su voz temblaba ligeramente y estaba muy pálida"

"Debo irme".

Jonathan miró al lacayo, a quien reconoció como uno de los Miller. "¿Qué ha pasado?"

"El señor Miller se ha puesto enfermo. La señora Miller me ha enviado a buscar a la señorita Miller".

"¿Tienes el carruaje?"

"Monté a caballo. Pensé que sería más rápido".

"Pero no tenemos carruaje".

Jonathan se giró para buscar a los Giardino en la habitación, pero a diferencia de Rosmery, la señora Giardino y sus hijas se habían vestido de blanco y crema y estaban perdidas entre la multitud. El señor Giardino probablemente estaba en la sala de juegos

"Encontraré al señor Giardino".

Rosmery negó con la cabeza.

"Debo irme ahora".

Estaba más preocupada de lo que parecía merecer el asunto. Jonathan dudó un momento, pero decidió que lo mejor sería llevarla a casa. La señora Miller la había mandado a buscar y eso los sacaría a ambos de ese estúpido lío.

"Te llevaré. Caminaremos. Si cruzamos los campos, será más rápido que esperar el carruaje de todos modos".

"Miró al lacayo"

"Pregunta por los Giardino y diles adónde hemos ido, por favor".

Rosmery apenas esperó a que terminara de hablar antes de salir al pasillo. Jonathan la siguió.

"Ahora sólo espera..."

Rosmery lo ignoró, cruzó el pasillo y salió a la calle por las grandes puertas. Jonathan masculló una maldición en voz baja y fue tras ella. La alcanzó a mitad de camino, pero ella se quitó de encima la mano que él le puso en el brazo.

"Rosmery, incluso si estás enojada conmigo, no te dejaré caminar sola a casa".

Ella chapoteó en un charco de barro. "Deberíamos apresurarnos".

Parecía que estaba demasiado preocupada para estar enfadada con él. Jonathan alargó el paso para igualar el trote de ella. La humedad se filtraba por las costuras de sus zapatillas de baile. Solo podía imaginar que los pies de Rosmery ya estaban empapados. "Vamos tan rápido como podemos. No nos llevará mucho tiempo".

Rosmery siguió trotando, tropezando con los surcos del camino. "Long dijo que mi padre era muy malo. No quería que me llamaran, pero mi madre lo hizo de todos modos. Debemos apresurarnos".

Su voz y sus hombros temblaron. Demasiado tarde, Jonathan recordó que ella tenía un chal y una capa en la sala de reuniones. Se quitó el abrigo y se lo puso sobre los hombros. Ella ni siquiera pareció notar su toque.

"Rosmery, querida, soy tu madre. Es una mujer dulce, pero muy preocupada. El señor Miller

probablemente comió demasiados arenques en escabeche del cocinero".

Ella negó con la cabeza.

"Pero él dijo que no me mandaran a buscar. Mi madre nunca se atrevería a contradecirlo si no lo considerara terrible".

"Y todavía puede ser que esté equivocada."

Doblaron una esquina y entraron en la carretera principal. Rosmery no mostró señales de disminuir el ritmo.

"¿Te pareció que estaba enfermo antes de que llegáramos?"

preguntó sin aliento

"Dijo que tenía indigestión. Nunca tiene indigestión".

"Lo cual es una maravilla, teniendo en cuenta tu cocinero. Pero la indigestión no es motivo de preocupación".

"Te lo dije, mamá no lo traicionaría si... Rosmery tropezó con un surco en el camino".

Jonathan la agarró del brazo para evitar que se cayera.

"Tranquila, Rosmery. No te conviene que te torzcas el tobillo".

Ella lo miró, luego miró el abrigo que llevaba sobre los hombros y lentamente deslizó los brazos por las mangas, temblando. "¿Podemos apurarnos, por favor?"

"Sí, pero no tanto como para que nos caigamos".

Durante el resto de la calle principal, siguió caminando a paso ligero. Sin embargo, cuando llegaron a la calle de los Miller, comenzó a trotar de nuevo y, tan pronto como avistaron la casa de los Miller, echó a correr. Jonathan decidió que la había ayudado tanto como pudo y se limitó a caminar tras ella. Cuando llegó a la casa, ella había desaparecido y el salón estaba frío y vacío. Jonathan fue al comedor, donde había un fuego moribundo, a esperar a que Rosmery regresara. Ella todavía tenía su abrigo y él lo quería de vuelta antes de irse a casa.

Pasaron diez minutos y Rosmery no regresaba. Jonathan oía a gente moviéndose por las escaleras, pero pensó que sería una intromisión si subía a pedir su abrigo. Pasaron otros quince minutos y el reloj dio las once. Luego media hora. Una hora. Jonathan empezó a preguntarse si todos se habían quedado dormidos. El fuego del comedor estaba casi apagado y tenía frío.

Por fin, oyó unos pasos que bajaban las escaleras y se acercó a la puerta para mirar hacia fuera. No era Rosmery. Ni tampoco ninguno de los Miller, ni siquiera el doctor. Era el vicario. Cuando vio a Jonathan, sacudió la cabeza.

Jonathan nunca había considerado seriamente que el señor Miller estuviera en peligro. Se quedó mirando al vicario, con un mareo ácido que le recorría las venas. No. Seguramente no.

El vicario hizo una reverencia en silencio y salió por la puerta principal. La casa estaba silenciosa y oscura. Jonathan se preguntó si debía irse. Tal vez no debería estar allí, no ahora. Pero entonces se oyeron otros pasos en las escaleras, más ligeros, más femeninos.

Era Rosmery. Ya no llevaba su abrigo. Bajó las escaleras hacia él, muy despacio, torpemente, casi cayéndose de un escalón a otro.

"Te quedaste."

No podía decirle por qué. Se limitó a observarla mientras bajaba las escaleras y se preguntó qué demonios se suponía que debía decirle. Su conversación anterior de repente parecía tan cruel, tan inoportuna. Pero ¿cómo era posible que alguno de ellos lo supiera?

Parecía que Rosmery lo había olvidado de todos modos. Llegó al final de las escaleras y lo miró.

"No lo sé"...

dijo. Entonces las lágrimas corrieron por su rostro y se dejó caer hacia él y presionó su rostro contra su hombro. Lágrimas calientes corrieron a través de la seda de su camisa hasta su piel. Jonathan, que había tenido a una docena de mujeres en sus brazos antes, no sabía qué hacer. Se tragó el nudo en la garganta y la dejó llorar antes de que se le ocurriera abrazarla, así que lo hizo, abrazándola muy fuerte. No pareció tener ningún efecto en su llanto, pero pensó que era lo correcto.

Hubo un movimiento en lo alto de las escaleras y él levantó la vista. La señora Miller estaba allí de pie, luciendo cansada bajo la luz de una única vela. Sostenía el abrigo de Jonathan sobre un brazo. Por un momento pareció a punto de hablar, pero luego sacudió la cabeza, colgó el abrigo sobre la barandilla de la escalera y se dio la vuelta.

Capítulo 19

Tres días después celebraron el funeral del señor Miller. Para Rosmery fue un alivio que el cadáver de su padre ya no estuviera, que el ataúd estuviera clavado y que lo sacaran del dormitorio cubierto de telas negras sobre los hombros de unos hombres vestidos de negro. Jonathan era uno de los portadores del féretro, en sustitución de su padre. Rosmery apenas podía mirarlo a los ojos, atormentada por la discusión que habían tenido en el baile mientras su padre se estaba muriendo. En la urgencia de correr a casa, de esperar desesperadamente junto a la cama de su padre, había olvidado cuánto daño le había hecho Jonathan. Había vuelto a recordarlo al día siguiente, cuando Jonathan visitó a sus padres para ver qué podían hacer para ayudarla, y eso la había vuelto muy fría con él.

Tal vez lo que más la enfrió fueron las cosas que ella misma había dicho. En aquel momento le parecieron muy ciertas. Incluso ahora, no estaba segura de que hubieran sido mentira. Estaba conmocionada por la muerte de su padre, sí, pero no estaba triste, no creía estar de luto. Después del primer ataque de lágrimas feroces, se había tranquilizado bastante. A la mañana siguiente, se había despertado y había desayunado bien, y se había avergonzado de sí misma por ello, porque su madre y sus hermanas solo mordisqueaban tostadas. Para compensarlo, se había lanzado de lleno a los preparativos del funeral, haciendo todo lo posible para quitarle de encima las tareas más urgentes a su madre. Se había sentido frustrada al descubrir que el señor Abernathy, como albacea del testamento, era responsable de los preparativos del funeral, y casi se había enfadado cuando el tío Bernard la había visitado para ofrecer también sus servicios. La dejaron con poco que hacer, salvo vestir la casa y a sus hermanas de negro, escribir cartas a sus parientes para informarles de la muerte del señor Miller y preparar tallos de romero envueltos en seda negra como obsequio para los asistentes al funeral. Esas tareas sin sentido no podían distraerla de sus sentimientos, y cuando sacaron el ataúd de la casa, se encontraba en un estado de irritabilidad inquieta. Caminaba de un lado a otro del salón mientras Dafne y Amanda se acurrucaban juntas en el sofá deseando tener algo, cualquier cosa, que hacer.

A primera hora de la tarde, los hombres regresaron de la iglesia y se dirigieron a la cena fúnebre en la casa de los Miller. La señora Miller estaba muy ansiosa por la cena. La cocinera la había puesto a prueba de nuevo al negarse a hacer pasteles de aves de caza, por lo que la señora Miller tuvo que convencer a la cocinera de que en su lugar hicieran pasteles de pescado y frutas. No estaba segura de que eso fuera del todo correcto para un funeral, pero pensó que debía ser mejor que varios faisanes al horno, servidos calientes, cuando ya no había un hombre de la casa para cortarlos.

Sin embargo, los hombres tenían demasiado apetito como para quejarse de nada. Se reunieron alrededor de la mesa del comedor de los Miller y hablaron en voz alta de lo buen hombre que había sido el viejo Miller y recordaron los momentos que habían pasado juntos.

"Es un tipo muy cerebral", dijo un hombre. "Una vez me dijo que leía dos periódicos al día".

"Una mente brillante", asintió otro hombre, meneando la cabeza. "Una gran pérdida".

"A su familia en particular", dijo el tío Bernard de Rosmery. "Estamos todos muy, muy conmocionados".

Pero el tío Bernard no parecía particularmente sorprendido. Parecía, pensó Rosmery, como si estuviera disfrutando mucho del pastel de pescado.

Después de la cena, los viejos amigos del señor Miller se arremolinaban por la casa y continuaban con sus tristes elogios a su carácter. A intervalos, llamaban a la señora Miller, a Rosmery o a sus hermanas a un lado y le ofrecían sus condolencias más personales. Rosmery luchó contra el impulso de retorcerse cada vez que alguien le tocaba el hombro o le apretaba la mano. Se tragó sus sentimientos y se obligó a ser educada, a agradecerles muy amablemente sus condolencias, incluso al viejo y torpe tío Bernard, a tratar de sonreírles, a asegurarse de que no acosaran a su madre, que era demasiado mansa para abandonar una conversación que le dolía. Amanda y Dafne también necesitaban orientación, instrucciones para hablar con este o aquel primo o con un amigo de su padre, para repartir los obsequios funerarios a los invitados que se iban, para no encogerse solas en el asiento de la ventana y evitar a sus visitantes.

Cuando la multitud se estaba dispersando, cuando solo quedaban en su mayoría familiares y amigos cercanos, Rosmery sintió un leve toque en su muñeca y se giró para ver a Jonathan detrás de ella. Había estado tratando de evitarlo.

"¿Te vas?", preguntó. "¿Ya recibiste algún favor?"

"No me voy a ir, y sí, me lo dio tu madre. De hecho, tengo algo para ti".

"¿Qué?"

Lo miró fijamente y él señaló una mesa junto al fuego en la que había una tetera y una taza de té

"Ah, té".

Se dirigió al sillón, el más cómodo de la habitación, y se dejó caer en él. Jonathan se sentó a su lado y le sirvió una taza de té, a la que añadió una generosa cantidad de leche y azúcar.

"Deberías haber pedido más de una taza", dijo.

—Si lo hubiera hecho, estarías ofreciendo té a todos los que están en la sala.

Una sonrisa irónica se dibujó en las comisuras de sus labios antes de desvanecerse

"Has estado cuidando a todos los demás. Te sentarás y beberás té y los demás, te aseguro, se las arreglarán sin ti durante un cuarto de hora".

"¿El señor Abernathy le instó a hacer esto?"

preguntó mientras bebía un sorbo de té.

"No, sólo pensé... que pareces acosado".

Ella enroscó los dedos alrededor de la taza de té, sin querer admitir que se sentía acosada y que tenía que agradecerle su amabilidad. "Parece más bien algo que haría tu padre. Siempre es muy amable con todo el mundo".

Jonathan se giró para mirar a su padre, que estaba de pie junto a la señora Miller y la estaba separando gentilmente de una conversación bastante desagradable con Bernard Miller sobre lo que debía hacer ahora que el señor Miller estaba muerto.

"Supongo que sí", dijo Jonathan. "Nunca... pensé en eso. Se pone severo conmigo". Hizo una mueca de dolor. "Probablemente lo merezco".

Rosmery pensó que sí, y deseó *poder* ser severa con él, pero no se atrevió a mencionar lo que habían dicho en el baile, porque lo que ella había dicho había sido tan malo como lo que él había dicho. Apuró su taza, sin querer mirarlo a los ojos, y comenzó a levantarse, pero él la tomó de la mano y la detuvo.

"Quince minutos", dijo. "Me iré si así lo deseas, pero te quedarás quince minutos sentada y sin ocuparte de nadie más que de ti misma".

Se sentó de nuevo, no del todo a regañadientes, y se sirvió otra taza de té.

"¿Debería irme?"

"No"

dijo, mirando con resentimiento su taza de té humeante

"¿Qué pasó en el funeral?"

"Lo de siempre."

"Describelo."

Jonathan exhaló lentamente. "Uh, seguimos el coche fúnebre hasta la iglesia. Luego nos quedamos de pie y escuchamos mientras el vicario leía la Biblia. Decía... 'El Señor es mi pastor, nada me faltará...'"

"Salmo veintitrés", dijo Rosmery.

"Sí. Es... es muy bonito. Escuchamos al vicario leerlo y fue muy... reconfortante. Luego, algunos hombres se acercaron, tu tío, mi padre, y leyeron sus propios pasajes de la Biblia o hablaron sobre tu padre... sobre todo hablaron sobre él. Compartieron sus recuerdos de él".

"¿Qué tipo de recuerdos?"

"Um. En su mayoría, ya sabes, frases ingeniosas que había dicho alguna vez. Algunos hablaban de lo inteligente que había sido cuando ejercía la abogacía. Yo ni siquiera sabía que había ejercido la abogacía".

"Hace años. Abandonó la abogacía para dedicarse a ser un caballero, como él decía."

"Sí. Ésa fue una de las ocurrencias que dijeron."

"Solía decirlo mucho"

dijo Rosmery con amargura

"La primera vez no me hizo gracia".

Jonathan sonrió con tristeza. "Bueno, después de todos esos recuerdos, nosotros... nosotros lo llevamos a la cárcel. Mi padre me dijo que me escabullí una vez que ayudé a llevar el ataúd al cementerio. Volví caminando con algunos amigos de tu padre que intercambiaron más historias sobre él. Había muchas historias".

Rosmery asintió. "Nos quedamos en casa esperando. No es lo mismo".

Jonathan tomó su mano entre las suyas, con un toque que expresaba mucha más amabilidad que cualquier simple palabra. Rosmery se inclinó inconscientemente hacia él, de la misma manera que lo había hecho la noche en que murió su padre, antes de detenerse y retroceder bruscamente,

deslizando su mano lejos de la de él.

"No necesito eso", dijo. "Eso no ayuda".

"Lo lamento."

"Ya puedes irte", añadió. "Yo tomaré mi té sola".

Jonathan se fue sin decir una palabra más, aunque Rosmery vio que se acercó a Dafne y Amanda y les habló con dulzura. Dafne le dirigió una mirada de activa desconfianza, que, con una o dos palabras más de su parte, se disolvió en angustia. Cuando él le tomó la mano, ella no se opuso. Incluso la apretó mientras él hablaba. Amanda se mostró más serena y le estrechó la mano con bastante cordialidad.

Cuando Rosmery terminó de tomar el té, el señor Abernathy anunció que se iba a realizar la lectura del testamento y pidió que todos los que no fueran familiares se despidieran. Rosmery se despertó de su tranquilidad y se despidió cortésmente del último de los amigos de su padre. Cuando terminó, siguió a su madre hasta el salón, donde el señor Abernathy y el abogado estaban desenrollando un pergamino sobre la mesa. El tío Bernard estaba sentado en la silla más cercana, con aspecto muy piadoso.

"Yo... eh... puedo quedarme, ¿no?"

dijo Jonathan desde la puerta

"No soy de la familia, pero ¿debería quedarme?"

El señor Abernathy miró a la señora Miller, que parecía incapaz de tomar una decisión.

"Puede quedarse"

dijo Dafne, antes de que Rosmery pudiera decir que no podía

Pronto será parte de la familia.

Jonathan se sentó cerca de la puerta y el abogado empezó a leer el testamento. Para Rosmery, no era del todo comprensible. El señor Miller había dispuesto que se entregaran muchos paquetitos de dinero a muchas personas, pero muchas de ellas ya habían muerto, se habían casado o habían perdido la buena opinión del señor Miller, lo que dejaba los paquetitos de dinero en manos de otras personas. El señor Abernathy le explicaba las cosas a la señora Miller en voz baja a intervalos, acallando la mirada ansiosa que se dibujaba en su rostro cada vez que un paquetito de dinero hacía algo inesperado.

El verdadero golpe llegó al final, cuando el tío Bernard se inclinó hacia delante en su silla y se sentó, y el abogado leyó en tono solemne que la casa de Richmond debía ser legada íntegramente y sin condiciones al hermano del señor Miller, Bernard.

No hubo cambio de dirección aquí. El éxito del tío Bernard en la abogacía no lo descalificaba. Su matrimonio con una rica heredera no lo descalificaba. El hecho de tener dos hijos adultos no lo descalificaba. El hecho de tener tres sobrinas nacidas y criadas en la casa no lo descalificaba. Él era el dueño de la casa.

"¡Eso no es justo!"

Rosmery habló demasiado alto en su angustia. Todos la miraron fijamente. Sus mejillas ardían.

“Está un poco nerviosa”

ladró el tío Bernard

“Pobrecita. Que alguien le traiga una copa de vino”.

“Tengo cuerno de ciervo”

dijo la señora Miller

“¿Estás débil, querida?”

Rosmery deseó estarlo. Se levantó, tan abruptamente que su silla cayó hacia atrás al suelo, y corrió a ciegas hacia la puerta. Chocó contra un cuerpo cálido y duro y los brazos de alguien la rodearon: Jonathan, murmurando su nombre.

Ella lo empujó lejos. “¡No me toques!”

Buscó a tientas la puerta y se coló. Cuando estaba a mitad de las escaleras, Amanda y Dafne la alcanzaron.

“Si no es cuerno de ciervo”, dijo Dafne ansiosamente, “un poco de galleta con mantequilla o un poco de pudín nunca fallan para hacerme sentir mejor”.

“No soy tú, Dafne”.

“Apoyo lo del vino”

—dijo Amanda

“Ahora, de verdad, Rosmery”...

le pasó el brazo por los hombros

“te admiro de verdad. Es injusto y eres la única que se ha atrevido a decirlo”.

“¡Es nuestra casa!”

“Lo sé, pero tú te casarás con Jonathan, que tiene su propio hijo. Somos Dafne y yo las que deberíamos estar preocupadas”.

¡Jonathan!

Rosmery se quitó el brazo de encima de Amanda

¡Ese hombre!

“¿Qué hizo?”, preguntó Dafne. “Fue tan amable hoy. No sabía que pudiera ser así”.

El eco de su propia voz le llegó a Rosmery: « ¿Amarlo? ¡Jamás! . Y el recuerdo de la expresión de asombro en el rostro de Jonathan cuando lo había oído. ¿Nunca había amado a su padre? Tal vez no. ¿Lo había odiado? En ese momento, pensaba que todavía lo amaba. Y Jonathan lo sabía.

Ese pensamiento la llenó de vergüenza y furia. “¡Déjame en paz! ¡No quiero hablar con nadie!”

* * *

Era casi medianoche cuando Jonathan y su padre salieron de la casa de los Miller, tras despedirse de todos, excepto de Rosmery, que, según dijo Amanda, no salía de su habitación. En el carruaje de regreso a casa, el señor Abernathy dijo: “La boda debe posponerse seis meses”.

Jonathan, pensando en la expresión de angustia que no había abandonado el rostro de Rosmery en todo el día, apenas escuchó.

“¿Me has oído?”

dijo su padre

“No puedes casarte con Rosmery tan pronto después de la muerte de su padre. La gente lo consideraría indecente. Tendrás que esperar hasta la primavera”.

“Bien”

—“Jonathan apartó a Rosmery de su mente”

Entonces, una suspensión de la ejecución.

“No seas tan irrespetuoso”

espetó el señor Abernathy

“Ha muerto un hombre. Un amigo mío. El padre de tu novia”.

Las mejillas de Jonathan se calentaron.

“Lo siento. Lo sentía. No le había importado nada el señor Miller, nada más que una leve y persistente antipatía, pero le dolía Rosmery, que estaba tan claramente herida y, como un animal salvaje, deseaba esconderse sola con su dolor. Al mismo tiempo, no podía evitar sentirse aliviado de no casarse tan pronto después de todo. La primavera aún estaba muy lejos”.

El señor Abernathy lo miró con los ojos entrecerrados. "Hoy te portaste bien con Rosmery, así que supongo que lo dices en serio".

Jonathan se encogió de hombros. Después de un momento, añadió: "Podrías haberles advertido sobre el testamento".

"Habría sido muy impropio de mi parte hacerlo. Además, debían saber que Miller nunca dejaría sus propiedades a sus hijas. Por lo demás, las cuidaba muy bien. Su esposa tiene una cómoda renta vitalicia y sus dos hijas menores tienen dotes importantes".

"¿Y Rosmery?"

"La gracia ya está prevista por su compromiso contigo".

“Pero ¿qué pasa con su dote?”

preguntó Jonathan

“¿Seguro que el señor Miller no lo ha arreglado ya?”

“No, no lo hizo. Nuestro acuerdo es que yo igualaré la parte que él había ahorrado para Rosmery y se la entregará a ella cuando se case. Él disolvió su dote hace semanas y la absorbió en su capital. No te sorprendas tanto, Jonathan. Debes haber sabido que tenía que darle un fuerte incentivo para que aceptara el matrimonio”.

Jonathan sintió un nudo en el estómago.

“¿Quieres decir que, si no nos casamos, si muero o si Rosmery me rechaza, ella no tendrá

nada?"

El señor Abernathy arqueó las cejas. "Eso no sucederá".

Pero tiene que suceder, pensó Jonathan. No puedo casarme con Rosmery. No puedo.

Capítulo 20

Rosmery no hizo ningún esfuerzo por dormir esa noche. Se paseaba por su habitación como un animal enjaulado, a veces deteniéndose junto a la ventana para contemplar la oscuridad de la calle, a veces tirándose boca abajo sobre la cama, antes de que la inquietud la invadiera una vez más y se sintiera obligada a moverse.

A primera hora de la mañana, empezó a sentir hambre. Salió de su habitación y bajó las escaleras con sigilo, con la esperanza de encontrar algo de la cena del funeral para terminar. Para su sorpresa, todavía brillaba una luz en el estudio del señor Miller... no, ahora en el del tío Bernard. Se acercó sigilosamente y oyó la voz baja y ansiosa de su madre. Por supuesto, ella y Dafne se habrían quedado despiertas hasta tarde hablando del funeral. Por una vez, Rosmery quería ser parte de esas confidencias madre-hija. Abrió la puerta y se detuvo en seco. Dafne no estaba allí. Era el tío Bernard, que estaba sentado con su madre junto a la chimenea. La señora Miller se interrumpió a mitad de la frase y ambos se volvieron hacia ella.

“Pero, querida Rosmery”

dijo Bernard

“¿te sientes mejor ahora?”

“¿Qué haces todavía aquí?”

“Tu madre y yo teníamos asuntos de negocios que tratar”.

Bernard sacó su reloj de bolsillo

“¡Vaya! ¡Ya son las dos! ¡Cómo hemos hablado!”

La señora Miller se puso de pie.

“¡No me había dado cuenta de que era tan tarde! No puedes volver a casa en coche a esta hora. Además, creo que está lloviendo”.

Rosmery se acercó a las cortinas y las descorrió. Las gotas de lluvia brillaban al otro lado del cristal de la ventana, pero no se oía el repiqueteo de la lluvia. “Ha estado lloviendo”, dijo, “pero ya ha parado”.

“Pero con las nubes no habrá luz y los caminos serán peligrosos”.

“La señora Miller frunció el ceño en dirección a Bernard”

“No pensé en tener preparada la habitación de invitados esta mañana. Dame un minuto y lo haré ahora mismo”.

“No hace falta”

dijo Bernard

“La habitación de Archie me servirá. De niños compartimos cama con bastante frecuencia”.

La señora Miller se quedó boquiabierta. “Oh. Oh, si eso es lo que deseas”.

“Me voy a la cama entonces”

bostezó Bernard

“Podemos continuar con esta conversación por la mañana. No hay prisa. Buenas noches, Nelly. Buenas noches, Rosmery”.

Se levantó del sillón y se dirigió torpemente hacia la puerta. No tenía ni la altura ni la delgadez del señor Miller. Demasiadas cenas copiosas habían dejado sus mejillas permanentemente sonrojadas. Y a pesar de eso, pensó Rosmery con amargura, no fue el tío Bernard quien murió primero.

Cuando salió de la habitación, la señora Miller miró a Rosmery con lástima. "No tiene intención de hacer daño".

“No tenía por qué quedarse a pasar la noche. ¿No podía habernos dejado solos al menos unos días y haber regresado a Londres? ¿Tiene que quitarnos todo?”

“Rosmery, querida”

la señora Miller se acercó y le tocó el hombro con cautela

“Sólo está intentando ayudar. Y me ha asegurado que podemos quedarnos aquí todo el tiempo que sea necesario, hasta que podamos encontrar un nuevo lugar donde vivir”.

"¿Lo hizo? ¿Lo puso por escrito?"

La señora Miller se frotó el puente de la nariz. "A veces te pareces mucho a tu padre, querido".

“¡Ojalá la gente dejara de compararme contigo y con papá!”

estalló

“ Dime, ¿lo ha puesto por escrito?”

“No, no lo ha hecho. Pero, en realidad, ¿qué necesidad hay de ello? Es tu tío, Rosmery. No tienes por qué desconfiar de él”.

Rosmery se alejó de su madre y se acercó al fuego que se apagaba. "¿Qué haremos después de que dejemos esta casa?"

"Alquilaremos un lugar. El tío Bernard ha prometido ayudarnos a encontrar un lugar".

"¡En algún lugar pequeño y estrecho, sin duda, de lo que nos ha dejado Padre!"

“Nos ha dejado en una situación cómoda”

dijo la señora Miller con suavidad

“Además, Rosmery, pronto te casarás con Jonathan y estarás en Londres con él”.

Rosmery se sintió enferma al pensarlo. Sólo Jonathan sabía que ella no había amado a su padre; no podía haberlo amado, o se sentiría triste ahora, y no era así; sólo estaba muy sorprendida de que él estuviera muerto y muy enojada porque había dejado la mayor parte de su botín terrenal al tío Bernard. No podía soportar la idea de vivir con un hombre, tener intimidad con un hombre que sabía algo tan feo sobre ella. Y, además, sólo había accedido a casarse con él para alejarse de su padre. Bueno, ahora estaba lejos de él. No necesitaba a Jonathan.

“Rosmery, ¿qué pasa?”

“No estoy segura de que vaya a casarme con él”

Rosmery se estremeció

“ No estoy segura de querer hacerlo ahora”.

La señora Miller parecía sorprendida.

“Pensé... creo que él se preocupa por ti, querida. No es que quiera persuadirte en contra de tu corazón, por supuesto, pero creo... bueno, a veces él te mira”.

"Sería sorprendente que nunca lo hiciera".

“No, por supuesto. Pero es la forma en que te mira. Incluso antes de que fueras a casa de Ellen, creo que él era... pero, claro, no soy buena notando estas cosas, ¿no? Puede que me lo esté imaginando. Y lo vi abrazarte cuando llorabas, lo que me hizo pensar que las cosas habían avanzado, pero, claro, cuando alguien llora, es natural abrazarlo, ¿no? O incluso si él quiso decir algo con eso, eso no significa que tú lo hagas. Solo quiero que seas feliz, querida, y si él no te hace feliz, entonces no querría que te casaras con él, pero... pero me preguntaba si... bueno, de todos modos, puede que esté muy equivocada. No estoy segura de haberte entendido tan bien como debería”.

La señora Miller parpadeó para disipar un brillo repentino en sus ojos

“ Pero realmente creo que no deberías tomar una decisión tan rápidamente. Todo ha sido un shock terrible. Date un poco de tiempo para estar completamente segura, ¿quieres?”

Rosmery atizó el fuego moribundo, pero las brasas estaban demasiado consumidas para hacer algo más que chisporrotear. Era inútil tratar de confiar en su madre. La señora Miller sólo dudaba entre sí y Rosmery estaba segura de que no soportaría casarse con Jonathan. Ni ahora ni nunca.

“No te estaba pidiendo permiso para romper el compromiso, madre. Te estaba informando que lo estoy haciendo”.

La señora Miller parecía dolida, lo que sólo sirvió para enfadar aún más a Rosmery.

“Sólo digo, querida, que deberías darte tiempo. Estás de luto. Además, no hay prisa por poner fin al compromiso. Estás de luto. La boda debe posponerse hasta la primavera al menos. ¿Qué daño hay en esperar? Puede que dentro de seis meses te sientas muy diferente”.

"Ya he tomado una decisión. No me convencerás de lo contrario. Nadie lo hará."

“No quise intentarlo. Sólo quise decir”...

“suspiró profundamente”

“No importa. No debería haber hablado. Siempre fuiste de carácter fuerte. A veces lo deseaba... pero se necesitan todo tipo de personas para crear un mundo”.

"¿A veces deseaste que fuera manso y marchito?"

“No. A veces desearía ser más como tú”.

Una vez más, la culpa avivó la ira de Rosmery, pero se contuvo. "Lo siento", dijo con brusquedad. "No creo ser buena compañía esta noche".

“Creo que deberíamos irnos a dormir las dos”.

La señora Miller abrazó a Rosmery con un solo brazo y la besó en la mejilla

“El descanso nos hará bien a las dos”.

Salió de la habitación, pero Rosmery se quedó hasta que el fuego se extinguió por completo y ella quedó a oscuras. Tendría que contárselo a Jonathan, pero le daba miedo pensar en volver a verlo.

* * *

Jonathan no era un hombre que se arrepintiera fácilmente. No negaba que hubiera cometido errores en la vida, pero creía que, una vez cometidos, era mejor perdonarlos y olvidarlos, sobre todo cuando era él quien los había cometido.

Para él, fue una sensación nueva el sentirse presionado por la conciencia. Nunca debería haber aceptado casarse con Rosmery si no tenía la intención de cumplir con el compromiso. Fue deshonesto, engañoso, y lo único que había logrado era lastimarla. Después de una noche de insomnio, se autorecriminó, llegó a la conclusión de que lo mejor que podía hacer por ella ahora era apoyarla en su dolor y tratar de compensar el daño que le había causado de cualquier manera posible.

Al día siguiente del funeral, fue a su casa para iniciar su búsqueda. Cuando entró, el mayordomo le informó que la señorita Miller estaba en su habitación y que, si el señor Abernathy esperaba en el salón, la mandaría a buscar. En el salón, Bernard Miller estaba sentado solo junto al fuego leyendo un periódico que abandonó alegremente para contarle a Jonathan lo complacientes y agradables que eran la pobre señora Miller y las niñas a pesar de

su voz se redujo a un susurro ronco

La tragedia que las había azotado. Jonathan estuvo de acuerdo en que era realmente muy desafortunado. Desafortunado, declaró Bernard, no era suficiente para describirlo. Procedió a describirlo él mismo, con triste magnilocuencia. Jonathan miró el reloj con impaciencia. Por fin, Rosmery entró, interrumpiendo a Bernard a mitad de una perogrullada.

Jonathan cruzó la habitación hasta llegar a ella y se detuvo cuando la vio dar un paso atrás.

“Rosmery, esperaba poder hacerte compañía hoy”.

“Usted comprende que somos una casa de luto, señor Abernathy”

dijo ella, sin mirarlo a los ojos

“No se puede esperar que lo entretengamos”.

Bernard sacudió la cabeza con tristeza.

“Debes perdonar a Rosmery. Está a merced de sus emociones, pobre niña, y me temo que son bastante despiadadas”.

Jonathan ignoró a Bernard. "No estoy aquí para entretenerme, Rosmery. Estoy aquí por si necesitas algo".

“No necesito nada de ti”.

Su labio inferior tembló y se lo mordió con fuerza

“Sería más fácil si no estuvieras aquí ahora mismo. Hablaré contigo mañana. O tal vez pasado

mañana”.

“Rosmery preferiría estar sola”

dijo Bernard

“ Ha estado en su habitación toda la mañana. La invité a jugar al whist conmigo y con sus hermanas, pero como se negó, tuvimos que hacer el tonto. Es mucho mejor dejarla en paz, Abernathy”.

Rosmery le lanzó a su tío una mirada fulminante, pero permaneció en silencio.

“¿Tu madre estaba contigo?”

preguntó Jonathan.

"No, Nell estaba con la esposa del vicario", dijo Bernard. "La parroquia se está uniendo para ayudar a nuestra pequeña familia. Hemos recibido muchas cestas de provisiones de amigos... esta mañana, la mermelada de albaricoque más deliciosa".

Una vez más, los ojos de Rosmery se dirigieron a su tío, y nuevamente no dijo nada.

“¿Dónde están Dafne y Amanda?”

preguntó Jonathan

“¿Dónde está la señora Miller ahora?”

“Están todos en la vicaría”

dijo Bernard

“Estaba el asunto de”...

Movió sus gordos dedos en el aire

“¿Boinas? ¿Boinas de bombazina, tal vez?”

Rosmery se quedó completamente sola, a excepción de su tío grosero y los sirvientes. Jonathan no podía dejarla. Sin embargo, ella permaneció inmóvil y en silencio junto a la puerta abierta, deseando claramente que él se fuera. Él suspiró para sus adentros.

“¿Te apetece una taza de té, Rosmery?”

preguntó

“¿O chocolate?”

“Me encantaría una taza de chocolate”

dijo Bernard

“¿Por qué no llamas para pedirla, Gracie?”

En sus ojos se vislumbró un motín, pero fue hasta la campana y llamó a los sirvientes.

“¿Vas a tomar algo?” -preguntó Jonathan.

"No tengo hambre", dijo.

Parecía un desperdicio preparar chocolate sólo para Bernard, pero Jonathan no dijo nada. Se

quedaron de pie en silencio hasta que entró un sirviente y Rosmery dio la orden. El sirviente se fue sin que Rosmery le hubiera preguntado a Jonathan si quería algo. Él sabía que había sido un descuido deliberado. Se acercó a ella y le habló en voz baja al oído: "Si me dices que me vaya, me iré, pero de lo contrario me quedaré contigo hasta que regresen tu madre y tus hermanas".

Ella se apartó de él, casi estremeciéndose, y Jonathan supo que estaba a punto de ser despedido. Antes de que ella pudiera hablar, Bernard se rió entre dientes: "¿De qué estás susurrando? Amor joven... ¡Qué dulce!" y los ojos de Rosmery se abrieron de repente con furia.

"Quiero salir a caminar", dijo.

Jonathan miró por la ventana. "Está lloviendo".

"Llevaremos un paraguas."

Jonathan pensó que sería mejor no discutir con ella. Fue a buscar un paraguas mientras ella subía las escaleras a buscar su capa. En el momento en que salieron de la casa, ella explotó:

"¡Odio a ese hombre!"

"Es un viejo gordo y patán"

dijo Jonathan en tono conciliador, acercándola más a él para que el paraguas los cubriera a ambos

"¿Adónde vamos?"

"No lo sé"

lo apartó de un empujón

"¿Por qué caminas tan cerca?"

"Porque está lloviendo y sólo tenemos un paraguas."

La resistencia del brazo de Rosmery, unido al suyo, se suavizó.

"Tuve que salir de casa".

"Lo sé."

"Todo lo que dice me hace querer gritar."

"Puedes gritar si quieres, pero puedo ver las cortinas moviéndose, así que definitivamente te escucharemos".

Rosmery emitió un sonido que era mitad risa y mitad sollozo. Jonathan se preguntó si se habría quedado dormida. Se veía muy pálida, más pálida todavía a pesar del vestido de luto negro que llevaba.

"Podríamos ir a mi casa", dijo. "No tenemos por qué hablar. Podrías descansar, incluso dormir".

"No quiero".

Rosmery se detuvo cuando llegaron a la encrucijada. Una calle conducía a Brown Gardens, la otra a las tiendas y la iglesia

"Por aquí".

Aceleró el paso

“ El tío Bernard se comporta como si fuera el dueño de la casa. Duerme en la cama de papá, da órdenes a los sirvientes, se come nuestra mermelada”.

“Él es dueño de la casa, Rosmery”.

"¡No necesita mudarse inmediatamente!"

“Lo sé. Es un completo imbécil”.

Jonathan se sintió aliviado de que ella fuera inflexible con él, aunque fuera solo porque estaba más enojada con otra persona

“ ¿Sabes dónde irán tú y tu familia? ¿Cuánto tiempo te dejará quedarte allí?”

“¡Déjalo!”

—rió Rosmery con amargura

“Dice que no nos va a mandar lejos, pero está claro que quiere nuestra casa para él solo, ¡como si no tuviera un lugar perfecto en la Cancillería!”

"¿Dejará la abogacía?"

“No lo sé. No he preguntado”.

Siguió caminando a paso firme bajo la lluvia, salpicando de barro las botas de Jonathan

“No me importa. No importa. ¿Por qué no trabajas ?”

La brusquedad de la pregunta sorprendió a Jonathan.

“Estudié Derecho en Cambridge”.

“Lo sé. ¿Por qué no te pones a trabajar? ¿No te aburre tener que dedicar tu tiempo a otras cosas más que a salir de fiesta?”

Otras mujeres ya le habían hecho esa pregunta a Jonathan, pero nunca en un tono tan beligerante.

"Me aburre menos salir de paseo que estudiar derecho. ¿No te aburre bordar?"

“Sí”

dijo frunciendo el ceño

“Está bien cuando tiene algún propósito, cuando estoy remendando medias o algo así, pero bordar florecitas en trozos de muselina sin ningún otro propósito que demostrar que puedo hacerlo... es como si Penélope cosiera su alfombra y luego la deshiciera cada noche”.

"Había un propósito en eso."

Rosmery le lanzó una mirada asesina. "Sabes a qué me refiero".

“Jamás me atrevería a dar por sentado algo así”

Jonathan se arriesgó a provocarla. Si no estaba de humor para que la consolaran, tener un blanco para su ira podría brindarle algo de alivio.

Sus mejillas se sonrojaron levemente, pero no respondió. Entonces, de repente, se detuvo.

Jonathan se detuvo con ella. Estaban en la puerta que conducía al cementerio de la iglesia.

Lentamente, Rosmery abrió la puerta y la empujó. Jonathan la siguió adentro. Caminó por las

filas de lápidas hasta que llegó a la parcela de su familia. La tierra yacía en un rectángulo oscuro donde habían enterrado al señor Miller.

"No hay ninguna piedra."

"La tierra tiene que asentarse, Rosmery."

"¿Cuánto tiempo se tarda?"

"No estoy seguro. Hace mucho tiempo, creo."

Se quedó mirando la tierra negra como si estuviera pensando en desenterrarla de nuevo. Jonathan le tocó la mano y, al ver que ella no se encogía, le apretó los dedos con suavidad. Por unos instantes, se quedaron así, luego ella apartó la mano lentamente, deliberadamente. El repiqueteo de la lluvia casi ahogó sus siguientes palabras:

"No quiero casarme contigo."

Jonathan la miró fijamente, pero ella miró con resolución la tumba de su padre. ¿Había oído mal?

"¿Perdón?"

"No quiero casarme contigo."

Ella lo decía en serio. Levantó la cara hacia el cielo y dejó escapar un largo y profundo suspiro. Todo había terminado. Era libre. Podía regresar a su antigua vida, a la independencia en Londres, a las sonrisas cómplices de las mujeres casadas y a los escauceos que empezaban con el final ya decidido. El alivio se apoderó de él; tuvo que hacer grandes esfuerzos para contener la risa.

Bajó la mirada y se encontró con los ojos tristes y ansiosos de Rosmery. El impulso de reír murió.

"Lo siento mucho", dijo.

"No te disculpes. No has hecho nada malo."

Ella asintió, pero no parecía menos ansiosa. Una ráfaga de viento hizo que cayera una lluvia punzante bajo el paraguas. Jonathan miró hacia arriba. El cielo estaba negro con nubes que corrían y la lluvia se hacía cada vez más fuerte a su alrededor.

"Has elegido un día maravilloso para dar un paseo", dijo Jonathan, temblando. "Vamos a refugiarnos en la iglesia hasta que pase la tormenta".

A esa hora del día, la iglesia estaba vacía y claramente lúgubre. Una luz turbia se filtraba a través de las vidrieras y una humedad fría flotaba en el aire. Sus pasos resonaron mientras se dirigían a un banco y se sentaban.

"Podría volver a casa andando"

dijo Rosmery al cabo de un rato

"No me importa mojarme un poco".

"Me importa."

"No tienes que caminar conmigo."

“Me molesta que te mojes”

dijo Jonathan

“Empapada, más bien. Medio ahogada”.

"Ya no tienes que preocuparte por mí. Ya no estamos comprometidos".

"Ten paciencia, Rosmery. La tormenta pronto pasará".

Jonathan se apoyó en el respaldo del banco que tenía frente a él y miró fijamente la sombra difusa del altar. A su lado, el paraguas goteaba de forma constante y tenue sobre el suelo. Su abrigo de lana olía a perro mojado. Por encima de eso, se elevaba el aroma de algo cítrico y floral: el jabón de Rosmery. ¿Sasafrás, tal vez, o bergamota? Inusual. Las mujeres jóvenes por lo general olían a rosas o lavanda. De alguna manera, le sentaba bien a Rosmery. Tenía especias escondidas.

“¿Por qué no quieres casarte conmigo?”

preguntó.

"No encajamos."

"Nunca lo hicimos. Nunca te importó hasta hoy".

El banco crujió cuando ella se movió en su asiento. "Sí me importó. Sólo que no lo dije".

Durante un largo rato reinó el silencio, salvo el goteo del paraguas y el rugido sordo de la lluvia afuera.

“A veces eres tan grosera”

dijo Rosmery de repente

“ Detestable. Insultante. Vergonzosa. Vanidosa”.

Jonathan hizo una mueca. "Continúa."

“Sé que a veces dices cosas sólo para ofenderme. Sobre todo, cuando estamos juntos”.

Su voz temblaba

Es cruel. Y es estúpido.

Así era. A pesar del frío en el aire, las mejillas de Jonathan estaban cálidas.

"Y, en definitiva, no estoy enamorado de ti. Ni siquiera me gustas. Y sospecho que yo no te gusto. Entonces, ¿por qué deberíamos casarnos? No es más que un arreglo financiero que hizo mi padre. Ahora que está muerto... no hay ninguna razón para que siga en pie".

A excepción de las tres mil libras que Rosmery debería haber tenido como dote.

“El problema es que, Rosmery.”.

“Ahora que ya no estamos comprometidos”

lo interrumpió

“puedes empezar a llamarme señorita Miller de nuevo”.

“El problema es que, señorita Miller”...

Jonathan se detuvo. El corazón le latía con fuerza y tenía las mejillas calientes. Estaba consiguiendo lo que quería. Al final había sido fácil. ¿Por qué debería sentirse culpable por ello? Era lo mismo que Rosmery quería. Ella lo había dicho.

Y justo ayer había sido el funeral de su padre. Y ella no había dormido. Y no lloraba. Y estaba llena de dolor que intentaba que nadie lo viera.

Se estaría aprovechando de ella si le tomara la palabra ahora.

El problema es que me gustas, Rosmery.

Ella se puso rígida. "Es la señorita Miller".

“No, soy Rosmery. Me gustas demasiado como para romper nuestro compromiso tan fácilmente. Tu padre acaba de morir. Estás de luto. No estás en condiciones de tomar una decisión así, así que no puedo aceptarla”.

“¿Qué?”

Su tono era acerado

“¿Crees que estoy loca? Sé lo que quiero, Ja... señor Abernathy. Sé cómo me siento. No tienes ningún derecho a decirme lo contrario. ¡Qué arrogancia! ¡Qué descaro tan... condescendiente, arrogante... arrogante!

Se puso de pie de un salto y cogió el paraguas que estaba a su lado

“Te arrepentirás de esto, señor Abernathy”.

“No tengo ninguna duda”

dijo Jonathan cortésmente

“Mejor yo que tú”.

Capítulo 21

Tal vez, pensó Jonathan mientras seguía a Rosmery bajo la lluvia, podría haber abordado el asunto con mayor delicadeza. Había hecho enfadar a Rosmery. Cada vez que se acercaba a ella, ella le daba un manotazo con el paraguas. Además, seguía lloviendo con bastante fuerza. Tenía el pelo aplastado sobre la cabeza y las costuras del abrigo empapadas.

Por otra parte, la ira podía ser buena para ella. Sin duda había traído algo de color a sus mejillas y fuego a sus ojos.

Cuando llegaron a la encrucijada, Rosmery tomó un camino diferente, no el que llevaba a su casa. Jonathan trotó más cerca, esquivando el golpe que ella le lanzó.

"¿A dónde vas?" preguntó.

"No me hables"

le espetó

"No digas ni una palabra más".

Jonathan se retiró y se puso fuera del alcance del paraguas. "Mis botas están empapadas", dijo. "Probablemente se encogerán".

"Te lo mereces".

Rosmery siguió caminando bajo la lluvia, con las faldas empapadas golpeteando rígidamente sus tobillos. Restos de tinte se filtraban de su vestido sobre sus medias y guantes.

"Se te está corriendo el vestido", dijo. "Lo mejor será que te vayas a casa y te pongas algo seco. Probablemente nos resfriemos los dos".

"¡Simplemente quédate callado!"

Rosmery chapoteó en un charco. Jonathan la siguió con cuidado. La lluvia empezaba a disminuir y la luz del sol atravesaba las nubes en el horizonte. La gente pronto saldría de sus casas para dar un paseo o hacer recados. A él no le importaba mucho parecer un tonto, pero no quería que nadie viera a Rosmery como estaba ahora. Su capa cubría cualquier indecencia que la lluvia pudiera haber hecho con su vestido, pero su cabello estaba en un moño desaliñado hasta la mitad del cuello y sus faldas estaban perdiendo más tinte a cada minuto. Aparecer así en público, en particular cuando se suponía que estaba de luto, la convertiría en objeto de burla y desprecio.

"Por favor, no vayamos al pueblo", dijo. "Si es con tu madre con quien quieres hablar, iremos a casa y la mandaré a buscar".

"No vamos a ir al pueblo"

dijo Rosmery mientras giraba hacia una calle lateral

"Vamos a ver a tu padre".

Eso hizo callar a Jonathan. No había considerado lo que su padre podría tener que decir al respecto.

Llegaron a su casa justo cuando la lluvia había disminuido hasta convertirse en llovizna. Rosmery empujó la puerta principal y subió las escaleras hasta el salón, goteando tinte violeta a su paso. El señor y la señora Abernathy estaban tomando té y galletas juntos junto al fuego, protegidos de la corriente de aire por unos biombos altos.

“¡Estás empapada!”

dijo la señora Abernathy

“¡Jonathan, aléjate de ese sofá! Es de seda”.

Ahora que estaban allí, Rosmery parecía no saber qué decir. Se quedó parada en medio de un charco cada vez más grande en la alfombra, respirando con dificultad y mirando furiosa a Jonathan, al señor Abernathy y viceversa.

—Creo que lo mejor será que pidas más té y galletas, Margaret

—dijo el señor Abernathy

— Y algunas toallas. ¿Por qué no te sientas, Rosmery?

La señora Abernathy dejó la taza de té y salió de la habitación. Jonathan empujó una silla antes de que Rosmery pudiera sentarse en el sofá de seda. Ella se hundió en ella, con las manos temblorosas. Jonathan pensó que tal vez iba a llorar, pero ella apretó los puños y pareció recomponerse.

"No aceptará que no me case con él", dijo Rosmery. "El hombre no puede negarse a aceptarlo. No se puede... no se puede hacer".

El señor Abernathy parecía sorprendido. Jonathan tuvo que reconocerle el mérito a Rosmery. En veintisiete años, no había logrado sorprender a su padre ni una sola vez.

—Y ¿por qué, querida, deseas romper...? Pero no. Con desearlo basta. No debo pasarme de la raya.

—El señor Abernathy enarcó una ceja en dirección a Jonathan

— Sabes muy bien que un hombre acepta la palabra de una mujer en estas circunstancias.

En el tono de acero de su voz había una furia perfectamente controlada. Jonathan sabía que debía indignarse por tener que decir eso cuando, de todos los implicados, él era el que más deseaba que se celebrase el matrimonio. Pero el señor Abernathy nunca haría algo que no fuera correcto. En cuanto a Jonathan, no quería ofender a Rosmery ni enfadar aún más a su padre. Elegía sus palabras con cuidado.

—Es natural que Rosmery esté muy alterada en estos momentos, padre. Creo que ahora, en ese estado de emoción, no debería tomar esas decisiones.

"No me trates como a un niño. No me trates como a un incompetente. Sé lo que pido, Jonathan".

El señor Abernathy miró a Rosmery y a Jonathan y luego a Rosmery, con los labios fruncidos hacia un lado. Mientras aún pensaba, la señora Abernathy regresó con dos toallas y una criada la siguió con una bandeja de tazas y galletas.

—Sécate

—lo reprendió, dándole una toalla a Jonathan y otra a Rosmery

—. No entiendo por qué entraste así, ni por qué saliste con semejante lluvia.

—Pensé que era un lindo día para caminar

—dijo Jonathan, mientras se ponía a trabajar con la toalla

—. Será mejor que te quites la capa, Rosmery. Se secará mejor junto al fuego.

Ella le lanzó una mirada resentida, pero se quitó la capa de los hombros. La señora Abernathy la recogió y la colgó sobre una de las mamparas junto al fuego. Con el pelo medio seco, Jonathan notó un desagradable chapoteo en sus zapatos. Se quitó las botas, las medias y se sentó en una silla para secarse los pies embarrados. Rosmery la miró y luego apartó la mirada rápidamente, con la punta de la nariz sonrosada. Había algo entrañablemente inocente en ello. Jonathan se tragó la media docena de comentarios burlones que le vinieron a la mente. Solo la ofenderían.

—Y ahora, ¿de qué se trata todo esto?

—preguntó la señora Abernathy.

El señor Abernathy hizo una mueca. "Para mi gran pesar, parece que Rosmery no será nuestra nuera después de todo".

Los ojos de la señora Abernathy se convirtieron en dos rendijas negras y brillantes. "¡Jonathan!"

Jonathan suspiró.

—No es su culpa

—dijo Rosmery con un hilo de voz

— No quiero casarme con él. Eso es todo.

"¿Y por qué no?"

"No la insistas, madre."

"Pero lo único que quiero saber es por qué ha cambiado de opinión. No es mucho pedir. A mí también me interesa este compromiso. Ella va a ser... *iba* a ser la madre de mis nietos".

Las mejillas de Jonathan ardían y las de Rosmery también estaban rojas. Afortunadamente, el señor Abernathy intervino.

—Déjalo así, Margaret

—dijo

—. Debemos respetar la elección de Rosmery.

—Miró a Jonathan

—. Y a ti también.

—Respeto a Rosmery

—Jonathan hizo una pausa, incómodo, recordando algunos de sus comportamientos pasados

—. No hago esto para ofenderla

—se volvió hacia ella

—. Lamento lastimarte, pero creo que te lastimaría más si aceptara tu decisión. Hace una semana, estabas contenta de casarte conmigo. Nada ha cambiado entre nosotros desde entonces. La muerte de tu padre no cambió lo que sientes por mí.

"Dejó en claro mis sentimientos".

¿Lo había logrado? ¿Se había equivocado? ¿De verdad estaba hablando con la mente clara y el corazón despejado? Pero la mirada en sus ojos era exactamente como la de un animal herido que ataca a cualquiera que se le acercara.

El señor Abernathy se aclaró la garganta.

—No pretendo disuadirla con esto, Rosmery, pero he descubierto que el dolor es una niebla negra, no una luz que me guíe.

—No sabes de qué hablas, querida.

—La señora Abernathy puso una mano huesuda sobre el hombro de Rosmery

— Con el tiempo...

—Por favor, no me toques.

—Rosmery se apartó

— Sé lo que quiero. Estoy segura.

"Ahora, todo lo que necesitas es..."

—Madre, déjala en paz.

—Jonathan tomó la mano de la señora Abernathy y la apartó de Rosmery. Ansiaba abrazar a Rosmery él mismo, pero sabía muy bien que ella odiaría eso. No se podía apresurar a un animal herido. Había que dejar que viniera hacia uno.

El señor Abernathy se reclinó en su silla y miró a Rosmery pensativamente. "¿Por qué no tomas un poco de té, Rosmery? Estás empapada".

Eso distrajo a la señora Abernathy. Sirvió té para Rosmery y Jonathan, poniendo generosas cantidades de leche y azúcar y colocando una galleta en cada platillo. Cuando Rosmery recibió la galleta, se la metió en la boca y se la tragó en dos bocados.

—Me permito señalar

—dijo el señor Abernathy con mucha amabilidad

— que, en cualquier caso, la boda se ha pospuesto seis meses, por lo que poner fin al compromiso no tiene por qué ser una cuestión urgente.

Rosmery tomó un sorbo profundo de té.

—Se acabó. Se acabó. No me casaré con él. Vine aquí sólo para que tú lo hicieras... lo hicieras...

—Viniste aquí para meterme en problemas

—dijo Jonathan

— Te aseguro que lo has logrado. Pero mi padre será educado y esperará hasta que hayas salido de la habitación antes de despellejarme.

"Hablaemos", dijo Abernathy.

—Y las palabras serán muy afiladas.

—Jonathan dejó el té en la bandeja; era demasiado dulce para su gusto

—. Mira, Rosmery, no puedo obligarte a casarte conmigo, pero en lo que a mí respecta, seguimos comprometidos. Nada de lo que diga mi padre me hará cambiar de opinión. Tú eres quien tiene que convencerme.

"¿No es suficiente nada de lo que he dicho hoy?"

"Nada."

"¡Lo haces imposible!"

—No lo sé. Te lo dije: puedes convencerme. Pero hoy no lo has hecho. ¿Lo intentamos mañana otra vez? Puedo llamarte a la misma hora.

Sus ojos brillaban de ira. Se dio la vuelta para mirar al señor Abernathy. "¿Qué tienes que decir sobre esto?"

"Querida, no sé qué decir. Si me estás pidiendo que obligue a Jonathan a ceder, no puedo. Está más allá de mi poder. Si quieres saber mi opinión, lamento confesar que Jonathan, por muy poco elegante que se haya expresado, puede haber captado la verdad en este asunto".

Los labios de Rosmery se abrieron y cerraron sin dejar escapar ningún sonido. Inclino la cabeza y miró fijamente su regazo. Jonathan la observó con atención.

"Me gustaría irme a casa ahora", dijo finalmente, con voz tranquila y entrecortada.

—Jonathan puede llevarte

—dijo la señora Abernathy

— Sigue lloviendo.

"No, no quiero que lo haga."

Jonathan suspiró.

—Será mejor que llames al carruaje, madre.

—Muy bien. Tardaré unos minutos en prepararlo. Ven, Rosmery. Debes arreglarte antes de irte. Se te ha soltado el pelo.

Salieron de la habitación sin que Rosmery mirara a Jonathan ni una vez. Jonathan miró a su padre con recelo. Había frialdad en sus ojos. Fuera verdad o no, no estaba contento con Jonathan.

El señor Abernathy se reclinó en su silla y juntó las manos sobre las rodillas. "Si hubieras tratado a esa mujer con la debida amabilidad, ahora mismo estaría cayendo ante ti, en lugar de salir corriendo".

"Estoy tratando de compensar los errores del pasado."

"Con mucho tacto, puedo ver."

"Traté de ser amable. A ella le gustó menos".

La mejilla del señor Abernathy se contrajo.

—Entiendo, Jonathan, que hay en ti cierta vena satírica, pero siempre creí que se debía a una parcialidad hacia las mujeres, no a una animosidad contra ellas. Lo primero es simplemente un despropósito. Lo segundo es una locura despreciable.

"Puedes insultarme todo lo que quieras. Rosmery no quería mi amabilidad hoy".

"Porque no ha recibido lo suficiente en el pasado para creerlo cuando lo ve".

—¿Qué esperabas, padre? Nunca quise casarme con nadie, y mucho menos con ella. Tú me obligaste a hacerlo. ¿Qué clase de hombre sería amable con una mujer en esas circunstancias?

—Un hombre decente

—la voz del señor Abernathy sonaba como el hielo

— Que es lo que yo creía que era usted, a pesar de sus manifiestos vicios.

Jonathan apretó los puños con las manos temblorosas.

—Estoy intentando hacer lo correcto con ella ahora. No creo que ella quiera realmente echarse atrás. Creo que es un espasmo de dolor. Tampoco es lo que necesita. Me hablaste de su dote. ¿Qué podemos hacer si rompe el compromiso? ¿Darle el dinero? La humillaría. Ella nunca lo aceptaría.

El señor Abernathy observó a Jonathan atentamente durante varios minutos antes de apartar la mirada. "Es una situación imposible de ganar, Jonathan, intentar hacer lo que es mejor para una mujer negándose a satisfacer sus deseos sinceros. Ella no es una niña".

—Entonces no puedo ganar

—Jonathan negó con la cabeza

— Debería haberlo sabido desde el momento en que me comprometí con ella.

Jonathan pensó que Rosmery se ablandaría en un día o dos. La visitó a la mañana siguiente, con la intención de conquistarla. Para su disgusto, el lacayo le dijo que la señorita Miller no estaba en casa. Bueno, pensó Jonathan, le daré un tiempo para que se calme.

Le dio otro día más. Ella seguía sin estar en casa. Tampoco estaba allí el tercer día, ni el cuarto, ni el quinto.

El sexto día, en un ataque de ira, se dirigió a Londres y consiguió que su padre le permitiera utilizar el carruaje y los caballos diciéndole que tenía que comprobar cómo estaba la casa. De hecho, se dejó caer por su casa, donde recogió algunas cartas, pero su primer paso después de eso fue ir a su club, donde jugó varias partidas de billar y perdió quince chelines. Fue entonces cuando decidió cortar por lo sano y retirarse al salón a beber cerveza y leer sus cartas. Había una larga de Lopez, la primera que Jonathan recibía de él en varias semanas. Para Jonathan fue una sorpresa encontrarse criticado en la carta: Lopez pensaba que el plan para librarse de Rosmery era cruel y peligroso y le dijo a Jonathan que fuera honesto con ella y con su padre. Bueno, eso fue echar sal en la herida. La posdata fue un poco tranquilizadora: una confesión bastante tímida de la señora Lopez de que esperaban una pequeña incorporación al círculo familiar, seguida de una aclaración de la tía de Lopez, georgiana, de que la señora Lopez no estaba hablando de

cachorros, y terminó con Lopez refunfuñando porque las mujeres habían explicado el asunto entre ellas y, por lo tanto, no le quedaba nada que decir al respecto.

Sintiendo matices de decepción en la posdata de Lopez, Jonathan llenó cuidadosamente una página con tonterías sobre gatitos, diciendo todo lo que posiblemente se podía decir sobre los gatitos y sus efectos en el círculo familiar, y señalando que ahora que había agotado el tema, Lopez podría desear escribir sobre algo más que gatitos en su próxima carta, aunque Jonathan no pudo sugerir qué.

Empezó una nueva página y se dedicó a tratar su propia situación. Admitió, sin orgullo, que se había equivocado al intentar librarse de Rosmery. Describió sus esfuerzos y la resistencia de Rosmery a ellos. Luego habló de la muerte del señor Miller y el efecto que había tenido sobre el problema: tenía que casarse con Rosmery o la estaba condenando a la pobreza. En ese momento, la autocompasión lo invadió:

Así que aquí estoy, obligado a persuadir a esta pobre criatura para que se case conmigo en contra de su obstinada voluntad y en contra de todos mis deseos sinceros, cuando hasta ahora he intentado sin éxito hacer todo lo contrario. Pero esta vez lo lograré (es simplemente una histeria suya) y sufriré todos los días del resto de mi vida por ello, sin duda. Ella es miserable, irracional, rencorosa y no lo suficientemente bonita como para empezar a compensarlo. Es un sacrificio personal extremo casarse con una zorra así, pero tengo...

Mientras escribía, una sombra se proyectó sobre la página y levantó la vista. El señor Mateo estaba detrás de él, inclinado sobre su hombro y leyendo las cartas.

"No es muy educado", dijo Jonathan.

—No, en absoluto

—dijo Mateo

— Pero estabas sumido en tus pensamientos. No quería interrumpirte. Así que Lopez dejó embarazada a la nueva mujer. Qué divertido. No tardó mucho.

"Me han hecho creer que, en ocasiones, sólo se necesitan diez minutos", dijo Jonathan con ironía.

—Bueno

—dijo Mateo mientras jugueteaba con la navaja

— Con una vez basta, según tengo entendido.

Jonathan deseó irse, pero en lugar de eso, tomó la navaja y comenzó a cortar los puños deshilachados de su traje, y los hilos cayeron sobre las cartas de Jonathan.

"El señor Miller está muerto", dijo Mateo.

"Él es."

—Y entonces te casarás con su hija por lástima. ¡Qué emoción tan estúpida! Si yo fuera tú, le tomaría la palabra y saldría corriendo.

—Pero tú no eres yo.

—Jonathan tamborileó con los dedos sobre la mesa. De pronto se le ocurrió que un plan que Mateo había aprobado no podía ser bueno. Además, se avergonzaba de su carta, que era muy

cruel con Rosmery y ciertamente no del todo cierta en cuanto a sus sentimientos hacia ella. Con el ceño fruncido, hizo una bola con la segunda página y la arrojó a la chimenea. No dio en el blanco, rebotó en la rejilla y cayó sobre el hogar. Antes de que pudiera levantarse, Mateo se acercó, la recogió y la dejó caer a las llamas.

—Me ha parecido

—dijo Mateo, volviendo a acercarse a Jonathan

—que te has metido en un buen lío. Quizá pueda ayudarte a salir de ahí.

"Lo dudo."

—Pero en serio, Abernathy, vi el problema cuando se te ocurrió la idea. Si no lograbas que ella se echara atrás, tendrías que casarte con una mujer que te odiara.

"Y no dijiste nada al respecto."

Mateo se encogió de hombros. "Pensé que lo lograrías. De hecho, lo lograste. Podrías creerle y marcharte".

"No puedo. Ella no lo dice en serio y perdería mucho dinero".

—Ah, pero hay hombres que se casarían con ella sin dinero.

"No tú, si estás ofreciendo."

—No, no es mi caso, pero me parece que las viejas llamas aún pueden arder con fuerza.

Jonathan miró fijamente a Mateo. "¿Te refieres a Ferrarini?"

—Sí, lo sé. Está en Londres, ¿sabes? Y su esposa está muerta. Creo que quiere un sustituto.

"Lo sé. Conocí a ese perro".

Mateo se rió. "¿Cur? Siempre pensé que era más bien un gato: un gato doméstico elegante y sobrealimentado, amante de las comodidades".

"Un hombre amante de las comodidades no se casaría con una mujer sin dinero".

"Pero los gatos son criaturas orgullosas. No les gusta que les nieguen lo que codician. Y ella se lo negó a él hace tantos años. Yo podría ayudarte a reunirlos de nuevo. Con un poco de preparación, un poco de incitación, podríamos lograr que él te la quite de encima".

Jonathan se estremeció.

—Absolutamente no.

—Se puso de pie y recogió las cartas de la mesa

—. No le haría eso, ni, aunque pensara que podría hacerlo.

—Entonces invítame a una copa y se me ocurrirá una idea mejor. ¿Qué tal una prima? ¿Tiene alguna prima?

—Por una vez, cómprate tu propia maldita bebida —espetó Jonathan—. ¿No te cansas de aprovecharte de los demás?

"Así es, pero se requiere mucho más esfuerzo cuando uno no puede vivir a costa de su propio

padre".

Jonathan se sintió aún más molesto al saber que era cierto. "Tu padre te dejó una pequeña fortuna", dijo. "No es mi culpa que la hayas malgastado en codicia y vicio".

Los ojos oscuros de Mateo brillaron con una ira repentina, luego se rió y la ira se desvaneció; Jonathan nunca lo había visto perder los estribos, sin importar la provocación. Se encogió de hombros con elegancia.

—Muy bien, encontraré otro amigo.

Al menos no era un mal perdedor, pensó Jonathan mientras se alejaba.

Capítulo 22

Rosmery estaba sentada arriba, en la pequeña habitación que daba a la parte delantera de la casa y que la señora Miller utilizaba como sala de estar. En realidad, no era mucho más que un rincón, con cuatro sillas desvencijadas en una mesa desvencijada y un banco de madera bajo la ventana, cuya dureza apenas se disimulaba con cojines raídos. Allí se acumulaban restos de otras partes de la casa: mazos desordenados, un paraguas roto, una colección de revistas muy antiguas, un muestrario de bordados sin terminar, una baraja deshilachada y, por alguna razón, varias cajas vacías de polvos de dientes. Era una habitación fría e incómoda, pero tenía la ventaja de que el tío Bernard nunca ponía un pie en ella. Prefería el salón, con su chimenea más grande y sus sillas más mullidas. Durante la última semana, Rosmery había pasado mucho tiempo allí sentada. Le daba tiempo a solas para pensar y, a través de la ventana, podía ver a Jonathan llegar a su visita diaria y luego verlo marcharse, rechazado, unos minutos después.

Hoy llegó tarde. Era más de mediodía y todavía no había llegado. Ayer no había llegado, pero su ausencia se había justificado cuando la señora Abernathy pasó por la casa por la tarde para darles un pastel de frutas que ella misma había preparado; él estaba en Londres ese día.

Vendría pronto. Quizá se había quedado dormido después del viaje. Y cuando lo hizo...

"Él no viene."

Rosmery saltó y abrió la puerta. Amanda estaba allí, sosteniendo un plato de pastel de frutas.

—¿Quieres un poco?

—preguntó con la boca llena

— Es bastante malo, pero te gusta.

—Está bien.

—Rosmery se levantó del banco y tomó un trozo de pastel

— Será mejor que no venga. No quiero verlo.

—Eso explica por qué miras con tanta devoción desde la ventana.

—Amanda dejó el plato sobre la mesa y hojeó la pila de revistas

— junio de 1818. Diciembre de 1816. Marzo de 1806... Dios mío, qué sombreros más raros llevaban los hombres.

—Dejó caer la revista y miró los mazos desordenados con curiosidad—. Me pregunto si podemos jugar al desorden en el duelo.

"Odio el desorden."

—Por supuesto que sí

—dijo Amanda y tomó otro trozo de tarta

— Me gustaría tener un amante al que despreciar. Creo que se me daría bien. Y parece divertido.

Rosmery mordisqueó el pastel. Tenía un sabor a brandy muy fuerte. Volvió a dejar el trozo en el

plato. "No es un juego. Ojalá Jonathan me dejara en paz".

—A mí también me gustaría

—dijo Amanda

— Creo que estás mejor sin él. Siempre fue un imbécil.

Rosmery tosió. "¿Un qué?"

"Un princeton. El cocinero lo dice del mozo de cuadra".

—Lo cual probablemente sea razón suficiente para no repetirlo.

—Rosmery volvió a probar el pastel y no le gustó.

—¿Qué significa?

"El mozo de cuadra siempre está molestando al cocinero y tratando de pellizcar a la fregona".

—Jonathan no es así en absoluto. Es descarado, vanidoso y, a veces, francamente tonto, pero no es...

— Rosmery se interrumpió cuando sonó el timbre—. Debe ser él. Pero no quiero verlo. Debe aprender que lo que dije fue en serio.

Amanda levantó una ceja, pero no dijo nada.

Unos momentos después, se oyeron pasos en las escaleras y el lacayo apareció en la puerta.

—El señor Ferrarini va a visitar a la señorita Miller

—anunció

—¿Está la señorita Miller en casa?

—¿Señor... Ferrarini?

—Un escalofrío de inquietud recorrió la espalda de Rosmery

— No... No, mándelo arriba.

Amanda la miró con recelo. "¿Qué está haciendo aquí? No estarás despreciando a dos amantes, ¿verdad?"

—No seas tonta.

—Rosmery miró su reflejo en la ventana y se acomodó un mechón de pelo suelto—. Quédate aquí mientras él habla conmigo.

"¿Y qué pasa si tiene cosas propias de un amante que decir?"

Ése era exactamente el punto. Pero no lo haría. No. No podía sentirse así después de todo ese tiempo. Tal vez nunca lo había sentido. "Quédate, Amanda".

Se oyeron pasos en el pasillo de nuevo y el lacayo condujo al señor Ferrarini al interior de la habitación. Al instante le pareció demasiado pequeña y estrecha, pero Rosmery no quería pasar al salón donde el tío Bernard dormitaba junto al fuego. Hizo una breve reverencia a Ferrarini. Amanda no se movió de su silla. Ferrarini la miró con reproche, pero no dijo nada sobre su grosería; siempre le había tenido un poco de miedo a Amanda.

—Buenos días, señorita Miller

—respiró hondo

— Señorita Amanda.

—Oh, buenos días, vicario

—dijo Amanda dulcemente.

Ferrarini se tiró del cuello de la camisa. "Lo pensé mucho antes de hacer esta llamada. No sabía si mi presencia haría daño o sanaría. Pero como alguien que solía ser un amigo muy cercano, quería ofrecer mis más sinceras condolencias en este momento difícil".

Había venido a expresar su pésame. Rosmery dejó escapar un pequeño suspiro de alivio. "Gracias, señor Ferrarini. Agradezco sus condolencias".

Dicho esto, la conversación bien podría haber concluido cortésmente, pero Ferrarini no hizo ningún movimiento para irse. Su mirada vagó con curiosidad por la habitación, observando el muestrario de bordados y las cajas de polvos dentales, y luego deteniéndose en el pastel de frutas. Amanda movió el plato del pastel en silencio hacia su regazo.

Ferrarini miró a Rosmery y la miró a los ojos en silencio. Después de un momento incómodo, no demasiado largo, su mirada se desvió hacia un lado. Parecía no saber qué decir, pero tampoco sabía hacia dónde se dirigía la puerta. Finalmente, colocó una mano sobre la banda negra que llevaba en el brazo.

—Yo también comprendo lo que es perder a un ser querido

—dijo

— El dolor, la pena, la... tristeza.

—Suspiró profundamente

— Pero era el momento de tu padre. Él fue llamado a Dios. Debes consolarte con eso. De hecho, hay alegría en la reflexión de que, al dejar este mundo mortal, nuestros seres más queridos han ido a Dios.

Amanda puso los ojos en blanco. Rosmery intentó pensar en una forma educada de deshacerse de él, pero Ferrarini se estaba entusiasmando con el tema. Separó los pies y la miró con la barbilla baja, como lo haría desde el púlpito y dirigiéndose a su congregación.

"Y espero que te dé un poco de paz saber que, aunque personalmente no tengo motivos para amar a tu estimado padre, he estado rezando sin parar por él y por tu familia. Y por ti, por supuesto. Puede que ya no tenga la libertad de llamarte querido, pero eso no significa que quiera rechazar la ayuda de Dios en tus pruebas. De hecho, aquellos que más me han herido son aquellos por quienes debo implorar más misericordia".

"Eso es muy magnilocuente de tu parte", dijo Rosmery.

—Eso espero.

—Ferrarini se acarició el cuello mientras la observaba

—. Dígame, por favor, ¿cómo murió? Fue bastante repentino, ¿no? Fue un shock.

"El médico dijo que era su corazón".

Ferrarini sacudió la cabeza.

—Es terrible, terrible. No era muy viejo. Y ahora te deja a ti y a tus pobres hermanas jóvenes completamente desprotegidas en el mundo.

—Nuestra madre aún está viva

—dijo Amanda con dulzura

— Probablemente esté arriba.

Ferrarini tosió. "Quiero decir, sin la protección de un hombre, a merced del mundo. Qué tragedia que el señor Miller no haya dejado un hijo que cuide de sus hijas".

— Supongo que es una suerte, entonces, que tengamos dos cuñados y que yo esté comprometida

— dijo Rosmery.

"En lo que a mí respecta, tenemos un excedente de hombres", dijo Amanda.

Ferrarini le dirigió una media sonrisa insegura. "Puede sentirse así, sí, de hecho, creo que puede serlo, cuando la persona que más deseas que esté aquí nunca más volverá a estar aquí".

— O cuando simplemente deseas...

—Amanda se interrumpió cuando alguien llamó a la puerta. Era el lacayo de nuevo.

"El señor Abernathy está aquí por la señorita Miller", dijo.

Ferrarini se puso rígido y Amanda sonrió. Rosmery vaciló; no podía negarse a ver a Jonathan delante de Ferrarini. No después de que acababa de anunciar que estaba comprometida.

"Por favor, tráelo", dijo.

"Supongo que el señor Abernathy es un pilar de apoyo en medio de la tormenta de su tragedia", dijo Ferrarini.

—Oh, él llama todos los días

—dijo Alicia.

Rosmery pensó que Ferrarini podría irse, pero él se limitó a moverse para quedar de cara a la puerta, con la espalda apoyada contra la pared. Cuando Jonathan entró, miró a Ferrarini y luego miró inquisitivamente a Rosmery. Todo el mundo parecía estar mirándola y la habitación parecía muy pequeña y abarrotada. Una oleada de calor vertiginoso la invadió. Si Jonathan no hubiera llamado. Si Ferrarini se fuera. Si Amanda no estuviera sonriendo de esa manera.

La vergüenza la obligó a romper el silencio.

—Jonathan

—dijo—. Jonathan.

—Eso parecía muy inadecuado, y Ferrarini la observaba como un gato observa a un pájaro enjaulado. No podía dejar que sospechara lo que sentía por Jonathan. Cruzó la habitación y tomó la mano de Jonathan entre las suyas

— Estás aquí.

La miró con sus ojos azules entrecerrados, luego a Ferrarini y a Amanda. "Parece que estamos todos aquí".

Su tono era frío. Ferrarini parecía más bien presumido y conocedor. Rosmery respiró profundamente y jugó con los dedos de Jonathan en lo que esperaba que fuera un gesto de amante. Llevaba guantes, así que no parecía un gesto de amante, pero tal vez a Ferrarini le pareciera así. Jonathan observó sus manos y luego levantó la mirada hacia ella, luciendo preocupado. Bajó la mirada de nuevo, luego se llevó la mano de ella a los labios y la besó. Eso sorprendió por completo a Rosmery y, como suele suceder con las sorpresas, su corazón dio un vuelco.

Jonathan dejó caer la mano.

—Te recuerdo, Ferrarini.

Ferrarini alzó las cejas.

—Me sorprende. Dado el estado en el que te encontrabas cuando nos conocimos, tus recuerdos deben estar nublados.

—No, en absoluto. Está claro como el agua. Pero ahora no es momento de recordar.

—Jonathan cruzó la habitación en dos pasos y recogió el paraguas roto que estaba en la esquina junto con los mazos

— Puedes tomar prestado este, Ferrarini.

"¿Disculpe?"

"Bueno, está empezando a llover. ¿Viniste en bicicleta o tienes un carro?"

"Resulta que he venido andando desde la posada. Mi carruaje está allí."

—Caminar es muy saludable

—murmuró Jonathan

— Me imagino que a mis pantorrillas les vendría bien volver a subir las escaleras. Te acompaño a la salida.

Ferrarini miró a Rosmery. Ella se sintió abrumada y de repente muy cansada. "Sí, gracias por sus condolencias, señor Ferrarini", dijo. "Le transmitiré sus amables pensamientos a nuestra madre. Adiós".

Amanda movió los dedos perezosamente en su dirección. Jonathan lo miró fijamente. Ferrarini dudó un momento, luego pasó junto a Jonathan y salió al pasillo. Jonathan lo siguió, llevando el paraguas. Rosmery se dejó caer en una silla, mientras Amanda se acercaba a la ventana y miraba hacia afuera.

—Eso fue bastante deportivo por parte de Jonathan

—dijo ella de mala gana

— Supongo que no es tan malo, pero ¿para qué habla un hombre de sus pantorrillas en público?

—¿Para qué hace algo Jonathan?

— dijo Rosmery con cansancio

— Puedes irte, Amanda. No quiero que estés aquí cuando Jonathan y yo hablemos.

Amanda presionó su cara contra el cristal.

—Quiero ver a Ferrarini irse. Quiero saber que se ha ido. Estaba echando sal en nuestras heridas. Y antes me gustaba .

—Se quedó en silencio por unos momentos

— Están tardando mucho en llegar a la puerta principal. ¿Crees que se están peleando por ti? ¿Quién ganaría? No, aquí está Ferrarini. Camina muy rápido. A ese paraguas le falta un radio. Está bien, me voy. Puedes disfrutar de Jonathan por tu cuenta.

Rosmery se hundió la cara entre las manos. Ya no podría evitar a Jonathan. Poco después, se oyeron unos pasos y él entró en la habitación. Rosmery levantó la cara. Estaba apoyado contra la puerta y parecía disgustado.

"Supongo que en realidad no has cambiado de opinión y que la exhibición de mutilaciones de manos fue solo para el placer de Ferrarini, ¿no?"

"No quería que sospechara."

Jonathan se quitó los guantes y se los metió en el bolsillo. "Bueno, al menos me estás hablando".

"No me voy a casar contigo."

Jonathan suspiró y se sentó en el banco. "Un día te enseñaré a tomarte de la mano correctamente".

El comentario hizo que Rosmery sintiera un hormigueo en la mano que Jonathan había besado. Se frotó el lugar con furia, sintiéndose traicionada por sí misma. Su mano había sido besada por docenas de hombres. Jonathan no era la excepción. Y, de todos modos, solo había sido una exhibición.

-Supongo que estás celoso de Ferrarini -dijo.

—No, en absoluto. Estaba claro que querías deshacerte de él incluso más que de mí. —Jonathan se alborotó el mechón de pelo; se estaba haciendo demasiado largo y le caía sobre los ojos

—. ¿Qué pasó entre ustedes dos?

"Estábamos comprometidos. Y luego decidí que no debíamos casarnos".

Jonathan cruzó las piernas y la miró pensativamente. "Cuéntamelo".

"Sólo tienes curiosidad."

—¿No tengo derecho a sentir curiosidad por ti ahora? Sí, la tengo. Puedo ver que no lo amas, pero claramente sientes algo muy fuerte por él... no enojo, no.

—Jonathan sacudió la cabeza

— Eso es todo culpa suya, ¿no? No le hizo ningún favor que lo rechazaras.

Las mejillas de Rosmery se pusieron coloradas. "Era un perfecto caballero. No me llamaba todos los días en contra de mis deseos".

—¿Debería irme?

—Jonathan se puso de pie

—. Me iré ahora si eso es lo que deseas. Pero estaré aquí de nuevo mañana. Todos los días, hasta que esté seguro de que hablas con la verdad y no con el dolor.

Se quedó allí, esperando una respuesta. Rosmery miró hacia otro lado, incapaz de hablar.

—Muy bien

—dijo Jonathan después de un largo silencio

— Hasta mañana.

—No

—sus dedos temblaban

— Quédate.

Lentamente, Jonathan volvió a sentarse.

- ¿Crees que Ferrarini me odia?

- preguntó Rosmery.

—No, no lo odio. Está enojado. Creo que lastimaste gravemente su orgullo cuando lo enviaste lejos. O tal vez aún lastimaste su orgullo de alguna manera. Los hombres son criaturas orgullosas.

Su tono era suave pero franco. Rosmery apoyó la mejilla en la palma de la mano y lo miró. Había algo en la expresión de su boca que le recordaba un poco a la noche en que se habían comprometido, algo cauteloso en sus ojos.

"He herido tu orgullo", dijo.

"Ya era hora de que le pincharan."

Fue un gesto inesperadamente amable de su parte. Rosmery se frotó la mejilla. Si llegaba el caso, no carecía de orgullo. Ferrarini no habría podido hacerla sentir tan avergonzada e insegura como lo estaba si hubiera tenido un poco más de humildad natural.

"Ferrarini siempre fue muy dulce conmigo", dijo en voz baja. "Estaba segura de que me amaba".

Jonathan pareció sorprendido. "Pero ahora... ¿no estás seguro?"

Rosmery se encogió de hombros. Volvió la mirada hacia el plato de la tarta y aplastó una miga empapada en brandy contra la porcelana.

—Mi padre dijo que Bryan quería casarse con alguien adinerado.

—Su voz tembló, pero no se quebró

— Como si alguna de nosotras quisiera casarse con alguien pobre.

"Te prohibió casarte con Ferrarini".

—No

—las lágrimas le picaron en los ojos

—. No hizo tal cosa. Sólo me dijo que yo era una... una pequeña tonta ciega al creer que Bryan me amaba a mí y no a mi dote. Y yo estaba segura de que mi padre estaba equivocado. Al principio, estaba tan segura, porque amaba tanto a Bryan

—ahora se le quebró la voz y tuvo que tragar saliva varias veces

— Pero luego empecé a ver que el hecho de que lo amara no era prueba de que él me amara a mí.
"¿Le preguntaste?"

Ella negó con la cabeza. "¿Cómo podría? ¿Habría creído siquiera lo que tenía que decir? No. No podía estar segura de él, así que lo mandé lejos". Se secó los ojos. "Lo que realmente me duele es que todavía no sé qué es verdad. No sé si mi padre tenía razón y Ferrarini me tomó por tonta, o si estaba equivocado y rechacé a un hombre que realmente me amaba".

Se arriesgó a mirar a Jonathan a los ojos y descubrió que la estaba observando con una expresión de piedad intolerable en el rostro. Se estremeció al verlo.

—¿Qué opinas?

—preguntó ella

— ¿Me amaba o tenía razón mi padre?

"No puedo saberlo."

"Debes tener una opinión. Sé que la tienes."

Jonathan dudó.

—Tu padre era un hombre difícil de engañar, Rosmery.

El labio de Rosmery tembló. Se lo mordió con fuerza. —Quizá se haya equivocado.

"Pudo haberlo sido."

No parecía que Jonathan lo creyera. Rosmery volvió a enterrar la cara entre las manos y contuvo la respiración para no sollozar. Ella tampoco lo creía, ya no. Tal vez nunca lo había creído. Pero quería hacerlo.

Un toque en su hombro le indicó que Jonathan estaba de pie junto a ella. Le acarició el pelo. Ella logró exhalar lentamente. Las lágrimas se filtraban con fuerza entre sus dedos y le corrían por las muñecas. No quería que Jonathan las viera, aunque sabía que ya debía haberlas visto, porque sentía que, si lo hacía, él entendería que no eran lágrimas por su padre, ni siquiera lágrimas por Ferrarini, sino lágrimas por ella misma por haber sido engañada, y eso parecía más vergonzoso, incluso, que el acto de ser engañada.

—Por favor, vete

—susurró entre sus manos

— Por favor, déjame.

Su mano se congeló sobre su coronilla. "¿Estás segura?"

—Sí. Vete.

—Se aclaró la garganta

—. Ahora, por favor.

—Como desees

—se alejó de ella

— Volveré mañana, por supuesto.

"Puede que no te vea."

"Lo sé. Estaré aquí de todos modos."

Sus pasos se alejaron, luego la puerta se abrió y volvió a cerrarse suavemente. Rosmery levantó la cabeza y se acercó a la ventana a tiempo de verlo trotar por el camino del jardín, borroso por sus lágrimas y por la lluvia en la ventana. No miró hacia la casa cuando se fue, pero ella se había dado cuenta de que nunca lo hacía.

Capítulo 23

ames salió de la casa de Rosmery pensativo y un poco dolido. Sabía que había habido alguna historia con Ferrarini, algo más allá de la historia común que se podría esperar de un ex amante. No había sospechado que la verdad sería tan simple y clara: Ferrarini había sido un cazador de fortunas, el señor Miller lo había descubierto y Rosmery se había sentido tan dolida por el descubrimiento que incluso ahora no se había recuperado, incluso ahora, esperaba creer lo mejor de Ferrarini.

Jonathan no se mostró tan amable: mientras acompañaba a Ferrarini por las escaleras y salía por la puerta principal, había tenido una conversación breve y tranquila con él. Se habían mencionado cantantes de ópera, así como cerraduras en los balcones, leyes no escritas de conducta de caballeros y, con total naturalidad y a medias, el número de horas que Jonathan pasaba cada semana en el club de boxeo. Ferrarini había estado sonriendo y opaco: el señor Abernathy debía estar recordando mal, el señor Abernathy debía haberse equivocado por completo, el señor Abernathy seguramente no podía pensar eso de un humilde vicario rural. Cada negación que había pronunciado había hecho que Jonathan estuviera más seguro de que era un mentiroso. Ahora que Jonathan conocía su verdadera historia con Rosmery, deseaba haber cedido a la tentación y haber pateado a Ferrarini por las escaleras de la entrada en lugar de simplemente advertirle que se fuera.

Estaba tan enfadado con Ferrarini que casi le quitaba el dolor que sentía por el comportamiento de Rosmery. Una cosa era que ella lo despreciara durante días seguidos (eso lo comprendía muy bien), pero no podía gustarle que ella le hubiera cogido la mano de forma tan evidente sólo para demostrarle algo a Ferrarini. Sí, le había seguido la corriente, pero sólo por el bien de su orgullo. El afecto fingido lo hacía sentir incómodo. Prefería que una mujer le desagradara sinceramente que ser objeto de caricias falsas y suaves. Y no había sospechado que Rosmery fuera capaz de semejante engaño.

En la cena de esa noche, les dijo a sus padres que Rosmery, por fin, se había dignado a verlo.

"Debe sentirse un poco mejor entonces", dijo el señor Abernathy. "¿Se veía bien?"

"Se veía delgada y enojada. Y me dijo que no se casaría conmigo".

"Entonces debes hacerle cambiar de opinión", dijo la señora Abernathy.

-No es tan fácil, madre.

"¿Has intentado regalarle flores?" preguntó el señor Abernathy.

"No, no lo he hecho."

"No le veo sentido a las flores", dijo la señora Abernathy. "Estarán muertas en una semana. Él necesita darle algo real, preferiblemente algo caro".

"Dudo que pueda comprar su afecto, y si pudiera, no lo querría".

"No es para comprar su afecto", dijo Abernathy. "Es para demostrarle su afecto".

"Creo que hay mejores pruebas", dijo Jonathan.

—¿Y cuál sería esa prueba?

—El señor Abernathy levantó una ceja

— ¿Jonathan?

Pasó el tenedor por las zanahorias y la salsa. Se preocupaba por Rosmery. Sentía pena por ella. Sospechaba que ella ya lo sabía. Sospechaba que no le importaba.

"No creo que darle regalos vaya a mejorar la situación".

"No lo sabrás a menos que lo pruebes", dijo la señora Abernathy. "Personalmente, creo que algo práctico sería lo mejor, como un jabón muy bueno".

Jonathan se estremeció. "Te regalo jabón por Navidad cada dos años".

"Y es un muy buen regalo."

"Pero lo que uno le da a su madre como algo normal difícilmente persuadirá a una mujer a tener un romance", dijo el señor Abernathy. "Yo recomendaría que Jonathan le regalara una bolsa de tabaco".

—Eso sería una tontería

—dijo la señora Abernathy

— Pero si quieres que las cosas sean como tú quieres, ¿qué te parecería una cajita con manualidades?

—Rosmery ya tiene uno

—objetó Jonathan

— Y no le parece divertido el bordado.

"Pero puede ser muy práctico".

"Creo que el objeto de un regalo debe ser poco práctico y agradable", dijo Abernathy. "Por eso sugerí flores".

—Muy bien

—dijo Jonathan

— Le arrancaré un manojo de ortigas del seto.

De hecho, al día siguiente, mientras caminaba hacia la casa de Rosmery, encontró unos hermosos cardos que florecían al costado del camino y los arrancó para ella. Sin embargo, una vez más, ella se negó a verlo y, mientras caminaba hacia su casa, los arrojó nuevamente a la zanja de donde los había arrancado.

Pasaron dos semanas y Rosmery seguía tan obstinadamente inaccesible como siempre. Algunos días se dignaba hablar con Jonathan, para informarle que no se casaría con él por más veces que se humillara, o para despotricar sobre su tío Bernard, que todavía no había salido de la casa de los Miller a pesar de que eso significaba viajar una hora para llegar a su oficina en el Temple todos los días. La mayoría de los días se negaba a verlo. Uno de esos días, Jonathan se sorprendió al regresar a casa y encontrar a su padre esperándolo en la puerta principal con un caballo ensillado y listo para recibirlo.

"Quiero que vayas a Londres por mí y recojas algo que he comprado en Schiaparelli".

Schiaparelli era un joyero muy conocido. Jonathan miró a su padre con desconfianza. "¿Qué es esto?"

"Un collar de perro."

"No creo que tengas el cuello para eso. Eres demasiado flacucho".

"Es para Rosmery."

"Mamá estará celosa."

—Mamá lo aprobó.

—El señor Abernathy levantó su bastón y golpeó suavemente el pecho de Jonathan

— Lo hemos probado a tu manera y no ha funcionado. Probemos a la mía.

Jonathan dio una patada con el talón en el escalón. "Realmente no creo que sea una buena idea".

"Ya lo he pagado y lo he arreglado todo. Lo único que tienes que hacer es recoger el collar y llevártelo a casa. Y si no funciona y ella lo rechaza, tú no habrás perdido nada y yo habré perdido cuarenta libras".

—¿Cuarenta libras? ¡Padre, eso es una extravagancia!

—He ahorrado mucho dinero al recortar tu asignación

—señaló el señor Abernathy

— Además, valdrá la pena si Rosmery te perdona.

—No quiero que una mujer me perdone por cuarenta libras

—se quejó Jonathan

— Me deja un mal sabor de boca.

—Entonces eres libre de esperar que no lo haga

—el señor Abernathy le pasó las riendas del caballo a Jonathan

— Pero irás a buscar el collar de todas formas. Yo iría, pero últimamente tengo un reumatismo muy fuerte.

Al menos era una excusa para ir a Londres. Jonathan empezaba a sentirse encerrado en casa. Miró sus pantalones de color beige. "Primero déjame ponerme ropa de montar".

A mitad de camino hacia Londres, empezó a llover. Jonathan llegó a la joyería de Bond Street desaliñado y mojado. Cuando se presentó ante un dependiente, el propio señor Schiaparelli fue a buscar el pedido y se lo mostró a Jonathan.

No era un simple collar de perro, sino una delicada banda de oro en espiral con forma de enredadera y con pequeñas piedras de color amarillo pálido engastadas a intervalos en forma de flores.

—Por favor, dime que esos no son diamantes

—rogó Jonathan.

"Citrino, señor", dijo el señor Schiaparelli con reproche.

Eso no parecía tan caro como los diamantes, aunque lo pareciera.

"¿El collar es satisfactorio?", preguntó el señor Schiaparelli.

—Oh, es muy bonito

—dijo Jonathan, disgustado. Demasiado bonito, en realidad, y no le parecía que fuera adecuado para Rosmery. Ella tenía un gusto más sencillo. En la vitrina había un collar de cuatro hilos de coral rojo que le quedaría muy bien. Pero Jonathan no tenía dinero para un regalo así y, aunque lo tuviera, no lo habría comprado con el propósito de ganarse el afecto de Rosmery. El afecto comprado no era afecto en absoluto.

El señor Schiaparelli colocó cuidadosamente el collar en una caja de terciopelo y luego la envolvió en papel marrón. Todo el proceso llevó mucho tiempo y mucho más papel y cuerda de lo que Jonathan había imaginado. Se apoyó en el mostrador, miró el collar de coral rojo y se preguntó si a Rosmery le habría gustado. La campana sonó cuando otro cliente entró en la tienda.

—¡Un momento!

—gritó a alguien que estaba afuera

—. ¡Vaya, ese encantador... Jonathan!

Jonathan se sobresaltó y se dio la vuelta. No había reconocido la voz al instante, pero el rostro bonito y de mejillas redondas al que pertenecía sí lo era: Maricarmen Bertram, una antigua amante suya, con la que salía de vez en cuando cuando se aburría de su marido. Se acercó y le ofreció su mano enguantada para que la besara. Jonathan se inclinó cortésmente sobre ella, consciente de que el señor Schiaparelli los estaba observando.

"Hace mucho que no te veo", dijo. "Me enteré de que estás comprometido".

"Soy."

"Felicidades", se rió. "Por fin lo pillé".

—Por decirlo de alguna manera

—Jonathan se dio cuenta de que el señor Schiaparelli seguía mirándolos con desconcierto

— ¿Ya está terminado ese paquete?

—Por supuesto, señor

—dijo el señor Schiaparelli, entregándole el paquete con una ligera reverencia

— Parece que ese collar le ha llamado la atención. ¿Le gustaría verlo más de cerca?

—No, no lo haría

—dijo Jonathan con firmeza

— Gracias.

—Se dirigió a la puerta y le hizo un gesto con la cabeza a Maricarmen

— Buenos días, señora Bertram.

—Pero espera

—Maricarmen lo siguió al trote mientras salía de la tienda, deteniéndose en la puerta para protegerse de la lluvia

— Ahora, en serio, Jonathan. Quiero saber todo sobre tu compromiso.

—No hay mucho que saber.

—Jonathan se esforzó por meter el paquete en el bolsillo del pecho, pero era demasiado ancho. Lo metió en el chaleco y tomó las riendas de su caballo del poste de luz al que las había atado

—. Buenos días, señora Bertram.

—¿Es para ella?

—preguntó Maricarmen, inmune, como siempre, a los desaires

— Nunca me compraste nada. Oh, ven a casa conmigo y cuéntame todo sobre ella. Puedes dejar descansar a tu caballo en mis establos. Hace un clima terrible para montar. Y quiero saber sobre tu compromiso.

En su voz no había nada más que amistad, y llovía con fuerza. Jonathan cerró los oídos a la tranquila voz que había en su cabeza y que le decía que era una mala idea. Necesitaba compañía. Una compañía que no fuera Rosmery, ni sus miserables hermanas y su madre, ni sus padres. Necesitaba un oído amigo.

-Muy bien, entonces te seguiré detrás de tu carruaje.

Cuando llegaron a la casa de los Bertram y se sentaron en el salón con té y pasteles, Jonathan se dio cuenta de que el señor Bertram no estaba. Se había ido a Bath hasta Navidad, se quejó Maricarmen.

—Dejándome sola con el bebé

—dijo con amargura

y llevándose a Eddie y a Charlotte con él a visitar a su madre.

Eddie y Charlotte eran los dos hijos mayores de Maricarmen, de diez y doce años respectivamente.

"Tienes otro bebé", dijo Jonathan. "Entonces, tú también mereces felicitaciones".

Maricarmen sonrió con cierta vacilación.

—Salí del confinamiento la semana pasada. Esta vez fue muy difícil. Estuve tan enferma con el bebé durante toda la primavera que no pude disfrutar de la temporada. Luego me encerraron antes de tiempo; me sentí bastante mal. Desde agosto, casi no he hablado con nadie que no diga «ga-ga» o «sí, señora». Por eso es tan cruel que Bertram haya ido a visitar a su madre y se haya llevado a los niños con él. Al menos podría haberme dejado a mí, Charlotte. Fui de compras solo para hablar con alguien humano. Estoy tan contenta de haberte encontrado.

"No sé qué tan bueno seré", dijo Jonathan. "Estoy de muy mal humor, la verdad".

—¿En serio?

—Maricarmen se inclinó hacia delante en el sofá, animándose. Eso era algo que a Jonathan le

gustaba de ella. Después de un violento descontento, siempre estaba preparada para volver a estar alegre de inmediato

— Cuéntanoslo.

De alguna manera, Jonathan se encontró contándole la historia de su compromiso desde el principio: cómo unos rufianes desconocidos lo habían atacado y golpeado, cómo sus padres habían considerado conveniente comprometerlo con Rosmery, quien no le convenía en absoluto, cómo después de un mes de sofocante noviazgo su padre había muerto, dejando a Rosmery afligida y enojada con él, y cómo su padre había arreglado el ridículo collar para recuperar su afecto.

—Dios mío

—dijo Maricarmen

— Qué historia tan triste, cariño.

"Es una lástima", dijo Jonathan, un poco inquieto por el cariño casual.

— Pero no, en serio, para que los matones los atacaran de esa manera, ¿quién los contrató?

Jonathan se encogió de hombros. "Hace tiempo que dejó de importar. Nadie se ha atribuido la responsabilidad. No es sorprendente. Después de haberme atacado de una manera tan cobarde, no lo harían".

—¡Pero podrías haber muerto!

—Maricarmen se puso una mano sobre el corazón

— ¡Solo pensarlo!

"No lo era", dijo Jonathan.

—¡Aun así!

—Maricarmen suspiró profundamente

— Y esa pobre mujer... la compadezco, pero no tiene por qué desquitarse contigo.

—Tiene motivos suficientes para estar enfadada conmigo. No fui bueno con ella. —Jonathan se sintió repentinamente avergonzado. No le había contado a Maricarmen sus esfuerzos por librarse de Rosmery. Estaba demasiado disgustado consigo mismo como para hablar de ello, aunque Maricarmen, siempre dispuesta a mostrar simpatía, no sería muy probable que lo condenara por ello.

—¿De verdad no te gusta?

—dijo Maricarmen pensativa

— Entonces deberías romper el compromiso. Sé que se supone que los hombres tienen el deber de no hacerlo, pero, Jonathan, en serio, tú no eres el tipo de hombre que podría soportar un matrimonio infeliz. Quiero decir, Bertram y yo nos llevamos bastante bien a intervalos y nos ignoramos el resto del tiempo, pero tú no eres así. Eres tan romántico que no puedes soportar la idea.

"¡No soy romántico!"

—Sin duda lo eres. Recuerdo la vez que me diste una rosa tallada en hielo para que se derritiera y Bertram nunca lo supiera... ¡Y eso fue en verano! Nunca supe cómo lo lograste.

"Compré un bloque de hielo a un vendedor de hielo y le pedí a mi cocinero que lo cortara".

"Aun así fue muy romántico. No puedes casarte con ella".

Había algo vagamente irritante en que le dijeran que no podía casarse con Rosmery, algo casi más irritante que que le dijeran que debía hacerlo. Jonathan se encogió de hombros.

Maricarmen se recostó en el sofá y lo miró por debajo de las pestañas.

—Jonathan

—dijo

— estás frunciendo el ceño y no me gusta que lo hagas.

"Entonces, te pido perdón."

"¿Por qué no vienes a la cama conmigo, como en los viejos tiempos, y te olvidas de la señorita Miller por un rato?"

La tranquila voz de duda que Jonathan había ignorado antes ahora decía, muy fuerte, Te lo dije. Jonathan miró a Maricarmen. Por un instante, ella le dio asco, sus inocentes ojos azules y el espumoso encaje blanco de su vestido que rodeaba su regordete y ansioso cuerpo. La sangre le latía con fuerza en la cabeza y se sintió enfermo. No era ella. Era él. Sabía exactamente quién era ella y qué quería de él, y había venido allí de todos modos.

"Dios mío", dijo, "¿qué estoy haciendo aquí?"

Se puso de pie a trompicones y casi corrió hacia la puerta. "No puedo hacerle eso a Rosmery. No debería estar aquí. Nunca debería haber venido".

"Ella nunca lo sabrá", dijo Maricarmen.

— Lo sabré .

—Jonathan respiró profundamente

— Querida, querida Maricarmen, hubo un tiempo en que te amé. O algo parecido, por los dos. Pero las cosas han cambiado y yo... simplemente no puedo hacerle eso a Rosmery. Ni a mí.

Maricarmen se mordió el labio inferior, perpleja.

—Bueno, si es así

—dijo con indiferencia

— te deseo felicidad, Jonathan. Deseo que tanto tú como la señorita Miller seáis tan felices como podáis serlo.

Jonathan no supo si lo decía en serio o no. Hizo una reverencia y salió de la casa. Estaba a medio camino de Richmond cuando su cabeza se aclaró lo suficiente como para recordar el collar, que le golpeaba el pecho. Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo a la joyería. El señor Schiaparelli lo miró sorprendido cuando entró.

"Quiero devolver esto", dijo Jonathan, dejando caer el collar sobre el mostrador.

"Pero tu padre lo ordenó específicamente."

- Quiero devolverlo

-dijo Jonathan con firmeza.

"¿Por qué, señor?"

"No me conviene."

El anciano abrió el papel cuidadosamente envuelto y sacó el collar de la caja. Lo examinó con mucho cuidado a la luz. "Parece estar en orden", dijo de mala gana. "Pero tu padre es el hombre con el que hago negocios. Tú eres sólo el mensajero, en lo que a mí respecta".

"Es un regalo para mi futura esposa", dijo Jonathan. "Y te digo que no le conviene. No lo quiero. No se lo daré. No lo aceptaré".

Capítulo 24

Mientras Jonathan le devolvía el collar al señor Schiaparelli, Rosmery caminaba de un lado a otro por el salón de su madre, extrañamente descontenta. Amanda y Dafne jugaban alborotadas afuera bajo la llovizna. El tío Bernard se había ido a Londres a pasar el día para atender asuntos de negocios. La casa estaba tranquila y en paz, pero ella no estaba en paz.

Intentó leer un libro, pero se dio cuenta de que no podía concentrarse y se dio por vencida. Intentó arreglar algunos cambios, pero se dio cuenta de que se aburría y dejó de hacerlo. El sonido de risas y mazos que golpeaban llegó flotando a través de la ventana, perturbando sus pensamientos. No estaba segura de que fuera apropiado tocar atropelladamente en señal de duelo. ¿Había dicho su madre que estaba bien? ¿Lo sabía siquiera?

Rosmery, desganada, se paseó por la casa en busca de su madre. La encontró en el estudio, encorvada sobre una pila de papeles en el escritorio del señor Miller. La señora Miller estaba tan absorta en su tarea que ni siquiera oyó a Rosmery entrar.

"¿Madre?"

La señora Miller dio un salto y miró hacia arriba.

—¡Ah! ¿Sí, querida?

Sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos brillaban extrañamente. Rosmery nunca había visto llorar a su madre antes y al principio estaba demasiado confundida y avergonzada como para saber qué decir.

"¿Estás... llorando?"

—No, en realidad no.

—La señora Miller se frotó la cara

— Estoy bien, querida.

—Se nota que estás llorando.

—Rosmery se acercó y se inclinó sobre el escritorio

— ¿Qué es?

—Hojeó los papeles

— ¿Cartas sobre casas?

—Sí, y me temo que no sé qué hacer

—dijo la señora Miller con voz temblorosa

— Tu padre solía tomar todas las decisiones por nosotros. Yo nunca tuve que hacer este tipo de cosas.

Rosmery no pudo pensar en nada que decir y, torpemente, le dio una palmadita en la mano a su madre.

"El tío Bernard intenta ayudarme", dijo la señora Miller. "Ha revisado todas las sumas conmigo para ver qué puedo permitirme y me da muy buenos consejos, pero no creo... no estoy muy segura de que comprenda cómo me siento".

"Todos sus consejos sirven para satisfacer sus propios fines".

"Tu tío es un buen hombre, Rosmery."

"Puede que sea un buen hombre, pero no dudará en tomar esta casa y enviarnos a todos lejos".

—Es su derecho, querida. No, debo estarle agradecida. Me ha recomendado una casa de campo en Kent, que dice que un amigo suyo alquilará a buen precio. —Le dirigió a Rosmery una leve sonrisa

— Dice que está cerca del mar. ¿No sería genial?

— Kent. Ese es el otro lado de Londres. ¿A qué distancia estaríamos de todos los que conocemos?

La señora Miller vaciló: "Creo que deben ser unas treinta o cuarenta millas. Es una gran distancia, sin duda, pero creo que Jonathan podría llegar en un día".

—No estaba pensando en Jonathan. ¿De verdad iba a venir tan lejos sólo para que lo mandaran lejos? Ella negó con la cabeza.

—No entiendo por qué el tío Bernard se queda con la casa. Papá podría habérsela dejado a usted. No es una gran propiedad, pero es nuestro hogar.

-No sabría qué hacer con él, Rosmery.

"Llevas treinta años haciéndolo."

La señora Miller permaneció en silencio durante un largo momento. "No importa. Tu padre no me dejó esa tarea a mí".

-¿Pero por qué no?

"Él no era ese tipo de hombre. Creía que las mujeres y los hombres se movían en esferas diferentes. La gestión de propiedades está fuera del ámbito de las mujeres".

—Pero él no...

—Rosmery se mordió la lengua

— No podía haber pensado en lo que sucedería, no podía haber imaginado que moriría.

—Creo que pensó que lo mejor era dejarle la casa a su hermano —dijo la señora Miller con dulzura

— Y, en serio, Rosmery, no me importa. Confío en que Bernard nos ayude. Esta casa en Kent está dentro de mis posibilidades. Tiene un huerto. Estoy segura... estoy segura de que, si el tío Bernard dice que es buena, debe serlo.

Rosmery observaba atentamente a su madre. Tenía una fina línea entre las cejas y los ojos todavía brillantes. Amanda o Dafne podrían haberla abrazado y haberle quitado ese brillo, pero Rosmery nunca había estado en esos términos con su madre.

—Tal vez.

—Rosmery se apartó del escritorio

— Voy a dar un paseo.

Salió por la puerta trasera y cruzó los campos mientras una lluvia ligera se levantaba con la brisa. Sabía dónde iba, pero tomó un camino indirecto para llegar allí, invirtiendo su curso varias veces por caminos largos y solitarios. Cuando sus piernas estaban cansadas, cuando el cielo estaba oscuro y su cuerpo frío, se detuvo temblando en su destino y llamó a la puerta.

"¿Puedo hablar con el señor Abernathy?", le preguntó al lacayo que abrió.

"El señor Jonathan no está en casa", respondió.

Eso lo hizo más fácil. "Eh, eh, no es el señor Abernathy con quien quiero hablar. Es su padre".

El lacayo pareció brevemente sorprendido, pero fue directamente a la puerta que estaba justo al lado del vestíbulo principal, llamó y la abrió.

"¿Quién es?" se escuchó la voz del señor Abernathy.

"Señorita Miller, señor. Vengo a verla."

Hubo un breve silencio. "Bueno, déjenla entrar entonces".

El lacayo hizo un gesto a Rosmery para que se acercara y ella entró en la habitación con cierta timidez. El estudio del señor Abernathy era muy diferente al de su padre. Las cortinas estaban abiertas para dejar entrar los últimos rayos de luz moribunda. En la chimenea ardía un alegre fuego. En lugar de antepasados severos, había cuadros de paisajes y grabados de caricaturas políticas alineados en las paredes. El señor Abernathy estaba sentado a su escritorio, fumando una pipa y jugando al solitario.

"Es una sorpresa agradable", dijo. "Por favor, siéntese".

Rosmery se sentó en el sillón más cercano, que estaba lleno de cojines y estaba lleno de bultos y bultos. Era imposible sentarse erguida. Los bultos y bultos se hundían debajo de ella y la hacían resbalar hacia atrás contra los cojines. Se inclinó hacia delante y se sentó incómoda en el borde del asiento.

El señor Abernathy se puso de pie y se acercó al fuego, donde tiró la pipa a la rejilla. "¿Te molesta el humo? ¿Debería abrir una ventana?"

"No, no. En absoluto."

"¿Quieres un poco de té?"

"No, gracias."

"Creo que voy a tomar un café. ¿Estás seguro de que no quieres acompañarme?"

"Oh. Um. Está bien, entonces. Gracias."

El señor Abernathy se dirigió a la puerta y dio una breve orden al lacayo. Rosmery se deslizó hacia atrás en el sillón y se empujó hacia el borde de nuevo. Era un sillón para dormir, pensó; alguien había dormido tanto en él que había dejado un hueco donde había estado acostado su cuerpo, y ahora ya no era adecuado para sentarse. Pero podría parecer extraño si se cambiara a otro sillón, y no quería que el señor Abernathy pensara que era extraña.

El señor Abernathy regresó y se sentó en el otro sillón que estaba frente a ella. Se hundió un poco, pero era más alto que ella y logró no verse ridículo. "Ahora que ambos estamos cómodos", dijo, "¿qué te trajo aquí, Rosmery? ¿Se trata de Jonathan?"

—No, no es él

—Rosmery tragó saliva

— Es el tío Bernard, señor. Él hereda la casa, así que debemos irnos. Y dice que ha encontrado una bonita casa de campo para mi madre y mis hermanas en Kent y no confío en él. No creo que sea correcto que mi madre acepte su opinión sobre el asunto sin... sin ningún tipo de control y... Y sólo deseo... deseo que ella se enfrente a él.

Se dejó caer hacia atrás en la silla y se apoyó en los apoyabrazos para mantenerse erguida. El señor Abernathy la miraba con el ceño fruncido, como si estuviera disgustado. Se preguntó si se había equivocado al venir allí.

—Puede que no me preocupe por nada

—dijo Rosmery

— Puede que me esté poniendo en ridículo...

"Tonterías", dijo el señor Abernathy. "Tienes todo el derecho a estar preocupado".

Fue un alivio, de alguna manera, escucharlo.

—¿Le ha dado a tu madre alguna pista de cuándo espera que desalojes la casa?

—Nos dijo que éramos libres de quedarnos todo el tiempo que necesitáramos, pero al mismo tiempo, me queda muy claro que quiere que nos vayamos. Creo que ha puesto nerviosa a mi madre.

—Sacudió la cabeza

— Lo sé, pero lo que más me preocupa es esta casita. Dice que un amigo suyo nos la alquilará a bajo precio, pero lo único que sabemos de la casita es lo que su amigo ha escrito sobre ella. Y somos extraños en Kent. No conocemos a nadie allí.

"Me gustaría ver los detalles personalmente", dijo el señor Abernathy. "Puedo asesorar a su madre sobre cualquier asunto de negocios. Dígaselo".

"Ella ha puesto todo en manos de mi tío. Y yo no confío en él."

—¿Por qué no?

—preguntó el señor Abernathy.

—Parecía un tipo bastante simpático.

—Sí, lo es

—dijo Rosmery con amargura

— Nunca pierde los estribos. Es demasiado perezoso como para molestarse en enfadarse por algo.

"Hm. Ya veo. No es el tipo de hombre que quisiera que se ocupara de mis asuntos. Debemos

hacerlo mejor".

Fue un alivio tan grande oír eso que Rosmery perdió el control de los brazos y se hundió hacia atrás en la pila de cojines. Una sonrisa se dibujó en los ojos del señor Abernathy. Sospechaba firmemente que se veía ridícula.

— En cuanto al primer asunto, ya sabes que tu madre no debe aceptar esa casa sin saber cómo es realmente. Enviaré a Jonathan para que la eche un vistazo. Puede irse mañana.

"¿A dónde voy?"

Rosmery dio un salto y se deslizó aún más hacia atrás en la silla. Jonathan estaba de pie en la puerta con los pantalones mojados y las botas embarradas, luciendo cansado y enojado.

"Kent", dijo el señor Abernathy.

"¿Con este clima?" Jonathan frunció el ceño.

"El asunto es urgente. O me voy yo o te vas tú."

Jonathan se frotó la cara.

—Y entonces me voy.

—Parecía molesto. Se dio la vuelta, como si fuera a irse, pero una criada que llevaba una bandeja pasó junto a él y entró en la habitación. Giró sobre sus talones y la siguió. Cuando ella dejó la bandeja en una mesa cerca de los sillones, Jonathan se tumbó en el suelo, expectante, como un perro.

—Otra taza, por favor, Kylie.

—Coge una silla, Jonathan

—dijo el señor Abernathy, inclinándose hacia delante para servir el café.

—Está en la mía

—Jonathan miró a Rosmery con el ceño fruncido

— Tú sacarás los bultos de donde quiero que estén.

Hace un momento, Rosmery habría aprovechado cualquier excusa para marcharse. Ahora, se retorció hasta el borde del asiento para poder coger su taza de café. "No estabas aquí. Hay que tapizarlo de nuevo".

"Me gusta como es."

El señor Abernathy sacudió la cabeza con impotencia.

—Mientras tanto, Rosmery, mañana visitaré a tu madre y a tu tío, si está allí. Les haré cometer la locura de tomar decisiones precipitadas en un momento como éste.

"Gracias. Muchas gracias, señor Abernathy."

—Está bien. Tu padre era un amigo muy cercano mío. Debería haber hecho más por cuidarte antes. Desafortunadamente, estaba preocupado por otros asuntos.

—Su mirada se dirigió a Jonathan y luego volvió a mirarlo

— Quiero que sepas, Rosmery, que, independientemente de lo que suceda entre tú y Jonathan, siempre estaré disponible si necesitas ayuda o consejo.

Obviamente, se suponía que era una muestra de amabilidad

—y lo fue

— pero sólo hizo que Rosmery se sintiera desagradablemente obligada hacia Jonathan. Incluso si había roto su compromiso, era sólo por eso que el señor Abernathy le estaba ofreciendo ayuda ahora. Bebió un sorbo de café con tristeza.

La criada regresó con otra taza para Jonathan y él se sirvió su propio café y bebió. No parecía estar de humor para hablar. No dejaba de lanzar miradas hoscas a su padre y apretar la mandíbula. Rosmery se dio cuenta de que había algo entre ellos, pero estaba demasiado alterada como para pensar en ello. Ahora que sus temores inmediatos se habían aliviado, tuvo que concentrarse bastante para no llorar. El café la ayudó.

El señor Abernathy miró su reloj. "Cenaremos en media hora. ¿Quieres cenar con nosotros, Rosmery, o prefieres irte a casa?"

Ella negó con la cabeza. "Quiero irme a casa, gracias".

"Entonces Jonathan te llevará."

Rosmery podría haberse negado, pero captó la expresión exasperada de Jonathan y vio en ello un insulto personal. Además, afuera ya estaba oscuro y podía oír el leve repiqueteo de la lluvia.

El señor Abernathy pidió el carruaje y bebieron más café mientras esperaban a que estuviera listo. Jonathan le preguntó a su padre qué iba a hacer en Kent y el señor Abernathy le explicó el asunto brevemente, dejando a Rosmery libre para concentrarse en no llorar.

—¿Cuándo se ocupará del otro asunto?

—preguntó el señor Abernathy al final

— Creo que no esta noche. Pero no lo retrase demasiado.

Jonathan apuró su segunda taza de café mientras un novio aparecía en la puerta. "Más tarde, padre. Hablaremos de eso más tarde. Llevaré a Rosmery a casa ahora".

Rosmery se levantó con dificultad del sillón y se despidió del señor Abernathy. Luego siguió a Jonathan hasta el carruaje. Jonathan no le dijo ni una palabra mientras la ayudaba a levantarse y dirigía a los caballos hacia el camino. El silencio le rechinó a Rosmery y exigía que se llenara.

"Lamento que tengas que ir a Kent", dijo.

—No importa

—dijo Jonathan como si realmente importara mucho.

—Por supuesto, me pregunté si, si me mudara a Kent, vendrías allí a visitarme, como lo haces ahora.

"Si quisieras lo haría."

Entonces se quedó atascada. No podía decir que no quería que lo hiciera, porque tenía miedo de que le creyera en su palabra, y tampoco podía decir que sí, porque eso equivalía a aceptar que

seguían comprometidos. Tal vez ya lo había hecho al acudir a casa del señor Abernathy esa noche. O incluso al subirse al carruaje sin compañía de un acompañante. Fue un descuido por su parte.

—Aunque vayas a Kent por la casa

—dijo

— eso no romperá nuestro compromiso.

Jonathan chasqueó la lengua.

—Rosmery, la única razón por la que voy a Kent es porque, en lo que a mí respecta, estamos comprometidos.

"¿No lo harías por un amigo?", lo desafió.

—Oh, lo haría.

—Jonathan detuvo los caballos y el carruaje se detuvo con una sacudida

— Iría a Kent por un amigo. Iría hasta el fin del mundo por un amigo. Pero ¿puedo llamarte amigo cuando te niegas a hablarme seis días de cada siete y me insultas el séptimo?

"¡Porque no aceptas que no me case contigo!"

—¡Porque no creo que lo digas en serio!

—La cara de Jonathan se retorció de ira

— ¡Ojalá lo hicieras! ¡Dios sabe que nunca quise casarme contigo!

Las palabras resonaron en la noche. Rosmery miró a Jonathan. Sabía que era verdad, sabía que había sido verdad desde la noche de su compromiso. Sabía que nunca había dejado de ser verdad. Y sabía también que siempre lo había sabido, en lo más profundo, sin decirlo en voz alta. Pero no había importado. Hasta ahora.

—Entonces no lo hagas

—dijo

— No lo hagas.

—Se subió las faldas y bajó del carruaje a toda prisa bajo la lluvia

—Caminaré hasta casa desde aquí.

"No puedo dejar que camines sola a casa."

—No quiero caminar contigo

—lo miró

—. Lo único que quiero es que me dejes en paz, Jonathan. De verdad. Y como es lo que tú también quieres, ambos deberíamos ser felices.

Capítulo 25

Rosmery estaba bastante segura de que no estaba comprometida ahora. Jonathan la había seguido a casa en el carruaje y luego se fue sin decir palabra tan pronto como ella cruzó la puerta principal. Su madre la había estado esperando, llorosa y ansiosa. Durante toda la cena, no había podido dejar de exclamar lo largo que debía haber sido el paseo de Rosmery, mientras que el tío Bernard se burlaba de Rosmery por haberla acompañado a casa. Había visto a Jonathan a través de la ventana y se había equivocado de idea.

A la mañana siguiente, el señor Abernathy cumplió su palabra y fue a visitarlos a las ocho, cuando la señora Miller apenas estaba vestida y el tío Bernard apenas despierto. Los llevó a ambos al estudio y cerró la puerta. La puerta permaneció cerrada durante mucho tiempo. Incluso cuando el desayuno estuvo listo, la puerta no se abrió. Después del desayuno, Rosmery, Dafne y Amanda se sentaron en las escaleras, escuchando el murmullo de voces indescifrables que provenían del interior.

—¿De qué crees que están hablando?

—preguntó Alicia en un susurro.

—Kent

—dijo Rosmery

— Le pedí ayuda al señor Abernathy sobre Kent.

Dafne suspiró profundamente. "Es muy agradable tener un hombre de nuestro lado. O hombres, supongo, ya que tienes a Jonathan".

Rosmery se frotó la garganta, donde se le estaba formando un nudo. "No lo sé. No estamos comprometidos".

Amanda resopló. "¿Cuánto tiempo más vas a tenerlo colgado, Rosmery? Es cruel".

—No lo voy a tener en vilo. Anoche él...

—Se le quebró la voz

— Me dejó en claro lo que piensa de mí.

Amanda parecía sorprendida y Dafne parecía compasiva. Rosmery se alejó de ambas.

—Bueno

—dijo Dafne al cabo de un rato

— Lo siento.

No había nada más que decir, ni siquiera por parte de Amanda. Cuando el reloj del vestíbulo dio las once, la puerta del estudio se abrió y el señor Abernathy salió, seguido de la señora Miller y el tío Bernard. El tío Bernard parecía haber comido algo muy malo, pero aun así tuvo que felicitar a su anfitriona por su comida. La línea vertical había desaparecido del entrecejo de la señora Miller.

—¿No se quedará a desayunar, señor Abernathy?

—dijo

— Sé que es tarde, pero estoy segura de que la cocinera podría freír unos huevos rápidamente.

—Gracias, pero me voy. Me he quedado más tiempo del que tenía previsto.

—Vio a las chicas en las escaleras y les hizo una reverencia

— Buenos días, señora Miller. Recuerde que mi puerta siempre está abierta.

Salió cojeando, apoyándose pesadamente en su bastón.

El tío Bernard se aclaró la garganta.

—Tengo que ir a la oficina

—dijo

— Creo que me quedaré en Londres esta noche. No me esperes de vuelta.

"Mañana entonces", dijo la señora Miller.

— O quizá al día siguiente.

—El tío Bernard parecía avergonzado

— Me voy entonces. Adiós, Nell.

Se fue sin mencionar siquiera el desayuno que se había perdido, algo muy inusual en el tío Bernard. Las chicas bajaron las escaleras y se agolparon expectantes alrededor de la señora Miller. Ella les sonrió.

"Sabes que tengo hambre. ¿Ya desayunaste? ¿Quedó algo?"

No hubo, pero Dafne fue a arreglar que trajeran un plato y algo de café mientras Amanda y Rosmery interrogaban a la señora Miller.

—¿Qué va a pasar con Kent?

—preguntó Rosmery.

—Oh, no vamos a ir a Kent

—dijo la señora Miller, sacudiendo la cabeza

— No vamos a abandonar Richmond. El señor Abernathy ha dicho mucho al respecto. Nos quedaremos aquí y alquilaremos la casa al tío Bernard a un precio muy conveniente hasta que todos os caséis.

—Sus dos dientes delanteros aparecieron en lo que podría haber sido una sonrisa

— Está por escrito.

Rosmery se sintió tan aliviada que tuvo que sentarse.

—¿Y el tío Bernard no vivirá aquí?

—De ninguna manera. Sólo va a volver para llevarse sus cosas. El señor Abernathy señaló que no era justo acosarnos en nuestro duelo y dijo que la tía Mary no podía ser feliz con su marido

tan ausente.

"Apuesto a que está más feliz que nunca", dijo Alicia. "Bueno, es ella o nosotras, y prefiero que sea ella".

Era una señal del buen humor de la señora Miller el que no hiciera ningún intento de reprocharle nada a Amanda. Rosmery no recordaba que se la viera tan feliz muy a menudo cuando el señor Miller estaba vivo. Ni siquiera su desaliñado luto negro podía apagar el brillo de sus ojos ni el color de sus mejillas. Rosmery se dio cuenta de que su padre no era muy bueno para ella. Amanda y Dafne lo habían sabido desde el principio y habían tratado de protegerla, pero de alguna manera Rosmery había estado ciega a ello. Incluso Jonathan lo había sabido. Había dicho algo al respecto la noche en que murió el señor Miller. Pero Rosmery lo había desestimado, demasiado preocupada por sus propios sentimientos sobre su padre como para importarle. Pero tal vez ella tampoco había sido buena para su madre. O buena con ella. Había habido momentos en los que había estado de acuerdo en secreto con las jocosas críticas del señor Miller hacia ella.

Rosmery, sintiéndose culpable, se afanó en ir a buscar una taza y un platillo al aparador y en sacar una silla para la señora Miller. Dafne regresó con la cafetera y Rosmery se la quitó para servirla. La acción parecía más manejable que las palabras. Tal vez la señora Miller reconoció la disculpa silenciosa que había en ella; le apretó la mano a Rosmery cuando ésta le dio el café.

—El cocinero está enviando al resto

—dijo Dafne

— ¿Todo va a estar bien ahora?

—Será perfecto

—dijo Amanda

— El tío Bernard se va a Londres y nos quedaremos aquí hasta que estemos todos casados.

—Sus ojos brillaban

— Yo nunca me casaré.

Los ojos de Dafne se abrieron de par en par. "El señor Abernathy debe haber sido muy persuasivo".

—Él era abogado. No creo que el tío Bernard tuviera ninguna oportunidad.

—La señora Miller suspiró mientras tomaba café

— Bendito sea el señor Abernathy. Y bendita seas tú, querida Rosmery, por pedírselo. Yo nunca me habría atrevido. Jamás se me habría ocurrido.

* * *

Jonathan se fue a Kent esa mañana, antes de que el señor Abernathy regresara de Millers, y decidió irse sin hablar con Rosmery. Pensó que no había mucho que pudiera decir. Además, estaba cansado de todo y de todos, y quería irse, aunque eso significara un viaje de tres días, lluvioso e incómodo, hasta Kent.

En cuanto vio la cabaña, supo que no le convenía. Era de techo bajo, oscura y húmeda, más una casa de campo que una cabaña, que se extendía entre campos de árboles frutales atrofiados por la

sal. Se fue y emprendió su embarrado viaje a casa, llegando hambriento y con frío el miércoles por la mañana. Fue directo a su habitación a cambiarse de ropa, sin detenerse siquiera a saludar a sus padres en la sala de desayuno. Para su sorpresa, cuando estaba a medio camino de cambiarse de camisa, escuchó el golpe del bastón de su padre en las escaleras y un momento después el señor Abernathy entró en el dormitorio.

—La casa de Kent no es adecuada

—dijo Jonathan, mientras se ponía la camisa por la cabeza

—Es húmeda, oscura y cara.

"La señora Miller ha decidido no mudarse a Kent", dijo Abernathy. "Cree que lo mejor para sus hijas más pequeñas es quedarse en Richmond y esperará hasta encontrar un lugar adecuado aquí. Bernard Miller, mientras tanto, ha regresado a Londres".

Jonathan se preguntó cuánto tiempo le había llevado al señor Abernathy convencer a la señora Miller. Pero ella era una mujer fácil de convencer. El problema habría sido el tío Bernard, pero no podía competir con el señor Abernathy, desde luego. Decidió perezosamente no ponerse el abrigo y se puso una bata. "Entonces mi viaje no ha servido para nada".

—Lo fue.

—El señor Abernathy no parecía comprensivo

— ¿Adónde vas?

Jonathan se detuvo en la puerta mientras se ataba la bata. "El desayuno. Tengo hambre".

"Puede esperar."

Había un tono de acero en la voz de su padre. Jonathan reconoció la señal de advertencia y cerró la puerta lentamente. "¿Qué pasa?"

—El señor Schiaparelli me llamó ayer. Vino a devolverme el depósito que le envié por el collar de Rosmery.

—Los ojos del señor Abernathy eran fríos

— Me explicó que usted se había negado a aceptarlo.

Jonathan casi había olvidado el collar. "Sí. Decidí que el collar no era apropiado".

"¿Por qué?"

"Porque no era mío. No me parecía bien".

—¿Y la señorita con la que saliste de la tienda no tuvo nada que ver con eso?

Jonathan lo había olvidado. "Oh."

"Pero continúe", dijo el señor Abernathy con tono mordaz. "Estoy seguro de que un 'oh' no es suficiente para explicar sus acciones".

-No pasó nada, padre.

"Fuiste a la casa de la señora, ¿no?"

—Sí, pero no hice nada .

—Jonathan se apoyó con cansancio contra la puerta, deseando sólo terminar la conversación para poder ir a desayunar

— Fue un error por mi parte ir con Maricarmen, pero no cometí ninguna indecencia con ella. Lo prometo.

—¿Me lo prometes?

—El señor Abernathy lo miró con los ojos entrecerrados

— ¿Pero acaso importa si eres inocente? Fuiste con ella. Te vieron con ella. ¿Qué pensaría Rosmery si lo supiera?

El estómago de Jonathan dio un vuelco desagradable.

—No. No puedes decírselo.

"El hecho de que digas eso, Jonathan, demuestra que sabes que le has hecho un gran daño".

—¡No pasó nada! Pero si se lo cuentas a Rosmery, le estarás haciendo daño sin necesidad y no estarás demostrando nada.

El señor Abernathy se levantó de su asiento y se puso de pie en toda su altura. Miró a Jonathan. Tenía una expresión pesada y desagradable en los labios. "Ya se ha demostrado lo suficiente".

—¿Probado? No me crees.

—Jonathan miró fijamente a su padre

— ¿Crees que te estoy mintiendo? ¿Te he dicho alguna vez una mentira descarada?

"Sí, muchas veces."

Desafortunadamente, eso era cierto. Jonathan dio una patada con el talón contra el marco de la puerta. "¿Crees que soy tan cobarde como para negar lo que es verdad?"

El señor Abernathy levantó un hombro y se encogió de hombros.

Jonathan miró hacia otro lado, sintiéndose perdido y enfermo. Sintió que debía disculparse, que eso era lo que su padre deseaba. Pero estaba demasiado dolido para disculparse. No había hecho lo que se sospechaba de él. Y disculparse sería aceptar la culpa.

"¿Vas a decírselo a Rosmery?" preguntó finalmente.

—No lo haría. Sólo a ti te consagro mi oprobio. Pensé que una chica agradable, sensata y tranquila como Rosmery haría aflorar tu mejor naturaleza. Ahora veo, Jonathan, que todo lo que he hecho con mi intromisión es obligar a esa chica a soportar al hombre al que me avergüenzo de llamar mi hijo.

Por el fuego que brillaba en los ojos de su padre, Jonathan se dio cuenta de que el señor Abernathy deseaba que esas palabras le hicieran daño. Ya estaba demasiado herido como para sentir las. No creerle era más doloroso que cualquier condena. Sostuvo la mirada de su padre sin pestañear.

" Estabas entrometiéndote", dijo. "Sigues entrometiéndote. Y estás equivocado. Estabas equivocado al principio y estás equivocado ahora".

Abrió la puerta de golpe y salió de la habitación, demasiado molesto para tener hambre,

demasiado molesto para preocuparse por seguir en bata sobre una camisa abierta. Sus pies lo llevaron automáticamente por las escaleras y pasaron frente a la puerta abierta del comedor. Su madre lo llamó, pero solo cuando cruzó la puerta principal se dio cuenta y se dio cuenta de que no le importaba. Estaba lloviendo afuera, pero ni siquiera un aguacero lo habría detenido. Tal como estaban las cosas, tuvo que contenerse para no salir corriendo por la puerta principal y bajar por la calle. Mantuvo un paso rápido, la bata ondeando a sus pies y el barro salpicando sus zapatillas. Después de un tiempo, se dio cuenta de que debía verse ridículo y estar haciendo un espectáculo, pero estaba demasiado enojado para preocuparse.

No tardó mucho en llegar a la casa de Rosmery. Subió por el sendero y, después de llamar a la puerta, intentó entrar y entró en el vestíbulo. El lacayo estaba subiendo por el pasillo.

"Necesito hablar con Rosmery", dijo Jonathan.

"Veré si la señorita Miller está en casa."

No había duda de que ella estaba allí, pues el lacayo se lo habría dicho si no estuviera allí. Jonathan subió corriendo las escaleras de dos en dos y fue directo a la sala de estar. Rosmery estaba allí, sentada junto a la ventana, con una cesta de remiendos a su lado. Se levantó, sobresaltada, cuando él entró de repente.

"¿Qué estás? ¿Por qué estás? No estás vestida", dijo.

Jonathan cerró la puerta tras él. "¿Qué importa eso? ¿No estamos comprometidos?"

—No... no lo creo. ¿Por qué viniste?

Jonathan se pasó las manos por el pelo y luego se frotó la cara. El dolor y el cansancio de seis días de dura cabalgata lo invadieron de repente. También tenía hambre y frío. Y ahora no estaba seguro de por qué había venido allí; tal vez sólo había estado huyendo. Este le había parecido el único lugar al que podía ir.

Algo le empujó el trasero y abrió los ojos. El lacayo estaba espiando por la rendija de la puerta.

"Apareció antes de que pudiera detenerlo. ¿Debería llevármelo, señorita Miller?"

—No, no, está bien, Mark. ¿Por qué no te sientas, Jonathan?

—Rosmery le puso la mano en el brazo y lo empujó hacia una silla

— Estás llenando de barro la alfombra. ¡Oh! ¡Ni siquiera llevas zapatos!

Jonathan se desplomó en el asiento.

—Lo sé. Tengo dos piedras en una zapatilla y tres en la otra.

Rosmery le dirigió una mirada remilgada y desaprobadora, luego se dio la vuelta y salió de la habitación. No se ausentó por mucho tiempo. Cuando regresó, llevaba un par de pantuflas de hombre limpias y una toalla pequeña. Las dejó caer en el regazo de Jonathan. Él se quedó mirando las pantuflas. En las punteras estaba bordado AF.

"¿Eran de tu padre?"

"Ahora no los necesita."

"¿Está bien que me los ponga? ¿A ti no te importará? ¿A tu madre no le importará?"

"A nadie le importará. ¿Qué diablos estás haciendo aquí? ¿Por qué no estás vestido apropiadamente?"

Ninguna otra mujer que Jonathan conociera lo recibiría de esa manera si apareciera en su puerta en bata. Excepto quizás su madre. Sólo que los ojos de su madre no habrían tenido esa sombra de preocupación y su tono habría sido más de enojo que de confusión.

Jonathan se quitó las zapatillas húmedas y se secó los pies.

—Acabo de regresar de mi inútil expedición a Kent. La casa allí era horrible, por cierto. Si no estamos comprometidos, me debes una. Me debes lo suficiente como para darme el desayuno.

"Fuiste a Kent. Pensé que me estabas evitando".

—Sí, lo hice.

—Jonathan dejó a un lado la toalla y, algo incómodo, se puso las zapatillas del señor Miller

— ¿Huevos con jamón?

—Café y pan.

—Rosmery tiró del cordón de la campanilla

— Los invitados inesperados no pueden pedir más que eso. Todavía no me has explicado qué haces aquí.

—Su mirada se dirigió al cuello abierto de su camisa y luego se desvió

— En bata, sin corbata ni chaleco.

Jonathan se llevó la mano al cuello de la bata para ajustársela y luego se detuvo. En las mejillas de Rosmery se percibía un leve rubor, y eso lo intrigó. Bajó la mano. La ira y el dolor todavía le palpitaban en el estómago, pero el rubor era una agradable distracción. Contradecía la severidad de sus palabras. La señora Booth, ahora, habría sido toda compasión inútil y mejillas pálidas. Esto era mucho más interesante... y de alguna manera más atractivo.

Jonathan se sentó más erguido.

—Vengo aquí herido, Rosmery. Vine aquí para buscar el consuelo de una mujer comprensiva.

La comisura de los labios de Rosmery se tensó, como si estuviera reprimiendo una sonrisa.

—Me temo que mi madre está ocupada en este momento.

"Ella no es a quien estoy buscando."

Rosmery se sonrojó aún más. Jonathan esperó a ver qué diría: ¿una dura condena? ¿Algún chiste medio coqueto? Pero no dijo nada hasta que una criada abrió la puerta y entonces solo pidió café y panecillos con mantequilla. Cuando la criada se fue, Rosmery volvió a sentarse junto a la ventana y dobló cuidadosamente su remiendo. Jonathan esperó en silencio. ¿Habían perdido el momento? ¿Lo había juzgado mal?

—Debes haber salido de casa a toda prisa

—dijo Rosmery al fin

— ¿Qué pasó, Jonathan?

“Me peleé con mi padre. Tenía que escapar”.

Tenía una bola de lana medio desenredada en sus manos y la estaba enrollando lenta y rítmicamente. "Conozco esa sensación. Normalmente espero a estar vestida antes de disfrutarla".

"Tanto mayor mi desgracia."

Rosmery dejó caer la bola de lana, que rodó lentamente por el suelo, desenrollándose a medida que avanzaba. Jonathan se agachó, la recogió y empezó a rebobinarla, con mucho cuidado de no mirar a Rosmery. Estaba empezando a coquetear. No sabía de dónde venía ese impulso. Rosmery no había alentado nada de eso, desde luego. Pero allí estaba ella, ni comprensiva ni crítica. Un poco combativa, tal vez, pero no de una manera cruel. Era irritantemente provocativa.

Jonathan intentó controlar la provocación hablando racionalmente.

—En realidad, fue una discusión bastante mala. Mi padre me acusó de hacer algo que no hice y no me creyó cuando se lo dije. Enfadado, vine aquí. Dios sabe por qué. La última vez que hablamos, discutimos. Últimamente tengo la costumbre de quemar puentes.

—Se le formó un lío en la lana y trató de quitárselo de encima

— ¿Me dejarás arreglar uno? Lo siento.

Rosmery guardó silencio. Jonathan se arriesgó a levantar la vista para mirarla. Ella estaba jugando con otra bola de lana, hundiendo los dedos en ella y soltándolos como un gato amasa un cojín.

"¿Gracia?"

—Dijiste que no era tu amiga

—dijo lentamente

— ¿Lo decías en serio?

—¿Lo hice? Lo hice, ¿no?

—La maraña de lana se soltó y Jonathan terminó de enrollarla, metiendo el extremo suelto debajo. Sería fácil mentir, decirle que no había querido decir eso, que solo estaba cansado y que hablaba fuera de sí, pero de alguna manera Jonathan no estaba de humor ni siquiera para medias mentiras

— Quiero ser tu amigo, Rosmery. Lo he intentado últimamente, pero has respondido a mis intentos con frialdad y enojo. Tal vez comencé a intentarlo demasiado tarde. Tal vez nunca podamos ser amigos. Esa noche, dije lo que sentía.

Sus mejillas se sonrojaron aún más.

—Entonces lo decías en serio.

Un silencio se apoderó de la habitación. Jonathan volvió a tener la sensación de que había juzgado mal el momento. Había juzgado mal a Rosmery. Parecía que siempre la estaba juzgando mal. Después de todo ese tiempo, apenas la comprendía. Pero quería hacerlo. Vaciló y luego se lanzó hacia adelante.

"Me encantaría que me demostraran que estoy equivocado".

Rosmery se quedó mirando su cesta de costura como si nunca la hubiera visto en su vida y no pudiera comprender su propósito. Jonathan reprimió el impulso de seguir hablando e insistir en su punto de vista. Incluso si pudiera *persuadirla* de ser amigos

— o algo más

— en contra de su renuencia natural, no quería hacerlo. Esa no era una verdadera amistad. Ella también tenía que desearla.

Pasaron varios momentos en silencio. Por fin, Rosmery apartó su cesta de costura y se bajó del asiento. Se quedó de pie junto a él, con el ceño fruncido, pensativa. Luego, lentamente, le tendió la mano.

"¿Amigos?" preguntó Jonathan.

"Intentando."

Jonathan tomó su mano entre las suyas y, en lugar de estrecharla, la besó suavemente. "Gracias."

El color volvió a iluminar sus mejillas, cálido e incierto. Había un temblor en sus labios, un brillo en sus ojos. No coquetea con ella, se advirtió Jonathan. No es lo que significa. Ella es simplemente tímida. Pero sus extremidades parecían tener vida propia mientras permanecía de pie, todavía sosteniendo su mano, y la miraba a los ojos. Estaban lo suficientemente cerca como para que ella pudiera haberse apartado.

"Estamos intentando ser amigos", dijo. "¿Pero estamos comprometidos?"

Ella se mordió el labio. "No, no, no lo somos".

—Eso lo resuelve.

—Siguió sin soltarle la mano. En cambio, se acercó más, hasta que pudo sentir el calor que irradiaba su cuerpo

— Mi problema es que siempre me han gustado más las mujeres cuando no estoy casado con ellas.

—Cuando no puedes tenerlos.

—Había desafío en su tono, pero el temblor de sus labios lo desmentía.

—Exactamente.

—La observó con atención, buscando cualquier señal de invitación

— Nunca tuve una oportunidad contigo.

Ella inclinó la cara hacia él, con los ojos entrecerrados, pero el desafío todavía en ellos. "Nunca."

Él quería que el beso fuera inocente, casto, incluso, pero los labios de ella se separaron ante su contacto y sus manos encontraron el camino, de algún modo, hacia la nuca de él. Y también había hambre detrás de él, soledad, dolor y esperanza. De ambos lados. Él había deseado hacer esto más de lo que había imaginado, y por la forma en que su cuerpo se derretía ante su toque, ella también lo había deseado.

Algún tiempo después, Jonathan percibió de lejos el sonido de una puerta al abrirse y un jadeo. Entonces comprendió el sonido y se apartó de Rosmery con urgencia, abriendo los ojos. Una

criada estaba parada en la puerta, llevando una bandeja de panecillos y café, mirándolos abiertamente.

—Olvidé que pedí café

—dijo Rosmery con voz débil

— Déjalo en la mesa, Eloise.

Tras mirar de reojo a Jonathan, la criada se acercó y dejó la bandeja sobre la mesa. Salió de la habitación sin decir palabra y cerró la puerta. Rosmery se quedó mirando la puerta y luego miró a Jonathan.

"Ella se lo dirá a mamá."

—¿Y la señora Miller se escandalizará?

—Jonathan acarició la mejilla de Rosmery

— Sólo fue un beso.

"No, no lo fue."

El corazón de Jonathan se agitó de una manera peculiar, pero nada desagradable. —Tienes razón

—dijo

— No lo fue.

Inclinó la cabeza y la besó de nuevo. Demasiado pronto, fueron interrumpidos nuevamente por un golpe apresurado en la puerta.

—¿Rosmery?

—llamó la señora Miller

— ¿Rosmery, estás ahí?

Rosmery se apartó de Jonathan.

—Podríamos estar comprometidos

—dijo con voz suave e insegura.

"¿Podría?"

Rosmery negó con la cabeza.

—No estoy segura...

La señora Miller volvió a llamar a la puerta:

—¿Rosmery?

—Sí, madre.

—Rosmery se alisó el vestido

— Estamos aquí.

—Miró a Jonathan

— No estoy segura de que nos casemos, pero por ahora...

La puerta se abrió y el resto de la frase quedó sin pronunciar.

Capítulo 26

A Rosmery le convenía estar comprometida con Jonathan durante el invierno. Aún no estaba convencida de querer casarse con él

—no estaba del todo segura de lo que deseaba

— pero disfrutaba de que él la cortejara, si es que así se podía llamar. Todo empezó de forma extraña, con una conversación vacilante e incierta, como si se le hubiera desgastado el don de la lengua. Probablemente no ayudó el hecho de que durante varias semanas no tuvieran la oportunidad de estar solos. La señora Miller se encargó de que así fuera. La pequeña sala de estar de la parte delantera de la casa estaba cerrada

—no era cómoda para recibir invitados, declaró la señora Miller

— y Rosmery recibía a Jonathan en el salón, donde siempre parecía que Dafne estaba practicando piano o Amanda estaba leyendo una novela o la señora Miller estaba sentada tomando el té. Algunas veces Jonathan sugería que salieran a caminar, pero la señora Miller siempre se preocupaba porque la lluvia era demasiado fuerte o inventaba recados para que Amanda y Dafne hicieran y caminaran por el mismo camino.

Finalmente, Rosmery planteó el asunto con su madre.

"Estamos comprometidos ", dijo una mañana después de que Jonathan se marchara. "A las parejas comprometidas normalmente se les concede un poco de privacidad".

— No quiero entrometerme

— protestó la señora Miller

— pero, querida, me preocupa... un hombre que viene de visita en bata...

"Eso fue sólo una vez", dijo Rosmery. "Desde entonces, siempre ha estado vestido apropiadamente".

De hecho, estaba empezando a ver en el vestido de Jonathan matices del hombre que había conocido de lejos durante muchos años. No aparecía ningún chaleco rosa, pero tampoco vestía ropa gris invernal. Lo más probable era que fuera terciopelo índigo y seda color cobre. Además, siempre iba recién afeitado y olía a jabón de aceite de cedro.

— Sí... sí...

— dijo la señora Miller, vacilante

— Ya me había dado cuenta.

— Hizo una pausa pensativa

— Se esfuerza mucho por ti, ¿no? Recuerdo que Robert Langley solía ponerse chalecos de veintiséis pulgadas cuando venía a visitar a mi hermana. No podía sentarse. Ella estaba muy impresionada.

—La señora Miller suspiró

— Tu padre nunca hizo algo así por mí. Era demasiado sensato. Sabía que diría que sí.

A Rosmery le agradó pensar que el esfuerzo de Jonathan era por ella. Apartó la mirada para ocultar su sonrisa. "Ya dije que sí, mamá. Podrías dejarnos tener un poco de privacidad".

— A mí tampoco me gustó la puerta cerrada

— dijo la señora Miller, con un temblor en la voz, como siempre que intentaba ser firme

— No es que no confíe en él, querida. Creo que realmente se preocupa por ti. Pero... a veces eso hace que un hombre haga... cosas imprudentes.

Rosmery se sonrojó.

— Fue sólo un beso, madre.

— Detrás de una puerta cerrada.

— La señora Miller también estaba sonrojada

— No es que no quiera que te cases con él, Rosmery. Estoy muy feliz de que hayáis hecho las paces. Pero quiero que tengas cuidado. Ni siquiera el compromiso protege contra todos los escándalos.

—Tendré cuidado

—dijo Rosmery

— No volveré a cerrar la puerta. Pero, por favor, déjennos un poco de espacio.

La siguiente vez que Jonathan vino de visita, la señora Miller inventó una excusa llamativa para abandonar el salón. Jonathan la miró perplejo.

— Eso es nuevo

— dijo

— ¿La he asustado?

"Nos está dando un poco de privacidad", dijo Rosmery. "No debemos cerrar la puerta".

— Es muy amable.

—Pero Jonathan no se sentó, ni siquiera se acercó a Rosmery. En cambio, se movió por la habitación, jugueteando con la miscelánea de objetos cotidianos que se encontraban esparcidos por allí

— Mi padre tiene ciática otra vez

—anunció, con cierta indiferencia, mientras hojeaba las partituras que estaban sobre el piano.

"¿Está bien?"

—Está sufriendo, pero no hay peligro. No creo que le importe que lo llames, si puedes soportar su temperamento.

—Jonathan tomó un cuenco de popurrí y lo olió

— Yo no podría.

—Pasaré mañana por la tarde.

—Rosmery observó cómo Jonathan se acercaba al fuego y lo atizaba

— ¿Tienes frío, Jonathan?

—No, en absoluto.

—Jonathan guardó el atizador y se sentó frente a ella

— ¿Qué estás leyendo?

Rosmery miró la novela que tenía en el regazo, que había dejado caer cuando él entró.

—Las memorias de Dafne Courtney. En realidad, estoy leyendo las anotaciones marginales. Dafne ha subrayado todos los discursos desgarradores y Amanda ha escrito con desprecio encima de ellos.

—Por supuesto.

—Se acercó y tomó el libro, sus dedos rozando los de Rosmery

— Hm. ¡ Pero hay una manera de hacerme feliz y mil para hacerme miserable! Amanda: Los mendigos no deberían elegir.

— Se rió

— Veo que Amanda nunca ha estado enamorada.

Le devolvió el libro a Rosmery, que lo dejó a un lado. Jonathan la confundía. Había pensado, de alguna manera, que en cuanto tuvieran un poco de privacidad, él la besaría de nuevo. Al parecer, ese comportamiento necesitaba estímulo. Bueno, ella lo había alentado la última vez, sin duda, pero él había empezado a hacerlo y no lo iba a hacer esta vez. La señora Miller podría no haber salido de la habitación en absoluto.

"Dicen que va a ser una Navidad miserable", dijo Jonathan. "Llueve y llueve, pero no nieva".

"Ya lo había oído. Después del otoño que hemos tenido, supongo que es de esperar".

"En realidad, mi madre estaba pensando que a ti y a tu familia les gustaría venir a cenar con nosotros el día de Navidad. Sería una cena muy pequeña y tranquila. Solo nuestras familias. Nada fuera de lo normal para una casa en duelo".

— Es muy amable de su parte.

—A Rosmery no se le escapó que la invitación había venido de la señora Abernathy, no del propio Jonathan. Por supuesto, la señora Abernathy habría tenido la cortesía de preguntar, y el señor Abernathy habría tenido la amabilidad de pensarlo

— Ya hemos arreglado una visita a mi hermana Harriet en Londres.

— Bueno, no pasa nada. Probablemente sea más divertido que nuestra casa.

"Siempre pasamos la Navidad con Harriet", dijo Rosmery. "Por lo menos, normalmente viene con sus hijos, pero este año vamos a ir a su casa".

"Se lo diré a mamá. Creo que ella quiere que cenemos todos juntos pronto de todos modos. Ahora que estamos nuevamente comprometidos como es debido".

Rosmery miró el reloj. La señora Miller no se quedaría lejos para siempre. Tal vez un cuarto de hora. Sin embargo, habían pasado cinco minutos y Jonathan ni siquiera le había estrechado la mano. ¿Cómo se preparaba para un beso? El problema era que nunca se le había dado bien coquetear. Cuando un hombre empezaba, ella podía seguirle el juego bastante bien, si le gustaba, pero necesitaba que fuera el hombre el que empezara. Y había visto a Jonathan coquetear; había visto todo tipo de bonitos cumplidos salir de sus labios a la menor provocación. Incluso ella había estado en el lado receptor, aunque sólo fuera un poco. ¿Por qué no estaba coqueteando ahora?

Ella dejó escapar un profundo suspiro.

—¿Pasa algo malo, Rosmery?

— preguntó Jonathan.

Rosmery sintió que se le calentaban las mejillas. Si le pidiera que la besara, probablemente lo haría. Pero no se atrevió y, además, le parecía poco romántico simplemente pedirselo. Sacudió la cabeza.

— Es que... la casa de Harriet es tan estrecha y agitada. Siempre hay un niño llorando y otro molestando al gato. Y tengo que compartir la cama con mamá. Preferiría... ¿podría pasar la Navidad contigo?

Jonathan frunció el ceño.

— Me encantaría que vinieras, pero no quiero arruinar los planes de tu madre. Y, además, no estoy seguro de que sea correcto invitarte a cenar sola.

"Estamos comprometidos."

— Eso llamaría la atención. Que una mujer cene separada de su familia el día de Navidad, prácticamente sin acompañante (mi madre no cuenta), y luego, supongo, incluso podría tener que volver a una casa vacía. O tener que pasar la noche, si el tiempo fuera malo. No.

— Jonathan negó con la cabeza

— Sería descortés e indiscreto.

"Eso es bastante quisquilloso, viniendo de un hombre que hace llamadas en bata".

Jonathan sonrió con ironía.

—Touché

—dijo

— Y fue una tontería por mi parte, Rosmery. Creo que, como mi...

—hizo una pausa y la miró con cautela

—... amiga, no tendrías miedo de decirme que estoy siendo un tonto.

"Si mal no recuerdo", dijo Rosmery, poniéndose rígida, pues sentía que la conversación iba en la dirección equivocada, "no lo estaba".

"Y como tu amigo, siento que tengo cierta obligación de protegerte de tus

—muy raros

— vuelos de tonterías".

— No importa

— dijo Rosmery

— Era sólo una idea.

Tomó de nuevo su libro y pasó una página con gesto decidido. Jonathan se reclinó en su silla, inclinó la cabeza hacia un lado y la observó. Ella mantuvo la mirada fija en su libro, pero era muy consciente de la figura de Jonathan que la observaba con el rabillo del ojo.

"Tienes los pelos de punta", observó Jonathan mientras ella pasaba otra página.

"No soy un gato."

— Está claro que he metido la pata

— dijo Jonathan

— ¿Se trata de un juego, Rosmery, en el que tengo que provocarte y engatusarte para que te pongas de buen humor, o se trata de un auténtico ataque de ira y debo disculparme? Y, si es así, ¿por qué demonios?

A Rosmery se le llenaron los ojos de lágrimas. Sabía perfectamente que estaba siendo poco razonable. Él tenía razón en que no era correcto pasar la Navidad con él a solas. Y en realidad, había sido ella quien había metido la pata. Si hubiera tenido algún artificio o encanto, habría podido conseguir que él coqueteara por su propia cuenta. Y con bastante facilidad, además. Después de todo, se trataba de Jonathan, no del aburrido señor Montague ni del piadoso Bryan Ferrarini. Y al pensar en eso, se le llenaron los ojos de lágrimas.

— No es un juego

— dijo Jonathan suavemente, moviéndose hacia el sofá que estaba a su lado

— Rosmery, querida, ¿qué pasa?

Dejó que el libro cayera de nuevo sobre su regazo y se secó los ojos. "No es nada. De verdad".

—¿En serio?

—Jonathan le tocó la mano y, vacilante, le pasó el brazo por los hombros

— Bueno, a veces lo es, ¿no?

Giró la cara hacia el hombro de su abrigo y sintió el aroma del aceite de cedro y su suave perfume amaderado. Era cálido y sólido, y ella anhelaba que la abrazara, más cerca, con calor.

—Lo siento

—dijo ella, mirándole desde la solapa del abrigo

— Pensé que sería diferente ahora que me has besado.

—¿Lo hiciste?

—Su aliento le agitó el pelo

— Es diferente, Rosmery. No sé qué hacer a continuación.

Ella levantó la cara para mirarlo a los ojos. "¿Lo hiciste alguna vez?"

—¿Contigo?

—El fantasma de una sonrisa se dibujó en sus labios

— Ahora que lo mencionas... no estoy seguro de haberlo hecho. Eres terra incognita. Terra periculosa.

—Sus ojos se oscurecieron con un deseo repentino

— Voy a besarte otra vez.

Lo hizo con una urgencia que tomó a Rosmery por sorpresa. Sus brazos eran como acero a su alrededor

—era más fuerte de lo que había imaginado

— y a pesar de eso tuvo la impresión de que estaba tratando de contenerse. Sintió la presión de sus dientes en su labio inferior, pero no sintió el sabor de la sangre y dejó que sus labios se abrieran para dejarle entrar. Y entonces se sintió completamente ingrátida a excepción de sus brazos alrededor de ella, y también completamente ciega y sorda, consumida por completo por la sensación del tacto.

Al cabo de un rato, él se movió, sus besos recorrieron su mejilla, su oído, su cabello, y ella recuperó el oído y la vista, y con ellos el habla. Tonterías, susurros, palabras entrecortadas, que no podían llamarse coqueteo porque el coqueteo tenía ingenio y esto no. A Jonathan no parecía importarle. Entre besos, él decía más o menos las mismas cosas. Y entonces él encontró su boca de nuevo, o ella encontró la de él, y la conversación, o lo que había de ella, cesó. El silencio en la habitación era, de hecho, tan profundo y sospechoso que trajo a Mrs. Miller de vuelta antes de lo que hubiera estado de otra manera, y sintió la necesidad de anunciar su presencia tirando una silla al suelo en el pasillo. Lentamente, confusamente, como si la hubieran besado hasta dejarla sin sentido, Rosmery se desenredó de Jonathan e hizo el esfuerzo de enderezar sus miembros, su falda y su espalda. Después de la ligereza que había sentido en sus brazos, su cuerpo ahora se sentía pesado y aburrido. Se movió más rápido que ella y estaba de nuevo en su asiento cuando su madre entró en la habitación, aunque en un estado desaliñado, con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes.

Después de eso, su noviazgo pasó a una nueva fase. Las palabras todavía no estaban del todo claras. Parecía que constantemente se pisaban los pies y tenían que disculparse por ello. Rosmery empezó a ver en la supresión de la comisura de la boca de Jonathan o en el sutil entrecerrar los ojos las pequeñas heridas que ella le causaba, la incomodidad que a veces sentía con ella. Pero lo que no podían decir con fluidez con palabras se comunicaba mucho más fácilmente con el tacto: en público, el roce de sus dedos sobre los de él o la presión de su mano en su cintura; en privado, besos profundos y largos y caricias suaves y exploratorias. Para Rosmery, todo fue una revelación vertiginosa. Había robado algunos besos en su niñez, o se los habían robado a ella, y había compartido algunos abrazos con Bryan Ferrarini. No habían sido nada parecidos a esto. Había una sensualidad en Jonathan que la aturdía, una sensación de un poderoso hambre dentro de él por ella, contenida -pero apenas- y su contención desató dentro de ella el deseo ruinoso de hacerle romper su control y verla liberada.

Aunque entonces tendría que casarse con él.

Y algunos días, eso no parecía una carga, sino una bendición.

Capítulo 27

Durante el transcurso de ese invierno, Jonathan se sorprendió a veces preguntándose qué sentía realmente por Rosmery. Con otras mujeres, siempre había estado muy seguro de sus sentimientos. Cada vez que se había enamorado, había sido como si una chispa se hubiera encendido en su corazón a primera vista. Cuando sólo había estado retozando, sus afectos habían aumentado hasta el nivel de la buena voluntad y el aprecio. Con Rosmery, ciertamente no había habido ninguna chispa, pero la buena voluntad y el aprecio eran demasiado fríos para describir la creciente calidez de su afecto hacia ella.

Tal vez la soledad le afectaba los sentidos. Jonathan siempre había estado cerca de su padre, de una manera extraña y silenciosa, pero después de su discusión sobre la señora Booth, las cosas no habían sido las mismas. Jonathan estaba dolido porque su padre no le creía, y el señor Abernathy estaba enojado, y la ira lo volvía frío. Jonathan sentía la ausencia de alguien que lo comprendiera. Su amigo más cercano estaba en Francia, y los pocos jóvenes en los que confiaba estaban igualmente fuera de su alcance, dispersos por Inglaterra ahora que Londres dormía durante el invierno. Sin duda, Jonathan tenía otros amigos en Londres, pero eran amigos con los que pasar un buen rato, jugar a las cartas y al billar, beber y divertirse, correr y apostar. Allí no había intimidad. A veces, ni siquiera había simpatía. Rosmery era lo más parecido a una amiga que tenía durante todo el invierno. Pero el afecto que sentía por ella era muy diferente del que sentía por sus amigos varones. Tal vez fuera natural, argumentó Jonathan consigo mismo, ya que ella no era un hombre, pero su sexo parecía una explicación inadecuada para el cálido dolor de alegría que sentía al hacerla sonreír. Había hecho reír a cien mujeres cien veces sin sentirse así.

Se hizo un lío tratando de desenredar el problema. Estaba más seguro de lo que ella sentía por él: no estaba enamorada, pero se sentía atraída por él, incluso lo deseaba. Tenía hambre de su intimidad física, pero todavía le temía la emocional. No era una base sólida para un matrimonio, pero, como ella le decía a veces cuando estaba molesta, *solo* estaban comprometidos.

El compromiso se fue haciendo cada vez más seguro a medida que pasaba el invierno. Después de todo, debían tomar ciertas medidas prácticas antes de poder casarse, y sus padres se ocupaban de ellos rápidamente. La señora Miller llevó a Rosmery a Londres para encargarse de vestidos nuevos. La señora Abernathy mandó a buscar un catálogo de papeles pintados y tejidos y discutió con Rosmery y Jonathan sobre cuál elegir. El señor Abernathy encargó que se pintara y empapelara de nuevo la casa de Londres, y que se despejara y limpiaran los pisos superiores, que se utilizaban como trastero. Un día, Jonathan fue a visitarla con Rosmery y deambularon por las habitaciones, sus pasos resonando en el vacío, sin atreverse apenas a hablar. Era muy extraño pensar que vivirían juntos. Tal vez. Después de todo, solo estaban comprometidos.

Había otro asunto que atender. Jonathan lo sabía y le encantaba no mencionárselo a su padre, para no tener ninguna oportunidad. Una noche de principios de marzo, justo cuando Jonathan estaba a punto de levantarse de la mesa después de la cena para no tener que beber coñac en compañía del silencio desaprobador de su padre, el señor Abernathy lo llamó.

"Espera un momento, Jonathan. Tenemos algo de qué hablar".

— ¿Lo haremos?

— dijo Jonathan perezosamente, sentándose de nuevo y recostándose en su silla

—Está bien. Pásame el brandy entonces.

Tal vez el señor Abernathy estaba intentando ofrecer una rama de olivo al servirse él mismo el brandy, pero Jonathan, al ver lo escaso de la medida, no habría apostado por ello. Hizo girar el vaso y observó a su padre, decidido a no hablar primero y ponérselo fácil.

El señor Abernathy bebió lentamente su propio brandy, pero no era dado a evasivas ni a evasivas. Después de un minuto, dijo con suavidad: "Se me ha ocurrido que Rosmery querrá un carruaje".

"¿Ya ha empezado a conducir?", dijo Jonathan. "Qué vivaz por su parte".

El señor Abernathy alzó una ceja sin impresionarse.

—No seas frívolo, Jonathan. Me refiero a tu inminente matrimonio. Una hija puede pedir permiso para utilizar la propiedad de su padre

— o de su madre

— pero una novia espera que su marido tenga la suya propia.

"Lo hice", dijo Jonathan, "hasta que lo robaste".

"Un carruaje no es un carruaje. De todas formas, no necesitamos volver a tratar ese tema. El problema actual es un carruaje nuevo. Podrías considerarlo como un regalo de bodas para Rosmery".

"Creo que los problemas del pasado tienen relevancia. Si Rosmery hiciera algo que tú desaprobabas, ¿le venderías el coche?"

"Rosmery no haría algo que yo desaprobara".

— Entonces, ¿qué pasa conmigo? Estoy segura de que sí. Quizá Rosmery hubiera preferido contratar un cochero en lugar de buscarse un marido. Al fin y al cabo, a un cochero siempre se lo puede reemplazar cuando se vuelve desagradable.

Una luz dura se dibujó en los ojos del señor Abernathy.

— Hace mucho que abandoné la esperanza de aprobar todo lo que haces, Jonathan. Tampoco soy tan tonto como para pensar que puedo frenar tus peores impulsos simplemente apretando los cordones de mi billetera. Por eso me perdonarás si pienso principalmente en la conveniencia de tu futura esposa en este asunto. Tengo el deber para con ella y su padre de asegurarme de que, como mujer casada, tenga bienestar material. Tu deber puede limitarse todavía al aspecto emocional. Espero que así evites volverte desagradable para ella. O, al menos, que ella se sienta muy decepcionada por su elección de marido.

Jonathan hizo una mueca y bebió el brandy de un trago como si fuera una ruina azul.

—¡Dale mala fama a un perro!

—El brandy le quemó la garganta y se instaló en su estómago con inquietud

— Ahórrame el sermón de después de la cena, por favor. Me da indigestión.

—Sí, no me gustará

—convino el señor Abernathy con frialdad

— Sólo me refiero a los detalles prácticos, y cuanto antes se resuelvan, mejor. Mañana iré a Tattersall's a comprar un par, y después a Tilbury Coaches. Si desea que se le pida su opinión al respecto...

"¡Por supuesto que sí!"

— Entonces, puedes acompañarme

— dijo el señor Abernathy con voz áspera, disgustada. Era claramente un permiso, no una invitación

— Salgo a las ocho y no me retrasaré por tu culpa, así que prepárate.

Jonathan consideró que ese último comentario era demasiado pomposo, por lo que se puso de pie y le hizo una reverencia a su padre. "Con las campanas puestas, señor".

Al día siguiente, Jonathan se apresuró a prepararse temprano para esperar en el vestíbulo y mirar ostentosamente su reloj de bolsillo mientras su padre bajaba las escaleras. El señor Abernathy fingió no darse cuenta y pasó a su lado en silencio hacia la puerta. El silencio se prolongó durante el resto de su viaje a Londres. Jonathan deseó haber pensado en ofrecerse a conducir el carruaje en lugar de sentarse dentro con su padre; era una mañana clara y fresca, con el aroma de la primavera en el aire. Cuando llegaron a Tattersall's, el patio ya estaba abarrotado de compradores, vendedores, curiosos y simples espectadores. Jonathan se separó rápidamente de su padre y se perdió entre la multitud. Divisó a amigos y conocidos desde la distancia, pero era tal el bullicio y el ruido que parecía que no podía captar su atención. Sin embargo, mientras observaba los caballos que conducían por el patio antes de las subastas, se encontró cerca de un hombre rubio alto, delgado y muy elegante, con el rostro medio oculto detrás de unos extravagantes impertinentes dorados que sostenía sobre sus ojos, y empujó a un par de jinetes cervancieros para llegar a su lado.

—¿Delacroix?

—preguntó Jonathan

— ¿Te has quedado ciego?

El hombre rubio bajó lentamente sus impertinentes y parpadeó mirando a Jonathan antes de levantarlos de nuevo con aire de suficiencia.

—Oh, Abernathy. No te vi allí. No me llamaste la atención, ¿eh?

— Para ilustrar el punto, apoyó el brazo sobre el hombro de Jonathan

— ¿Dónde has estado todo el invierno? Todo el mundo se preguntaba si estabas muerto.

"Estaba en casa", dijo Jonathan. "En cierto modo, es algo similar. ¿Qué sentido tiene venir a las rebajas si no puedes ver nada?"

—Vengo a que me vean, no a ver

—murmuró Delacroix

— ¿Por qué estás aquí?

"Para comprar un coche de ciudad y su pareja."

"Habría pensado que un faetón sería más de tu gusto."

—Lo es

—Jonathan miró con nostalgia a un par de juguetones purasangres grises

— Estoy aquí porque

—sus mejillas se calentaron

— necesito un carruaje para mi esposa.

El codo de Delacroix resbaló del hombro de Jonathan y él se levantó de golpe. "¡Nunca te casaste!"

"Todavía no. Creo que será en mayo."

Delacroix se rió entre dientes.

—Estás bromeando, seguro. De todos los hombres... y de todos los tiempos... No. Es una broma estúpida, Abernathy, pero te he pillado haciéndolo.

Jonathan se enfureció. "No es ninguna broma. Estoy comprometido para casarme".

Delacroix se atragantó con la risa. "... Pero, ¿en serio? Ah, ya lo entiendo. Su padre te está arrastrando

hacia el altar a punta de sable, sin duda".

—Su padre está muerto

—dijo Jonathan secamente, ofendido por la insinuación

— Y su fantasma no tendría ninguna queja al respecto.

Delacroix se quedó boquiabierto. Hizo como si se limpiara los impertinentes con el puño de la manga. Como el puño estaba cubierto de encaje, eso no hizo más que manchar el cristal. De todos modos, se lo llevó a los ojos otra vez y parpadeó sin ver en dirección a Jonathan.

"¿Puedo preguntar el nombre de la buena dama?" dijo.

"Rosmery Miller. ¿La conoces?"

—No lo sé. De hecho, no recuerdo haber oído nunca ese nombre.

—Delacroix parecía perplejo

— Pero es un acontecimiento sorprendente, Abernathy. Creo que todo Londres se quedará boquiabierto con la noticia. Es totalmente inesperado. Debo decir que... esperaba algo diferente de ti.

—¿Seguiré soltero hasta el fin de mis días?

—La mirada de Jonathan se fijó en un bonito trote de Norfolk gris moteado

— Sí, yo también lo creía, pero...

—De pronto, se dio cuenta del riesgo de que lo oyeran en medio de una multitud como aquella y de que se suscitaran rumores desagradables sobre su compromiso

— La señorita Miller me convenció de lo contrario. ¿Crees que hay otro caballo aquí que pueda hacer juego con ese gris? Es muy bonito, ¿no? Bastante único.

Delacroix se bajó los impertinentes.

—Hum. Supongo que no es imposible, pero sí caro. Así que la señorita Miller te convenció, cuando nadie ni nada más podría hacerlo.

—Delacroix se rió, con cierta frialdad

— Hay una dama que vive aislada en el campo y que se sentirá muy ofendida al oír eso, Abernathy. ¿No has pensado en ella?

Por un momento, Jonathan no supo a quién se refería Delacroix. Luego recordó, con incomodidad y vergüenza, que Lady Asher había huido al campo después de su crisis pública del año pasado. Pero era difícil que siguiera enamorada de él después de todos esos años, y ciertamente sus esperanzas no podían haber llegado al matrimonio sin llegar también a la bigamia. "El tiempo cura todas las heridas", dijo Jonathan. "Ella sobrevivirá".

Delacroix sonrió levemente y se quitó los impertinentes para escudriñar a la multitud. "Veo a un amigo que me interesa particularmente", dijo. "Disculpe".

Su figura larga y delgada se balanceó entre la multitud. Jonathan lo miró perplejo y luego volvió a concentrarse en los caballos. Delacroix siempre había sido un excéntrico.

El gris hubiera sido demasiado caro, en efecto, pero había un par de castaños pequeños y bonitos que le gustaban a Jonathan, y fue a buscar a su padre para darle su opinión. El señor Abernathy no se opuso, y cuando el par salió a subasta, Jonathan abrió con cuarenta libras. No le sorprendió que lo superaran de inmediato, pero su padre le había autorizado a gastar hasta ciento ochenta libras en el par, así que esperó hasta que los otros postores interesados, un granjero gordo y un abogado flacucho, empezaron a flaquear en torno a las cien libras antes de superar la oferta del granjero a ciento ocho. El granjero, bastante dubitativo, ofreció ciento diez, pero cuando Jonathan saltó a ciento quince, bajó la mano y se quedó callado. El subastador lo cantó dos veces y estaba levantando el martillo cuando un nuevo postor gritó veinte. Jonathan lo levantó cinco de nuevo y miró a su alrededor, molesto, en busca de su competidor. Era un hombre corpulento y sólido de mediana edad, vestido severamente de negro, lo que solo lo hacía parecer más corpulento y más sólido todavía. Sostenía firmemente en una mano un bastón de ébano, que no estaba apoyado en el suelo, sino a nivel, como si deseara poder golpear a alguien con él. Esa fue la mano que levantó cuando volvió a superar la oferta de Jonathan. Lo miró con enojo, como si fuera un desafío personal.

¿Por qué no?, pensó Jonathan, y volvió a pujar con una sonrisa.

A partir de ahí, la puja fue en aumento y la multitud empezó a reunirse para observar. El competidor de Jonathan tenía la molesta costumbre de esperar hasta el último llamado antes de pujar y de mirar fijamente a Jonathan todo el tiempo. Jonathan se dio cuenta rápidamente de que su competidor estaba decidido a no dejarle ganar y debía tener el capital para evitarlo. Si el hombre no hubiera tenido una mirada tan agresiva, Jonathan podría haberse retirado. En cambio, molesto, siguió pujando hasta que al final su competidor gritó ochenta y Jonathan se retiró.

— Los animales son suyos, señor

—dijo

— Y usted ha pagado sólo cincuenta libras más de lo que valen. ¡Vaya ganga!

Hizo ademán de alejarse, de regreso al patio, pero el bastón de ébano se balanceó y le bloqueó el camino.

—Hace dos semanas, Catherine dio a luz a un niño

—dijo el hombre con voz de granito.

Jonathan lo miró fijamente. "Yo... ¿lo felicito, señor?"

El ceño fruncido del hombre se convirtió en furia derretida. "¡Cómo te atreves!", susurró. "¡Cómo te atreves a hablar así! ¿Cómo te atreves a quedarte aquí regateando por carne de caballo mientras Catherine amamanta a tu hijo?"

El significado de las palabras se registró, pero no tenían sentido. Jonathan estaba demasiado confundido como para hacer algo más que apartar el bastón. La multitud que se había reunido durante la subasta los estaba observando, llena de susurros. El subastador estaba tocando su campana, tratando de llamar la atención para comenzar la siguiente subasta, pero nadie le prestaba atención. Jonathan vio a su padre abrirse paso entre la multitud.

"Le pido perdón", dijo Jonathan, "pero ¿quién es usted, señor?"

—Soy William Martinez

—dijo el hombre con voz entrecortada

— Sir William Martinez, cuya hija sedujiste y abandonaste la primavera pasada.

Varios hombres entre la multitud se rieron, mientras otros silbaban. El señor Abernathy se abrió paso entre ellos, con el rostro pálido de furia. Jonathan sólo pudo sacudir la cabeza, tratando de aclarar sus pensamientos.

"No lo entiendo", dijo.

—¡Y ni hablar!

— volvió a levantar el bastón y lo blandió sobre la cabeza de Jonathan

— Sedujiste a mi hija y la abandonaste cuando te enteraste de que llevaba un hijo tuyo.

Por fin, poco a poco, Jonathan fue desenredando sus pensamientos. Catherine Martinez, la mujer que había tenido que abandonar Londres el verano pasado y romper su compromiso porque estaba embarazada. David Demery, el marido engañado que no había creído a Jonathan cuando le dijo que no era el padre. Sir William Martinez, su padre, y...

— Entonces, ¿fue usted quien contrató a unos hombres para que golpearan a mi hijo en la calle el año pasado?

—dijo el señor Abernathy con un tono similar al de una serpiente

— Usted... usted es un idiota. Casi lo mata. Casi mata al hombre equivocado.

Sir William bajó su bastón hasta que apuntó a los pies del señor Abernathy. "Mi hija me dio su nombre. Me contó lo que hizo".

Jonathan intentó hablar, pero se dio cuenta de que no tenía aliento para hacerlo mientras todos lo observaban. Su corazón saltaba lo que parecían ser una docena de latidos por minuto y se sentía

enfermo. Solo sabía que era inocente y que era inútil decirlo. Recordó, con una oleada de náuseas, su conversación anterior con Delacroix: Su padre arrastrándose al altar. Una dama en aislamiento rural. Y la abrupta partida de Delacroix cuando dijo que el tiempo cura todas las heridas. Debió haber pensado que Jonathan era abominablemente cruel. ¿Cuánto tiempo habían estado difundiéndose estos rumores? Había estado ausente de Londres todo el invierno; no habría oído nada. ¿Cuánto tiempo había estado la gente hablando, susurrando, sin que nadie protestara por el engaño? Y eso arrojaba una luz bastante diferente sobre todos los amigos que había visto hoy que no parecían verlo. Le habían estado dando el corte directamente. Al menos Delacroix todavía había pensado lo suficiente en Jonathan como para devolverle el saludo. ¿Cuántos amigos le quedaban a Jonathan en Londres? ¿Cuántos amigos verdaderos había tenido alguna vez?

"Tu hija mintió", dijo el señor Abernathy. "El padre no era Jonathan. Y, como un cobarde, ni siquiera pudiste enfrentarte a él, ni siquiera pudiste *preguntarle*. Contrataste a hombres para que hicieran el trabajo bruto por ti. Estúpido, cobarde".

Sir William, una década o dos más joven y mucho más corpulento que el señor Abernathy, agarró su bastón como si quisiera blandirlo de nuevo. Jonathan tiró de su padre hacia atrás.

—No fui yo

—dijo

— No puede haber sido yo, porque nunca conocí a su hija, señor. Lamento lo que le pasó, pero no fue culpa mía.

—Catherine no miente

— Espetó Sir William

— Nunca he visto a esa niña mentir. Fuiste tú, Abernathy, y tu ajuste de cuentas llegará. Si no en esta tierra, en la próxima.

"Y el tuyo también", dijo el señor Abernathy, levantando su propio bastón.

Jonathan se deslizó rápidamente entre los dos hombres. "Sí, bueno, los puñetazos no solucionaron el problema la última vez, y tampoco lo solucionarán esta vez", dijo. "Padre, creo que es hora de volver a casa".

"Por favor."

—¡Siempre tan cobarde!

—gritó Sir William mientras Jonathan conducía a su padre entre la multitud

— ¡No te batirás a duelo con Demery y no te quedarás para enfrentarte a mí! ¡Cobarde, villano, Abernathy!

"Nadie creerá que no lo hice", se dio cuenta Jonathan al ver las muecas y sonrisas burlonas en los rostros de los espectadores. ¿Por qué, por qué Catherine Martinez había dado su nombre?

Salieron de Tattersall's sin decirse una palabra. Jonathan estaba demasiado sorprendido para hablar y el señor Abernathy demasiado enojado. Ahora que Jonathan sabía de los chismes, notó que las miradas parecían seguirlo, antes de alejarse rápidamente cuando él intentaba encontrarse con ellas. Fue un alivio subir al carruaje cerrado y correr las cortinas para protegerse del mundo.

Su corazón todavía estaba acelerado y parecía que no podía mantener un pensamiento claro en su cabeza. Solo cuando estaban a medio camino de regreso a Richmond sus pensamientos se calmaron. Se frotó la cara y miró a su padre, que todavía estaba frunciendo el ceño, aunque ya no estaba pálido de ira.

-¿Cómo supiste que ella mintió?

—Vi tu cara.

—El señor Abernathy pasó el pulgar por el mango de latón de su bastón, como si lamentara no haber tenido la oportunidad de blandirlo contra Sir William

— Además, te conozco. Se necesita una clase particular de cobardía para negarle un hijo, y una clase particular de crueldad para abandonar a una mujer tan comprometida. Eres libertino, holgazán, mujeriego y voluble, Jonathan, pero no eres cruel ni cobarde. No lo hiciste. Pero Sir William seguirá creyendo a su hija, y yo seguiré creyendo a mi hijo, y por lo tanto este asunto nunca se resolverá satisfactoriamente.

—No lo hará

—dijo Jonathan en voz baja

— Nadie me creerá. No si ella me nombra. ¡Maldita *sea* esa mujer!

Se deslizó hacia atrás en su asiento y miró fijamente el techo del carruaje para ocultar las lágrimas que le picaban los ojos. Entonces su padre pensó todas esas cosas de él (y lo era), pero no un cobarde ni cruel. Solo que lo había sido, ¿no?, con Rosmery. También con otras mujeres, a veces. Tal vez se merecía lo que el mundo pensaba de él. Pero el rumor mancharía a toda su familia, incluso a sus amigos, a su...

Jonathan se puso de pie y preguntó: "¿Qué le pasará a Rosmery?"

Capítulo 28

Mientras Sir William denunciaba públicamente a Jonathan, Rosmery estaba sentada en un banco del cementerio donde habían enterrado a su padre y pensaba en silencio. Era el primer día realmente hermoso del año y había salido a caminar sola antes de acabar allí. La última vez que había estado allí, no había podido recordar más que los recuerdos más desagradables y enfadados de su padre. Ahora, curiosamente, le resultaba difícil recordar nada sobre él. Se quedó allí sentada durante mucho tiempo, tratando de recordar, hasta que finalmente se dio cuenta de que su madre se estaría preocupando, se levantó de su asiento y se fue a casa.

Se estaba quitando los guantes y el gorro en el pasillo cuando la criada Eloise bajó las escaleras y la vio.

—Por favor, señorita Miller, todos se han ido a casa del señor Abernathy

—dijo

— Se fueron hace media hora. El señor Abernathy envió su carruaje a buscarlos. Tenía que decírselo en cuanto llegara a casa.

—Gracias, Eloise

—Rosmery empezó a desabrocharse la capa

— ¿Podrías enviarme un poco de té?

—No, señorita. Quiero decir que usted debe ir a buscarlos. La señora Miller dejó una nota.

Rosmery vio la carta doblada sobre la mesa de la entrada. Era bastante breve y estaba escrita por Amanda, no por su madre.

GRAMO.

El señor Abernathy nos convoca a una conferencia. "Se ha producido una crisis que requiere rapidez para su gestión". ¡Qué manera de decir que la olla está demasiado caliente! Mi madre es demasiado inquieta para ponerse a escribir, así que escribo por ella. Le ha pedido al mozo de cuadra que mantenga los caballos listos y quiere que nos acompañes a casa de los Abernathy, con rapidez.

Rosmery se preguntó cuál era el problema: dinero, pensó vagamente. O tal vez, dado que también habían convocado a Dafne y Amanda, algo relacionado con la fiesta de bodas. Suspiró, se puso nuevamente los guantes y el sombrero y salió hacia los establos.

Cuando llamó a la puerta de la casa de los Abernathy, la llevaron directamente al salón. En cuanto entró, supo que algo iba muy mal. Todos estaban allí: la señora Miller, Dafne y Amanda, el señor y la señora Abernathy y Jonathan, aunque al principio no lo vio porque estaba encorvado e inmóvil en una silla, con la cabeza entre las manos.

"¿Qué pasa?", dijo ella. "¿Jonathan?"

Él levantó la mirada, con el rostro tan pálido que sus ojos azules parecían casi negros, y negó con la cabeza.

—¡Te lo dije!

—dijo Amanda, con las mejillas sonrojadas

— ¡Te lo dije cuando te comprometiste con él! ¡No me hiciste caso!

—No es verdad

—dijo Dafne

— ¡No puedes creer algo tan horrible!

Amanda simplemente miró con desprecio, luego su mirada se deslizó hacia Rosmery y vaciló hasta el suelo.

Rosmery miró al señor Abernathy con impotencia: "¿Qué está pasando?"

El señor Abernathy, sentado en una silla dura, con el bastón sobre las rodillas, señaló una bandeja con vasos y una licorera que había sobre la mesa. "Primero, ¿quieres un poco de jerez, Rosmery?"

—¿Qué está pasando?

—repitió Rosmery. Ignoró la bandeja de jerez y se acercó a Jonathan y le tocó el hombro

—¿Qué es lo que no es cierto?

Él tomó su mano entre las suyas, casi suplicante. Ella nunca lo había visto tan dolido antes. A ella también le dolía el corazón.

—Estuve hoy en Tattersall's

—su voz sonaba ronca

— Hubo un... Me enteré... Delante de todos, Sir William Martinez me acusó de... de ser el padre del hijo ilegítimo de su hija.

—Sacudió la cabeza con impotencia

— Ella le dio mi nombre, Rosmery. Catherine Martinez dice que fui yo... nunca la he conocido.

Rosmery lo miró fijamente, paralizada por la confusión. Por un momento, no entendió nada y, cuando lo hizo, no pudo ver por qué importaba. Tal vez Jonathan leyó la duda en su rostro. Le llevó la mano al corazón.

—No entiendo por qué lo hizo

—dijo

—pero le creen. Por lo que vi en Tattersalls, los rumores deben haber estado creciendo durante todo el invierno. Todo Londres cree que engendré un bastardo con una virgen y me marché.

—Apretó la cara contra su mano

— Lo siento.

Ella miró fijamente la nuca de él y los músculos delgados de su cuello, tensos y rígidos. "No lo entiendo".

"Jonathan ha sido calumniado", dijo Abernathy. "Un mentiroso malicioso y un idiota voraz lo

han calumniado groseramente. Es probable que su reputación no tenga arreglo".

"Él no lo hizo", dijo la señora Abernathy, "así que no veo que importe lo que piense la gente. La gente correcta pensará correctamente y la gente incorrecta pensará incorrectamente. Siempre ha sido así".

"Sí", dijo el señor Abernathy. "Y cuando lo que está mal es más que lo que está bien, se comete una injusticia".

Jonathan se estremeció.

Rosmery se dejó caer lentamente en el brazo del sillón. Todavía no entendía del todo. Catherine Martinez había nombrado a Jonathan como el padre de su bebé. Era demasiado absurdo para entenderlo. ¿Por qué Catherine Martinez habría hecho algo así?

De repente, le vino a la mente el recuerdo de la escena en la habitación de Jonathan en la casa de Ellen. Demery, ese hombre alto y de aspecto sombrío, había desafiado a Jonathan a un duelo, lo había acusado de tener un hijo bastardo con la mujer con la que Demery se habría casado, y Jonathan... Jonathan había...

"No le dijiste que no era verdad. No le dijiste a Demery que no lo hiciste".

Jonathan se rió débilmente.

—No creo que hubiera hecho ninguna diferencia, Rosmery. La propia mujer me nombró padre.

—Se sentó un poco más erguido y la miró a los ojos, medio asustado

—Tú no...

—Te creo. Por supuesto que te creo.

—Le tomó la mano

—Nunca lo harías.

Los dedos de Jonathan se entrelazaron con los de ella.

—Nadie fuera de esta habitación me creerá.

—Su mirada se dirigió a Amanda

—Ni siquiera todos los que están dentro de esta habitación.

Amanda sirvió otra copa de jerez y no levantó la vista.

—No importa

—dijo Rosmery

—Esos rumores no me importan, Jonathan.

—Pero lo hacen

—retiró la mano de la de ella

—Hoy, media docena de hombres a los que habría llamado mis amigos me han dado el corte directamente. La sociedad me desprecia, Rosmery. Me condena y me desprecia. Hará lo mismo con mi esposa

— desvió la mirada

— Tus hermanas, incluso.

— No

— Rosmery negó con la cabeza

— No.

— Esa es, en efecto, la crisis en la que nos encontramos

— dijo el señor Abernathy

— Hasta ahora, Rosmery, yo habría dicho que nuestros respectivos intereses coincidían, que el matrimonio sería ventajoso para ambos. Ahora, la ventaja debe estar del lado de Jonathan. Él recuperará una pequeña medida de respetabilidad casándose contigo, y tú ganarás su nombre ennegrecido. Tus hermanas también se verán manchadas por la relación. Sus perspectivas de futuro serán más limitadas.

— No creo que sea tan malo

— dijo la señora Miller con valentía

— Amanda es muy bonita y Dafne... Estoy segura de que el dulce temperamento de Dafne hará que sólo los hombres más honestos se enamoren de ella, y un hombre así no se dejaría intimidar por falsos rumores.

Dafne se sonrojó hasta que sus manchas blancas resaltaron contra el rojo de sus mejillas. "No puedo evitar mi apariencia".

— Y mi temperamento no tiene nada de malo

— dijo Amanda con altivez

— Nunca le vi sentido a ser tímida y retraída.

— No quise ofenderla

— dijo la señora Miller apresuradamente

— Sólo quiero decir que... que Rosmery sólo debe pensar en sí misma al tomar esta decisión.

— ¿En qué decisión?

— dijo Rosmery

— No hay ninguna decisión que tomar. Este escándalo no cambiará nada, excepto que...

— Su corazón se agitó, pero la ira le dio el ánimo para superar el miedo

— Excepto que debemos casarnos rápidamente. Antes de que empeore.

Jonathan se sentó derecho por primera vez desde que ella entró. "¿Lo dices en serio?"

"Estoy bastante seguro."

El señor Abernathy se reclinó en su silla y miró a Rosmery con los ojos entrecerrados.

— No han pasado ni cinco meses desde la muerte de tu padre. Aún no has dejado de estar de luto,

querida. Pero supongo que no serías la primera novia que se casa con un vestido de luto. Eso no es lo que llamará la atención de nadie.

—No es... no es del todo ideal

—dijo la señora Miller

— Pero si eso es lo que crees, Rosmery, entonces no te lo impediré.

"Es mucho mejor casarse pronto", asintió la señora Abernathy. "El matrimonio siempre ha sido la protección más segura contra el escándalo".

— Me temo que cerraremos la puerta del establo después de que el caballo se haya escapado

— dijo el señor Abernathy

— Sin embargo, creo que serviría para repararlo.

— Tamborilearía con los dedos sobre su huesuda rodilla

— Tengo un temor, Rosmery, que estoy seguro que tu madre también siente, aunque no hable de ello.

"¿Qué es?"

"Tu padre, si viviera, ya no aprobaría este matrimonio".

Eso era cierto. Rosmery miró a Jonathan y, con un largo suspiro, fue a servirse una copa de jerez. Volvió a mirar el pálido rostro de Jonathan, se sirvió una segunda copa y se la llevó. Jonathan murmuró su agradecimiento y se la bebió de dos tragos. Algo de color volvió a sus mejillas. Rosmery bebió el suyo más lentamente. Se le instaló una sensación de malestar en el estómago, tal vez por la culpa que sentía al pensar en su padre. El señor Abernathy tenía razón: el señor Miller no lo habría aprobado. Si el escándalo hubiera estallado mientras él estaba vivo, habría hecho todo lo posible por poner fin al compromiso. Era demasiado cínico para haberle creído a Jonathan. Probablemente le habría sugerido que se casara con Catherine Martinez y arreglara las cosas.

La culpa de Rosmery se convirtió en una ira repentina. "Si mi padre estuviera vivo, no dejaría que me detuviera. Y menos aún se puede esperar que yo me doblegue a los deseos de un hombre muerto".

La señora Miller pareció sorprendida y la ira de Rosmery volvió a convertirse en culpa.

"Lo siento", dijo. "Lo siento. Pero no hay diferencia. Debo casarme con Jonathan o no, y sabiendo que es inocente, debo casarme con él".

El señor Abernathy asintió lentamente. —No puedo decir que no me siento aliviado. No es sólo por Jonathan; me sentiría muy triste si no pudiera llamarte mi nuera.

La señora Miller intentó sonreír. "Sí, querida. Me alegro sólo de verte feliz".

Amanda frunció el ceño y Dafne pareció insegura. Jonathan se levantó con tanta brusquedad que Rosmery dio un respingo.

—Necesito hablar contigo a solas

—dijo

— Ven conmigo.

Ella lo siguió hasta el pasillo. En cuanto la puerta se cerró tras ella, él le puso las manos sobre los hombros y la miró fijamente a los ojos, buscando algo.

"Gracias", dijo. "No tenías por qué decir eso".

—No lo digo por decir. Si me caso contigo, se reparará un poco el daño. El matrimonio hará que parezcas un poco menos desprestigiado. Y creo que algún día se sabrá la verdad, Jonathan. No todo el mundo creará esta calumnia. No si les dices lo contrario.

Jonathan negó con la cabeza.

—No tenías por qué decirlo. No lo tienes que decir.

—La agarró por los brazos y luego por las manos

— No quiero apresurarte, Rosmery. No quiero que te cases conmigo mañana porque creas que es lo mejor para mí.

—Sus ojos brillaban extrañamente

— Quiero que te cases conmigo porque quieres ser mi esposa.

Ella le cogió las manos y le tembló el corazón. Si la besara ahora... Si la tocara...

En cambio, habló muy suavemente:

-Te lo dije, ¿no?, que tengo la mala costumbre de enamorarme.

El corazón de Rosmery dio un vuelco alarmado.

— Jonathan, no lo hagas. No... no puedo.

Las manos de él, en las de ella, se pusieron rígidas. Las soltó y dio un paso atrás. Ella supo por la expresión de su rostro que lo había herido. No había sido su intención y deseaba pedir perdón, pero no podía hablar porque su corazón latía tan rápido que los pensamientos en su cabeza no se podían convertir en palabras tangibles.

Al final, Jonathan dijo: "Está bien. No lo haré".

El corazón de Rosmery seguía latiendo con fuerza. No sabía por qué tenía tanto miedo. No tenía miedo de Jonathan, no. Estaba un poco nerviosa por casarse con él, sí. Pero aterrorizada por las palabras que casi había dicho.

— No es justo para ti

— dijo en voz baja, mirando a cualquier lado menos a su rostro

— Estos últimos meses nos hemos ido acercando, pero veo que no estás segura de mí. No deberías tener que casarte conmigo antes de hacerlo. No tienes *por* qué hacerlo. El mundo no se acabará si seguimos comprometidos unos meses más. Incluso un año. Tanto tiempo como necesites.

El corazón de Rosmery se desaceleró ante sus palabras, pero negó con la cabeza.

—Será peor para mí también si no nos casamos. O te muestro mi apoyo casándome contigo, le digo al mundo que no creo en esas mentiras, o rompo el compromiso y admito que las creo. Y no

las creo.

— Respiró profundamente

— Y no quiero romper nuestro compromiso. Estoy muy segura de eso.

Jonathan parecía desconcertado. "Eso no es un sí rotundo".

—Bien. Quiero casarme contigo

—pronunció las palabras con cierta torpeza, pero, de todas formas

— Siempre fue un matrimonio de conveniencia, Jonathan. El hecho de que estemos... cada vez más *unidos* no cambia eso. Y por cuestiones de conveniencia, deberíamos casarnos rápidamente, en lugar de esperar a que yo termine el luto.

Jonathan hizo una mueca.

— Sí, por supuesto. Me temo que estaba empezando a olvidarlo.

— La miró con tristeza y luego le tendió la mano

— Ven aquí. Déjame besarte.

Ella se corrió y él la rodeó con sus brazos y la besó en el cabello y la frente. No parecía querer más que eso en ese momento, pero el cálido dolor se acumuló entre sus muslos en respuesta a su toque de todos modos. Sus mejillas se pusieron calientes.

—Quiero casarme contigo

—dijo en voz baja y sin titubear esta vez

— No *todo* es cuestión de conveniencia, Jonathan. Pero no puedo... No voy a...

—Lo sé.

—La besó en el pelo otra vez

—Cariño, lo sé.

Capítulo 29

Después de eso, todo sucedió muy rápido. Se compró un carruaje de segunda mano, pero poco usado, a uno de los viejos amigos del señor Abernathy y se encontró un par que hacía juego. Se terminaron rápidamente los vestidos de las damas de honor, que estaban a medio hacer. La casa de la ciudad no se iba a utilizar hasta que Rosmery se levantara del luto, por lo que se prepararon dos habitaciones adicionales en la casa de los Abernathy para darles a Rosmery y Jonathan algo de espacio y privacidad en las primeras semanas de su matrimonio. En verano, iban a hacer un recorrido por el norte del país, algo parecido a una luna de miel, antes de regresar finalmente a Londres. Y, por supuesto, se leyeron las amonestaciones.

A Jonathan, que estaba sentado en la iglesia el domingo siguiente, le resultó muy extraño oírlos. Había pensado que se sentiría nervioso, o incluso asustado. Después de todo, había intentado evitar la boda durante tanto tiempo. En cambio, se sintió nervioso, muy consciente de que las miradas se volvían hacia él y de que se oían susurros detrás de los libros de oración y, cuando Rosmery se encontró con su mirada al otro lado de los bancos, consciente de una absurda sensación de celos. ¿Qué derecho tenía alguien a mirarla y susurrarle? El sentimiento pasó, dejando a Jonathan incómodo. Nunca antes había sentido celos. Había pensado que esa emoción era indecente.

Antes de la boda, Jonathan hizo todo lo posible por reparar su reputación. Pasó tiempo en Londres, en su club o en las casas de los pocos amigos que todavía se dignaban a hablar con él, y convenció a algunos de ellos de que Catherine Martinez había mentido. Esperaba que difundieran suficientes dudas sobre la historia para que otros también empezaran a dudar de ella. Incluso escribió a Sir William ofreciéndole una entrevista para aclarar el malentendido, aunque no esperaba ni recibió respuesta.

La noche anterior a su boda, celebró una pequeña cena en su club. Estaban presentes Sebastian Delacroix, a quien había logrado convencer de su inocencia, así como algunos otros jóvenes que le creyeron. También estaban el señor Montague, que había acompañado a Ellen a la boda, y los primos de Rosmery, Harry y Francis, que habían sido invitados en agradecimiento por el hecho de que la familia del tío Bernard se negara a creer los rumores, aunque lo único de lo que querían hablar era de la posibilidad de que Jonathan demandara a Sir William por difamación.

La cena tenía un aire fúnebre. Los jóvenes amigos de Jonathan eran de su misma calaña. O, se corrigió, de su misma calaña. No entendían por qué se iba a casar. Sus brindis estaban llenos de patetismo. Bebieron mucho y se desplomaron en charcos de terciopelo de seda en sus sillas, murmurando sobre lazos de seda y yugos dorados. Jonathan animó a los primos de Rosmery (ahora sus primos) a beber también. Cuanto más arrastradas e incomprensibles se volvían sus palabras, más fácil le resultaba tolerar su conversación. En sus esfuerzos, se encontró bebiendo más de lo que había planeado: había querido mantener la cabeza despejada para la mañana. A medida que sus sentidos se embotaban con el vino, las emociones que había estado reprimiendo aumentaron: inquietud, culpa, incluso pena. Se estaban embarcando en todo esto de la manera equivocada. Deberían haberse conocido como una pareja normal, y cortejarse como una pareja normal, y casarse debido al cortejo. Pero se *habían* conocido, ¿no? Ella había dicho que sí, y él ni siquiera se había dado cuenta hasta que su padre se lo hizo notar. ¡Qué tonto había sido!

Y ella todavía no se sentía cómoda. No podía sentirse así si no le permitía decirle que la amaba. Tal vez no confiaba en que él no fuera capaz de mentir. Le habían mentido antes sobre ese tema y cicatrices como esa le quedaban muy profundas.

Debería haber sido diferente. No deberían haberse casado bajo la sombra, pero si no hubieran tenido que soportar esa sombra juntos, probablemente no se hubieran casado.

Ese pensamiento exigió otro triste brindis.

Hacia el final de la velada, mientras los primos se quedaban dormidos sobre la mesa, se oyó un golpe insinuante en la puerta. Al principio, Jonathan no lo oyó, pero luego Sebastian, que estaba de frente a la puerta, dijo con sorna: "El gato entró arrastrándose", y señaló.

Jonathan se dio la vuelta. Herbert Mateo estaba de pie en la puerta, con una sonrisa zalamera en el rostro. Jonathan pensó que llevaba el mismo abrigo que le había visto la última vez. Ahora había más hilos sueltos desprendiéndose del puño. Empezaba a tener una apariencia parecida a la de un fleco.

—¿Qué haces aquí?

—dijo Jonathan secamente

— No te han invitado.

—Tampoco el hada malvada. Aunque yo soy más indulgente que ella. Vengo a felicitarte por tu compromiso, Abernathy.

— Mateo entró en la habitación y cogió una loncha de queso de un plato. La mordisqueó con sus dientes demasiado largos

— O a compadecerte, por así decirlo. Nunca te las arreglaste para deshacerte de ella, ¿verdad?

Jonathan miró con inquietud a su primo Harry, pero éste sólo emitió un eructo perplejo. El primo Francis ya estaba roncando con la cabeza sobre un plato sucio. Nadie más en la habitación parecía prestar importancia a sus palabras. Varios de sus invitados ya se habían marchado y los que quedaban estaban en un estado de estupor, excepto Delacroix, que estaba clavando un cuchillo de pescado en un hueso de cordero y miraba fijamente a Mateo, y Montague, que se mordía las uñas. Apenas había dicho diez palabras en toda la noche, salvo para comentar un cuadro de un caballo de carreras que había en la pared. Tampoco había bebido ni una gota de vino. Sin duda, Ellen se enteraría si Mateo decía algo sospechoso. Y Ellen se lo diría a Rosmery.

"Felicitaciones es suficiente", dijo Jonathan, esperando que Mateo entendiera la indirecta y se fuera.

En lugar de eso, por supuesto, Mateo se acercó a la botella de vino. "¿Bebo a la salud de la novia? ¿Un brindis por la señorita Miller?"

"Ya estoy harto de tostadas. Mañana tengo que levantarme temprano."

"¿Entonces no ahogarás tus penas?"

"No tengo a nadie a quien ahogar."

—Entonces déjame ahogar el mío.

—Mateo tomó una copa de vino sucia de la mesa y se sirvió una generosa porción

— Y mientras tanto, beberé a la salud de tu esposa.

—Bebió un sorbo, no con hambre ni avaricia, sino con particular concentración, y tragó lentamente

— Oh, está muy bueno. Es un buen vino, Abernathy. Haré otro brindis. Por la muerte del escándalo. Ojalá nunca llegue lo suficientemente pronto.

—Bebió otro sorbo concentrado y se lamió los labios

— Casarse con la señorita Miller será otro clavo en su ataúd. Aunque tal vez no sea el último. Un hijo bastardo es un escándalo bastante animado, después de todo.

—Sus ojos brillaron con humor cruel

— Podrías habérselo dicho a un amigo. Tenía una apuesta.

"No eres un amigo", dijo Delacroix con énfasis.

"Y yo no soy el padre."

Mateo bebió más vino, esta vez profundamente. "A la gente le cuesta creerlo ahora".

—Calumnia

—declaró el primo Harry

— Vil calumnia

—hipó

— Deberíamos decirlo.

Mateo enarcó una ceja con desdén y apuró su vaso.

—Sí, las demandas por difamación siempre sirven para acallarlas.

—Se movió alrededor de la mesa hacia un plato lleno de trozos de queso y mordisqueó un poco de corteza

— Aunque, por supuesto, un hombre inocente podría desear venganza, supongo.

"No deseo ninguna venganza. No quiero tener nada que ver con ella".

—Ah, ya veo.

—Mateo encontró una cita que no se había dado y la chupó

—. Pero como no puedes demostrar tu inocencia, al menos puedes arrojar sospechas sobre otro.

—Escupió la semilla

— ¿A quién elegirás? He oído que su padre es muy amigo de Lord Torenbury y es un toro de ciudad como nunca antes.

—No voy a demandar a nadie

—gruñó Jonathan

— Sólo empeoraría las cosas. Dejemos que la señorita Martinez sea una mentirosa y que su amante sea un cobarde. Me casaré con la señorita Miller y viviré tranquilamente sin pensar nunca

en ellas.

Mateo se rió. "Y así, un soltero empedernido pierde su tercera pierna por culpa de los grilletes. Por ahora, al menos".

Jonathan hizo una mueca.

—No hables de eso, gracias. Te recuerdo que *no* fuiste invitado.

—Pero Mateo era un chismoso y, a pesar de sus deudas y su depravación general, todavía había gente en Londres que le abría sus puertas. Si repetía que Jonathan era inocente, algunos podrían creerle.

—Toma un poco más de vino, si quieres

— dijo de mala gana

— Siéntate.

Mateo no se sentó, pero se sirvió otra copa de vino.

—Pero esta noche estás entre amigos, Abernathy

—dijo

— Deja salir tus preocupaciones. Suelta la lengua. ¿Te agrada ahora la señorita Miller más que cuando la conociste por primera vez? Me parece recordar que no estabas muy contento con ella. Pero eso fue hace algunos meses. Tus sentimientos pueden haber cambiado.

Al final de la mesa, donde parecía que no escuchaba, el señor Montague levantó la cabeza después de contemplar su copa de vino intacta.

—Sí, lo han hecho

— dijo Jonathan, con las mejillas encendidas

— No me casaría con ella si no lo hubieran hecho.

—¿No lo haría? Pensé que quizá razones de conveniencia la hubieran convencido. No se trata sólo de este escándalo malicioso. Me parece recordar algo, un sentido de obligación hacia la señorita Miller... cuestiones de dinero, ¿no es así?

—Mateo se mordió el labio inferior de una manera desconcertantemente femenina

— Y en contra de sus deseos. La frase, si no recuerdo mal, era "sacrificio en extremo".

Los ojos grandes, más bien de vaca, del señor Montague de repente se mostraron muy alertas.

— Estás completamente equivocado

— dijo Jonathan con sequedad

— Nunca he dicho algo así de Rosmery.

—Oh, no, tú lo escribiste

—Mateo sonrió desarmantemente.

Por un momento, Jonathan se sintió confundido. El sentimiento parecía tan contrario a lo que sentía en ese momento que no podía imaginar que alguna vez lo hubiera pensado. Entonces

recordó, con una sensación de náuseas, la última vez que había estado en ese club, escribiendo una carta, y Mateo la había leído por encima de su hombro. Había escrito sobre Rosmery, ¿no? Pero no la había enviado. La había quemado.

Mateo seguía sonriendo, pero la carta se había quemado: Jonathan la había visto desaparecer entre las llamas.

"Nunca escribí algo así", dijo, pensando que lo más seguro era negarlo rotundamente. "Mis sentimientos hacia la señorita Miller son exactamente los que cualquier novia esperaría de su novio".

— Así es

— dijo Delacroix

— Nos dio náuseas oírlo a todos, esa misma noche, cuando estaba peor por el vino.

Jonathan supuso que eso era cierto. Ahora estaba lo bastante sobrio como para sentirse un poco avergonzado por algunas de las cosas que había dicho antes. Se había deprimido y despreciaba a los que estaban deprimidos.

—¿Lo son?

— Mateo bebió un sorbo de vino y sus ojos brillaron con un humor salvaje

— Y yo que pensaba que nunca te iba a gustar. Pero ten cuidado, Abernathy, no entregues tu corazón a una mujer indigna.

"La gracia es digna de más que yo", dijo Jonathan.

—Ferrarini también pensó eso una vez

—murmuró Mateo.

"Y ciertamente tenía razón."

Mateo soltó una risa elegante.

—Tal vez sí. Tal vez sí. Aunque estaba muy desesperado cuando ella se echó atrás. Y muy sorprendido. Le había dado una razón convincente para quedárselo, ¿sabes?

Con la cabeza aún nublada por el vino, Jonathan no se dio cuenta de lo que eso implicaba hasta que el señor Montague se puso de pie, muy alto y ancho, al final de la mesa. Entonces Jonathan también se puso de pie, tan torpe por la ira y el vino que al hacerlo inclinó su silla hacia atrás y la hizo caer al suelo con estrépito.

"Ya has dicho suficiente. Vete."

Mateo se acercó a Jonathan y se deslizó por el borde de la mesa.

—Ah, pero ¿la considerabas digna?

—Sé que es digna

—dijo Jonathan, dando la vuelta para seguir a Mateo

— Y no voy a permitir que me sugieras lo contrario.

Mateo se rió entre dientes y se deslizó alrededor de la esquina de la mesa, pero ahora estaba

cerca de Montague, quien dio un paso adelante y bloqueó su camino.

Mateo le sonrió. "No creo que nos conozcamos".

—Éste es Morgan Montague

— dijo Jonathan

— Es el cuñado de la señorita Miller.

La sonrisa vaciló en el rostro de Mateo y dio un paso atrás. Ahora estaba atrapado entre Jonathan, Montague y la mesa.

—¿Cuál fue esa razón de peso, señor?

—preguntó Montague en un tono bajo y apacible.

Mateo se lamió el labio superior. "Por supuesto, es sólo lo que me dijo Ferrarini. No hay motivos para creerle".

"Entonces no puede haber ninguna razón para repetirlo", dijo Montague.

—O inventar ficciones

—dijo Jonathan

— Que es lo que Mateo está haciendo ahora. Montague es ese tipo de hombre.

"Oh, ¿lo es?"

Había algo muy intimidante en la suavidad del tono de Montague, más aún porque medía más de un metro ochenta y tenía la anchura necesaria para ello. Mateo retrocedió, acercándose a Jonathan. Jonathan le dio un golpecito en el hombro a Mateo y éste se dio la vuelta.

—El señor Montague nunca golpearía a un hombre

—añadió Jonathan alegremente

— pero yo sí. ¿Sigues boxeando, Mateo? No, lo olvidé. Nunca fuiste boxeador.

Levantó las manos como un boxeador y amagó con golpear. Fue solo una finta, pero tuvo el efecto de hacer que Mateo gritara y se lanzara debajo de la mesa. Jonathan se puso en cuclillas sobre sus talones, tambaleándose, y observó cómo Mateo se alejaba arrastrándose sobre los pies de los primos borrachos.

—Elegante

—observó Jonathan

— Te veo en tu hábitat natural, Mateo. Debajo de la mesa, con las ratas pidiendo migajas.

—Aborrezco la violencia

—dijo Mateo con recato

— Pero ¿qué puedo esperar de un hombre como tú?

"Si hubiera querido golpearte, lo habría hecho. No vale la pena golpearte con un nudillo. Además, nadie cree en tus mentiras".

Con la barbilla en alto y la cabeza golpeando la parte inferior de la mesa, Mateo se arrastró hacia la puerta. Jonathan lo encontró allí y le dio una patada en el trasero mientras corría a través de ella. Tuvo la satisfacción de oír a Mateo chillar cuando la patada impactó, pero Mateo ya no tenía ganas de morder y simplemente se escabulló escaleras abajo.

—¿Quién era ese hombre?

—preguntó Montague

— ¿Un amigo?

"¡No lo creo!"

—Y, sin embargo, no es un hombre al que quisieras tener como enemigo

—dijo Delacroix

— Es mejor haberle pegado, Abernathy, que simplemente haberlo amenazado. Tiene su propio orgullo peculiar.

Jonathan se encogió de hombros. "Y yo tengo el mío. Además, no me gustaría llegar a mi propia boda con los nudillos hinchados".

Sebastián enarcó las cejas. "O un ojo morado".

—¿De él? Es poco probable.

—Jonathan se sirvió una copa de vino.

"O un dolor de cabeza terrible", dijo Montague.

Jonathan apartó el vino.

—Acepto. Pediré té. Puede que despierte a mis nuevos primos, que seguro que mañana estarán muy verdes.

Capítulo 30

Mientras Jonathan estaba en Londres con sus primos y su cuñado, Rosmery estaba en casa con su hermana, Harriet, charlando. Ellen y la señora Miller estaban ocupadas con la tarea más práctica de asegurarse de que los preparativos para el día siguiente estuvieran en orden, por lo que Harriet estaba desempeñando el papel de confidente emocional. Era más seguro para Rosmery dejarla desempeñar ese papel que permitirle acercarse a los vestidos de las damas de honor o al banquete de bodas. El caos siguió a Harriet. Cuando entró en el vestíbulo al llegar, tiró un jarrón de una mesa y lo rompió en pedazos. Harriet se disculpó profusamente, insistió en que no había estado cerca del jarrón y que no sabía cómo se había caído, y se cortó los dedos tratando de recoger los pedazos. Sin embargo, una vez que le ataron la mano y la llevaron escaleras arriba hasta la habitación de Rosmery, Harriet recuperó la compostura para contarle a Rosmery algunas cosas muy interesantes sobre el estado matrimonial, muchas de las cuales Rosmery estaba segura de que no podían ser ciertas, y para hacerle preguntas inquisitivas sobre la naturaleza del amor verdadero. Harriet era una romántica.

—No soy una romántica

—dijo Rosmery

— Jonathan me gusta más que suficiente y, cuando lo conozcas, estoy segura de que estarás de acuerdo en que es guapo. Pero es un matrimonio de conveniencia. Siempre lo fue.

—No te casarías sólo por conveniencia

—dijo Harriet

— Además, mamá me contó sobre los largos silencios que ocurren cuando tú y Jonathan están solos. ¡Escandaloso, Rosmery!

Las mejillas de Rosmery se calentaron, pero se encogió de hombros con indiferencia. "A veces hablamos en voz muy baja, cuando estamos solos los dos".

—Sí, a mí también me gusta hablar tranquilamente con el señor Clinton.

—Los hoyuelos de Harriet aparecieron mientras sonreía

— Creo que Jonathan parece un joven agradable. No dirás que *estás* enamorada de él, por supuesto, pero siempre fuiste cautelosa con respecto a tus sentimientos, ¡como si hubiera algún peligro en mostrarle al mundo que eres feliz!

—Claro que soy feliz

—protestó Rosmery

— Pero no estoy enamorada de Jonathan. Y él...

—recordó cómo él casi le había dicho que la amaba

— Sospecho que él siente más por mí que yo por él, pero no estoy segura de que realmente me ame. Tal vez un hombre que ama con tanta facilidad como Jonathan nunca pueda amar profundamente.

"Mamá dice que él te adora. Ella rara vez se equivoca en estas cosas".

Eso hizo que el corazón de Rosmery se acelerara. "Es muy cariñoso. Creo que es un arma de doble filo".

—Pero no hay peligro real a menos que él también sea inconstante.

—Harriet le dio una palmadita a Rosmery en la rodilla

— Estoy dispuesta a simpatizar con Jonathan. No puedo esperar a conocerlo mañana. Y si no es más guapo de lo que has descrito, me sorprenderá.

Rosmery juntó las piernas y abrazó una almohada. "Una parte de mí quiere huir, Harrie".

—Sentí lo mismo. Creo que la mayoría de las mujeres lo sienten. Pero también estaba emocionada, ¿sabes?, de tener finalmente al señor Clinton para mí sola, en mi propia casa.

—Los ojos de Harriet brillaron

— Y en mi propia cama.

"Hablas de eso de una manera muy diferente a la de Ellen. Ella lo describió como una tarea ardua".

—Sí, pero la pobrecita está casada con el señor Montague, ¿no? No creo que lo entienda del todo.

—Harriet se dio unas palmaditas en el pelo y pareció satisfecha consigo misma

— Me alegro de que no te hayas casado con ese curita elegante. Me recordaba a una rata de agua, ya sabes, un poco húmeda, regordeta y con ojos saltones. No creo que te hubiera hecho feliz. Mañana por la noche sabrás a qué me refiero.

Rosmery se estremeció.

—No hables de Ferrarini. Estoy casi segura de que solo me quería por mi dinero, el poco que tenía. No sé cómo me eligió como una mujer a la que se podía engañar con dulces mentiras.

— Porque los hombres así siempre lo saben. Es un instinto en ellos.

— Harriet le dio una palmadita consoladora a Rosmery

— Sabes que Jonathan te quiere tal como eres. Puede que sea un matrimonio de conveniencia, pero no hay ninguna pretensión al respecto. Excepto, tal vez, la pretensión de que sientes menos por él de lo que realmente sientes.

"No pretendo no sentir nada por él", dijo Rosmery. "Lo quiero mucho".

—¡Oh, cariño! ¡Qué palabra más bonita! Siento un gran cariño por la madre del señor Clinton.

Rosmery se rió. "No puedes hacerme creer que siento más de lo que siento. Estoy feliz de casarme con él. ¿No es suficiente?"

Ella también lo estaba. Estaba tan feliz que no se atrevía a expresar sus verdaderos sentimientos. Sentía que hablar de su felicidad podría romperla. La perspectiva de la noche siguiente era especialmente ansiosa, aunque preferiría morir antes que admitirlo delante de Harriet. Después de meses en los que Jonathan se alejaba justo cuando las cosas se ponían interesantes, Rosmery ansiaba saber qué sucedía a continuación. Tal vez Harriet tuviera razón al respecto. Ciertamente,

Rosmery ya no creía en la descripción de Ellen sobre hacer el amor.

Tal vez su rostro reflejaba sus pensamientos, porque Harriet sonrió. "Veo que estás feliz. Y yo estoy feliz por ti. Te lo mereces..."

Un golpe en la puerta la interrumpió y ella se sonrojó.

"Entra", dijo Rosmery.

La puerta se abrió y entró la criada. "Disculpe, señorita", dijo. "Ha llegado una carta para usted. Entregada en mano. El caballero no aceptaría un no por respuesta".

¿Había sido Jonathan? No. Él habría ido a verla en persona, aunque fuera la noche anterior a su boda. Rosmery tomó la carta con curiosidad. Una mano medio olvidada la miró a los ojos cuando la abrió y se les cayó el alma a los pies.

—Hablando del diablo

— le dijo a Harriet

— Gracias, Eloise. Puedes irte. No habrá respuesta.

La carta era breve pero no concisa.

Estimada señorita Miller:

Ha pasado mucho tiempo desde que tuve el honor de llamarte mi amado, y ahora no estoy seguro de si tengo siquiera el privilegio de llamarte mi amigo. Sin embargo, debo abusar de tu magnanimidad y pedirte una audiencia. Hay información que he descubierto recientemente de naturaleza muy desagradable sobre Jonathan Abernathy. Después de una reflexión solemne, he llegado a creer que es mi deber comunicarte esta información antes del evento de tu boda.

Mañana por la mañana a las siete te estaré esperando en el callejón detrás de tu casa.

Atentamente,

Rosmery se lo pasó a Harriet en silencio, quien lo leyó y arqueó las cejas.

"Jonathan estará celoso."

— Más bien estoy furioso. Tengo la idea de que le advirtió a Ferrarini que no lo hiciera, poco después de que papá muriera. Pero no se lo contaré a Jonathan y, desde luego, no voy a reunirme con él.

— ¿No tienes ninguna curiosidad?

— Harriet le dio un codazo a Rosmery en la cintura

— Puede que esté planeando hacerte una apasionada declaración de amor y suplicarte que le des tu mano.

— ¡Espero que no!

— Rosmery arrugó la nota y la arrojó al fuego

— Aunque lo dudo. La tinta misma destila malicia.

"Bueno, estaré pensando en ello todo el día, preguntándomelo. Es todo muy misterioso".

"No voy a perder un momento en pensar en Ferrarini", dijo Rosmery. "Solo pensaré en Jonathan".

—¡Y dices que no lo amas!

—Harriet se rió y luego se quedó pensativa

—¿Qué tal si me encuentro con Ferrarini en tu lugar?

"¿Qué bien haría eso?"

—Eso satisfaría mi curiosidad. Además, si está planeando causar problemas el día de tu boda, sería mejor saberlo de antemano. Sería terrible que apareciera en la iglesia. Dudo que hiciera algo más que quedarse deprimido en un banco al revés, pero eso estropearía el ambiente.

Rosmery se estremeció.

—Será mejor que no lo haga.

"Entonces déjame ir y le advertiré".

Rosmery dudó. La última vez que había visto a Ferrarini, no había hecho más que herirla con palabras crueles. No tenía ninguna duda de que su mensaje ahora tenía el mismo propósito. Por otra parte, si no le daba la oportunidad de hacerle daño, podría intentar asistir a la boda o al desayuno posterior. No quería exponerse (ni exponer a Jonathan) a esa vergüenza. Y no creía que nada de lo que él pudiera decir pudiera hacerle daño. No cuando estaba en guardia contra él. No cuando era tan feliz.

-Iré

-dijo

-pero quiero que estés conmigo. No quiero hablar con él a solas.

A la mañana siguiente, poco antes de las siete, Rosmery se puso una bata y una capa sobre el camisón y se encontró con Harriet en la escalera trasera. Bajaron en silencio las escaleras y salieron al jardín. A Rosmery se le ocurrió que allí era donde ella y Jonathan habían acordado casarse por primera vez, en esa noche fría y ventosa. Esa mañana, el jardín parecía muy diferente, lleno de flores primaverales bajo la luz del sol y el cielo azul. Una repentina oleada de felicidad invadió a Rosmery y se detuvo.

"Esto es una tontería", dijo. "No deberíamos hablar con él. Ya no tiene nada que ver conmigo".

—Dígaselo

—dijo Harriet

— Dígale que no desea volver a verlo nunca más.

"No verlo es la mejor manera de hacerlo".

"Él persistirá. Hombres como estos siempre lo hacen. Es necesario darles un mensaje firme".

Rosmery negó con la cabeza. "No quiero verlo".

—Entonces déjame reprenderlo y despedirlo.

—Harriet se irguió hasta alcanzar su altura máxima de un metro y medio

— Me aseguraré de que no vuelva a molestarte.

"Está bien. Deshazte de él. Pero no voy a ver a ese hombre el día de mi boda".

Harriet atravesó la puerta de madera con un gesto militar y entró en el camino. Rosmery permaneció en el jardín. Después de unos momentos, oyó la voz de Harriet, entrecortada por los susurros de las suaves respuestas de Ferrarini.

"... ¡No saber dónde no te quieren! Tuviste tu oportunidad hace años y la perdiste, jovencito... ¡Eres mayor que yo! ¡Pero no más sabio! ¡Ahora, vete de aquí! ... ¡No, no escucharé esas tonterías! ¡Son cosas de cerveza y queso azul! ... ¿Qué quieres decir con pruebas?"

Y de nuevo se hizo el silencio, esta vez más largo. Los pasos de Harriet, sus zapatillas ondeando en el suelo, y luego su larga nariz asomándose por la puerta.

—Rosmery

—susurró

— Tiene una carta para ti.

"No lo quiero."

"Es de Jonathan."

"Jonathan no quiso enviar a Ferrarini a darme una carta".

"No, no es para ti, es sobre ti".

— Dile que... No, lo haré yo misma. Fue un error haber enviado a Harriet desde el principio. Harriet nunca pudo manejar las cosas.

Rosmery se arrebujó en su capa (no se le había pasado por alto que debajo no estaba vestida adecuadamente) y salió al callejón. Ferrarini hizo una profunda reverencia al verla.

—No la quiero

— dijo Rosmery mientras le tendía una carta

— Vine a decirte que ahora sé que nunca me amaste, Bryan. Solo me querías por mi dote... y por mi estupidez al creer que tu afecto era sincero. Ya no soy un tonto. Tus mentiras no tienen valor para mí.

Ferrarini sacudió la cabeza.

—Señorita Miller, me hiere. Si no fuera porque su corazón ya se había entregado a otra persona, protestaría por la veracidad de mis afectos pasados .

—Parecía dolido

— Pero el tiempo cura todas las heridas.

"Una misericordia por la que también tengo motivos para estar agradecido. Mi corazón

—y mi orgullo

— están completamente recuperados de las heridas que vuestra venalidad les infligió."

—No puedo convencerla de mi inocencia. No lo intento. No, estoy aquí para advertirle, señorita

Miller, de otro engaño. Su futuro marido...

—No digas nada más

—dijo Rosmery

— No quiero oírte decir ni una palabra en contra de Jonathan.

—Entonces lea las palabras que él mismo escribió.

—Ferrarini le tendió la carta a Rosmery, pero ella la ignoró y se dio la vuelta

— Me acusa de no amarla, señorita Miller, de fingir que la amo para que se casara conmigo. Su acusación está dirigida al hombre equivocado. Es Abernathy quien es todo artificio y pretensiones. No yo.

Rosmery se rió. "¿Qué tontería es ésta? Harriet, vámonos. Tengo que vestirme para mi boda".

Pero Ferrarini le puso la carta en la mano a Harriet y ella la miró de reojo, con los ojos muy abiertos.

—¿Es realmente la letra de Jonathan?

—preguntó

— No puede ser. Ningún hombre decente diría esas cosas sobre ninguna mujer. Y seguramente papá no habría arreglado este matrimonio en una situación financiera tan precaria... Harriet inclinó la cabeza hacia un lado.

—... En realidad, eso suena bastante propio de papá.

Rosmery se burló y agarró la carta.

—No es suya...

La letra elegante y fina de Jonathan, escrita con la tinta verde azulada que usaban en su club, se cruzó con su mirada. Las habituales colas largas en las ges y las yes, las os entrecerradas. La letra estaba arrugada, como si la hubieran hecho una bola y luego la hubieran aplanado, y la tinta estaba sucia, pero aún era legible.

— Sólo deseo que sepas la verdad

— dijo Ferrarini en voz baja

— Un amigo me lo contó. Como dice la carta, Abernathy no quería casarse contigo, pero no pudo negarse a su padre. Te trató con crueldad para obligarte a romper el compromiso. Era un plan ampliamente conocido. Medio Londres apostó por tu matrimonio. Pero cuando tu padre murió, Abernathy se dio cuenta de que si no se casaba contigo, terminarías empobrecida. Así que tuvo que convencerte de que siguieras siendo su novia. Ya puedes ver lo que piensa de eso.

Rosmery no quería creerlo, pero eso explicaba demasiado. No era de extrañar que Jonathan hubiera sido tan horrible cuando se comprometieron por primera vez: tan estúpido, vanidoso y torpe. Ella había pensado que le había gustado más a medida que lo conocía mejor. No. Él solo le había dicho un tipo diferente de mentira. Y los besos... ¿Habían sido para persuadirla? ¿Para seducirla para que lo perdonara? La humillación inundó a Rosmery.

—Pobre señorita Miller

—murmuró Ferrarini

— Le tengo toda mi compasión.

Esas palabras sacaron a Rosmery de su humillación. La ira se apoderó de ella. Ferrarini no tenía derecho a compadecerla. Jonathan no tenía derecho a compadecerla. Ella no era objeto de compasión para ningún hombre. Y con su ira llegó la claridad.

"La mitad de Londres ha apostado por esto, ¿no?", preguntó.

"Creo que sí. El señor Abernathy no fue discreto en este asunto".

—Y supongo que el amigo que te dio esta carta apostó en contra de mi matrimonio con Jonathan, ¿y que su objetivo al dártela era impedir mi matrimonio?

"Es usted demasiado cínica, señorita Miller."

— Veo que, en lo que a los hombres se refiere, nunca he sido lo bastante cínica. —Rosmery rompió la carta en dos, luego en cuatro, y siguió rompiéndola hasta que se convirtió en pequeños fragmentos que se dispersaron con la brisa como semillas de diente de león—. Puedes decirle a tu amigo que ha perdido su apuesta. Me voy a casar con Jonathan Abernathy.

"Pero seguramente tus sentimientos..."

"No es asunto tuyo. Adiós, Ferrarini. Espero que no nos volvamos a encontrar".

Con la barbilla en alto, Rosmery cruzó la puerta y entró en el jardín. Le dolía el corazón y sentía una opresión en el pecho, pero tenía la cabeza perfectamente despejada. Harriet trotó tras ella.

—¿Qué quieres decir, Rosmery? ¿Es verdad? ¿Jonathan escribió esas cosas?

—Lo hizo.

—Rosmery vio un trozo de la carta en su capa y lo apartó

—Te dije que era un matrimonio de conveniencia. Mi corazón no está involucrado y nunca lo estuvo.

— Le dolía el corazón como si la sangre que contenía se hubiera congelado

— La carta no cambia nada. Excepto que ahora estoy desilusionada un poco antes de lo que lo habría estado de otra manera.

* * *

Jonathan no vio a Rosmery esa mañana hasta la ceremonia de la boda. Fue una ocasión tan tranquila, solemne y formal, y él estaba tan abrumado por sus propias emociones que no se dio cuenta de que ella estaba molesta hasta que estaban en el carruaje de regreso a la casa de sus padres. Estaban solos, salvo el novio, en un carruaje descubierto bajo un soleado día de primavera. Tan pronto como estuvieron fuera de la vista de la iglesia y de sus simpatizantes, Jonathan trató de acercar a Rosmery y besarla. Ella se puso rígida en sus brazos.

—¿Rosmery?

— le hizo cosquillas en la mejilla

— ¿Mi querida esposa?

"Preferiría que no dijeras eso."

"¿Te llamas mi esposa?"

—Tu amor

—Rosmery lo apartó

— Nunca sé si lo que sale de tus labios es mentira o verdad.

—¿Qué?

— Jonathan miró al cochero, pero los caminos estaban secos y duros y los cascos de los caballos hacían demasiado ruido como para que pudiera oírlos si hablaban en voz baja

— Rosmery, ¿qué es esto? ¿Qué estás diciendo?

"Hablé con Ferrarini esta mañana. Me dio una carta que habías escrito sobre mí".

Jonathan había estado nervioso toda la mañana, pero al oír sus palabras se sintió rápidamente enfermo. ¡Esa estúpida carta! Y Mateo la había citado la noche anterior. ¡Qué tonto había sido al no ver lo extraña que era! ¡Qué tonto había sido al escribirla en primer lugar!

—Quizás hayas olvidado escribirlo

—dijo Rosmery dulcemente

— ¿Quieres que te refresque la memoria?

— No, por favor. Conozco la carta de la que hablas. Rosmery, me sentí mal cuando la escribí. Estaba dejando salir mis sentimientos. No era verdad en aquel entonces. Ahora es todo lo contrario.

— Sé muy bien que los insultos no son ciertos. No por lo menos por lo que a mí respecta. No te defendería de acusaciones de rencor, Jonathan.

—Rosmery, por favor.

— Intentó tomarle la mano, pero ella se la arrebató

— Ferrarini está intentando hacerte daño.

— Lo sé. Y si fuera una carta cruel, tal vez me doliera.

— La voz de Rosmery tembló, luego se estremeció y habló con fría determinación

— Pero me engañaste, Jonathan. Eso no lo puedo perdonar. Fue una táctica indecente, hacer el ridículo y el canalla para que yo rompiera nuestro compromiso. Una táctica de cobardes. Cualquier hombre con coraje o decencia se habría negado a comprometerse, para empezar.

—¿Crees que no me dije lo mismo a mí misma? Planeaba romper nuestro compromiso, Rosmery. La noche en que murió tu padre, iba a hacerlo. Luego... todo cambió.

— Lo sé. Descubriste que había perdido mi dote por culpa de las intrigas de mi padre. Pobre Jonathan. Te sentiste *culpable*. No, tuviste que compensarlo. Tuviste que rescatarme de las consecuencias de tu argucia. Tuviste que *compadecerte* de mí. Pero, Jonathan, me juzgaste mal. Juzgaste mal a mi familia. Ellos nunca me dejarían caer en la pobreza. No era tuya para que me rescataras.

"No lo dije con esa intención: quería compensar lo que había hecho".

"Querías apaciguar tu culpa."

—¡No quería arruinarte!

—Jonathan extendió la mano hacia ella y luego se detuvo, sabiendo que tocarla solo la enojaría

— Rosmery, por favor. Hice mal. Hice mal desde el principio. Pero desde hace mucho tiempo he estado tratando de compensarlo y ser el hombre que te mereces.

Rosmery mantuvo su mirada alejada de él, mirando hacia su casa más abajo en el camino.

—Estamos casados

—dijo Jonathan suplicante

— Te casaste conmigo de todas formas, aunque lo supieras esta mañana.

—Sí

—su voz sonó como el granito

— Pensé en terminar con esto. Era mi última oportunidad de escapar de tus trucos y tus mentiras. Pero entonces se me ocurrió que, si lo hacía, tu reputación nunca se recuperaría. Si te dejara en el altar, todo el mundo lo tomaría como una confirmación de los rumores. Estás en deuda conmigo , Jonathan. Soy yo quien te rescató . No tocaré ni un centavo de tu dinero, aunque tenga todo el derecho a hacerlo como tu esposa. Me voy a Londres con Harriet esta tarde.

—No, Rosmery.

—Ya estaban aparcando frente a la casa y algunos de sus invitados ya esperaban en la escalera

— Hablemos de esto.

—No.

—Lo miró por fin y él supo por la ausencia de lágrimas en sus ojos que nunca sería capaz de persuadirla

— No haré ningún escándalo, Jonathan, pero no te daré más oportunidades. Has desperdiciado más de lo que merecías. Gracias a Dios, al menos, que nunca te amé.

Se detuvieron frente a la casa. Rosmery se alisó los guantes de encaje. "Ahora, agradezcamos a nuestros invitados y comamos pastel".

Capítulo 31

La señora Abernathy lo calificó de riña de amantes. La señora Miller, vacilante, sugirió que Rosmery no se apresurara a juzgar. Ninguna de las dos sabía toda la verdad y Rosmery no iba a decírselo. Al menos, todavía no. Era menos doloroso ir a Londres con Harriet y lamer sus heridas en privado. Una vez que su ira inicial se desvaneció, hubo mucho dolor. Se había preocupado por Jonathan más de lo que se atrevía a admitir. Durante los primeros días de su matrimonio vacío, se atormentaba pensando en los últimos meses y tratando de descifrar la simulación y la seducción de la verdad. ¿Había querido decir ese primer beso o había sido solo una estratagema para ablandarla? ¿Había querido decir alguno de ellos, cuando ella había estado líquida en sus brazos y su toque había hecho arder sus venas? Hubo momentos en que casi habían ido demasiado lejos, pero él siempre se había echado atrás. Si realmente hubiera sentido algo por ella

—si realmente la hubiera amado, como casi había dicho

— no habría sido tan autocontrolado.

Era mejor no pensar en él. Afortunadamente, la casa de Harriet era demasiado ruidosa y caótica como para dar lugar a una reflexión clara. En siete años de matrimonio, los Clinton habían tenido seis hijos. El mayor tenía seis años y el menor seis meses. Siempre había problemas, un problema en el que Rosmery tenía que ocuparse o por el que Harriet tenía que preocuparse. Sólo por la noche había suficiente tranquilidad para pensar en Jonathan, y entonces Rosmery amortiguaba sus lágrimas en la almohada.

Después de Pascua, la señora Miller consideró apropiado permitir que Amanda y Dafne asistieran nuevamente a pequeñas cenas y fiestas, ya que habían pasado casi seis meses desde la muerte del señor Miller. Varias veces las invitaron a algún lugar de Londres y Rosmery actuó como acompañante para ellas, sintiéndose incómoda con su nuevo deber. En realidad, nada había cambiado en su matrimonio que nunca hubiera cambiado. Ella no sabía más sobre hombres o matrimonio que sus hermanas menores. Tal vez menos, ya que era muy fácil engañarla. No podían confiar en ella para que las orientara.

De todos modos, Amanda no necesitaba ninguna orientación. Era bonita y atrevida, lo que le atraía la atención de admiradores masculinos y amigas, pero era demasiado cínica como para necesitar protección de conocidos inapropiados. Dafne era más tímida y pasaba más tiempo con Rosmery, lo que le daba a Rosmery la oportunidad de saber un poco sobre Jonathan. Todavía vivía con sus padres en Richmond. Dafne se encontraba con él a veces, montando a caballo o paseando por el pueblo.

"No parece feliz", dijo. "Pregunta por ti".

"¿Qué le dices?"

"Que él mismo venga y te lo pregunte."

"No vendrá. Le dije que no me molestara. Estoy harta de los hombres. Incluso de mi marido. No he conocido a ningún hombre que no me haya decepcionado".

Había tenido en la punta de la lengua decir que amaba. Había pensado en su padre y en Ferrarini, pero no había amado a Jonathan. Se había equivocado incluso al quererlo.

Una noche de finales de abril, Rosmery se encontró en una cena sentada junto a otro hombre que había defraudado sus expectativas, y allí ni siquiera había hecho falta el amor. Era David Demery. Tenía un poco de miedo de estar cerca de él, pero parecía que él no la reconocía. Después de unos cuantos intentos educados de conversación, se dio por vencido y centró su atención en la mujer que estaba a su otro lado, que parecía más que agradecida por ello. Era guapo, supuso Rosmery, aunque podría haber sido más guapo si su sonrisa llegara alguna vez a sus ojos.

Rosmery pensó que ese era el principio y el fin de una situación un tanto incómoda, pero se equivocó. Después de la cena, una vez que los hombres regresaron al salón para tomar café, Demery se acercó a Rosmery nuevamente, con el pretexto de mirar un cuadro en la pared que ella estaba examinando, y le habló.

—Lo siento

—dijo

— No la había reconocido antes, señorita Miller.

"Ahora soy la señora Abernathy."

— Por supuesto. Te casaste con él.

Rosmery emitió un sonido indeterminado y comenzó a alejarse.

"Espere, por favor", dijo. "Me gustaría decir algo".

De mala gana, Rosmery se detuvo.

—La última vez que te vi

—continuó Demery en voz baja

— te pegué. No fue mi intención, pero fue mi culpa. Si fueras tan amable, me gustaría tener la oportunidad de disculparme por mi comportamiento.

Rosmery estaba demasiado sorprendida por su propósito y por su expresión desapasionada y educada como para responder al principio. Trató de elegir palabras tan elegantes como las suyas. "No hace falta mucha generosidad para concedértelo".

—Sé que esto debe ser más que un poco embarazoso

—dijo Demery

— Eres la esposa del hombre que... Pero sus fechorías son solo tuyas, y yo fui descuidado y violento al involucrarte en mi ensayo mal concebido en favor de la justicia. Mis acciones deben haberte sorprendido y te lastimé. Lo siento.

Rosmery podría haberlo aceptado con más facilidad si hubiera sido un poco más breve. Se dio cuenta, incómoda, de que la gente la estaba mirando. "Gracias, señor Demery. El asunto está olvidado".

Pero no del todo perdonada. Tal vez Demery lo sospechara por el tono de su voz. Hizo una reverencia y se alejó, de nuevo hacia la mujer que había captado su atención durante la cena. Rosmery los observó con el rabillo del ojo. No creía que la mujer tuviera muchas posibilidades. El señor Demery era todo sonrisas educadas y miradas distantes. Cuando alguien empezó a tocar

el piano y se hizo espacio para bailar, ignoró la insinuación con valentía. Otro hombre le pidió a la mujer que bailara y ella se fue con él.

Amanda encontró una pareja y Rosmery le dio permiso para bailar, pero Dafne tuvo menos suerte y se sentó con Rosmery junto a la pared.

—No me importaría tanto

—dijo en voz baja

— si no fuera porque siempre le preguntan a Amanda primero. Tengo veintidós años. Creo que en cuatro años he bailado menos que Amanda en el último, y durante la mitad de ese tiempo ella ha estado de luto.

"Amanda es una coqueta incorregible", dijo Rosmery. "Si un hombre no le pregunta, ella le pregunta a él".

—No me atrevería, aunque me gustaría hacerlo.

—Dafne se tiró de un rizo caído que sólo había conseguido con el arte de los papeles rizadores y la ciencia de una plancha caliente. El de Amanda le salió de forma natural—. De verdad que pensé que estaba muy guapa esta noche.

—Sí, sí

—dijo Rosmery

—Mira.

—Recorrió con la mirada la habitación y se dio cuenta de que Demery seguía sentado en el sofá, observando a los bailarines sin verlos

— ¿Bailarías con ese hombre? Lo conozco un poco. Es amigo del señor Montague.

Dafne se mordió el labio. "Estabas hablando con él antes. No parecías contenta".

—No es amigo mío

—dijo Rosmery

— Tampoco será amigo tuyo. Pero si baila contigo, algún otro joven podría interesarse por ti, y no es ni peligroso ni reprochable. Y creo que bailará contigo si se lo pido.

"Está bien. Gracias."

Rosmery cruzó la habitación hasta el señor Demery y se sentó a su lado. Él la miró, bastante confundido.

—Me gustaría pedirle un favor, señor Demery

—dijo

— Creo que me debe uno.

—¿Es siquiera un favor entonces?

-Muy bien, me gustaría que pagaras una deuda que tengo.

Sonrió, aunque eso no alivió la tristeza en sus ojos. "¿Cuál es el favor?"

"Me gustaría que bailaras con mi hermana. Ella no encuentra pareja."

Demery miró a Dafne desde el otro lado de la habitación. "Me temo que no sería una pareja elegante esta noche".

—Dafne estaría agradecida por tener un compañero.

—Rosmery vio que Demery seguía mostrándose reacio

— Es una bailarina muy bonita, señor Demery. Si se pone de pie, estoy segura de que llamará la atención de otros hombres. La dificultad radica en encontrar un hombre que se ponga de pie con ella para empezar. Por eso le he pedido a usted, porque está en deuda conmigo. Es sólo un baile, señor Demery, y todo se olvidará.

La mandíbula de Demery se tensó.

—¿Siempre eres tan enérgica en tu trato con los hombres?

"A menudo lo encuentro necesario con tu sexo".

Para su sorpresa, la tensión se alivió cuando él soltó lo que no era exactamente una risa, sino quizás un suspiro divertido.

—Muy bien. Bailaré con ella, señora Abernathy.

—Gracias.

—Rosmery captó la mirada de Dafne y asintió, pero permaneció en el sofá junto a Demery. Había habido cierta rigidez en la forma en que había dicho Abernathy que la irritó. No debía interferir. El señor Demery le parecía el tipo de hombre al que le molestaba que las mujeres interfirieran y, además, cualquier interferencia probablemente no serviría de mucho de todos modos. Jonathan tampoco merecía ningún tipo de amabilidad por parte de ella. Pero...

No había nadie que pudiera oírlos y todos estaban observando el baile. "No fue Jonathan, señor Demery".

"¿Qué quieres decir?"

"Jonathan no es el padre del bebé de la señorita Martinez".

"Naturalmente te lo diría".

Ella negó con la cabeza. "Mi marido miente, pero no mentiría sobre su propio hijo. Ni siquiera ha conocido a la señorita Martinez".

La expresión de Demery se ensombreció, pero su tono fue bastante civilizado cuando respondió: "¿Por qué me estás contando esto ahora?"

—Porque todo el mundo cree que es Jonathan. Todos los que no lo conocen, claro. Todos creen que sedujo y abandonó a la señorita Martinez. No puedo convencer al resto de Londres de que es inocente, pero ustedes podrían creerme. Al menos podrían hacerme el favor de cuestionar la situación.

Demery negó con la cabeza.

—¿Por qué mentiría Catherine sobre el padre de su hijo?

—No lo sé.

—Rosmery notó que Demery fruncía el labio superior y añadió rápidamente

— Quizá tenía miedo de decir la verdad. Quizá la verdad, fuera la que fuese, fuese mucho peor que nombrar a un hombre inocente.

Demery miró la alfombra y frotó suavemente la punta de su zapato de un lado a otro sobre el tejido. El baile estaba llegando a su fin. Rosmery esperaba no haber arruinado las posibilidades de Dafne.

—¿Cómo sabes que Abernathy no te mintió?

—preguntó en voz baja, sin levantar la mirada.

—Porque sé que todas sus amantes anteriores eran mujeres casadas. Y lo conozco a él. Puede que sea un cobarde y un tonto.

—La voz de Rosmery vaciló

— Y un hombre terrible. Pero no abandonaría a su propia hija. No es irresponsable. Sabe cuáles son sus deberes.

—¿Por qué culparía Catherine a un hombre al que nunca conoció?

—Demery habló casi para sí mismo

—¿Por qué haría algo tan cruel?

"Porque Jonathan tiene una reputación que respalda la acusación, tal vez".

—No es eso lo que quiero decir. ¿Por qué, señora Abernathy, mentiría ? ¿No confiaba en mí? ¿En su padre?

Rosmery esperó en silencio, sin querer decirle a Demery que muy a menudo las mujeres no lo hacían.

"¿Estás seguro de que le hice daño a Abernathy?", preguntó Demery después de un momento.

"Estoy seguro."

—Aun así, por tu tono, creo que te ha hecho daño.

"Nunca he dicho que fuera un buen hombre. De hecho, hay días en que lo considero el peor de los hombres, pero no merece que se le considere culpable de un crimen que nunca cometió."

—Lo has condenado de todas las maneras posibles mientras defendías su inocencia.

—Demery sonrió débilmente y con mucha tristeza

— Si lo amas, ¿no puedes perdonarlo?

Los dedos de Rosmery temblaban. Miró hacia delante con determinación; el movimiento de los bailarines y las luces y sombras brillantes del salón se desdibujaron de repente con lágrimas.

—Podría pedirle lo mismo a usted y a la señorita Martinez.

—La música terminó y los bailarines se detuvieron

— Ahora, señor, ¿no le debe un baile a mi hermana?

Capítulo 32

La señora Abernathy instó a Jonathan a buscar a Rosmery y compensarla. El señor Abernathy no dijo nada, pero transmitió una silenciosa decepción. Ambos pensaban que Jonathan era el culpable y, en este caso, Jonathan pensó que no se equivocaban.

No soportaba la idea de ir a Londres, donde la gente seguía hablando de él y de la señorita Martinez. Además, podría ver a Rosmery, y su corazón herido no soportaba la idea. Las palabras «Gracias a Dios que nunca te amé» parecían grabadas a fuego en su alma. Ella nunca lo había amado entonces. Ahora, nunca lo amaría. Siempre había temido casarse y que todo se desmoronara. Ahora, se había casado con algo que ya estaba roto. Y todo era culpa suya.

Jonathan se entretenía dando largos y tristes paseos por el campo o montando a caballo hasta pueblos remotos y tranquilos donde nadie lo conocía, donde podía sentarse a la mesa de una taberna a beber y no hablar con nadie, salvo para hablar del tiempo o de elogios sobre un caballo o un perro. A veces deseaba incluso más soledad de la que eso le proporcionaba y buscaba bosques tranquilos donde poder sentarse bajo los árboles y no pensar en Rosmery durante horas y horas. Le costaba mucho esfuerzo no pensar en ella.

Una mañana, regresó a casa de uno de sus largos, tranquilos y despreocupados paseos y descubrió que había un visitante esperándolo en el salón.

—Es un tal señor Demery

—dijo su padre, llevándose a Jonathan a un lado en el pasillo

—Le dije que no estabas en casa y me dijo que me esperaría. Lleva dos horas esperando y no quiere decirme lo que quiere.

—¿Parece... enojado?

—preguntó Jonathan.

"Tiene cara de lápida", dijo Abernathy. "Si lo considera prudente, le pediré que se vaya".

Probablemente fue prudente, pensó Jonathan, pero estaba inquieto y se sentía imprudente. Una pelea podría mejorar su estado de ánimo y no sería indulgente con Demery esta vez. Sonrió. "Estoy seguro de que sólo ha venido a aclarar las cosas".

Entró en el salón dispuesto a esquivar un golpe. Demery, sin embargo, se limitó a levantarse e hizo una reverencia. No le arrojaron ningún guante ni desenvainaron ningún sable. De hecho, tenía los guantes metidos en el bolsillo y no llevaba ningún arma encima.

"Señor Abernathy", dijo.

—Señor Demery, qué sorpresa. ¿Trae usted sus propias pistolas o tendré que proporcionárselas yo? Me temo que no puedo. No tengo ninguna.

El rostro curtido por el sol de Demery se ensombreció, no de ira, sino de vergüenza. "No vine a buscar pelea".

"Qué fastidio", pensó Jonathan. Se apoyó en el respaldo de un sillón y suspiró. "Entonces, ¿a qué

debo el placer?"

Demery no respondió. Se acercó a la ventana, miró hacia afuera y luego volvió a caminar.

"¿Señor?"

—Sí, sí

—Demery se aclaró la garganta

— Sé que mi visita debe ser inesperada, incluso desagradable, pero consideré que era importante venir.

Jonathan gruñó.

Demery esperó un momento, como si esperara una respuesta más reflexiva, y luego continuó:

—Me han hecho comprender que te hice un gran daño el pasado octubre. Te acusé de un crimen que no habías cometido. Usé la violencia contra ti. Te desafié por tu vida y la habría aceptado.

— Hizo una profunda reverencia

— Las disculpas no son suficientes, pero te ofrezco mis más sinceras disculpas de todos modos.

Esto no sólo era inesperado, sino profundamente incómodo. Jonathan miró fijamente la espalda encorvada de Demery. La formalidad de la disculpa de Demery hizo imposible responder. Si no respondía, ¿Demery permanecería encorvado en su sala de estar para siempre? El hombre no había soltado su arco.

Demery se levantó lentamente, con el rostro enrojecido.

—¿Señor Abernathy?

—Sí, te escuché

—dijo Jonathan. Se dio cuenta de que estaba bastante molesto con toda la situación. Demery era un tonto estirado y pomposo. A Jonathan le importaban tanto sus disculpas como su compañía

— Estoy confundido por este cambio en tu actitud. ¿Tu dama te dijo la verdad? ¿Va a contárselo a todos los demás y limpiar mi nombre?

—Ella ya no es mi dama

—dijo Demery con una repentina frialdad

— Fue tu dama quien me convenció.

—Rosmery

—una extraña sensación de vértigo invadió a Jonathan

— ¿La viste?

"Me abordó en una cena y protestó por mi inocencia. Fue muy persuasiva. No me dejó más remedio moral que disculparme".

—¿Lo hizo?

—El corazón de Jonathan se aceleró

— ¿Qué dijo?

—Lo suficiente para convencerme

— dijo Demery arrastrando los pies

— Ya veo que disculparme no es una recompensa suficiente. ¿Hay alguna manera de compensar lo que he hecho?

"¿Qué? No, no. Está bien. A veces un hombre tiene que dejar salir su ira. No pasa nada".

"Desearía poder ayudar a disipar los rumores".

—No puedes

—dijo Jonathan

— No importa. Dale cinco o diez años. La gente lo olvidará. Los rumores parecían muy poco importantes en ese momento. Rosmery lo había defendido. Se sentía ligero como una pluma.

—Es usted muy generoso, señor.

—Demery volvió a hacer una reverencia, esta vez breve

— Me ha tranquilizado y le doy las gracias.

Cruzó la habitación para salir, pero Jonathan lo detuvo tirando de su manga.

—Dime una cosa

—dijo Jonathan

— ¿Rosmery se veía bien?

"En buena salud, diría yo."

"¿Feliz?"

"No estaba feliz, no exactamente. Pero se veía bien".

—No estoy feliz

—Jonathan tamborileó con los dedos sobre sus muslos

— ¿Soy cruel por sentirme aliviado? Pero ella nunca fue una persona muy feliz... puede que no signifique nada.

Demery le dedicó una sonrisa fina y diplomática. Jonathan se dio cuenta de que estaba sobrepasando los límites de la conversación educada. Se sacudió.

"Gracias por tus disculpas", dijo. "Te lo agradezco".

Demery le tendió la mano y Jonathan se la estrechó. "Me alegro de que hayamos podido resolver nuestras diferencias".

—Sí.

—Jonathan lo acompañó hasta la puerta principal y la abrió

— Por cierto, ¿Rosmery...? No, no importa.

Demery se detuvo en la entrada. "Dijo que eras el peor de los hombres".

"Para ella, yo he sido."

"Aun así ella no negó que te ama."

El corazón de Jonathan dio un vuelco.

—¿De verdad dijo eso?

"En tantas palabras."

—No, no puede ser. Nunca me ha amado.

—

Jonathan negó con la cabeza

— Me lo dijo. Y podría haberme amado si no hubiera sido tan tonto. Pero lo arruiné. Podría haber sido feliz con ella si no hubiera traicionado su confianza.

— De nuevo estaba sobrepasando los límites de la conversación educada, pero después de haber intentado no pensar en esos pensamientos durante tres semanas, ahora le resultaba difícil evitar que salieran a borbotones. Especialmente cuando su corazón estaba encendido con la idea de que Rosmery lo amaba, pero no podía. Ella había dicho que no. Pero ¿tenía alguna posibilidad? Golpeó con el pie el escalón superior.

—¿Tienes tu carruaje? ¿Vas a ir a Londres?

"Lo hago y lo soy."

"Entonces, después de todo, hay algo que puedes hacer por mí. Puedes llevarme contigo".

Llegaron a Londres a primera hora de la tarde. Cuando llegaron, Jonathan se dio cuenta de que no sabía la dirección de la hermana con la que Rosmery se estaba quedando. Por suerte, Demery conocía al señor Clinton y desvió su carruaje hacia la dirección. Jonathan saltó del carruaje sin apenas decir una palabra de agradecimiento o de despedida, pero Demery probablemente se alegró de librarse de él. Jonathan había pasado todo el viaje explicando el curso de su relación con Rosmery y preguntándole a Demery sus opiniones y pensamientos. Fue un alivio poder hablar con alguien al respecto por fin, incluso si esa persona era demasiado diplomática para dar algo más que las más vagas garantías y condolencias.

Cuando llamó al timbre de la puerta de la señora Clinton, un lacayo le abrió la puerta y le informó, con una mirada dubitativa a sus botas, que la señora Clinton lo recibiría. Jonathan se miró a sí mismo. Todavía llevaba puesta su ropa de montar embarrada. Avergonzaría a Rosmery y a su hermana si entrara así.

—Sólo quiero hablar con la señora Abernathy, mi esposa. ¿Está aquí?

—Está arriba. Quizá le interese esperar en la sala de estar...

— el lacayo miró con tristeza las botas embarradas de Jonathan

—Jonathan habría esperado en el lavadero si eso significaba ver a Rosmery. Siguió al lacayo dentro de la casa y por el pasillo hasta una habitación desordenada y desordenada, a esa hora del día, en la que la luz se apagaba rápidamente. Jonathan casi tropezó con una silla pequeña al entrar y, para salvar las apariencias, la agarró y se sentó en ella. El lacayo cortésmente no hizo

ningún comentario al respecto y desapareció de nuevo en el pasillo. Jonathan estaba solo en la habitación y, ahora que estaba solo, comenzaba a sentirse nervioso. Rosmery había sido bastante firme en su deseo de vivir separados y tener poco que ver con él. No había dicho exactamente que no deseaba volver a verlo, pero la insinuación había estado ahí.

Se oyeron unos pasos suaves en la puerta y ella entró. Él se puso de pie, con el corazón palpitando con fuerza. Ella se veía bien. Llevaba un vestido de color lila muy pálido, de capas diáfanas que se movían vaporosamente alrededor de sus caderas cuando se movía. La expresión de sus ojos era cautelosa.

"¿Pasa algo malo?"

—Sí... no. Sólo... sólo quería verte.

—Se había equivocado al venir. Lo supo por el tono de su voz. Debería haber esperado más, haberle dado más tiempo para perdonarlo. Pero ya estaba allí y no podía decidirse a irse. Además, el tiempo podría no ser suficiente

— Demery habló conmigo. Dijo que lo convenciste de la verdad. Gracias.

"No necesitas agradecerme."

"Yo quiero."

Se quedaron en silencio. Durante el trayecto, Jonathan se había imaginado lo que podría pasar cuando se vieran. Había esperado que ella le diera una bofetada, o que él la besara, o tal vez que ella comenzara a llorar. En cambio, ella se quedó de pie en silencio junto a la puerta con las manos entrelazadas frente a ella. El vestido diáfano se movió un poco con la brisa que entraba por una ventana abierta.

"¿Es ese un vestido nuevo?" preguntó Jonathan.

"Fue uno de los que encargamos antes de nuestra boda".

Sus manos ansiaban alcanzar a través de los pliegues humeantes y encontrar la forma que había dentro de su cuerpo. Ella era su esposa ahora. Ya no estaba prohibido. Excepto por la frialdad de su mirada, que lo hacía imposible. Juntó las manos y se estremeció.

"Cuando Demery vino a verme, sentí que tenía que hablar contigo. Hay muchas cosas que no dijimos el día de nuestra boda".

"Pensé que sería mejor no decir demasiado. Lo que teníamos que decir sólo sería doloroso".

"¿No puedo tener la oportunidad de explicarme?"

—¿Crees que una explicación cambiará algo?

—Sus ojos brillaban sospechosamente

— Intentaste engañarme para que no aceptara un compromiso, y luego intentaste engañarme para que aceptara otro, y ahora estoy segura de que intentas engañarme para que acepte... ¡algo! Los motivos y los motivos no importan. No quiero que me engañen. No quiero que me mientan.

—Entonces déjame decirte la verdad. Yo... yo...

—No podía decir que la amaba. Estaba al borde del precipicio, pero no había caído. No caería mientras vivieran vidas separadas. Y aunque lo hiciera, no podía prometerle que no volvería a

salir

—Te quiero conmigo.

—No confío en ti, Jonathan. ¿Cómo puedo vivir con un hombre en quien no confío?

"¿Cómo puedo ganarme tu confianza si vivimos separados?"

El labio inferior de Rosmery tembló. Jonathan quiso besarla. Ella lo cerró con fuerza.

—Quizás no puedas.

—¿Y entonces qué pasa? ¿Estamos rotos para siempre?

—Sacudió la cabeza

— No quiero eso. Estamos casados. No quiero ser otra de esas parejas casadas que no se hablan, que no se quieren, que ni siquiera son amigos. Nunca quise casarme, pero...

"Pero pensaste que debías hacerlo por mi dote".

—Pero empezaste a hacerme cambiar de opinión. Empezaste a hacerme creer que seríamos felices juntos. Y entonces...

—Se encogió de hombros con impotencia

—. Así que nos casamos y nos separamos. ¿Qué pasa después?

"¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir, ¿qué imaginas que será de nosotros? Si nunca confías en mí, nunca me perdonas, pero... no creo que me odies".

Ella negó con la cabeza. "Nunca te odié".

"Y no puedes vivir conmigo."

"No."

"Pero podemos hablar."

"Podemos hablar."

Había entonces una leve esperanza. Ella no lo estaba excluyendo, como había hecho después de la muerte de su padre.

"Si volviera a Londres, ¿podríamos hablar más a menudo?"

"Podríamos encontrarnos en los mismos círculos sociales".

"Y si estuviéramos en un baile, ¿podríamos bailar?"

"Creo que podríamos."

"Y podría tomarte la mano. O tu cintura".

"A veces pasa, cuando bailas."

—Y si alguna vez te invitara a cenar sola, en mi casa, ¿pensarías en aceptar?

"Lo consideraría."

"Y como ahora también es tu casa, ¿quizás te gustaría quedarte a pasar la noche algún día?"

Sus ojos se abrieron mucho y asintió brevemente.

—Entonces... entonces con todos esos "podría", "sería" y "tal vez"... ¿considerarías aceptar lo que te debo como esposo?

"No quiero tu dinero."

—No estaba pensando en el dinero

—le tocó la mejilla

—Te extraño, Rosmery. ¿Me dejarás amarte?

Sus ojos eran oscuros y enormes. "Jonathan..."

—Para ser sincera, no importa si me niegas el permiso. Si me hablas, bailas conmigo, cenas conmigo, te acuestas conmigo, me enamoraré. Ya he empezado. Puedes tomar esto como una advertencia de que voy a terminarlo. Mi pregunta es: ¿puedo hablar de esto contigo o debería mantenerlo en silencio?

El color cambió en sus mejillas. "Todavía no. Por favor."

"No te amo... todavía."

"Quizás...pregúntale de nuevo cuando lo hagas."

Era más de lo que había esperado. Más de lo que merecía. Ella le estaba dando una oportunidad. La alegría y la tristeza luchaban en su interior. Tal vez ella no lo amara, como había dicho Demery, pero no negaba la posibilidad de que eso sucediera.

Él cedió a la tentación y extendió la mano para pasarla por los pliegues vaporosos de su vestido. "Estás hermosa, Rosmery".

"Gracias."

"¿Puedo besarte?"

Ella arqueó una ceja. "Sólo si es una despedida".

"Hasta que nos volvamos a encontrar", corrigió.

"Hasta que nos volvamos a encontrar."

"Lo cual probablemente será mañana."

Rosmery no pudo evitar sonreír. "Hasta mañana entonces."

Le besó la mejilla. "Hasta mañana."

Epílogo

Seis semanas después

Era muy tarde y los platos de la cena estaban vacíos, salvo por unas migajas. Se habían quedado a la mesa hablando y bebiendo vino. Las últimas semanas habían hablado mucho con Jonathan. Era casi como si él volviera a cortejarla, con la excepción de que ella estaba casada con él. Habían bailado, habían ido a dar paseos por el parque, habían asistido a obras de teatro y visitado galerías, y al final, siempre, ella había regresado a la casa de Harriet. Había estado nerviosa por aceptar la invitación de Jonathan a cenar, y lo había pospuesto varias veces. Pero había sido realmente maravilloso, tenerlo solo para ella sin nadie que escuchara o interrumpiera lo que pudieran decir, o que observara lo que pudieran hacer. Y ahora se habían quedado en silencio, y Jonathan se había aflojado la corbata y miraba a lo lejos mientras hacía girar distraídamente su copa de vino en sus manos. Era casi medianoche. Probablemente era hora de que Rosmery volviera a casa de Harriet.

—Se está haciendo tarde

—dijo Rosmery de mala gana.

—Cierto.

—Jonathan miró el reloj

—. Supongo que sí. Perdí la noción del tiempo.

"Yo, eh, debería estar regresando."

Jonathan le dirigió una sonrisa irónica. "Llamaré al carruaje".

Él se puso de pie y, de camino a la campana, se inclinó y le besó la cabeza. El corazón de Rosmery se estremeció ante su tacto. Observó cómo él seguía tirando de la campana. Había pensado que él podría intentar seducirla esa noche, o persuadirla para que se quedara, pero no le había mostrado más afecto que unos pocos besos y la calidez de la expresión de sus ojos.

—Espera

—dijo Rosmery

— Puedo quedarme un poco más.

Jonathan se detuvo cuando sonó la campana. "Cuando estés listo, entonces".

"En realidad, yo... estaba pensando que podría quedarme a pasar la noche."

Jonathan intentó hablar, pero se atragantó con sus propias palabras. Tosió para aclararse la garganta. "¿Disculpa?"

"Sería una lástima molestarlos a ustedes, sirvientes, para enviarme a casa".

—En efecto

—Jonathan se aclaró la garganta

— Pero tendrán que arreglar tu dormitorio, ¿no?

Las mejillas de Rosmery se calentaron. "No creo que sea necesario".

—Oh —las mejillas de Jonathan estaban rojas

— Estoy... estoy cansado. Estoy pensando en irme a la cama ahora.

"Probablemente sea hora de acostarse."

La ayudó a ponerse de pie y, cuando estuvo de pie, le tomó la mano. Juntos subieron las escaleras hasta el segundo piso. En el rellano, Jonathan la acercó y la besó; sus labios tenían sabor a vino.

"Sólo quiero estar muy seguro", dijo. "¿Me estás pidiendo que me acueste contigo?"

Ella asintió y le rodeó la nuca con los brazos. "Quiero que... que me conviertas en tu esposa".

—Eres mi esposa

— la besó de nuevo

— He estado tratando de evitar...

—la besó

—... seducirte para que...

—de nuevo... me perdones .

—¿Perdonarte?

—Se apartó y le acarició el pelo, temblando de repente por la incertidumbre

— Jonathan, todavía... me duele. Pero quiero esto. Quiero saber qué es. Quiero que me lo muestres.

—¿En serio?

—La miró inquisitivamente a los ojos

— Te lo mostraré. Ven conmigo.

La arrastró por el pasillo hasta su dormitorio y la condujo hasta la cama, donde le besó la parte interior de la muñeca y la empujó suavemente hacia abajo sobre ella. Ella se recostó contra las almohadas, con el corazón acelerado por la anticipación mientras sus delicadas manos le quitaban los zapatos y las medias y sus besos se dirigían hacia sus pantorrillas hasta sus muslos.

—Jonathan, ¿qué estás haciendo?

—preguntó confundida.

—Te lo estoy mostrando.

—Su aliento era cálido entre sus muslos y sus manos buscaban debajo de los pliegues de su vestido, recorriendo sus caderas y su cintura como un pianista que busca las teclas adecuadas con los ojos cerrados

— Hay muchas formas de empezar, querida.

Rosmery no lo sabía. Tampoco sabía que los besos podían llegar a donde iban los suyos. Jadeó y giró las manos alrededor del poste de la cama para controlar el impulso de retorcerse en sus

caderas.

—¡Jonathan! ¡Ah!

Él estaba tan ocupado que no pudo responder, pero ella era incapaz de hablar de forma inteligible. Era incapaz de hacer nada más que jadear su nombre mientras sus manos y su boca exploraban las partes más privadas de ella y el placer se extendía por su cuerpo. Y entonces el placer alcanzó un punto álgido y se detuvo, dejando pequeñas oleadas de placer detrás. Rosmery se desplomó hacia atrás sobre las almohadas, respirando con dificultad. Cuando su ritmo cardíaco se hizo más lento, Jonathan se quitó los zapatos y las medias, se quitó el abrigo y se arrastró hasta estar a su lado, con una mano todavía jugueteando bajo sus faldas.

—Jonathan

—dijo Rosmery confundida

— ¿sigo siendo virgen?

—No estoy muy seguro

—su mano se abrió paso entre sus muslos

— Pero te prometo que al final de la noche no lo estarás.

Cumplió su promesa en la hora siguiente y luego dos veces más antes de la mañana. Cuando Rosmery se despertó con la luz del sol que entraba por la ventana, estaba dolorida y cubierta de la sal seca del sudor, pero extrañamente contenta. Empujó a Jonathan hasta que despertó.

"Millas por hora."

"Necesito un baño."

—Iré.

—Se dio la vuelta y abrió los ojos a medias

— Soy muy bueno dando baños.

—Todavía estás dormido

—le dio otro golpecito con el dedo

— Necesito un baño y no tengo ropa.

Eso lo despertó. Se sentó lentamente y se frotó la cara.

"No me preocupa no llevar ropa", afirma. "De hecho, me resulta muy agradable".

—No, voy a coquetear contigo.

—Le dedicó una sonrisa torcida y soñolienta que la dejó sin aliento

— Creo que me he ganado ese derecho. Si no, lo estoy robando. ¿Cómo te sientes, querida?

—Sucio

— le arrojó una almohada

— Y desnudo.

—Y, sin embargo, nunca has estado mejor vestida.

—Empujó la almohada a un lado.

Rosmery, querida. Llamaré a los sirvientes y me ocuparé de algunas cosas. Pero no puedes irte corriendo. Apenas ha amanecido.

—La abrazó y se recostó sobre las almohadas con ella

— Tenemos un asunto que atender.

El corazón de Rosmery se aceleró con anticipación. "¿Qué clase de asunto?"

—No es eso.

—Él detuvo su mano errante cerrando la suya sobre ella

— Eso puede ser más tarde. Primero...

—La besó en el hombro

— Primero tengo que hacerle una pregunta a mi hermosa, encantadora y completamente desnuda esposa.

—¿Qué pregunta?

— Se acurrucó contra él.

—La pregunta.

—La miró a los ojos

— ¿Vivirás conmigo?

Ella se movió un poco, cada vez más nerviosa. "Me gusta vivir con Harriet y pasar tiempo contigo".

—Lo sé. Tienes todos los privilegios del matrimonio y ninguna de sus cargas.

—Sonrió con ironía y le besó el pelo

— No te presionaré, Rosmery. Sólo te estoy pidiendo. Te quiero conmigo. En mi casa. En mi cama. Quiero que seas mi esposa en todos los sentidos y, un día, la madre de mis hijos.

"¿Qué pasa si necesito más tiempo?"

"Entonces lo tienes."

Rosmery se dio la vuelta y quedó tumbada sobre él, con la cara apoyada en el hueco de su cuello y la piel cálida de él contra la de ella. Era agradable oír que la querían. Y, si era sincera consigo misma, también quería a Jonathan. Y Harriet sin duda estaría preocupada cuando volviera a casa, porque había estado fuera toda la noche. Vivir con Harriet tenía ciertos inconvenientes. Por ejemplo, la falta de la privacidad necesaria.

"Podría ser una buena idea", dijo.

—Mmm

—Jonathan le acarició el pelo

— Y tengo otra pregunta, Rosmery.

"¿Qué?"

¿Puedo todavía hablar de lo que siento por ti?

Su corazón dio un vuelco. "Eso depende de lo que tengas que decir".

"Todo lo que dije anoche, pero con palabras".

Ella se estremeció y lo abrazó con más fuerza. "¿Eso es lo que significa todo esto?"

"Eso. Y mucho más."

"Entonces tal vez... tal vez dímelo una vez más, sin palabras, y tal vez entonces estaré listo para las palabras".

—Ah

—Jonathan le besó el hombro

— Entonces escucha, querida, escucha.

El fin